
HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
PÍCAROS DISTINGUIDOS
tuyo hasta el amanecer

TUYO HASTA EL AMANECER

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO DIECINUEVE



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



—Ah, por fin —murmuró Drew Finch, Lord Sullivan, cuando Lady Alicia McKenzie-Wellborne apareció en el salón de baile de los Castlereagh en Londres, luciendo encantadora con un vestido de seda blanca y encaje.

La mujer era alta y de figura esbelta, pero no era exactamente tan nueva en el mercado matrimonial como algunas. Había llamado su atención la semana pasada en otra fiesta, y cuanto más la consideraba, más pensaba que debería conocerla mejor.

Y no por alguna risita o chillido que hubiera emitido como solían hacer el resto de las aspirantes al matrimonio. De no haber visto a Lady Alicia en ese momento, podría haber considerado marcharse ya del baile. No había nadie más que le interesara, y eso le frustraba.

Drew se movió a una mejor posición para ver a la dama de pies a cabeza. Podría ser la indicada para él. No demasiado joven, no demasiado baja, y bastante inteligente según todos los informes. Desafortunadamente, aún no había sido presentado a la dama y solo contaba con información de segunda mano sobre su carácter. De hecho, no tenían conexiones en común salvo su anfitrión de esta noche, pero ese problema se resolvería fácilmente una vez que la encontrara.

Miró alrededor, buscando a Lady Castlereagh. La matrona no se encontraba por desgracia en ese preciso momento para hacer las presentaciones. Así que paseó por el perímetro de la pista de baile, mirando hacia la sala de cartas y otros lugares, asintiendo a las mujeres que ya había considerado y descartado como posibles esposas desde la temporada pasada, y acercándose cada vez más a su presa.

El rostro de Lady Alicia se volvió repentinamente hacia él y se iluminó con una brillante sonrisa de bienvenida. Drew se detuvo, sorprendido de que ella lo hubiera notado, aunque también complacido. Una vez más esperaba sentir un atisbo de emoción cuando sus miradas se encontraron y sostuvieron. Eso era todo lo que cualquier viudo con el matrimonio en mente podía esperar al buscar una esposa. Dudaba que pudiera enamorarse tan profundamente una segunda vez en su vida.

Un caballero pasó frente a él y la conexión se perdió. Aunque intentó captar su mirada de nuevo, su atención ahora estaba desviada hacia los invitados que se movían entre ellos.

No importaba. Drew tendría una mejor oportunidad una vez que se hicieran las presentaciones adecuadas y hablaran. Le pediría bailar inmediatamente.

—Intenta sonreír —murmuró Lord Brandestock, tropezando con él—. Tu cara sugiere que tienes un enorme excremento atascado en el trasero.

—Cuida tu lenguaje —advirtió Drew, mirando a su derecha donde ahora estaba el joven

Brandestock. Quizás había sido un error fomentar una amistad con Brandestock. Eran miembros de los mismos clubes —White's y Bradshaw's también— y frecuentemente asistían a los mismos eventos de la alta sociedad. Pero el lenguaje del hombre era tan colorido como su gusto por los chalecos llamativos.

—Todo lo que digo es que sonrías y dejes que las mujeres vengan a ti como hago yo —murmuró Brandestock, sonriendo ampliamente a una viuda de moral cuestionable mientras pasaba junto a ellos—. Eres un conde, rico y moderadamente apuesto para tu edad.

—Muchas gracias —dijo secamente.

Brandestock sonrió ampliamente.

—No se necesita ofrecer nada más que un poco de aliento para disfrutar de una buena noche en la cama de alguna dama solitaria.

Drew se hubiera pellizcado el puente de la nariz por exasperación si estuviera en cualquier otro lugar que no fuera un salón de baile. Brandestock era años más joven que él, aún soltero, pero parecía pensar que Drew necesitaba sus consejos sobre cómo cortejar a las mujeres. Nada podía estar más lejos de la verdad. Drew sabía exactamente cómo complacer a una dama, dentro y fuera de la cama, mejor que él.

—Discúlpeme. Pero puedo darme cuenta cuando se me necesita desesperadamente en otra parte —murmuró Brandestock antes de seguir a la hermosa viuda que lo estaba llamando solo con la mirada.

La viuda y Brandestock desaparecieron detrás de un nicho con cortinas, un lugar tan propicio para encuentros escandalosos como cualquier otro en una casa.

Drew negó con la cabeza y se encogió de hombros. Uno de estos días, Brandestock iba a desmoronarse de la peor manera y pagar un alto precio. Como Drew, tenía el atractivo y el dinero para atraer a docenas de mujeres hambrientas de títulos que reclamarían la posición de su esposa, quisiera él a la mujer o no. No es que Brandestock afirmara necesitar una novia todavía. No como Drew parecía necesitarla. Sin embargo, la propia evaluación de Drew sobre las potenciales esposas parecía haber descartado a una legión de mujeres de la contienda. Demasiado tímidas, demasiado parlanchinas o simplemente demasiado tontas.

No tenía idea de que se hubiera vuelto tan exigente sobre con quién podía vivir.

Pero parecía que tenía estándares altos. Su enfoque hacia su primer matrimonio había sido muy diferente a este. No estaba buscando una novia cuando conoció a Clare, pero se enamoró de ella a primera vista. Casarse con ella fue todo en lo que pensó desde el momento en que hablaron. Había sido grácil, encantadora, amorosa e irremplazable, al parecer. Clare había sido la luz y el amor de su vida. Drew había mirado lo suficiente a su alrededor en la sociedad para darse cuenta de que ella había sido única en su tipo y había establecido un listón muy alto para que su sucesora lo alcanzara.

Ciertamente, demasiado alto para cualquiera que hubiera conocido hasta ahora en Londres, y cada día se desvanecía un poco más su esperanza de conocer a esa dama especial cuya presencia cambiaría su vida en un instante.

Pero seguramente tenía que haber alguien ahí fuera para él.

Todos afirmaban que la había.

Había sido muy paciente y minucioso en su asistencia a los salones de baile y otros entretenimientos de la sociedad. Desafortunadamente, *ella* no se había dado a conocer todavía, y él se estaba impacientando con la interminable espera.

Drew miró de nuevo al otro lado de la sala y vio a Lady Alicia del brazo de un caballero delgado. Cuando el hombre se inclinó y audazmente le dio un beso en los labios rosados justo

allí, a la vista de todos, nadie a su alrededor se quejó. De hecho, casi lo animaron.

Lady Alicia se sonrojó y abrazó el brazo del hombre con más fuerza, su sonrisa revelando una clara preferencia, el anillo en su dedo brillando a la luz de las velas.

El corazón de Drew se hundió. Claramente, otro hombre ya había reclamado sus afectos.

Se dio la vuelta, profundamente decepcionado de haber perdido otra oportunidad, pero agradecido de no haber encontrado a la anfitriona para pedirle que lo presentara a una mujer comprometida. Eso habría sido incómodo, por decir lo menos.

Al levantar la cabeza, vio a su padre, el Duque de Northport, al otro lado de la sala. Drew frunció el ceño al ver que el viejo estaba de nuevo en público. Era la tercera vez este mes que asistían al mismo baile. Su padre no solía acudir a este tipo de eventos. Pero no había duda sobre las razones del duque para moverse tanto en sociedad esta temporada.

Drew estudió al duque mientras se movía en esa dirección. Northport tenía una amante de largo plazo, pero ella no estaba aquí esta noche. Estaba enfrascado en una conversación con una joven, pero no dejaba de mirar alrededor de la sala. Lo más probable es que estuviera buscando a Drew para que *él* se viera obligado a hablar con la mujer. Su padre estaba ansioso por que Drew se casara de nuevo.

Drew esbozó una sonrisa forzada cuando reconoció a la joven antes de acercarse demasiado como para dar media vuelta. Era Lady Eloise Barclay de nuevo, la hija menor del amigo de Northport.

Soltera, por supuesto.

Se esperaría que Drew bailara con ella, como había sucedido cada noche que se habían encontrado en un evento u otro. Lo había hecho en varias ocasiones anteriores sin quejarse. Los Barclay eran viejos amigos de la familia. Se requerían ciertas cortesías, y era mejor cumplir con su deber ahora que ser reprendido por el duque por su rudeza más tarde.

Lady Eloise era una pareja adecuada para un baile, pero nunca más que eso. Mientras observaba, un caballero intentó hablar con la joven, pero su padre la apartó del individuo, acaparando la atención de Lady Eloise de modo que el caballero no tuvo más remedio que retirarse, sin haber podido hablar y avergonzado.

Drew gruñó por lo bajo. ¿Acaso su padre intentaba mantener a Lady Eloise alejada de otros hombres ahora? No es que Drew fuera a casarse con ella. Era mucho más joven que él.

Se acercó a su padre, fingiendo alegría al verlo.

Drew se parecía a su progenitor en muchos aspectos. Estatura similar, el mismo cabello oscuro que se rizaba con la lluvia, los mismos ojos azules que muchos decían que eran notablemente cambiantes. Pero ahí terminaba el parecido. Drew era mucho más callado y circunspecto que su padre. Aunque claro, Drew aún no era duque con planes de controlar el destino de los miembros de su familia, especialmente el de su hijo mayor.

—Ah, aquí está Sullivan también —bramó su padre lo suficientemente alto como para ser oído en todos los rincones del salón de baile. El Duque de Northport se inclinó hacia la mujer a su lado—. Te dije que no podría mantenerse alejado. Mi hijo es tan apuesto como lo recuerdas, ¿verdad, Lady Eloise?

Drew sintió que se le encendía el rostro mientras extendía su mano hacia la avergonzada joven que su padre le había estado empujando durante meses. Lady Eloise ocupaba un lugar destacado en la lista creada por su familia como posible novia para Drew. Con apenas dieciocho años y recién presentada ante la reina, había impresionado a muchos durante su primera temporada. Incluso a él, en cierta medida. Pero no había emoción, ni chispa de anticipación, que pudiera sentir a su alrededor cuando se encontraban. Ninguna en absoluto.

Y esa falta de atracción era específicamente la razón por la que no podía casarse con ella, ni con nadie por quien se sintiera igualmente indiferente.

Sonrió cortésmente a la joven.

—Un placer volver a verla, Lady Eloise.

—Mi lord —murmuró ella, rozando sus dedos con los de él en el más breve de los apretones de manos. Su padre les dedicó a ambos una radiante sonrisa. Para su padre y muchos en la familia, era un emparejamiento inevitable. Lady Eloise conocía a la familia lo suficientemente bien como para haber asistido a la boda de Drew con su primera esposa... como niña de las flores lanzando pétalos al aire, ¡por el amor de Dios!

Desde la muerte de Clare, Lady Eloise había sido invitada a menudo a visitar la finca de Northport mientras Drew estaba allí. Su padre había dejado muy clara su preferencia. Drew sospechaba que su padre también había estado preparando en secreto a Lady Eloise para el día en que Drew y su novia se convirtieran en duque y duquesa de Northport, como eventualmente lo sería la esposa de Drew.

Pero había una inocencia en los ojos de Eloise que hacía que a Drew se le revolviera el estómago al pensar en acostarse con ella si alguna vez se casaban, y esa era una razón tan buena como cualquier otra para buscar novia en otra parte. Era demasiado ingenua para un hombre de su experiencia.

No es que él fuera un anciano. Ni siquiera había cumplido los treinta años. Pero había ocurrido mucho en la década que separaba sus edades y eso no se podía pasar por alto. No sería feliz casado con alguien tan joven como Lady Eloise. Pero ella estaba bien educada en temas de actualidad, era hija de un duque y se llevaba bien con su familia, así que siempre se la empujaban. También tenía una dote decente y parecía que le gustaba hablar con él.

Desafortunadamente, ella no lo emocionaba de la manera en que lo había hecho su primera esposa. Lady Eloise podría estar en lo alto de una lista muy corta de posibilidades, pero Drew ni siquiera se molestaba en escribir tal lista de posibles novias.

Cuando finalmente descubriera a una mujer con la que quisiera casarse, estaba seguro de que lo sabría al instante.

Sonrió y le preguntó a Lady Eloise si tenía algún baile libre en su tarjeta, como se esperaba que hiciera.

—De hecho, sí —Lady Eloise le entregó su tarjeta para que la mirara. Su próximo baile estaba libre, al igual que varios más hasta el justo antes de la cena. Su padre había hecho bien su trabajo acaparando su tiempo esta noche. Su tarjeta debería haber estado llena a estas horas.

—Parece que mi momento es perfecto.

Si elegía el siguiente baile, Lady Eloise quedaría libre para aceptar a otros compañeros una vez que terminaran. Quizás incluso podría sentarse a cenar con alguien que realmente le gustara. Cualquiera menos él, en realidad.

Anunciaron su baile y él le ofreció su brazo para caminar juntos hacia la pista. Miró brevemente a la joven que llevaba del brazo y decidió aprovechar la oportunidad para hablar con ella, esperando no ser escuchado. —Debo disculparme por mi padre —susurró.

—Es un hombre encantador —murmuró ella.

—Se ha encariñado contigo y tiene esperanzas donde no las hay, me temo —dijo algo bruscamente, decidiendo que la honestidad era la mejor política cuando se trataba de matrimonio. No quería que esta joven siguiera siendo engañada sobre sus intenciones hacia ella ni un momento más.

Ella asintió lentamente, un ceño fruncido estropeando su semblante. —Eso es lo que

sospechaba, pero él insistía en que...

Drew inclinó la cabeza. —Está equivocado.

—Oh —murmuró suavemente—. Ya veo.

¿Lo veía? Esperaba que no se ofendiera por su desinterés en ella.

La música comenzó y bailaron, pero Lady Eloise no dijo nada más después de su confesión. ¿La habría molestado su falta de interés en casarse con ella? ¿Realmente podría estar sorprendida? Ella había conocido a su esposa. Había muy poca similitud entre las dos.

Cuando el baile terminó, se encontró siendo sutilmente dirigido hacia una puerta distante, lejos de su padre y la familia de ella. Alarmado, la miró. —¿Qué está haciendo?

—Consiguiendo lo que realmente quiero —dijo ella.

Su sonrisa tensa era un poco inquietante. ¿Habría malinterpretado que él no iba a proponerle matrimonio, sin importar lo que dijera o hiciera? —Lady Eloise, no creo que entienda...

Su rostro se iluminó con una sonrisa, pero estaba dirigida a un joven que iba delante de ellos. Hizo que Drew se detuviera frente al muchacho clavando los talones en el suelo y no se podía mover. —Mi lord —dijo, radiante—. Qué agradable sorpresa verlo esta noche. Temía que estuviera bailando con otra persona.

El joven, el mismo que el padre había alejado de ella antes, pareció sobresaltado por su aparición, pero le ofreció a Lady Eloise una sonrisa genuinamente encantada y se inclinó profundamente. —Aún no, Lady Eloise. Temía que nunca tuviéramos la oportunidad de hablar esta noche.

Drew no fue presentado, y se quedó en silencio al margen, observando el breve roce de dedos, las mejillas sonrojadas mientras la pareja revelaba todas las señales de un afecto naciente. Las miradas embelesadas mientras se bebían con los ojos el uno al otro en silencio durante unos minutos resultaban decididamente incómodas de presenciar.

Drew había sentido y se había comportado exactamente de esta manera con su primera esposa antes de soltar apresuradamente una propuesta. Observarlo ahora era un recordatorio devastador de lo que había perdido.

Habría dado un paso atrás, pero Lady Eloise tenía un agarre de grilletes en su brazo. Drew no podía apartarse para darles privacidad para hablar de sus sentimientos. Tuvo que quedarse y escuchar cómo la pareja se las arreglaba torpemente mientras él le pedía bailar, y ella aceptaba sin aliento cuando él reclamó el baile de la cena.

Cuando le devolvieron la tarjeta, y se intercambiaron más palabras vacilantes, Lady Eloise lo miró repentinamente. —Puede devolverme con mi familia ahora, mi lord.

Él inclinó la cabeza, perplejo por el intercambio y por Lady Eloise dándole órdenes como si fuera casi un hermano para ella. —Por supuesto.

Asintió al joven embelesado y luego escoltó a Lady Eloise de vuelta hacia su familia. —Podría haberme presentado.

Ella agitó su abanico frente a su rostro. —¿A quién?

—Al joven que claramente está prendado de usted, y usted de él, sospecho —sugirió—. Me pregunto si podría esperar verlo muchas veces más en los años venideros.

Lady Eloise se sonrojó graciosamente y miró por encima de su hombro. Cuando se volvió, su sonrisa estaba tensa mientras susurraba: —Si me tiene algún afecto, guardará silencio sobre él. Mi familia...

—No se diga más. Puedo olvidar todo lo que acabo de no ver —prometió Drew sin un momento de vacilación. Si la elección de Lady Eloise no era popular entre su familia, él era el último hombre que querría entrometerse. Podría ser amor verdadero, incluso si el joven fuera tan

pobre como un ratón de iglesia. Solo Lady Eloise debería tener el derecho de decidir quién era el hombre para ella. No sería Drew, y estaba muy contento de que ella pudiera tener a alguien mejor en su mira.

La devolvió con una prima casada. Se quedó hasta que Lady Eloise fue abordada por otros solteros y tuvo los espacios restantes en su tarjeta de baile reclamados para más tarde en la noche.

El joven embelesado ya no se veía por ninguna parte, sin embargo. ¿Quién había sido exactamente? Nadie a quien Drew hubiera conocido antes, ciertamente. Después de un tiempo, Drew se excusó ante Lady Eloise y dejó el salón de baile, buscando otras formas de emoción que se podían esperar en un baile de este tamaño.

Fue a la sala de juegos, ganó una pequeña suma eventualmente, pero al final regresó al salón de baile, pasando el tiempo mientras esperaba que apareciera la mujer adecuada.

Su próxima esposa realmente se estaba tomando su tiempo en hacer su aparición.

Así que se entretuvo vigilando discretamente a Lady Eloise mientras era arrastrada por la pista de baile por incontables caballeros adinerados. Cuando el joven enamorado apareció para reclamar su turno antes de la cena, la familia de ella comenzó a susurrar entre sí, claramente sorprendida y más que un poco desaprobadora.

Drew ocultó una sonrisa cuando Lady Eloise y su aspirante a pretendiente pasaron frente a él. No tenían ojos más que el uno para el otro mientras bailaban. Sus palabras francas a Lady Eloise habían sido dichas en el momento adecuado, al parecer. Quería que ella pusiera sus miras en alguien más, quizás en este joven, por quien tenía mejores posibilidades de ser amada en reciprocidad. De cualquier manera, lo que sucediera en la vida de Lady Eloise ya no era de su incumbencia. Nunca lo había sido, tampoco.

Drew se dio la vuelta. Estaba más que listo para su propia pareja. Más que comprometido ahora a encontrar a alguien que encendiera una chispa en él. Quería lo que había tenido con Clare otra vez. Solo esperaba que cuando finalmente se casara, se le concediera más dicha conyugal que la primera vez. El destino no podía ser tan cruel como para escatimarle dos veces en su vida.

CAPÍTULO 2



AURORA HILLCREST ACEPTÓ de vuelta su tarjeta de baile, se despidió del último hombre que bailaría con ella esa noche y miró a su prima mayor.

—¿Ya estás satisfecha?

—Sí. Necesitas ser vista —prometió la señora Eugenia Berringer, ofreciendo una sonrisa traviesa—. Ahora que los asuntos de la velada están arreglados, tengo que preguntar cuántas veces intentó Sylvia convencerte de que te fueras con ellos.

Aurora echó un vistazo alrededor para ver quién estaba lo suficientemente cerca como para escuchar su respuesta.

—Siete veces directamente, cuatro indirectamente cuando hablaba con su marido y la marquesa viuda mientras yo estaba en la habitación. Y ya había declinado —respondió Aurora Hillcrest con una mueca ante la persistencia de su prima ausente—. Por supuesto que no iría. Podría haber disfrutado de dos semanas enteras lejos de Londres, pero con una de ellas atrapada en un carruaje con Sylvia y su marido, y luego otra viendo cómo tomaban las aguas en Bath por su salud —de la cual la mía ya es excelente, por cierto—, hizo que la decisión de rechazar fuera muy fácil.

Eugenia rió suavemente.

—Una visita a la sala de bombas asegura que todos puedan conversar abundantemente. Van por el aire fresco. Les hará bien a todos alejarse de la gran ciudad aunque sea por ese tiempo.

—Le hará bien a su marido. Wharton ha estado pareciendo acosado últimamente —Aurora se encogió de hombros—. La política lo altera con demasiada facilidad.

—Perseguir a Sylvia por la casa solía hacer lo mismo —susurró Eugenia, acercándose—. Pensé que algo de tiempo lejos le haría bien a su matrimonio, por eso estaba tan ansiosa de que se fueran.

Aurora se apoyó contra su prima.

—Si estabas tratando de inflamar sus pasiones, ¿por qué demonios sugeriste que llevaran a la marquesa viuda con ellos?

Eugenia le guiñó un ojo.

—Wharton tiene que dormir en algún momento. Además, Sylvia nunca habría dejado a la viuda atrás en Londres. Tiene viejas amigas allí, y sabía que estaba ansiosa por verlas de nuevo. Se ha vuelto nostálgica.

Aurora asintió, entendiendo por qué. La viuda gozaba de buena salud ahora, pero a principios del año pasado había sufrido una peligrosa cirugía para extirpar un tumor en el pecho. Solo ahora

declaraba sentirse como su antiguo yo otra vez.

—¿Sabes? No estoy segura de que quisiera viajar a ninguna parte con una suegra.

—Solo el tiempo lo dirá, y primero tendrías que estar casada para saber con certeza si te gustaría la experiencia —dijo Eugenia, dirigiéndole una mirada penetrante que siempre conducía a una conferencia sobre su impopular opinión de que nunca se casaría.

Aurora negó rápidamente con la cabeza, retrocediendo.

—No discutamos aquí.

—Muy bien, pero creo que es tremendamente injusto que te niegues la oportunidad de ser feliz.

Aurora haría una pésima esposa para cualquier hombre. Ciertamente, para cualquiera relacionado con la *alta sociedad* donde una reputación impecable, conexiones familiares y fortuna en forma de una generosa dote lo significaban todo.

Aurora bajó la mirada hacia la costosa y delicada creación de seda blanca que lucía esta noche. Hubo un tiempo en que jamás habría creído que podría poseer algo tan fino y elegante. Los matrimonios de sus primas la habían catapultado a un mundo del que se sentía y aún se siente indigna.

Aurora hizo una mueca y levantó la barbilla. El pasado no se podía cambiar, y esta era su vida. Acompañando a sus primas por la ciudad a los mejores eventos imaginables. Forzó una sonrisa en su rostro y observó a los alegres invitados que charlaban en el salón de baile de los Castlereagh, tratando de imaginarse como una de ellos. Puede que el matrimonio no fuera para ella. Nunca. Pero jamás envidiaría la felicidad de otros.

Aurora no podía soportar ser una vergüenza para sus primas. Ahora era una dama. Se esperaba que bailara, sonriera y fuera amable en todo momento en público. Ya no podía coquetear con apuestos desconocidos ni dejarse llevar por un breve y escandaloso romance. Lamentablemente, últimamente había pocas oportunidades de conocer a alguien más allá de los refinados círculos en los que se movía estos días con sus primas.

Sin embargo, una vez, antes de los matrimonios de sus primas, podría haber salido a bailar y animado a cualquiera que le gustara. En estos círculos dignos, las opciones de Aurora se veían severamente limitadas. El matrimonio o el escándalo eran sus únicas opciones aquí, y un beso robado descubierto era un camino garantizado hacia un matrimonio apresurado, especialmente para alguien en su posición.

—¿Estás segura de que no puedo convencerte de quedarte conmigo?

Aurora negó con la cabeza.

—Gracias por la oferta. Antes de que se me olvide, ¿asistirás al baile de Richmond la próxima semana?

Eugenia suspiró.

—Estoy esperando saber cuáles son los planes del duque y la duquesa antes de hacer los míos.

—Como siempre ahora —murmuró Aurora entre dientes, ocultando su decepción.

El calendario social de Eugenia parecía estar determinado por los caprichos del Duque y la Duquesa de Exeter. Aurora no había podido hacer planes con su prima esta temporada sin que ellos fueran consultados primero. En otro tiempo, Eugenia había sido capaz de tomar sus propias decisiones. Esa era la única queja que tenía contra el matrimonio de Eugenia.

Su prima la miró de repente.

—¿*Tú* fuiste invitada?

Aurora no había recibido una invitación para ir a ningún lado en mucho tiempo, y negó con

la cabeza. Con la abrupta partida de Sylvia de la ciudad, tampoco creía probable que la recordaran a estas alturas. Y dado que Eugenia no se había decidido a ir, podría perderse lo que se anunciaba como el evento de la temporada, gracias al reducido número de invitaciones repartidas.

Así era como parecían ir últimamente muchos eventos en la vida de Aurora, desafortunadamente. Iba junto a sus primas y a ningún otro lado. Pero no debía quejarse. Su vida realmente solo había empezado a florecer cuando se mudó a vivir con sus primas. Esa vida había sido buena al principio. Aventurera. Solo ellas tres contra los desafíos que el mundo les presentaba. Pero ahora sus dos primas estaban casadas, y tan bien, que no había dificultades que enfrentar a menos que se considerara el dolor de esperar la llegada de la próxima invitación.

Aurora miró sus manos enguantadas. Manos ahora tan suaves que parecía que nunca hubieran trabajado un día en su vida. Pero recordaba cuando estaban rojas y agrietadas. Cuando era pobre y la hacían sentir agradecida por tener un techo sobre su cabeza. Aurora sabía de primera mano cuán fácilmente se podía perder cualquier cosa buena. No le gustaba pensar en qué habría sido de ella sin sus primas.

En la actualidad, era una invitada perpetua de Lady Wharton, su prima casada Sylvia. Y una visitante poco frecuente del hogar de Eugenia con los Duques de Exeter. Aurora no había tenido un hogar propio desde que era una niña crédula.

Se apartó rápidamente de esa línea de pensamiento y forzó una sonrisa para las elegantes parejas que giraban a su alrededor.

Cuando Aurora miraba hacia el futuro, imaginaba una serie de noches similares a esta. Sin embargo, a menudo se sentía incómoda. Había tenido tiempo suficiente para aceptar que su situación no podía ser diferente. Sus libertades estaban más restringidas que nunca. Pero le molestaban.

Aurora anhelaba emoción. Escenificar una pequeña rebelión que nadie más en la sociedad descubriera. Seguir su corazón, no su cabeza, y al diablo con las consecuencias.

Pero también quería pertenecer. No dar a sus primas ninguna razón para arrepentirse de su apoyo. El rechazo, incluso la idea de este, era un temor que nunca estaba lejos.

Aurora paseaba junto a su prima mientras seguían al duque y la duquesa, que hacían su recorrido. Discutiendo sus planes para la temporada con quienes se encontraban. Aurora permanecía en silencio, sin tener ninguno propio que ofrecer a nadie.

Cuanto más escuchaba, más consciente se volvía de que no podía depender de la compañía de sus primas por el resto de su vida. Probablemente por eso la instaban a casarse y hacerlo bien, como ellas lo habían hecho. Cuando se mudó con ellas años atrás, Aurora, al igual que sus primas, estaba decidida a sacar lo mejor de lo que se le presentara. Pero lo había hecho sin definir nunca lo que quería para su propia vida. Ahora parecía que su única opción era enorgullecerlas con un matrimonio respetable.

Pero no podía hacer eso por ellas. Sería pedir demasiado.

Una vida sencilla, donde pudiera hacer algo de bien, le interesaba más.

Aurora siempre había resistido cualquier ambición en su vida, eligiendo dejar que el destino la sorprendiera una y otra vez. Descubrir ahora que podría querer más para su vida no era una sensación a la que estuviera acostumbrada. Ni siquiera le gustaba. Pero algo tenía que hacer con su situación, y pronto. No podía seguir a sus primas como un animal callejero al que habían acogido.

Había probado suerte como dama de compañía de una señora mayor, y aunque había disfrutado la experiencia, no quería estar a disposición de nadie. Quería su propio hogar. Un

lugar donde pudiera *elegir* quedarse, las telas de los muebles, la mejor vajilla en la mesa, los sirvientes que la atendieran y que también dependieran de ella. La hora de acostarse y levantarse no había sido realmente su decisión desde hacía casi un año.

Educar y dar clases a solteros y viudas para mejorar sus técnicas de cortejo tampoco había pagado lo suficiente como para darles a las tres mujeres todo lo que necesitaban.

¿Podría alguna vez tener su propia casa? Un lugar que fuera solo suyo, donde pudiera ser feliz de nuevo, lejos de todas estas tonterías.

Preferiría quedarse en Londres, también, donde estaría cerca de sus primas al menos durante la mitad del año hasta que regresaran a sus respectivas fincas en el campo. Ya estaban viviendo vidas bastante separadas. Pero incluso una vida sencilla en Londres no saldría barata. Probablemente tendría que trabajar en algo para generar ingresos y mantenerse.

Llegaron a un espacio abierto en el salón de baile, y se instó a Aurora a tomar un lugar cerca del Duque de Exeter para observar a la multitud.

La multitud les devolvió la mirada, como de costumbre.

A Aurora se le erizaba la piel al estar bajo un escrutinio tan marcado todo el tiempo.

Se alejó un poco más de su prima y del duque, e inmediatamente chocó con otro invitado. Aurora levantó la mirada hacia los ojos sonrientes de Lord Scarsdale, y casi gimió en voz alta.

—No se preocupe por mí, señorita Hillcrest —murmuró él.

—Mis disculpas, milord. No le vi parado ahí —respondió ella.

Él rio con fuerza. —Mi querida señorita Hillcrest, me hiere. Pensé que mi presencia era lo suficientemente imponente como para que no me pasara por alto.

—Estoy segura de que alguien de mayor importancia no lo pasa por alto —le aseguró ella, esperando que nadie lo hubiera escuchado jactarse de nuevo. Scarsdale era el último hombre con el que quería medir su ingenio esta noche, dado su estado de ánimo actual. Tenía cosas más importantes que hacer que complacer su necesidad de atención y elogios constantes. Estaba a punto de comprender lo que realmente quería para su vida.

—Pero usted es la invitada más importante de todas —le aseguró él con un guiño juguetón.

Ella gimió por lo bajo y no cayó en la provocación.

Él acercó su cabeza y susurró: —¿Está todo bien? Parece... no sé. Distraída, y no de una buena manera.

—Estoy como siempre —le aseguró Aurora. Abrió su abanico de golpe y lo agitó frente a su rostro como todas las demás mujeres, fingiendo que la sala estaba demasiado calurosa para ella. Pero detrás de su pantalla protectora, ocultó una expresión agria. Scarsdale era el tipo de hombre que se quedaba merodeando, incluso sin ningún estímulo de su parte.

—No. Usted *está* de mal humor y simplemente no quiere admitírmelo —susurró él—. La conozco desde hace demasiado tiempo como para confundir esa expresión en sus ojos y suponer que está contenta. ¿Acaso mis halagos carecen de su brillo habitual esta noche, o su humor se debe a alguien en particular?

—No sé a qué se refiere —respondió ella, alejándose de él y esperando que captara la indirecta para hacer lo mismo.

Él hizo una mueca. —Creo que todavía está enojada conmigo por mi persecución del año pasado. No puede culpar a un hombre por esforzarse en seducirla. Estuve equivocado entonces, y desde entonces solo he deseado verla sonreír.

—Está olvidado —le prometió ella—. Pero espero que su disculpa no tenga nada que ver con que Wharton haya dado a conocer que ofreció dotarme esta temporada —murmuró Aurora, encontrando su mirada—. No hace tanto tiempo que usted me consideraba una tonta crédula solo

apta para ser seducida.

Ella y Scarsdale no eran exactamente amigos, debido a su comportamiento pasado. Pero eran compañeros frecuentes en bailes y cenas esta temporada. Si él hubiera sido honesto, quizás le habría caído mejor. Pero lo había conocido inicialmente como un posible cliente de la Academia Hillcrest, una empresa que sus primas habían creado para ganarse la vida ayudando a los caballeros a prepararse para un futuro cortejo.

Scarsdale había sido aceptado de inmediato porque supuestamente padecía un impedimento del habla alrededor de las mujeres. Pero eso resultó ser una excusa completamente inventada para burlar a su mayordomo y encontrarse con ella en un entorno más privado.

Durante un tiempo, se había sentido acosada por él. Sin embargo, alguien debió haberle dado un severo sermón porque había comenzado a proferir interminables disculpas por su comportamiento cada vez que se encontraban.

Él hizo una mueca. —¿Puede culpar a un hombre por hacer todo lo posible para conocer a una dama tan hermosa como usted? También me disculpé con sus primas por mi engaño cuando nos conocimos —dijo, y luego tiró de su chaleco—. Este es un nuevo comienzo. Una nueva temporada, y nunca dejaré que olvide que usted tenía mucho que ofrecer incluso entonces.

Aurora asintió a un antiguo cliente mientras pasaba con una hermosa dama del brazo. Scarsdale debería estar haciendo lo mismo: buscando una esposa para sí mismo en lugar de tratar de encantarla para que le agradara más. —¿Va a bailar con alguien en la próxima pieza?

Scarsdale gruñó y pareció disgustado ante la idea. —Lady Eloise. Mi madre lo arregló. De nuevo.

Lady Eloise. Gran dote. Excelente compostura y una larga lista de logros que la ponían en la cima de cualquier lista de posibles novias. A Aurora le gustaba mantener un catálogo mental de detalles sobre las damas que buscaban marido, por si alguna de ellas pudiera convenir a algún caballero que conociera. En el pasado, a menudo había confiado en su conocimiento para ayudar a los clientes caballeros de la Academia Hillcrest. Ya no necesitaba hacer tales cosas, pero las viejas costumbres son difíciles de olvidar.

—Piense en su dote y conexiones si necesita soportar la tarea —sugirió en voz baja, recordando la necesidad de Scarsdale de eventualmente casarse bien para apuntalar la fortuna familiar. Aún no estaba en necesidad desesperada, pero más capital ciertamente aumentaría su comodidad en los años venideros.

Aurora tenía exactamente la misma necesidad de fondos, pero nunca consideraría el matrimonio solo para avanzar y asegurar un mejor futuro. Pero, ¿podría la casamentería por su cuenta alguna vez pagarle el sustento? Era una idea que había considerado antes, pero sus primas habían descartado de plano la idea de que ganara un ingreso después de sus matrimonios. Sin embargo, si no tenía intención de casarse, debería hacer algo valioso con su vida. La casamentería ciertamente merecía una seria consideración de nuevo.

Scarsdale se inclinó cerca, bajando la voz para responder: —Aunque Lady Eloise es hermosa de ver, parece demasiado remilgada.

Aurora luchó por no poner los ojos en blanco. Él había prometido bailar con la hija de un duque. Debía cumplirlo, o la joven dama sufriría los efectos negativos de un descuido imprudente. —¿Ha hablado con ella más allá de comentar sobre el clima y pedirle que baile?

El conde arrastró los pies. —No exactamente.

—Eso es justo lo que sabía que dirías —dijo ella, tomando aire. Nunca antes había dirigido a ningún cliente de manera tan audaz, pero si quería hacer carrera en algo, ser casamentera era un buen comienzo. ¿Por qué no empezar con Scarsdale? Dudó solo un momento antes de ofrecer su

opinión—. Para tener alguna oportunidad con alguien tan inocente, debes hacer un esfuerzo por conocerla —le aconsejó—. Haz que se abra. Usa palabras, no tu técnica habitual de miradas lascivas, guiños y movimientos de cabeza. Eso solo funciona con viudas y esposas aburridas. Sé honesto sobre tu interés, pero ve despacio.

Sus mejillas se sonrojaron, pero no protestó diciendo que ella lo malinterpretaba. Al no hablar, también evitaba hacer promesas que no quería cumplir.

Aurora realmente había disfrutado el tiempo que había pasado ayudando a los caballeros a conquistar el mercado matrimonial junto con sus primas mayores, pero podía ser extremadamente frustrante con algunos clientes.

Nunca había perdido sus instintos, y sabía que lo que los hombres necesitan y lo que quieren son frecuentemente dos cosas diferentes. Los hombres a los que había ayudado a menudo miraban en la dirección equivocada al buscar una novia. Scarsdale no necesitaba realmente casarse con una mujer con la dote más grande. Una fortuna modesta bastaría. Necesitaba más bien alguien lo suficientemente inteligente como para mantenerlo a raya. Lady Eloise serviría al menos para practicar el cortejo, hasta que Aurora le encontrara una mejor pareja.

Disfrutaría esto.

Pero primero tenía que convencerlo de la idea de hacer una unión bien considerada.

—Como hija del Duque de Eastwick, Lady Eloise ha tenido muchos pretendientes respetables, y una saludable dote lo suficientemente grande como para atraer a muchos más bribones a su órbita. Pero es un poco desconocida. Exteriormente callada y apropiada, pero su comportamiento tranquilo no significa nada, en mi opinión. Conozco a muchas mujeres que hablan de una manera en público y cambian notablemente su tono en privado —le advirtió—. Lady Eloise podría resultar ser exactamente el tipo de mujer que necesitas en tu vida.

Scarsdale al menos pareció considerar lo que ella tenía que decir.

Ella giró la cabeza para observar a la joven dama, que estaba de pie con su familia al otro lado del salón de baile. ¿Por qué no podría ser ella para que Scarsdale se casara?

Cuanto más miraba Aurora, más deseaba verlos de pie uno al lado del otro. Puede que ella no fuera una conquista fácil y Scarsdale necesitaba un desafío en su vida.

Aurora se volvió hacia Scarsdale e inclinó la cabeza en dirección a Lady Eloise.

—No deberías retrasar el acercarte a ella esta noche.

Scarsdale miró de nuevo al otro lado de la sala, vio a otros hombres merodeando alrededor de Lady Eloise y gruñó, el único reconocimiento de que había detectado rivales potenciales en la habitación.

Aurora asintió.

—Podrás contarme más tarde lo encantador que fuiste con Lady Eloise y cómo te respondió ella.

La miró con una expresión agria, pero se dirigió hacia la belleza distante con más entusiasmo del esperado.

Si Scarsdale hubiera iniciado la persecución por sí mismo, y no porque su madre lo manipulara para que pidiera un baile a la joven dama, Aurora podría tener más esperanzas de que surgiera una pareja.

Sin embargo, a Scarsdale no se le había dado opción, así que por supuesto iría de mala gana y a regañadientes. Contuvo la respiración y observó su intercambio inicial, con los dedos cruzados mientras la mujer se giraba hacia él con una sonrisa de bienvenida.

Aurora encontraría la manera de convertir una vez más en realidad su sueño de ganarse la vida por sí misma, pero podría hacerlo con un lord reticente a la vez.

—Ah, al fin la encuentro, señorita Hillcrest —murmuró una voz profunda y familiar—. Buenas noches.

Un escalofrío de tensión no deseada recorrió la piel de Aurora ante el timbre despreocupadamente seductor del hombre que se dirigía a ella. Lord Sullivan. Se giró y miró a la cara familiar de su antiguo cliente con una sonrisa de bienvenida. Pero por dentro, estaba llena de tristeza.

Lord Sullivan había sido uno de los visitantes más frecuentes de la Academia Hillcrest, y quizás el más difícil para ella, personalmente. No podía dejar de lado fácilmente su dolor por la esposa que aún amaba y echaba de menos, y el pesar por la muerte de su hijo durante el parto lo atormentaba. Fue el primer y único cliente que Aurora había considerado un caso perdido. Había tratado de evitarlo desde que la academia cerró.

—Mi lord —respondió, bajando la mirada mientras hacía una respetuosa reverencia al conde —. Me alegro de verle de nuevo.

—Y yo a usted. No tenía idea de que asistiría. Los Castlereagh son viejos amigos de la familia —murmuró Sullivan, inclinándose ante ella—. Castlereagh asistió a los funerales de Clare y Pip.

Aurora se había acostumbrado a oír a Sullivan mencionar a su difunta esposa e hijo, pero le dolía tanto como siempre. El hombre nunca dejaba de mencionar sus nombres al menos dos veces en cualquier conversación.

—Los Castlereagh también son amigos de Exeter, así que aquí estoy yo también. —Apartó la mirada de él, viendo a Scarsdale aún cortejando a Lady Eloise, y sonrió.

—Una afortunada circunstancia para todos nosotros tener su compañía en cualquier evento. Ya presenté mis respetos a la señora Berringer, y luego la vi a usted aquí sola —murmuró Lord Sullivan mientras se acercaba, y sus pulmones se llenaron con el aroma de su distintiva colonia.

Luchó por respirar durante un largo momento, optando por el silencio en lugar de una respuesta que podría haber salido como un gemido. ¿Por qué debía existir un aroma tan tentador y ser usado por este hombre? Debía bañarse en la colonia varias veces al día.

No debía imaginárselo bañándose desnudo. Nada bueno podría salir de esa perversa especulación. Reprimió otro escalofrío.

—Gracias.

—Me pregunto si me haría el honor de concederme un baile esta noche, señorita Hillcrest. Quizás el baile antes de la cena, para que podamos conversar.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento, pero mi carnet de baile está completo —se disculpó.

—Ah, llego tarde otra vez —golpeó su puño contra la palma de su mano como si estuviera severamente decepcionado por la noticia—. Debí haber buscado asegurar un baile antes.

Aurora se arriesgó a aspirar profundamente su deliciosa colonia, un aroma que nunca fallaba en hacerle enroscar los dedos de los pies dentro de sus zapatillas, antes de responder.

—Quizás en otra ocasión. Por favor, no deje que lo retenga, milord. Disfrute su velada.

—Por supuesto, lo mismo para usted —Sullivan inclinó la cabeza, pero la línea de preocupación entre sus ojos se profundizó al encontrarse con su mirada—. Pero antes de que nos separemos, señorita Hillcrest, quizás me haría el honor de reservarme el baile de la cena en el próximo baile al que ambos asistamos.

Aurora inclinó la cabeza con gracia.

—Me encantaría —prometió mientras su siguiente pareja se acercaba—. El próximo baile está por comenzar.

Sullivan suspiró profundamente antes de alejarse a grandes zancadas cruzando la sala, con los hombros erguidos, girando la cabeza de un lado a otro mientras probablemente buscaba a su siguiente pareja de baile.

Aurora dio la bienvenida a su propio compañero y fue arrastrada a la pista de baile. Sin embargo, observó cómo las largas piernas de Sullivan aumentaban la distancia entre ellos con el corazón apesadumbrado. Era apuesto y rico. Un noble en todo el sentido de la palabra. Era bueno y merecía ser feliz, y Aurora esperaba que eligiera una novia esta temporada.

Pero había algo mal con el conde... una sombra que siempre le impediría alcanzar la verdadera felicidad. Todavía estaba completa y absolutamente dedicado a su difunta esposa e hijo. Ninguna mujer debería tener que competir con eso.

CAPÍTULO 3



LAS MUJERES DEBÍAN ser las criaturas más exasperantes que existían, y Aurora Hillcrest no era diferente a todas las demás. Normalmente, Drew estaba acostumbrado a saber que podía tener todo lo que quisiera con solo mover su dedo meñique. Pero no esta noche, al parecer. Incluso la única Hillcrest con la que más disfrutaba bailar estaba fuera de su alcance.

Drew hizo una mueca ante otra oportunidad perdida de bailar con una mujer que admiraba. Pero este se sentía como el mayor desaire de la noche. ¿Debería importarle que una mujer a la que le había pagado para escuchar sus miedos más profundos y oscuros pareciera empeñada en evitarlo a toda costa esta temporada?

Definitivamente le importaba esta noche.

Al principio de su relación, Aurora Hillcrest había sido tan comprensiva. Tan útil para absolverlo de cualquier culpa que sintiera por su necesidad de volver a casarse por el bien de su título y su familia. ¿Acaso ya no le agradaba en absoluto, ahora que no había dinero de por medio? ¿Habían sido todas sus muestras de amistad una simple actuación?

Drew hizo una mueca y tomó nota de la ubicación de su pareja de baile para el siguiente set, y luego volvió a estudiar a Aurora Hillcrest una vez más. La había considerado tan buena amiga como sus primas, Lady Wharton y la señora Berringer, aún lo eran, pero parecía que Aurora no sentía lo mismo por él. Sus primas casadas trataban su llegada mucho mejor, de la misma manera que siempre lo habían hecho cuando les pagaba por hacerlo. La Academia Hillcrest ya no existía, pero eso no cambiaba nada para él. Las Hillcrest eran buenas mujeres que esperaba mantener en su vida.

Todas ellas.

Pero parecía que había una que se alegraba perpetuamente de verlo partir. La forma en que lo había rechazado para bailar con otro hombre aún le hacía rechinar los dientes.

Una mano le palmeó el hombro, y fue bruscamente tironeado hacia abajo a la derecha mientras la voz del más bajo Lord Wade retumbaba en su oído por encima del bullicio.

—Tres bailes, dos cenas y un picnic en el primer mes de la temporada. Por favor, sácame de mi miseria y dime que por fin has elegido una novia.

Drew sacudió la cabeza vigorosamente, en lugar de gritarlo sobre el ruido de la multitud para que todos lo oyeran. Lord Wade era otro confidente que conocía sus luchas internas. Había conocido lo extraordinaria que había sido la primera esposa de Drew, habiéndola conocido durante su primera temporada años atrás.

Se volvió para mirar a su amigo más antiguo. Wade parecía estar de muy buen humor, pero

Drew lo miró con amargura. Probablemente ebrio de amor otra vez.

—Así que finalmente dejaste el lado de tu esposa, Wade, para recordar hablar con tu amigo más antiguo.

—Oh, no está lejos. Mi amor está allá vigilando a su hermana, Lavinia. Dicen que estaba espantando a sus pretendientes haciendo demasiadas preguntas impertinentes —Wade se rio—. ¿Acaso no es mi derecho como cuñado?

—Oh, absolutamente —prometió Drew mientras se giraba en esa dirección y fácilmente divisaba a Lady Wade y a su vibrante hermana menor Lavinia, rodeadas de caballeros que competían por su atención—. Es popular.

—En efecto, justo como mi esposa en su primera temporada —se jactó Wade con la orgullosa sonrisa de un marido completamente embelesado que estaba seguro de que los afectos de su mujer le pertenecían solo a él.

—Lo recuerdo —murmuró Drew.

Drew no codiciaba las esposas de otros hombres, pero había sido uno de los potenciales pretendientes de Lady Wade durante un breve período. Estaba verdaderamente contento de no haber perseguido a Portia, una vez que descubrió la adoración del vizconde por una mujer que él creía perdida.

Lady Wade era, sin duda, buena para su amigo. Su fortuna había rescatado a la familia de Wade de la indigencia, restaurando a una antigua familia en la sociedad de una manera que el vizconde nunca había soñado posible. Wade finalmente había revelado lo malo que había sido para él y su tía, durante una noche de copas mucho después de que el matrimonio hubiera tenido lugar. Esconderse de los acreedores, vender muebles queridos como la mesa de billar que guardaba tantos buenos recuerdos, había pasado factura.

Pero ahora, se había esfumado la ropa de noche gastada y raída que Wade lucía cuando Drew había vuelto al mercado matrimonial en busca de una segunda esposa. Habían jugado muchas partidas de billar juntos desde entonces, una vez que la mesa había sido devuelta a su legítimo dueño.

Wade también había temido perder a Portia ante un duque más acaudalado pero ampliamente antipático. Portia finalmente había elegido a un vizconde al que amaba sobre la vida como duquesa con un hombre difícil por el que quizás nunca habría aprendido a sentir afecto.

La gente aún hablaba sobre el abrupto final de ese compromiso y su casi inmediato matrimonio con un mero vizconde. Era agradable ver a un buen hombre y a una familia revertir su fortuna, y todo porque había encontrado el amor. Aunque la afluencia de dinero no había cambiado a Wade en absoluto. Seguía siendo tan tacaño como siempre.

El dinero nunca había sido un problema grave para Drew. Ahora era lo suficientemente rico como para tener cualquier cosa... excepto un simple baile con la señorita Hillcrest esta temporada, pensó con amargura.

Ella seguía en la pista de baile, y todas las decepciones de la noche parecían amplificarse por su deslumbrante sonrisa dirigida a ese otro hombre.

Drew sintió una punzada de inesperados celos. Aurora había sido una amiga extraordinariamente buena, y encajaba bien en sus brazos las pocas veces que habían girado juntos en un baile.

Dieciséis veces en total.

Dieciséis... pero la decimoséptima ocasión estaba resultando imposible de concertar.

¿Realmente estaba tratando de evitarlo, o solo se sentía así esta noche? Pero si lo estaba evitando, ¿por qué querría hacerlo?

¿La había ofendido de alguna manera en los últimos meses? Estudió su rostro, sonrojado y sonriente mientras giraba en la pista de baile en brazos de otro hombre. Parecía estar disfrutando con el tipo. Y era así con todos con quienes bailaba. Sabía de varios otros caballeros interesados en Aurora también, algunos honestos en su consideración y otros mucho menos respetuosos de lo que ella merecía.

La persecución de Drew, sin embargo, no era romántica de la manera en que lo eran las otras.

Pero desde que comenzó esta temporada, desde que ella había empezado a evitarlo notoriamente, se sentía menospreciado. Ese malestar lo había llevado a hacer un hábito de vigilarla. Ella no tenía parientes masculinos de su propia familia que él hubiera conocido o de los que hubiera oído hablar que pudieran cuidarla. Solo estaban Lord Wharton y el señor Berringer, sus primos políticos, pero ellos tenían esposas y otras responsabilidades.

Cuando el baile terminó, Aurora y su pareja se dirigieron hacia su esquina, pero de repente cambiaron de dirección, con las cabezas inclinadas juntas. Ni una sola vez Aurora miró en su dirección, aunque él era lo suficientemente alto como para destacar en cualquier multitud. Era casi como si ella estuviera tratando de evitar incluso mirarlo.

Pero seguramente eso no podía ser cierto. Él no era horrible. Ella incluso lo había llamado guapo una o dos veces. Le había asegurado que no tendría problemas para encontrar una novia. ¿Acaso sus elogios habían sido solo para asegurarse de que les diera buenas propinas?

Se volvió hacia Wade.

—Tengo un baile con Lavinia más tarde.

—Sí, el de después de la cena. Ten cuidado —murmuró Wade.

Drew alzó una ceja ante la advertencia inesperada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Todavía le gustas demasiado —se quejó Wade—. Hubo una considerable emoción después de que solicitaras ese baile con ella. Ya sabes cómo es. —Wade lo miró con el ceño fruncido—. No toleraré ninguna tontería, ni siquiera de ti.

—No tienes motivos para preocuparte por mí. —Drew y Lavinia Hayes se llevaban muy bien, y a menudo bromeaban con Wade en su casa. Le caía bien la cuñada de Wade. Era divertida, inteligente y obviamente apreciaba a Wade. Drew había pasado muchas noches en compañía de Wade esta temporada, también en compañía de todos los miembros de la familia de Wade y Portia. Pero hasta ahí llegaba su admiración, y nunca iría más allá con Lavinia. Sin embargo, Lavinia estaba claramente interesada en *él*, lo que preocupaba a Wade—. Me comportaré de la mejor manera —prometió. Drew asintió solemnemente—. No soy el hombre para ella.

—Es una lástima —murmuró Wade—. Pero lo entiendo.

Lavinia Hayes también le hacía sentir su edad. Ella era toda energía y emoción. Quizás la consecuencia de su juventud e ingenuidad. Había tanto del mundo que quería salir a ver. Solo después de tener experiencia en el mundo estaría contenta con lo que un hombre como Drew podría ofrecerle a una mujer. Estabilidad, afecto y una vida de comodidad y compañía. Ahora mismo, Lavinia necesitaba que llegara un joven enérgico y la swept off her feet, poniéndole el mundo patas arriba.

Drew no era ese hombre.

Echó un vistazo a todas las jóvenes que estaban siendo empujadas hacia cualquier hombre que pudiera llevárselas de las manos de sus familias, y se estremeció. Ninguna era lo que Drew realmente quería.

El matrimonio tampoco era lo que realmente quería aún, pero si iba a atarse con alguien, su

vínculo tenía que ser real. Afecto, quizás el comienzo del amor... la compañía podría ser suya de nuevo si alguna vez conocía a la dama adecuada. Aún no la había encontrado, así que, desafortunadamente, debía continuar su búsqueda.

Tal vez había algo malo en él que no podía ver.

Drew se volvió hacia Aurora Hillcrest nuevamente y frunció el ceño cuando no pudo verla en la pista de baile ni en el perímetro del salón. Tampoco podía localizar a su pareja, y eso le preocupó lo suficiente como para ponerse de puntillas para tener una mejor vista de su entorno. Aurora debería tener cuidado con los hombres que no conocía bien. Era demasiado bonita para andar sola por ahí.

Se relajó cuando finalmente la vio de pie con una amiga no muy lejos, charlando con un par de solteros bastante poco destacables, para variar. Parecía que aún se estaba divirtiendo. De una manera que nunca lo hacía cuando él estaba cerca. Realmente solo había una conclusión a la que podía llegar.

Bajó la mirada. Ella no debía gustar de él en absoluto, y eso... dolía.

Wade le dio una palmada en el hombro a Drew.

—Portia está planeando otra cena íntima pronto. Solo nosotros cuatro. ¿Te unirás a nosotros, o puedo decir que tienes planes para todos los jueves por la noche en un futuro previsible? ¿O al menos hasta que Lavinia esté comprometida?

—No estoy seguro de cuáles son mis planes —Normalmente disfrutaba cenando con Lord y Lady Wade en su casa los jueves, pero quizás fuera necesaria cierta distancia si su asistencia había generado expectativas más allá de la amistad—. Pero por todos los medios, dile a tu esposa que estoy ocupado los jueves, y me aseguraré de estarlo —ofreció.

Wade asintió.

—Gracias. Sabes, podría haber sido divertido emparentar —reflexionó.

Drew negó con la cabeza.

—Tan divertido como compartir aquella habitación en la escuela, diría yo. Solo que por mucho más tiempo.

Wade hizo una mueca.

—Tú hiciste que la escuela fuera soportable.

—Tú hiciste lo mismo por mí —aseguró Drew.

Se quedaron hombro con hombro, hablando de sus días de escuela y observando el desfile de bailarines que pasaban frente a ellos.

Soltó un suspiro cuando Aurora Hillcrest pasó girando nuevamente del brazo de otro alguien que no reconocía.

—¿Quién es ese tipo con Aurora Hillcrest?

—Un viejo amigo de mi suegro. Te lo presentaré más tarde. George Fullerton. Dinero nuevo. Un hijo de puta con suerte, además. Hizo su fortuna en cinco años en la bolsa. Ambicioso. Portia me dice que está buscando una novia igual de adinerada esta temporada, pero todavía tiene un ojo puesto en todas las damas, si me entiendes. Será mejor que dejes de perder el tiempo, o te perderás a tu pareja ideal.

Drew apartó la mirada de Aurora Hillcrest inmediatamente y sonrió tensa mente a Wade.

—No tengo prisa por casarme.

—Pero él sí. Preguntó si contratar a una casamentera para que le presentara a las mejores familias era algo común —advirtió Wade.

—Solo tendría que preguntarte a ti ese tipo de información —murmuró Drew, y dejó escapar un profundo suspiro—. Conoces a todo el mundo... y sus secretos también.

—Intentó obtener información de mí, por supuesto —murmuró Wade, quitando una mota de polvo de su solapa y sonriendo con suficiencia—. Pero estoy guardando mis mejores consejos para mi amigo más antiguo y querido. Él necesita toda mi ayuda. Y por eso, te recuerdo nuevamente que las mujeres no esperarán para siempre a que un hombre dé el primer paso. Si ves a alguien que quieres, ve allá y consíguela.

Drew miró al otro lado de la sala, notando que Aurora ya estaba entrando en la pista de baile con otro hombre. Con razón apenas le había dedicado un momento de conversación antes. —No tengo prisa, como te he dicho muchas veces.

—Un poco de urgencia de tu parte no vendría mal —murmuró Wade—. No te estás haciendo más joven.

Drew suspiró, deseando que Wade dejara de burlarse de él y de ofrecerse a entrometerse en su vida amorosa. Sin duda, Wade había jugado un papel importante en ayudarlo a casarse con su primera esposa. Lo había hecho sin que se lo pidieran, y ciertamente había ayudado a crear una oportunidad para proponer matrimonio. Sin embargo, Drew esperaba poder manejar un cortejo y un segundo matrimonio por su cuenta esta vez.

—¿El club? ¿Mañana?

—Supongo que estaré allí a mi hora habitual —dijo Wade—. Podemos discutir tu plan de batalla para el resto de la temporada.

Por fin, Aurora se quedó sola. Pero el tipo que acababa de dejarla se volvió una vez para estudiarla antes de continuar su camino fuera de la sala.

Su interés era evidente.

Y el de Aurora también lo había sido.

Drew apretó los dientes, molesto porque ella estaba claramente más interesada en la compañía de un nuevo conocido que en la de un caballero que conocía desde hacía dos temporadas. Se giró sobre sus talones para enfrentar a Wade. —Conseguir un matrimonio no es una batalla.

—Pero el cortejo sí lo es —advirtió Wade—. La lucha siempre es más feroz cuando hay deseos en conflicto.

Drew estaba de acuerdo con ese sentimiento.

Una campanilla tintineó en algún lugar de la multitud, anunciando la formación de un nuevo set.

Se esperaba que bailara con una nueva conocida, pero sus pies se mostraban reacios a moverse. Prefería buscar una oportunidad para acercarse a Aurora de nuevo y llegar al fondo de cuándo y cómo la había ofendido.

Sin embargo, primero tenía que cumplir una promesa. Hablar con Aurora Hillcrest tendría que esperar otra ocasión. Solo en relativa privacidad podría preguntarle qué había hecho o dejado de hacer. Y luego, una vez que hubiera expresado su queja y la de ella, si es que había alguna, volvería a su búsqueda de la novia adecuada.

Drew se disculpó ante Wade. —Será mejor que encuentre a mi próxima pareja.

Wade asintió lentamente. —Si podemos despedirnos con un último consejo. Para atrapar a la novia adecuada, tal vez tengas que romper algunas reglas. Clare te lo puso más fácil de lo que merecías.

Drew también estuvo de acuerdo con eso, y cruzó la sala hacia su próxima pareja de baile. Una viuda como él.

Drew le sonrió y extendió su mano. Se había comportado de la mejor manera desde que regresó a Londres en busca de una novia. Nada de mujeres ligeras. Nada de comportamientos

imprudentes que pudieran perjudicar sus posibilidades de hacer el emparejamiento que necesitaba. Sus restricciones autoimpuestas a veces lo irritaban, pero era consciente de que volver al mercado matrimonial por segunda vez lo diferenciaba de otros hombres. Su primera esposa había muerto intentando dar a luz a su hijo. Podía imaginar que otra dama podría temer el mismo destino si se casara con él.

Drew hizo girar a la viuda entre sus brazos en la pista de baile y le sonrió, rescatando de su memoria una pregunta sobre la situación familiar de ella que quería aclarar. Ella respondió de inmediato, y él se quedó sin palabras.

Esta tampoco era la mujer que él quería. No le había gustado su respuesta.

Contuvo su irritación. Wade tenía razón. No siempre había sido un caballero bien portado. Como todos los demás, había arriesgado su reputación por la emoción, y con algunas damas también. A su primera esposa le había gustado su lado más salvaje, pero eso casi había terminado con su cortejo antes de que realmente comenzara.

El matrimonio lo había asentado en muchos aspectos. Ahora sabía lo que quería en una mujer y no soportaba la idea de tomar la decisión equivocada. El matrimonio era para siempre, o hasta que la muerte causara una separación. Drew tenía la intención de reservar su ardor y travesuras para perseguir a su futura esposa por la alcoba. Hasta que llegara ese feliz día, presentaba su mejor cara al mundo.

Titubeó a mitad de un paso pero se recuperó rápidamente con una disculpa susurrada a su pareja.

¿Era *ese* el problema que Aurora tenía con él? ¿Había descubierto su pasado desenfrenado y se había dado cuenta de que siempre llevaba una delgada máscara de respetabilidad en público? Habían hablado extensamente sobre su vida, tanto de casado como de soltero. Por supuesto, había omitido gran parte de lo último al hablar con ella.

Aurora Hillcrest se había ganado la vida trabajando con caballeros reacios al matrimonio. Le había hecho muchas preguntas sobre su opinión de las mujeres y su deseo de una segunda esposa. Si alguien lo conocía mejor que nadie, podría ser ella. Y si así fuera, ella podría tener algunas ideas sobre por qué él aún no había tenido suerte encontrando esposa.

Quizás era hora de dejar de fingir, al menos con ella, y hacer las preguntas directas más pronto que tarde.

CAPÍTULO 4



AURORA VEÍA INFINITAS posibilidades para hacer de casamentera cuando miraba a su alrededor, a sus amigos y conocidos. Todos tenían una serie de gustos y disgustos familiares en cuanto a parejas románticas, aunque muchos se sentían incómodos hablando de ello en voz alta.

Después del baile, era nuevamente invitada del Sr. y la Sra. Berringer, quienes presidían una reunión privada de amigos en las primeras horas de la mañana en la casa londinense del Duque de Exeter. El aparador a su derecha casi gemía bajo el peso de un abundante refrigerio preparado por eficientes sirvientes. Media docena de invitados picoteaban en cualquier momento del festín, discutiendo los últimos chismes escuchados durante la última semana.

Sus noches en Grafton House con Eugenia eran casi tan predecibles como las que pasaba en casa con Sylvia, aunque nunca compartiría esa opinión con nadie relacionado con ninguna de las dos casas. Era la multitud habitual, solo que más mayor que cuando había llegado a Londres por primera vez.

La verdad era que Aurora estaba tan inquieta esta noche que apenas podía soportarse a sí misma. Ciertamente podría hacer una pareja para cualquiera aquí esta noche si se le diera la oportunidad. Pero tal como estaban las cosas, tenía que ser práctica. Tenía recursos limitados y necesidades mayores. Necesitaba una ocupación de nuevo. Y el mejor lugar para empezar era trabajando con los miembros solteros de la *alta sociedad*.

Pero cómo abordarlos... bueno, eso era un poco un desafío. Las solteronas probablemente no eran las primeras personas recomendadas para hacer de casamenteras para nadie. Necesitaría a alguien que lo hiciera por ella. Tal vez Scarsdale podría escribirle una referencia si lograba emparejarlo exitosamente con una novia. Pero había pocos que tomaran en serio al joven lord, y él no estaba precisamente ansioso por casarse.

Miró a su alrededor. Podría necesitar a alguien con reputación de sinceridad y gusto exigente, si iba a pedir una carta de referencia para compartir. Tenía que encontrar al soltero y la solterona perfectos para sus primeros clientes, y probablemente ofrecerles sus servicios de forma gratuita.

La mente de Aurora estaba tan fija en lo que podría hacer de su vida con una carrera de casamentera que no se dio cuenta de que alguien se había acercado a su lado. No hasta que inhaló el aroma más delicioso que jamás hubiera usado hombre alguno, y suspiró en voz alta.

Cerró los ojos, aturdida. Aurora no necesitaba mirar hacia arriba para saber quién era. Su respiración entrecortada había llevado el aroma de la distintiva colonia de Lord Sullivan directamente a sus sentidos. Pero eventualmente, lo miró. Era tan alto, y Aurora tembló un poco al tenerlo cerniéndose sobre ella. Tan cerca. *Demasiado* cerca.

Dio un paso atrás, intentando recuperar la compostura. —Buenas noches, milord.

Él frunció el ceño, pero luego asintió. —¿Puedo interesarla en una taza de té?

—Sí, de hecho estaba a punto de pedírselo a un sirviente —dijo ella, apartándose.

—No te molestes. Está en la biblioteca, esperándote ahora —le dijo en un tono cortante que ella no le había oído a menudo.

Ella miró lentamente al conde, preguntándose si algo le había molestado, aparte de lo habitual de no tener esposa. —Ah, gracias por decírmelo. El mayordomo de Exeter ha leído mi mente. Con permiso.

No le invitó a acompañarla. No quería quedarse atrapada en una conversación con él esta noche. Tenía mucho en qué pensar, y la tranquila biblioteca era en realidad el lugar perfecto para hacerlo. Podría consultar la copia del ducado del duque mientras consideraba su elección del primer cliente y cómo acercarse a ellos. Tenía que hacerse con delicadeza. Tendría que demostrar que había una muy buena razón para confiarle su felicidad.

Desafortunadamente, Sullivan *sí* la siguió a la biblioteca por su propia voluntad, y cuando ella se sentó en uno de los cómodos sofás de cuero de Exeter más cercanos al fuego, Sullivan se sentó a su lado. Cerca.

Ella gimió suavemente, y luego deseó instantáneamente devolver el sonido a su garganta cuando él la miró con una pregunta en sus ojos.

La había oído.

Sonrió rápidamente. —Ha sido una noche larga.

—En efecto, sí. A menudo echo de menos los horarios del campo —murmuró él.

En cualquier momento, Sullivan se lanzaría a su habitual divagación que involucraba a su difunta esposa y alguna noche de verano de hace mucho tiempo que habían compartido. Aurora suspiró internamente mientras alcanzaba la tetera. Los relatos tristes siempre se escuchaban mejor con una taza de té.

Sullivan levantó una mano para detenerla. —No, no, debes estar exhausta después de todo el baile de esta noche. Todos los turnos. Déjame servirte una taza del té que pedí que prepararan para ti.

Ella lo miró boquiabierta y echó un vistazo a las puertas de la biblioteca, preguntándose por qué se había molestado. —¿Deberíamos esperar a los demás?

Él se encogió de hombros. —Solo lo pedí para ti.

Imprudentemente, Aurora se sintió conmovida por el gesto considerado. —No tenías que hacer eso, pero gracias.

—En realidad, sí tenía que hacerlo. Me di cuenta de que podría ser la única forma de reclamar tu atención. Apenas he podido captar tu mirada toda la noche, desde que te negaste a bailar conmigo.

—Porque mi tarjeta de baile estaba llena. —Frunció el ceño—. ¿Por qué intentabas captar mi mirada? ¿Ocurre algo malo?

Sullivan sonrió tensamente mientras le servía el té sin responder inmediatamente. Ella se encontró conteniendo la respiración mientras él volvía a colocar la tetera en la mesa. No era propio de Sullivan ser misterioso, así que empezó a preocuparse por la razón por la que la había alejado de los demás. Estaban solos, y eso también era inusual.

Cogió su taza, acunándola entre sus dedos y esperando impacientemente a que él fuera al grano.

Sullivan se sirvió su té y se recostó. —Pareces preocupada esta noche —murmuró—. ¿Te arrepientes de no haber acompañado a tu prima Sylvia en su viaje a Bath?

Ella negó lentamente con la cabeza. —En absoluto.

—Viajar puede ser agradable si mantienes una mente abierta y no esperas demasiado de la calidad del servicio que recibes.

—Has viajado mucho —murmuró ella, recordando una conversación anterior con él. Era quizás el más viajado de todos sus conocidos masculinos.

—Sí. A veces desearía poder hacerlo todo de nuevo, pero ahora tengo más responsabilidades que nunca.

Ella hizo una mueca y miró fijamente su taza, observando cómo se elevaba el vapor mientras trataba de imaginar todos los lugares lejanos que nunca tendría la oportunidad de visitar. Ni siquiera una carrera exitosa como casamentera podría hacer posible ni la mitad de esos viajes para ella.

Sullivan se giró ligeramente hacia ella, y sintió su mirada sobre sí. Sin embargo, tomó varios sorbos de su té antes de dejarlo a un lado.

Aurora finalmente levantó la mirada hacia él. Incluso sentado, era bastante alto y la hacía sentir demasiado femenina en comparación. Tragó saliva, asaltada por deseos que nunca debería tener sobre él. Él nunca se interesaría en ella de esa manera, y lo que más quería era una esposa.

Él frunció el ceño.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—¿Oh?

Primero miró detrás de él, y luego se acercó más para murmurar:

—Quizás pienses que es extraño que te pregunte esto ahora, pero... ¿te agrado?

Ella retrocedió, frunciendo el ceño.

—¿Perdón?

—Es una pregunta simple. ¿Te. Agrado?

Su mirada penetrante la mantuvo cautiva, mientras un calor subía constantemente desde su pecho hasta sus mejillas. Segura de que su rostro debía estar tornándose rosado, dejó su taza cuidadosamente sobre la mesa y respondió sin mirarlo.

—Por supuesto que me agradas. Le agradas a todo el mundo.

Él suspiró.

—No estoy seguro de creer que sea así.

Reunir su habitual entusiasmo para apaciguar el frágil ego de un hombre era más difícil que nunca esta noche.

—¿Por qué pensarías que no?

—Es solo una sensación. Ya no me hablas como solías hacerlo. Nunca bailamos más. Estás tensa cuando estoy cerca, y te relajas cuando me voy. Es como si vieras algo en mí que nadie más ve, y te desagrada.

Aurora parpadeó.

—¿Qué crees que veo?

Él se pasó una mano por el cabello.

—Que soy un hombre que solo finge ser correcto y bueno con el fin de lograr un segundo matrimonio.

Ella no pudo evitar reírse de eso.

—No estás fingiendo nada, milord. Eres el hombre más agradable que he conocido.

—¿Agradable? No soy *tan* agradable —advirtió él—. No todo el tiempo. Ciertamente no en mis pensamientos. Especialmente no alrededor de una mujer hermosa. Ves esa maldad en mí, ¿no es así? Por eso te hago sentir tan incómoda.

Se movió en su asiento, estirando sus largas piernas de las que ella no parecía poder apartar la mirada. Sus palabras se hundieron lentamente. ¿Estaba tratando de hacerle creer que era algo más que un caballero correcto?

Dejó que su mirada subiera lentamente por su cuerpo. Tenía una complexión esbelta, pero sin esa torpeza de potro que a menudo poseían los hombres más jóvenes. Era un árbol que disfrutaría escalando, una y otra vez, en realidad, si fuera cualquier otro. Muchas mujeres suspiraban cuando pasaba junto a ellas sin mirarlas dos veces, también, pero ninguna de ellas había estado con él. No tenían ninguna posibilidad contra un recuerdo que no se desvanecía como debería.

No lo consideraba malvado de ninguna manera que pudiera ser perjudicial. —No. No, no creo que seas malvado —. No de la manera en que Aurora lo era. Su mente se disparó con fantasías inconfesables al pensar en él siendo malvado ahora, sin embargo. Pero eso nunca sucedería. Tomó un respiro para calmarse—. Tengo entendido que estás buscando una novia esta temporada.

—Sí, por supuesto que lo estoy. Siempre lo has sabido.

—En efecto, lo he sabido —. Fue una de las primeras cosas que salieron de su boca el día que se conocieron. Su deber de casarse. Sacudió la cabeza, recordando lo sombrío que se veía ese día. Y ahora también—. Pero a menudo me pregunto por qué no estás casado ya.

Él se removió en su asiento. —Aún no he conocido a la mujer adecuada.

—Eso no es exactamente cierto, ¿verdad? —Le dio una suave sonrisa y colocó su mano ligeramente sobre su brazo—. Has conocido a muchas mujeres que podrían haberte sido esposas adecuadas. Siempre dices que vas a volverte a casar, y sin embargo haces todo lo posible para asegurarte de que nunca suceda. Quizás eso es lo que crees ver en mi expresión. Decepción y la constatación de que no pude ayudarte a superar este último obstáculo.

Él miró la mano de Aurora donde descansaba sobre su manga, y ella la retiró de vuelta a su propio regazo.

—¿Qué obstáculo podría quedar? Vine a la Academia Hillcrest. Tú estabas allí, y si quedaba algo por decir, entonces es tu lapso, no el mío.

Ella suspiró. Había habido límites en lo que podían decirles a sus clientes que hicieran y aún ser consideradas damas respetables. Habían ofrecido sugerencias educadas para mejorar y a veces tenían que esperar que el caballero pudiera leer entre líneas. —Lo que hablamos allí, *necesitabas* oírlo. Absolución, comprensión y apoyo. Un confidente. Pero...

—¿Pero?

—No te has ocupado de las otras cosas que mis primas dudaban en mencionar en voz alta. Esperábamos que superaras el último obstáculo que ayudaría a hacer que un segundo matrimonio fuera satisfactorio.

Él giró para enfrentarla completamente entonces. —¿Qué exactamente crees que no he hecho?

Ella suspiró de nuevo. Esto no iba a salir bien, pero él había iniciado esta conversación. Simplemente tendría que lidiar con la vergüenza. —¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una amante?

Sullivan se puso de pie de un salto y se alejó de ella rápidamente, mirando hacia la puerta. Pero no había nadie allí que pudiera haber escuchado, y dejó escapar un largo y tembloroso suspiro. —Seguramente eso es demasiado personal para discutirlo contigo de entre todas las personas.

Aurora también se puso de pie. Ya sabía lo que él diría cuando le planteó la pregunta. Había una cautela en Sullivan. Tensión en la postura de sus hombros cada vez que alguno de sus

amigos alardeaba de sus amantes o esposas. De su intimidad y satisfacción. Sabía que no debería preocuparse por ese tipo de cosas, pero la reacción de Sullivan ante esos comentarios era muy reveladora. Estaba tan nervioso como una virgen.

—Si tu respuesta no es ayer, ni la semana pasada, ni el mes pasado, ni siquiera durante estas dos últimas temporadas, ¿cómo puedes esperar liberar tu corazón del luto que aún llevas contigo?

Él se acercó a ella y bajó la voz.

—He terminado mi luto.

—¿En serio? —Escudriñó su rostro—. ¿Cuándo fue la última vez que besaste a una mujer?

Sus mejillas se tornaron de un tono rojizo poco saludable ante la pregunta.

Ella se apartó brevemente para tomar un respiro profundo. Lo que diría a continuación podría ayudarlo a encontrar pareja o asegurarse de que nunca más le volviera a hablar.

—En mi opinión, y solo en la mía, permanecer fiel a una mujer muerta te impide ganar el corazón de otra dama.

—Estás equivocada —espetó él.

—Solo lograrás una unión miserable si no puedes dejarla ir... y lo siento por eso. Te mereces más. Te mereces ser feliz de nuevo, milord. —Caminó hacia el sofá, se sentó y tomó su taza de té medio bebida.

Sullivan permaneció donde ella lo había dejado, resoplando y bufando, antes de alejarse repentinamente.

Sin duda lo había enfurecido con sus palabras francas, pero solo hablaba desde el corazón. Él no prestaba suficiente atención a las mujeres con las que estaba. Nunca había estado cerca de nadie desde que Clare murió. Era demasiado educado, y ella nunca lo había visto coquetear con nadie en un baile, aunque sabía por sus encuentros lo dulce y encantador que podía ser cuando estaba de buen humor.

Terminó lo último de su té, mirando el fuego cálido un momento más, triste por Sullivan y más que lista para volver a casa, a Wharton House, donde al menos podría planear su nuevo proyecto empresarial con más tranquilidad. Haría una lista de todos los caballeros y damas que pudieran necesitar sus servicios.

Lo lamentable era que incluso podría haber ayudado a Sullivan a encontrar pareja si la hubiera escuchado. Lo conocía desde hacía mucho tiempo y sabía qué era lo que no estaba haciendo para capturar el corazón de una dama.

Lo primero, por supuesto, era que debía dejar de mencionar tanto a su difunta esposa e hijo. No es que debiera olvidarlos; dudaba que alguna vez pudiera hacerlo. Pero ninguna mujer quiere fallar constantemente en cumplir con los altos estándares establecidos por su predecesora.

De repente, las puertas de la biblioteca se cerraron de golpe y ella giró sorprendida.

Sullivan caminaba de vuelta hacia ella, y parecía... bueno, *furioso*, para ser completamente honesta al respecto.

Dejó su taza a un lado rápidamente.

—¿Milord?

Al momento siguiente estaba frente a ella, y luego a su lado otra vez. Se inclinó hacia ella. Su mirada azul no abandonó su rostro mientras le tomaba la mano.

Aurora estaba demasiado atónita para apartarse de él.

—¿Qué estás haciendo?

—Hacer lo que sugeriste.

Soltó su mano y posó las puntas de sus dedos sobre su muslo. Su mano se aplanó

posesivamente. Su palma estaba cálida a través del vestido y las enaguas. Pesada.

—Ya no estoy de luto por Clare. Puedo ser tan perverso como cualquiera de los galanes que coquetean contigo. Te gusta eso de ellos, ¿no es así?

—Mi señor, por favor —susurró ella, siguiendo el lento movimiento de su palma subiendo por su muslo.

Los ojos de él se abrieron de repente.

—¿Te ofendió que *no* haya coqueteado contigo?

Aurora tembló.

—Por supuesto que no.

Pero una lenta sonrisa se extendió por su rostro mientras ella luchaba por respirar.

—Dime que pare y lo haré. No digas nada, y continuaré seduciéndote. Me han dicho de buena fuente que es lo que necesito.

¿Podría?

¿Lo haría?

Aurora apenas podía respirar mientras él deslizaba su mano hacia su cadera, un delicioso centímetro a la vez. Había imaginado un momento así en sus sueños mil veces antes. Pero ver la mano de Sullivan rozando su vestido hizo que su corazón se desbocara y que el deseo se avivara.

Él se detuvo y deliberadamente pellizcó un poco de sus faldas, haciendo que la tela se deslizara por sus piernas para revelar sus tobillos. Bajó la mirada hacia sus pies, pero ella estaba segura de que la tela no estaba lo suficientemente alta como para ser indecente aún. Su intención era clara, y la anticipación exquisita.

Pero lo había hecho para inquietarla y demostrar su punto de que *podía* ser perverso cuando quería. Y quizás demostrárselo a sí mismo también.

Su respiración era laboriosa y cuando sus miradas se encontraron, ella vio el deseo escrito por todo su rostro... pero entonces una expresión familiar cruzó su rostro, y se alejó.

Clare. Había pensado en su difunta esposa, incluso cuando no debería tener la cabeza para sentir culpa.

Permaneció en silencio durante varios minutos, respirando con dificultad, antes de aclararse la garganta.

—Ahí lo tienes, ahora has visto al verdadero yo, no la cara más cautelosa que presento al mundo. Espero que ahora entiendas por qué aún no me he casado. Nunca había conocido a nadie que pudiera desear hasta esta noche.

Aurora se enderezó, se alisó las faldas y alcanzó la tetera. Se sirvió una segunda taza con manos que ya no estaban del todo firmes.

—Estoy segura de que bajo las circunstancias adecuadas podrías sentir lujuria por cualquiera. Pero no me refería solo a coquetear, sino a disfrutar de un encuentro amoroso. Toma una amante, Sullivan, una querida, o incluso paga a una prostituta de la calle pronto, y quizás no estarías temiendo la idea misma de acostarte con cada mujer que conoces. Eso es lo que realmente te preocupa, ¿no es así? ¿Si puedes hacerlo?

Él la miró fijamente, apretando la mandíbula.

—*Estaba* preocupado por eso.

Por supuesto que lo estaba. Dio un sorbo a su té, pero lo dejó a un lado de nuevo. Nunca había conocido a un hombre tan leal como Lord Sullivan. Se llevaría su amor por Clare a la tumba. Pero seguir amando a su primera esposa no le traería satisfacción en el lecho matrimonial con la novia número dos. —Piensa detenidamente en lo que te he dicho esta noche. Duérmete con esa idea.

Aurora lo dejó allí en la biblioteca y volvió con su prima, lidiando con una conciencia culpable. Casi había *desafiado* a Sullivan a hacer lo que había hecho. Nunca debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Debería haberlo detenido, y debido a que Sullivan tenía la habilidad de desconcertarla cuando tocaba su cuerpo, ella no se había comportado como se esperaba de una dama. Había estado a punto de hacer algo verdaderamente imprudente... como subirse a su regazo y besarlo hasta dejarlo sin sentido.

Eso sí que lo habría sorprendido de verdad.

Tiró de la manga de Eugenia. —Creo que estoy lista para volver a casa, a Wharton House.

—Oh, pensé que te quedarías a pasar la noche —dijo Eugenia.

—No. Tengo algo que hacer muy temprano por la mañana. Para Sylvia —mintió, sin saber cómo explicar por qué no podía quedarse. Nadie necesitaba saber sobre el intento de coqueteo de Sullivan, ni que era extraordinariamente bueno en ello, además.

—Oh, muy bien. Haré que traigan un carruaje pronto.

Antes de que pudiera responder, Sullivan intervino. —Si me permite ofrecer mi propio carruaje a su prima, señora Berringer. Ya ha sido llamado y puede volver por mí después.

—Oh, eso es muy amable de su parte —dijo Eugenia, aceptando en nombre de Aurora sin molestarse en pedir su opinión.

—Cuando esté lista, señorita Hillcrest —murmuró Sullivan, señalando hacia el vestíbulo principal.

A ella no le agradaba particularmente la oferta de Sullivan que esencialmente la alejaría de él, pero no discutiría con él frente a los demás. Se mordió la lengua, se despidió de Eugenia y se dirigió a la puerta principal. Cuando miró alrededor para decir buenas noches y agradecer por el uso de su carruaje, Lord Sullivan no se veía por ninguna parte.

Se sintió herida por ese desaire.

El mayordomo de Exeter la ayudó a subir al cómodo carruaje de Sullivan, y partió sola, rodeada por la oscuridad y el más leve rastro de la colonia de Sullivan que permanecía en el aire a su alrededor.

No estaba muy lejos de Wharton House, y estaba agradablemente oscuro, así que se retorció para ponerse cómoda en los asientos de terciopelo y recostó la cabeza para pensar. Al menos Sullivan no podía estar demasiado molesto, si había cedido su espléndido carruaje para su uso esta noche. Hundió los dedos en los suaves asientos de cuero y suspiró, reviviendo su encuentro con el conde.

No se arrepentía de su honestidad con él. A Sullivan se le había dado un empujón muy necesario de que había más en la búsqueda de una novia de lo que él practicaba actualmente. Observaría y vería si mañana o la próxima semana cambiaba la forma en que se comportaba con otras mujeres. Le gustaría verlo sonreír más, y coquetear también.

Después de unos minutos de viaje, el carruaje se detuvo de repente. Estaba a punto de quejarse cuando una figura grande irrumpió por la puerta.

Sullivan, a juzgar por el aumento del aroma de su colonia en el aire.

Se sentó a su lado en el carruaje, obligándola a acercarse más a la ventana, e hizo que el cochero continuara su camino. —No quería que nadie supiera que estábamos solos —susurró.

—¿Por qué lo estamos? —susurró ella a su vez.

—Buena pregunta. —Dejó escapar un suspiro profundo—. La verdad es que no lo sé.

CAPÍTULO 5



DREW MIRÓ DE reojo a la mujer que había logrado sorprenderlo por completo esta noche. Aurora Hillcrest, amiga y confidente durante dos años, veía demasiado sobre él y había resultado estar completamente en lo cierto. No se había entregado a ninguna intimidad desde antes de que su esposa falleciera. Pero no había tomado una decisión consciente de no hacerlo. Simplemente nunca había conocido a una mujer con la que quisiera estar de esa manera.

Hasta esta noche.

Suspiró profundamente ante la incomodidad de la situación en la que ahora se encontraba. Casi había besado a Aurora Hillcrest esta noche. Lo había deseado mucho, y aún lo deseaba. Había logrado apartarse de ella, pero no había sido fácil. Ella era su... no estaba seguro de *cómo* llamarla ahora, pero suponía que él seguía siendo su cliente, y ella merecía algo mejor de su parte. También había reglas de decoro al tratar con una dama de la *alta sociedad*. No debería haberla manoseado como lo hizo. Tampoco debería estar aquí en el carruaje ahora. Pero había querido tener la oportunidad de arreglar las cosas entre ellos. —¿Cómo lo supiste?

Ella respiró hondo antes de responder. —He aprendido a prestar atención a ese tipo de cosas. Mi trabajo en la academia a veces requería que hiciera preguntas impertinentes. La forma en que los hombres las responden dice mucho sobre su estado mental. Muchos hombres tenían dificultades para expresarse y para hablar de lo que más temen.

—Pero tú los veías a través. Les dijiste... como me dijiste a mí esta noche.

—No. Mis primas nunca habrían permitido una conversación tan íntima. —Se encogió de hombros—. A veces eran fáciles de entender, otros eran más difíciles de descifrar. Dependía de su honestidad.

Él hizo una mueca, sabiendo la respuesta a su siguiente pregunta. —¿Qué fui yo?

—Oh, muy misterioso, sin duda —dijo ella, y él escuchó la burla en su voz que insinuaba que estaba tratando de no herir sus sentimientos.

Negó con la cabeza. —Probablemente me entendiste en el momento en que entré, ¿no es así?

Ella le frotó el brazo. —No lo tomes a mal. Esa transparencia te hacía fácil de entender, pero también mucho más difícil de ayudar. Había cosas que no estabas listo para escuchar entonces. Pensé que habrías tomado una amante por tu propia voluntad mucho antes de ahora.

Él suspiró al recordar la ansiedad de ese primer encuentro, cuando entró en su casa en Albemarle Street. Una terrible discusión con Northport sobre volver a casarse lo había llevado desesperado a la puerta de la Academia Hillcrest, quizás en busca de comprensión. De su familia, había recibido poco en cuanto a entendimiento o paciencia. Pero Eugenia, Sylvia y la mujer a su

lado habían sido de gran ayuda para aliviar su conciencia. Especialmente Aurora.

—Las bellezas de la temporada están siendo atrapadas cada día. Esta noche, escuché que Lady Eloise aceptó la propuesta de Lord Rushworth —le confió.

—¿Quién es Rushworth? No creo que nos conozcamos.

—Un joven muy agradable, nuevo en su título. Cabello castaño, sonrisa nerviosa. A Wharton ya le cae bien y cree que tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Estuvo en el baile de Castlereagh. También bailó con ella allí. Debe haberlo visto.

Drew lo conocía entonces y se sintió aliviado al saber que Lady Eloise ya no buscaba marido. —Me aseguraré de ofrecerle mis felicitaciones la próxima vez que la vea.

—¿No está usted decepcionado? Lady Eloise se casó con un simple vizconde cuando podría haber tenido a quien quisiera, y con un título mayor, como el suyo.

—No, no estoy decepcionado —prometió.

—Pero usted la estaba cortejando —insistió ella—. Ha bailado con ella a menudo.

Él se encogió de hombros. —Estaba siendo cortés. Nuestras familias son buenos amigos, y aunque ellos podrían haber albergado alguna esperanza de que se hiciera un enlace entre nosotros, yo nunca lo hice. Estoy seguro de que oyó que Berringer animó a sus amigos a ayudar a las jóvenes a destacar la temporada pasada. Si mi atención hacia Lady Eloise esta temporada ha provocado que este vizconde se proponga antes de lo previsto, me alegro mucho de haber desempeñado un pequeño papel.

—Sí, oí hablar de los esfuerzos de Berringer por ayudar a las jóvenes poco populares —murmuró ella—. No sabía que usted también estaba involucrado.

—Cuando conviene —murmuró él—. Nunca describiría a ninguna mujer que conozco como poco popular. Me desagrada bastante el término.

Ella bajó la mirada hacia sus manos. —Muchas damas fingen ser correctas, pero en realidad solo están tratando de encajar con las altas expectativas que la sociedad tiene de ellas.

—Los caballeros hacen lo mismo —admitió libremente—. Como le he demostrado esta noche, no soy el hombre que usted creía que era. Los hombres frenamos nuestros apetitos cuando es necesario, para no ofender las sensibilidades delicadas. Todos, excepto quizás Brandestock, andamos con pies de plomo alrededor de las damas disponibles.

—No debería tener que hacerlo con nadie, pero alguien debería ponerle una mordaza a Brandestock algunas noches. Lo que sea que tenga en el cerebro sale directamente por su boca al momento siguiente.

—Oh, estoy de acuerdo con usted en eso. —Rió suavemente—. ¿De verdad me consideraba manso, aburrido y poco aventurero?

Después de un largo momento, ella se encogió de hombros. —Me temo que sí.

—Entonces interpreté el papel demasiado bien. —Se acercó más a ella—. Estaría más que feliz de dejar de ser bueno a su alrededor, si no tiene objeción.

—Puede comportarse como quiera conmigo. No soy yo quien necesita ser encantada.

Él se relajó un poco más. —Espero que un título no sea todo lo que una mujer necesita al contraer matrimonio —respondió.

—En efecto, no lo es. Ni tampoco lo es un matrimonio.

La miró sorprendido. Había mucho interés y especulación sobre Aurora en ciertos círculos. Una fila se formaba habitualmente a su alrededor al comienzo de cualquier baile para reclamar todas sus piezas. Él lo sabía bien. No había podido conseguir un baile con ella en toda la temporada.

—¿Por qué no se ha casado *usted*?

Ella se estremeció.

—No tengo interés en ello para mí. Pero para otros, me alegro de poder ayudar. Por eso he decidido convertirme en casamentera.

Él se sorprendió, pero solo por un momento.

—¿Está usted de nuevo en los negocios? Me sorprende oír que Wharton permita a su esposa dedicarse al comercio.

—Es un desarrollo reciente, pero ahora soy solo yo, por supuesto. Wharton aún no sabe de mi decisión, y Sylvia tampoco, ya que están fuera de la ciudad. Hablaré con mis dos primos cuando sea el momento adecuado. Ellos están demasiado ocupados para dedicarse al comercio, pero yo tengo el tiempo y un gran interés en el bienestar de los demás.

Él cubrió la mano de ella con la suya donde aún descansaba en su brazo.

—Lo hará bien. Tiene una manera de hacer que un hombre se sienta cómodo.

La mano de ella se retiró lentamente de debajo de la suya.

—No solo trabajaré con caballeros, sino también con damas. Hay mucho que se puede hacer para que todos seamos más atractivos para un posible cónyuge.

—¿Como decirle a las viudas que empiecen a besar a extraños?

—Recordar rozar su mano como si fuera por accidente para que note su interés —contraatacó ella—. Sonreír más a menudo. Hay mil maneras de capturar el corazón de una mujer además de con una bolsa abultada y un título elevado como el suyo.

Drew volvió a buscar su mano.

—Es usted una mujer amable.

Ella se rio y retiró su mano de su agarre por segunda vez.

—No piense que lo haré por la bondad de mi corazón. Espero que se me pague bien por mis consejos a todos mis clientes.

—¿Cuánto?

—¿Cómo dice?

Necesitaba a esta mujer en su vida si iba a hacer un buen matrimonio. Sus conocimientos no tenían precio.

—¿Cuánto cobraría por hacer un emparejamiento para mí?

Ella guardó silencio durante un largo rato.

—¿De verdad querría que le ayudara a encontrar esposa?

—Sí. ¿Por qué no usted? —Haría lo que fuera necesario para superar este obstáculo, para terminarlo de una vez por todas.

Ella negó con la cabeza.

—Podría requerir muchas más conversaciones francas como la que tuvimos antes en la biblioteca. Ese momento no salió tan bien como esperaba, ¿verdad?

Tragó saliva al pensar en lo bien que *había* ido ese momento de coqueteo. Pero nunca había hablado de su vida sexual, o la falta de ella, con una mujer que no estuviera durmiendo con él primero. E incluso entonces, había algunos temas que nunca había compartido con su esposa. Aurora Hillcrest no era una esposa, pero era alguien que le importaba. Ahora era una casamentera, sin embargo, y no podía imaginarla siendo indiscreta con sus confidencias. Estaba seguro de que ella podría ayudarlo si simplemente confiaba en ella, como lo había hecho antes. —Diga su precio.

De repente, Aurora presionó su mano contra la ventana mientras miraba hacia la oscuridad. —¿Por qué aún no hemos llegado a Wharton House?

—Le pedí al conductor que diera un rodeo por Londres primero.

Imaginó que en el silencio que siguió, ella lo fulminaba con la mirada, pensando lo peor. Supo que lo había hecho cuando finalmente habló. —Eso fue presuntuoso de su parte, y también perverso.

Se encogió de hombros, aunque probablemente ella no pudiera ver el gesto. —Estaba desesperado.

Ella suspiró. —No está desesperado, milord. Solo un poco desencaminado.

Drew se rio de eso. Había extrañado escuchar comentarios mordaces como ese. Había extrañado hablar tan cándidamente con ella. Siempre había sentido que podía contarle cualquier cosa... y por lo general lo hacía.

—Aún no he escuchado un precio —le recordó.

—Debo ser honesta con usted. Sería mi primer cliente como casamentera —confesó suavemente.

Su negocio no podía ser tan nuevo. —¿De verdad?

—De hecho, la empresa se decidió apenas hoy. Necesito una ocupación que se adapte a mi experiencia y conocimientos, y que algún día pueda pagar bien. Pero no me hago ilusiones de que será fácil conocer a las personas adecuadas en el momento adecuado de sus vidas.

Él pensó en eso por un momento. Comenzar algo nuevo siempre era un desafío. Mucho dependía de su reputación para entregar resultados. Ella podría perfeccionar su oficio con él si pudieran llegar a un acuerdo sobre otros asuntos. Pero para obtener lo que esperaba de ella, necesitaría hablarle con la misma honestidad brutal que ella le había otorgado antes. No podía dejar que la cortesía se interpusiera entre él y un segundo matrimonio. —¿Sería útil una carta de recomendación de un cliente satisfecho, junto con un generoso pago por los servicios prestados?

—Sí, de hecho. Ya había considerado pedirle una referencia a mi primer cliente.

—Entonces tendrá un brillante testimonio de mi parte. Puedo escribirlo esta noche si lo desea.

—No, ahora no. Es mejor esperar hasta que esté felizmente casado —dijo rápidamente—. Si no está felizmente casado, nadie creerá en su autenticidad.

—Se lo haré llegar el día de mi boda, entonces —prometió, con la mano en el corazón.

—Acepto —prometió ella, y también nombró una suma sustancial que se pagaría el día de su boda. Él regateó y disfrutó enormemente de sus réplicas por una tarifa más alta. Razonó que ser el primer cliente debería tener algunos privilegios, mientras que ella se apoyaba firmemente en la desesperación que él ya había manifestado para aumentar el costo.

Finalmente acordaron una suma más fácil de soportar para un cliente primerizo y se estrecharon las manos, cada uno con un suspiro de satisfacción.

Se humedeció los labios, seguro de que finalmente estaba en el camino correcto, ahora que tenía a Aurora de su lado nuevamente.

Pero todavía estaba esa inquietante petición que deseaba hacerle. Tal vez estaba más allá del alcance de sus servicios, pero necesitaba confirmación.

Tomó una respiración profunda. Pedirle a Aurora que fuera su primer beso desde su esposa podría sorprenderla. Pero ¿quién más perdonaría cualquier error que pudiera cometer cuando sus labios se encontraran?

Alcanzó sus dedos y la atrajo un poco más hacia él.

—¿Puedo besarte? Solo para practicar. Hace tiempo que no lo hago y estoy nervioso.

—¿Oh? —chilló ella, un poco sin aliento a sus oídos.

Él hizo una mueca.

—Solo tú me perdonarías si lo hago mal la primera vez desde Clare. A menos que sea

demasiada imposición o esté fuera del alcance de tu nuevo servicio.

Su silencio indicaba que definitivamente pensaba en rechazarlo, y él esperó con el corazón en la garganta su eventual respuesta. Jugueteó con sus dedos, cambiando su agarre hasta que se sintió correcto.

Aurora exhaló lentamente y finalmente le apretó los dedos.

—Yo... supongo que no podría hacer daño solo por esta vez, si crees que podría ayudarte.

—Gracias —Drew entrelazó sus dedos firmemente, uniéndolos mientras el carruaje se balanceaba al doblar una esquina. Su corazón latía rápido con anticipación y un poco de pánico por lo que podría suceder a continuación entre ellos.

Pero inclinó la cabeza lentamente y dejó caer un suave beso en su mejilla primero. Aurora emitió un pequeño jadeo, un sonido alentador a sus oídos. Dejó caer otro beso cerca del primero, y luego más. Esperaba no ir demasiado rápido. Pero ya había perdido tanto tiempo que no parecía poder detenerse.

Drew levantó su mano libre y acunó su rostro en su palma, atrayéndola aún más cerca.

Aurora se estremeció y se inclinó hacia su toque.

Tomó eso como permiso y continuó dejando caer besos hacia su mandíbula. Soltó su mano y deslizó su brazo alrededor de su cuerpo, atrayéndola en un abrazo suelto. Aurora era más suave de lo que esperaba. Delicada y cálida. Quería más de ese calor presionado contra su cuerpo.

Tan pronto como lo pensó, con un rápido movimiento, ella se acomodó en su regazo, sus brazos enroscándose firmemente alrededor de su cuello. Encontró esa esbelta columna de su garganta con sus labios y trabajó su camino hacia su mandíbula nuevamente.

Aurora gimió y se retorció, aparentemente perdida en la pasión entre sus brazos. Mientras su boca vagaba más abajo para sembrar besos a lo largo de su clavícula, Aurora se reclinó en sus brazos para darle espacio.

Él la sujetó por el torso, manteniéndola en su lugar entre sus manos mientras doblaban otra esquina que podría haberla desalojado de su regazo.

Pero con el primer roce de sus pulgares contra la parte inferior de sus senos, ella salió del hechizo y se apartó de su alcance para sentarse frente a él, jadeando.

Sin duda, ahora lo estaba fulminando con la mirada, y él volvía a estar equivocado.

—Lo siento —susurró él, con la voz ronca y vibrante por la necesidad de tenerla de nuevo en sus brazos. Ese feroz impulso lo sorprendió.

—No debería haber hecho eso —le advirtió ella, con la voz temblorosa y áspera.

Había ido demasiado lejos sin darse cuenta de que lo estaba haciendo con *ella*. Su casamentera, en lugar de su pareja. Calmó su corazón acelerado. —Te advertí que solo fingía ser bueno —dijo, y luego se pasó una mano por el pelo.

—Así es —susurró ella—. Se suponía que debía besarme.

—Te besé —murmuró él—. Unas dos docenas de veces, en realidad, aunque no pude llevar la cuenta. —Había estado demasiado absorto, derribado por una pasión que había planeado pero no esperado.

—En los labios —se quejó ella—. Ahí es donde esperaba que fueran los suyos y se quedaran.

—Me dejé llevar. —Ambos lo habían hecho, aunque no mencionó esa constatación de inmediato. Había pasado mucho tiempo desde que una mujer había estado tan cerca, o le había resultado tan deseable. A esta en particular podría gustarle besarla de nuevo, también—. Me disculpo otra vez. No tengo excusa para mi falta de control más que disfruté enormemente besándola.

—Bueno, al menos su pérdida de control es algo positivo que ha salido de nuestra

conversación esta noche —dijo ella con cierta rigidez—. No percibí ninguna vacilación real de su parte cuando me besó.

Él entrecerró los ojos en la oscuridad, molesto porque ella sonaba tan calmada cuando sus pensamientos aún estaban tan caóticos. Su beso había sido un punto de inflexión en su vida. Su primer sabor de deseo desde Clare. Quería más.

—Yo tampoco.

Aurora se aclaró la garganta. —Estoy segura de que la próxima vez, las cosas procederán aún más suavemente. Con otra persona, por supuesto.

Drew no estaba seguro sobre otra persona, pero si resultaba ser Aurora en sus brazos, y sentada en su regazo, dejándolo besarla, estaba seguro de que se desempeñaría admirablemente. —Eso espero.

—El pedir permiso fue un bonito detalle, también —añadió ella suavemente después de un momento.

—Gracias —murmuró, y luego rio, sintiéndose incómodo de nuevo. ¿Realmente había dudado de su capacidad para besar apropiadamente antes? No era tanto el besar lo que le preocupaba, sino más bien las emociones de culpa que temía que pudieran seguir.

En este momento, no se sentía ni un poco culpable por nada.

También había otras señales que apuntaban a un buen resultado de la conversación de esta noche.

A pesar de la oscuridad que los rodeaba en el carruaje, oscureciendo su clara visión de él, Drew se quitó el abrigo y sabiamente lo colocó sobre su regazo para ocultar la evidencia de una erección que no parecía querer ceder.

De todas las mujeres en Londres que podría haber elegido para su primer beso, ¿por qué había respondido tan fuertemente a *ella*? Había conocido a Aurora por más de un año, por el amor de Dios. Difícilmente eran extraños el uno para el otro.

Y Aurora había reaccionado a él de una manera que también lo sorprendió, hasta que se dio cuenta de que lo que estaban haciendo estaba mal y puso fin a su seducción.

—¿Podría hacer que el carruaje me lleve a casa ahora, por favor? —susurró Aurora, y luego habló con más firmeza—. Creo que tu primera lección privada ha sido un gran éxito.

Drew balbuceó. Eso no fue una lección. Eso había sido pura lujuria descubierta. Pero le dijo al conductor que girara y los llevara a Wharton House inmediatamente. No correría más riesgos con la reputación de Aurora. No si quería que ella lo ayudara a hacer la elección correcta.

Tamborileó con los dedos sobre su muslo, desconcertado tanto por Aurora Hillcrest como por sí mismo.

Aurora había reaccionado a él instintivamente, sin artificio ni cálculo, de una manera puramente física. Respondió de la manera en que una nueva amante podría hacerlo ante una caricia deseada. Sin aliento, su ansiedad traicionaba su deseo de más. Dispuesta a seguir el juego con cualquier cosa que él pudiera hacer hasta que él fue demasiado rápido. Pero no podía confundir el feroz estallido de deseo que lo había despertado de su estupor.

Más temprano en la noche, la había observado con otros hombres, diciéndose a sí mismo que su preocupación era únicamente porque Berringer y su primo habían estado ausentes del salón de baile por un buen rato.

¿Siempre había envidiado cada sonrisa que ella otorgaba a otros hombres?

Había más en esto para ser discutido y explorado, especialmente su reacción hacia él, pero eso podía esperar para otro día.

Percibía posibilidades que no había considerado antes. Escandalosas también, dado ese breve

atisbo de pasión entre ellos. Ya se encontraban a menudo en compañía del otro debido a sus primos y sus amigos mutuos.

Y mientras la miraba en la imperfecta claridad del oscuro carruaje en movimiento, anhelaba tocarla de nuevo.

Pero, ¿con qué fin?

No podía practicar con Aurora y luego casarse con otra persona más tarde. Eso no sería justo para Aurora, incluso si eso era exactamente lo que ella esperaba que él hiciera. Ella insistía en que tomara una amante. Le sugería que eligiera alguna mujer ligera de cascos o una prostituta barata de la esquina para que le honrara el miembro por unos chelines. Pero él había tenido esas oportunidades todo el tiempo y nunca se había involucrado con extrañas. Sin embargo, hacer el amor con alguien conocida era un asunto completamente diferente.

El cochero golpeó el carruaje, señalando que su destino era inminente, y no hubo más tiempo para conversar mientras el vehículo comenzaba a reducir la velocidad.

Drew se inclinó hacia adelante en su asiento y puso su mano sobre la rodilla de Aurora.

Ella contuvo el aliento nuevamente.

—¿Mi lord?

—Debería despedirme ahora, para que nadie sospeche que estoy con usted. No bajaré del carruaje cuando lleguemos a Wharton House.

—Aprecio mucho su preocupación por mi reputación *ahora* —dijo ella con sarcasmo, y luego retiró la mano de él de su cuerpo.

Drew no podía quedar satisfecho despidiéndose en malos términos. Probablemente merecía una reprimenda más severa que esa, y le daría la oportunidad mañana. Después de todo, se había tomado libertades.

—Las palabras no eran como quería decir buenas noches.

La atrajo hacia su regazo nuevamente y tomó su barbilla con la mano. Aurora Hillcrest era una mujer exquisita. A él le gustaría conocerla mucho mejor también. Sonrió rápidamente y acortó la corta distancia entre ellos para besar sus labios. Aurora sabía dulce, a una emoción inimaginable, y él giró la cabeza, buscando ansiosamente un sabor más profundo de su boca.

Pero Aurora se echó hacia atrás, alejándose.

—Buenas noches —dijo ella con firmeza.

Claramente, esta era una mujer a la que no podía arrastrar fácilmente a la pasión. Lo que le sorprendió fue cuánto deseaba repentinamente hacerlo. Ella siempre había parecido la más impulsiva de las tres primas. En todas las demás ocasiones, especialmente en la academia, donde él había sido un cliente, ella había sido una defensora incansablemente apasionada de sus posibilidades de hacer un buen segundo matrimonio. Pero quizás ese entusiasmo no se extendía a los caballeros que intentaban besarla en carruajes oscuros. Después de todo, ella era soltera. Una inocente.

Él hizo una mueca. Lo había olvidado en algún momento del camino.

Drew podría tener la oportunidad de besarla de nuevo algún día, o tal vez no.

—Buenas noches, señorita Hillcrest —susurró, mientras el carruaje se detenía por completo frente a Wharton House.

Se movió más profundamente en las sombras cuando el mayordomo de Wharton apareció en la puerta abierta sosteniendo una linterna. Los mozos de Drew se apresuraron a bajar los escalones para permitir que Aurora descendiera. Ella permitió que los mozos la ayudaran en los escalones y luego estuvo fuera de su alcance.

Aurora subió apresuradamente las escaleras de Wharton House y entró sin mirar atrás ni una

sola vez, dejándolo en la oscuridad.

Drew, sin embargo, observaba la fachada de Wharton House mientras el carruaje se alejaba, invadido por una conocida desilusión.

Una vez más, regresaba solo a casa. Una vez más, dormiría solo. No hablaría con nadie al despertar por la mañana, salvo con su ayuda de cámara.

Cerró los ojos y recordó la sensación de tener a una mujer entre sus brazos... y en particular a Aurora Hillcrest. Aquel momento entre ellos había sido perfectamente natural, algo poco común en su experiencia. Realmente esperaba soñar con ella esta noche.

CAPÍTULO 6



AURORA DECIDIÓ REUNIRSE a solas con Sullivan al día siguiente. Lo había mandado llamar al amanecer, tras una noche de sueño inquieto repasando los acontecimientos de la velada anterior. En apariencia, su beso no debería tener consecuencias duraderas. Sin embargo, nunca era apropiado que una mujer estuviera a solas con un caballero, y tampoco sería conveniente que alguien se enterara de que había habido un tonto coqueteo entre ellos la noche anterior. Así que esperó a Lord Sullivan en el pequeño salón de Wharton House sin ningún sirviente que la acompañara.

Aunque se dijo a sí misma que su encuentro de hoy debería desarrollarse como cualquier otro en el pasado, una parte de ella sabía que sería diferente. Se intercambiarían cortesías, se mencionaría a una esposa e hijo fallecidos, y luego podrían continuar la discusión sobre su búsqueda de la esquiva novia, esperando ignorar el encuentro amoroso de anoche.

Pero primero tenían que superar cualquier malentendido que quedara del paseo en carruaje de ayer. Era esencial aclarar las cosas si ella iba a serle de alguna ayuda. Quería asegurarse de que él no hubiera sacado conclusiones equivocadas sobre su carácter, y con suerte entendería que había sido un error de una sola vez. Entonces él podría volver a su búsqueda de una novia adecuada que aceptara ocupar el segundo lugar después de un fantasma.

Arrugó la nariz. Realmente no podía ayudarlo a menos que él estuviera dispuesto a ayudarse a sí mismo. Claramente, necesitaba encontrar una salida para sus pasiones reprimidas si pensaba que besar a su casamentera era una buena idea.

Cuando el mayordomo anunció su llegada, creyó estar preparada. Tranquila. Perfectamente serena como la joven apropiada que quería que todos en la sociedad creyeran que era. Y lo estaba... hasta que el hombre cruzó la habitación con una enorme sonrisa solo para ella.

Su corazón dio un vuelco, sus rodillas temblaron, junto con otras partes más altas que se estremecieron, mientras él hacía una profunda y respetuosa reverencia. Se apresuró hacia adelante, extendiendo la mano hacia ella. —Señorita Hillcrest, siempre se ve encantadora de azul. ¿Debe saber que es mi color favorito?

Su sonrisa vaciló mientras lo miraba a la cara, sorprendida por su mentira. Pero logró mantener las manos juntas en la cintura y las mantuvo allí hasta que la mano extendida de él cayó. —Su color favorito es el verde, milord. Siempre lo lleva puesto, o marrón.

Sus ojos brillaron, y su corazón volvió a dar un vuelco por haber mencionado que sabía eso de él. —Así es, y qué inteligente de su parte notar mi preferencia por los colores apagados. Sin embargo, el azul es mi color favorito en *usted*. Resalta la inteligencia en sus ojos.

Ella entrecerró los ojos, negándose a caer en la adulación tan temprano en el día. Llevaba puesto un sencillo vestido redondo. Nada demasiado fino para que la ocasión de su encuentro se considerara notable. —Entonces ves algo que nadie más ha mencionado jamás, sin esperar algo escandaloso a cambio de mi parte. La mayoría de los hombres notan mi cara bonita y mis ojos verdes, y asumen que no hay nada entre mis orejas. Luego, por supuesto, descubren que no estoy casada, y sopesan los riesgos si los atrapan portándose mal conmigo.

Eso podría haber sido demasiado duro para tan temprano en el día, pero quería dejar claro desde el principio que seguiría siendo franca con él. No quería que la confundieran con una mujer que esperaba ser cortejada con bellas palabras o que ansiaba adulación. Había besado a este hombre como parte de una lección y nada más. Tenía que evitar que le sonriera como lo hacía en ese momento.

Sullivan se encogió de hombros. —Un hombre inteligente sabe instintivamente con qué mujer vale la pena arriesgarse a portarse mal —A pesar de sus esfuerzos, Sullivan seguía sonriéndole. Pero aún era temprano. No había mencionado a su esposa. Una vez que lo hiciera, vendrían los largos suspiros y el regreso de ese profundo surco entre sus cejas.

Ella puso las manos en las caderas y lo miró con enfado, molesta porque él estuviera tan tranquilo ante sus palabras francas. —Tú y Scarsdale debéis de ser todo un par, ¿o acaso él ha empezado a darte clases también?

—¿Tomar lecciones? ¿De él? Ja. Difícilmente necesito las enseñanzas de un hombre que nunca ha ganado tu favor. Seguramente ya debe haber intentado seducirte.

Ella luchó contra el impulso de confesar que Scarsdale había intentado tentarla muchas veces. Le dio la espalda a Sullivan, moviéndose hacia la ventana para mirar afuera, pero no había nada que ver excepto paredes de ladrillo desde esta habitación. —De alguna manera, aún le va bastante bien con las damas.

—No con una apropiada, y claramente nunca ha estado enamorado para saber lo que se está perdiendo al halagar a tantas tan insinceramente.

Ella se volvió hacia el conde y lo encontró más cerca de lo que le gustaba. Era demasiado alto y apuesto hoy. Recordaba con demasiada facilidad su sabor y el calor de sus manos. Se alejó de él nuevamente, poniendo un gran globo terráqueo entre ellos. Dejó que sus dedos se arrastraran sobre la esfera, haciéndola girar y fingiendo estar pensando. —Sé la respuesta a esto, por supuesto, pero ¿por qué crees que nunca ha amado a una mujer?

Sullivan detuvo el globo plantando su mano sobre él. —Porque si alguna vez hubiera estado profundamente enamorado, ya estaría casado con la mujer. Incluso si hubiera dificultades insuperables, habría movido cielo y tierra para estar a su lado. Tal como yo lo hice una vez.

Ahí estaba. La sutil mención de su perdurable primer amor. Ahora respiraba un poco más tranquila. —Hay dificultades que no se pueden superar —le dijo—. Y una boda no demuestra nada. Existen algunos obstáculos, algunas manchas, que nunca se pueden borrar para hacer de un matrimonio uno feliz.

De repente, Sullivan estaba de nuevo a su lado. Le tocó los brazos, deslizando suavemente las yemas de sus dedos por su piel. —No veo ninguna dificultad aquí.

Aurora enderezó la espalda y se alejó rápidamente de él. Besarlo la noche anterior había sido un grave error. Había revelado una faceta de sí misma que nunca quiso que él ni nadie en la sociedad viera. Aurora había revivido su encuentro toda la noche... y había llegado a la desagradable conclusión de que él podría querer casarse con *ella*, simplemente porque se sentía comprometido.

Aurora no había rechazado sus insinuaciones lo suficientemente pronto, ni con la suficiente

firmeza en el carruaje como para haber sido convincente. Demasiado aturdida por su petición de besarla como para que el pensamiento racional se hubiera impuesto. Y como sus avances habían sido bienvenidos entonces, probablemente asumió que también lo serían hoy. Pero ella no era adecuada para él. —¿Te refieres a nosotros?

Un asentimiento retumbó en su garganta. —Me gusta cómo suena eso. *Nosotros*.

Aurora apretó la mandíbula. El conde la había deseado anoche, y aún lo hacía. Había tenido razón sobre sus intenciones debido a lo que ella ya había permitido. Realmente podría pedirle que se casara con él, y eso era desafortunado. Se volvió para mirarlo, con el estómago hecho un nudo mientras encontraba su mirada. —Pero yo no. No debes olvidar nunca por qué estás aquí.

—Para estar contigo —dijo rápidamente.

—Para casarte. —Dio un paso hacia él, tomando aire profundamente. Por una vez, su colonia no la distrajo. Le dio fuerzas para resistir—. Nunca podrá haber nada entre nosotros, ¿lo entiendes? —Miró fijamente a Sullivan, esperando que su negativa calara.

Su rostro cambió lentamente a medida que la intención detrás de sus palabras se hundía y apareció un ceño fruncido en su cara. —Pero anoche...

Ella se encogió de hombros. —No negaré que te permití algunas libertades que un hombre cortejando podría esperar de una posible novia. En ese momento, no percibí el peligro muy real de que permitirte el simple favor de un beso podría llevarte a asumir que yo también tengo interés en el matrimonio.

—El honor exige un cambio de rumbo, porque fuiste tú a quien besé —dijo él, frunciendo el ceño hasta que esas profundas líneas se grabaron entre sus cejas—. No he ocultado mi deseo de contraer un segundo matrimonio. *Me casaré* contigo; te lo prometo. No tienes que temer que juegue con tus afectos con tan poca consideración por tu futuro o reputación.

Él destruiría la paz que ella había hecho con su pasado si lo dejaba acercarse demasiado. —Pero no me casaré *contigo*, milord. Si los matrimonios de mis primas te han hecho creer que yo también estaría agradecida por un enlace igualmente espectacular, estás gravemente equivocado.

Sin embargo, su rostro se iluminó. —¿Me has considerado antes como un posible pretendiente para ti?

El rostro de Aurora se sonrojó. —Mis primas y yo hemos discutido sobre docenas de caballeros y su potencial para hacer feliz a una mujer... o no.

Él avanzó hacia ella. —¿Por qué crees que no podría complacerte?

Porque Aurora era diferente a otras mujeres. Sin mencionar que Sullivan aún amaba a una esposa muerta, y hasta que no dejara ese amor firmemente a un lado, ninguna mujer podría vivir felizmente con él. Nada en su comportamiento hoy sugería que algo hubiera cambiado.

Solo le hablaba de matrimonio ahora por cómo se habían comportado juntos en el carruaje anoche. La había besado porque ella había estado disponible, y esa era la única razón real. —No te lo explicaré, y no deberías preguntar. Entenderé, sin embargo, si deseas prescindir de mis servicios como casamentera. Si es así, por favor, márchate y vete con mi esperanza de escuchar un anuncio de boda en un futuro próximo.

—Señorita Hillcrest. Aurora... —comenzó él.

Ella levantó la mano para detener sus palabras. —No te he dado permiso para dirigirte a mí de manera informal. Es señorita Hillcrest y nada más.

Él la agarró por los brazos. —Deja de fingir que no sentiste nada anoche cuando estuvimos juntos.

—Fue... agradable —dijo ella con toda la indiferencia que pudo manejar. Se liberó cuidadosamente de su agarre—. Obviamente eres un hombre de gran pasión.

Encontró su mirada para ver cómo había tomado sus palabras. Ese fue su segundo error cuando se trataba de Sullivan, porque él estaba demasiado cerca otra vez.

—Lo soy, y quiero más —dijo lentamente. Ella sabía que lo decía en serio. Sin embargo, cuando él bajó la cabeza para intentar besarla de nuevo, ella lo evadió fácilmente.

—¡Basta! —exclamó, poniendo otro mueble entre ellos—. Seguramente puedes ver que no puedo permitir que un cliente me seduzca cuando le plazca. Mi único interés es ayudarte a encontrar pareja.

—Tú lo eres —le aseguró, alcanzando su mano de nuevo.

—Si no puedes comportarte, milord, te insto a que te vayas antes de que sea demasiado tarde para que mantengamos una buena relación —le dijo.

Su mandíbula se tensó, y luego metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pequeña bolsa que arrojó sobre una mesa cercana. La bolsa golpeó con un pesado tintineo de monedas en su interior. —Ahí está. Como prometí. La mitad ahora, el resto el día de mi boda, y con una carta de recomendación para mostrar a otros entregada al mismo tiempo. ¿Es eso todo lo que quieres?

—Sí. Gracias por su pronto pago —murmuró ella, observando cómo él comenzaba a rondar por la habitación. Aurora guardó el dinero en su bolsillo, alisó sus faldas sobre el bulto y se estremeció. Tratar con Sullivan ahora podría ser más tenso que antes de que se besaran, pero aún creía que podía ayudarlo a encontrar una novia adecuada. Él simplemente tendría que olvidar su beso y buscar la amante que claramente necesitaba en otro lugar.

Aurora echó un vistazo a la habitación. Aunque en el pasado había llevado a cabo todas las reuniones con caballeros con una mesa entre ellos, instó a Lord Sullivan hacia un par de sillas colocadas muy juntas, recogiendo su diario por el camino.

Sullivan era su cliente. El primero de muchos, esperaba. Debía adoptar un comportamiento profesional en todo momento y llevar esto a cabo. —Ahora, pasemos al asunto que lo trae ante mí. Dígame quién le gusta más en la sociedad en este momento —preguntó con firmeza.

—Usted —dijo él al instante, luego negó con la cabeza cuando ella frunció el ceño. Se encogió de hombros—. Recientemente hubo una mujer que me llamó la atención, pero antes de que pudiéramos ser presentados, descubrí que está recién comprometida, así que por supuesto...

—Llegó tarde en ese caso, pero seguramente hay muchas otras que son lo suficientemente buenas para usted —murmuró ella.

Él se volvió hacia ella entonces. —No se trata de si son lo suficientemente buenas, sino de compatibilidad. No me casaré con alguien a quien no desee, sin importar cuán bien conectada esté su familia.

—¿Dote?

—Totalmente irrelevante —insistió él—. Se lo dije a usted y a sus primas antes, estoy seguro.

—Lo hizo, pero no está de más preguntar una segunda vez. ¿Hubo alguien más? ¿No? Bien, esta mañana he anotado los nombres de tres damas con las que me gustaría que considerara nuevamente y buscara reunirse en la próxima semana.

Él frunció el ceño. —¿Esta mañana?

—En efecto. Me levanté temprano, estimulada por el desafío de ayudar a mi cliente a encontrar pareja. —De su diario, sacó un pequeño trozo de papel y se lo entregó.

Él lo tomó y estudió los nombres. —Ya conozco a estas mujeres.

—Sí, lo sé. Bailó con la señorita Firth el mes pasado. Ella suspiró profundamente cuando usted se alejó sin mirar atrás. Con Lady Sophia Peel también bailó una vez, y parecía sentirse atraído por ella, inclinándose cada vez que hablaba. Pero no ha vuelto a bailar con ella desde

entonces.

Él la miró con agudeza. —Debe de haberme estado observando muy de cerca para haber notado todo eso.

Aurora asintió. —Muchas mujeres se hacen amigas de mis primas, y muchas esperan encontrar pareja esta temporada también.

Su expresión se tornó sobria. —Lady Sophia hablaba muy suavemente. Apenas podía oír nada de lo que me decía por encima del alboroto.

—Es bastante tímida pero interesante para conversar. Pregúntale sobre su nuevo pug cuando te reúnas con ella, y seguro que se le soltará la lengua. Hablará sobre su amor infinito por esa pequeña bestia.

Sullivan la miró de reojo.

—¿Bestia?

—Le gustaron demasiado mis zapatos la última vez que nos vimos —admitió ella con timidez—. Casi arruina mis botines favoritos. Me dijeron que ese día estaba muy hambriento.

—Entonces no está bien entrenado —observó Sullivan con una mirada agria hacia sus pies.

—Todavía es muy joven —explicó Aurora, escondiendo sus pies más firmemente bajo sus faldas.

Él hizo una mueca.

—Como su dueña.

—Bueno, sé que has hablado de tus propias experiencias entrenando a tus perros y otros animales. Estoy segura de que tienes mucho que discutir sobre ese tema con ella también.

Él suspiró.

—Había descartado a la señorita Firth y a Lady Sophia principalmente por su juventud y falta de experiencia en el mundo.

—Entonces mi tercera sugerencia podría ser más de tu agrado. —Señaló el papel, esperando despertar su interés en su última sugerencia—. Lady Catherine Jagger, vizcondesa. Mayor que las otras dos por unos años, viuda como tú, y con una hija que es la criatura más dulce y agradable.

El rostro de Lord Sullivan se sonrojó. Su mandíbula se tensó.

—La hija tiene la misma edad que Pip tendría este año.

Aurora suspiró.

—Con mayor razón para considerar conocer mejor a su madre, entonces. La niña necesitará un padre, alguien a quien admirar y que la proteja también.

Él dobló el papel innecesariamente pequeño y lo mantuvo apretado en su mano.

—Entonces, ¿qué esperas que haga con estas mujeres? ¿Seducirlas también?

Aurora asintió.

—Si el humor y las circunstancias son adecuados, ¿por qué no disfrutar un poco antes del matrimonio? Pero dado que la señorita Firth y Lady Sophia Peel son ciertamente inocentes, sería prudente esperar un tiempo antes de explorar esa posibilidad. No necesitarías ser tan reservado con una viuda, quizás. Si ella te gusta y también lo desea. Pero si estás desesperado por placeres, y sospecho que lo estás ahora, siempre están las damas de Bradshaw's para entretenerte por la noche, o incluso durante el día.

Él la miró boquiabierto, claramente sorprendido por su extenso conocimiento sobre lo que ocurría en una casa de placer como Bradshaw's.

—¿Hay algo sobre mí y mi vida de lo que *no* quieras hablar?

Ella se encogió de hombros.

—Oigo cosas. Es imposible no hacerlo en esta casa. Wharton sigue siendo miembro de Bradshaw's desde su matrimonio, al igual que varios de sus amigos. Sé que asistes.

—La comida es excelente, al igual que la compañía de nuestros amigos.

—No te haría daño —dijo ella suavemente—. Hacer el amor sin afecto. Podrías descubrir que un poco de pasión restaura tu equilibrio.

—Mi equilibrio está perfectamente bien como está —estalló poniéndose de pie—. Sé lo que quiero y lo que no, sin necesidad de que me lo restrieguen en la cara otra vez.

Aurora también se levantó. Lo había alterado de nuevo, pero esta vez sin intención. Había esperado que él estuviera abierto a discutir sobre su falta de vida amorosa.

—Quizás deberíamos dar por terminado el día.

Él se volvió hacia ella lentamente, con el rostro perdiendo color.

—Perdóname. Pareces sacar lo peor de mi temperamento con estas sugerencias tuyas.

Ella sonrió rápidamente y se acercó a él.

—No hay nada que perdonar. Creo que es un gran paso adelante que podamos hablar franca y honestamente el uno con el otro. Siempre has sido demasiado cuidadoso con las palabras que salen de tu boca cuando estás con mujeres. Tenemos que ser honestos entre nosotros si voy a ayudarte a encontrar pareja.

Su mandíbula se tensó, y luego se inclinó cerca.

—Todavía quiero que seas *tú* a quien bese.

Ella levantó la mano entre ellos.

—No.

Él se quedó quieto frente a ella, pero su respiración era rápida y fuerte en sus oídos. Su mano se elevó hacia la de ella y se quedó suspendida allí, a centímetros de tocar sus dedos.

Aurora contuvo la respiración hasta que la mano de él cayó.

—Hablaremos de nuevo en unos días. Te enviaré una nota con la fecha y el lugar para nuestra próxima conversación.

—Muy bien —y luego, con un gruñido ahogado, se alejó a grandes zancadas, cerrando las puertas tras de sí, con el puño apretado alrededor de la lista de posibles novias que ella le había dado.

Aurora exhaló y bajó la cabeza. Realmente esperaba que Sullivan intentara acostarse con alguien antes de que se volvieran a encontrar. Estaba sufriendo de una lujuria mal dirigida. Y ahora ella también.

CAPÍTULO 7



DREW ENTRÓ A GRANDES zancadas en su estudio, arrojando a un lado el libro que había estado intentando leer todo el día. Parecía incapaz de concentrarse en ninguna tarea. Aurora Hillcrest ocupaba gran parte de sus pensamientos. Particularmente, su pasión y su inmediato rechazo. Sabía que era demasiado pronto para hablar de un futuro con ella la semana pasada. Pero al menos ella sabía que él le robaba besos con cierta consideración por su buena reputación en la sociedad.

Aunque hubiera deseado que ella fuera más comunicativa respecto a sus razones para declinar convertirse en su esposa. Esperaba conocerlas esa misma tarde.

Había pasado más de una semana desde que la había visto. Su nota de esa mañana había sido breve. Había sugerido una hora y fecha para mañana, pero desafortunadamente coincidía con otros planes que él ya había hecho. Dado que la razón por la que no podía reunirse con ella era para asistir a un evento donde seguramente estaría una de sus candidatas, le había respondido pidiendo un cambio de lugar de su elección para hoy.

Había acordado encontrarse con Aurora en una casa vacía en Conduit Street. Inicialmente, ella había sugerido una reunión en la Biblioteca Circulante de Hatchard, un lugar que ambos frecuentaban regularmente en Londres y que sin duda haría parecer un encuentro casual. Sin embargo, dado que Drew iba allí tan a menudo, no le entusiasmaba la idea de discutir sus asuntos privados en un lugar tan público. Cualquiera de la sociedad podría escucharlos hablando de matrimonio.

Aurora deseaba que él hablara honesta y francamente sobre sus asuntos, pero solo lo haría en privado y únicamente con ella. Una casa vacía que estaba considerando comprar como inversión era tan buena como cualquier otro lugar que se le ocurriera.

Los pensamientos sobre Aurora —su desafío, la suavidad de su expresión después de besarla — habían atormentado su mente durante días. Lo confundía terriblemente. Casi no había podido alejarse de ella la última vez sin insistir en su propuesta. Había querido quedarse y argumentar los méritos de elegirla a ella sobre otra dama. Besar sus labios rosados apropiadamente.

Pero se había alejado.

Y después de media semana de deliberación, de cortejar a otras mujeres que no lograban emocionarlo ni la mitad con sus sonrisas, estaba listo para rendirse y ceder.

Quería a Aurora.

Había logrado reunirse varias veces con dos de sus tres candidatas. Encuentros agradables, todos sin despertar ningún atisbo de lujuria. Lo había intentado. Se había imaginado a cada mujer

en sus brazos, debajo de él también, compartiendo su cama, y no se había excitado en absoluto.

Dada la ausencia de deseo con ellas, y mucho más al estar en presencia de Aurora Hillcrest, había tomado una decisión. No se dejaría disuadir... pero sí sería paciente. Podría cortejarla con el pretexto de buscar su consejo y pocos lo notarían, y si lo hacían, tenía una excusa para usar. Ella se hacía llamar casamentera ahora. No había razón para que nadie supiera de su cortejo hasta que Aurora finalmente le dijera que sí.

Ni siquiera ella.

Pero haría todo lo posible por apoyar la carrera que ella había elegido. Sabía cuánta ayuda siempre le había brindado. Sin embargo, definitivamente trazaría la línea en cuanto a lecciones de beso con otros clientes.

Se oyó un rasguño en la puerta, y levantó la mirada para ver a un lacayo vacilante. —¿Sí?

—Disculpe la intrusión, pero el carruaje de Su Gracia acaba de llegar —le informó rápidamente el lacayo.

—¿Northport?

—Sí, mi señor. Pensé que preferiría un momento para prepararse —dijo antes de escabullirse.

Drew se sorprendió y se molestó por la llegada inesperada. Miró el reloj en la repisa. Tenía que cambiarse y salir para encontrarse con Aurora pronto. No podía llegar tarde, hoy de todos los días. No cuando esperaba causar una buena impresión.

Drew salió para recibir a su padre. Northport apenas estaba siendo despojado de su sombrero y bastón en la puerta cuando Drew llegó al vestíbulo.

Hizo una reverencia a su padre. —Su Gracia, qué placer inesperado tenerlo de visita.

—No tendría que hacer el esfuerzo si vivieras más cerca de mí —se quejó Northport, y continuó mirándolo con desagrado—. Supongo que te has enterado de la noticia sobre Lady Eloise.

—Ah. Sí, claro —dijo Drew, llevando rápidamente al hombre mayor a la biblioteca y cerrando la puerta tras ellos. Northport probablemente había venido a gritarle por arrastrar los pies en lo que respectaba a Lady Eloise—. Has venido por el compromiso, supongo.

—Te he dado unos días para lamerte las heridas en privado, pero no más. Esa maldita mujer insensata. No tiene idea de la decepción que ha infligido a su familia y a la nuestra.

Drew suspiró. Padre era el que estaba molesto. Comprensible, cuando había sido bastante obvio en su preferencia por que Lady Eloise hiciera una unión con Drew. Aunque Drew nunca le había dado al viejo motivos para creer que tenía intenciones hacia Lady Eloise. Aun así, el duque había persistido en dejar caer indirectas en cada conversación privada que habían tenido desde la Navidad pasada. —Me alegro por ella.

—¡Eso es ridículo! ¡Ella estaba destinada a ser tuya! —rugió Northport.

—Eso no es cierto. De verdad estoy *feliz* por Eloise. Ella ha elegido, y no hay nada más que decir al respecto ahora.

Northport se volvió hacia él. —Después de todo el cuidado e interés que hemos mostrado por la mocosa, debo decir que estamos muy disgustados con el asunto. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Lo único que Drew podría hacer era ayudarles a fugarse para que se casaran más rápido. —No le hice ninguna promesa a Lady Eloise —Drew enfrentó la dura mirada de su padre—. *Usted* es el que está molesto. Por eso está aquí, para descargar su frustración conmigo.

El duque caminaba de un lado a otro, con la espalda recta y las manos detrás de la espalda. —¡Se está casando por debajo de su clase! Ni pienses que la volveré a invitar a visitarnos.

Lady Eloise provenía de una familia grande e importante, y si no se la invitaba a unirse a la familia de Drew para las vacaciones de verano o invierno, tal vez no importaría tanto al final.

Lady Eloise tendría muchas otras exigencias en su tiempo una vez que fuera una esposa con una nueva familia a la que responder. Pero el Duque de Eastwick era un buen amigo de su padre. La pareja se había visitado regularmente a lo largo de los años. Podría ser incómodo por un tiempo, pero Drew estaba seguro de que esas decepciones se desvanecerían con el tiempo.

—Estoy seguro de que Lady Eloise sabe lo que está haciendo. No puedo afirmar conocer sus razones para su elección, o el carácter del hombre que ha elegido para casarse. Pero usted conoce a Lady Eloise tan bien como yo. Probablemente mejor. Ella es consciente de sus responsabilidades con *su* familia. Habrá tomado su decisión con los ojos bien abiertos.

Su padre continuó caminando de un lado a otro, resoplando. —Pero casarse con un simple vizconde cuando podría haber sido tu duquesa cuando yo ya no esté.

Drew le llevó a su padre una copa de oporto y lo instó a sentarse para beberla. —¿Qué dice su padre sobre el enlace?

—Eastwick fue reservado sobre su opinión en el club ayer, pero preocupado por ti.

—Entonces, ¿no está obviamente enojado?

—Ya conoces a Eastwick. Mimaba a su hija menor. Esperaba una unión con nuestra familia durante muchos años. Cuando pienso en todos los planes que hicimos para el futuro —se quejó Northport—. Habría sido la unión de dos grandes familias.

Esa no era razón para casarse con nadie. Drew se inclinó hacia adelante. —¿Crees que es un matrimonio por amor?

Northport resopló y bufó, y el disgusto se fue desvaneciendo lentamente de su rostro mientras la sugerencia de Drew calaba hondo. Se frotó la mandíbula, pensando intensamente. —Tal vez —concedió al final—. Parecía particularmente ansiosa por bailar con el joven, a pesar de la desaprobación de su familia y la mía.

—Bueno, ahí lo tienes —exclamó Drew, recostándose—. Siempre dices que nada puede hacerse para impedir un matrimonio cuando hay verdadero amor de por medio.

Northport sorbió su oporto, con una expresión hosca y frustrada en el rostro. Por lo general, el duque no tenía quejas sobre los emparejamientos, incluso los malos, cuando se hacían por amor. El primer matrimonio de Drew no había sido aceptado al principio. Pero una vez que Padre conoció a Clare, y los vio juntos, notó cuán profundamente unidos estaban el uno al otro, les brindó su apoyo como si siempre hubiera sido así. Clare y Northport habían disfrutado de un afecto cortés pero algo formal. Él también se había entristecido profundamente por su muerte. Incluso había derramado una lágrima sobre su tumba.

Pero a la semana siguiente, Northport había comenzado a mencionar familias aceptables con hijas en edad casadera a Drew.

—Así que debes reanudar tu búsqueda —declaró Northport, apurando su bebida en dos tragos y dejándola a un lado con un fuerte golpe sobre la mesa más cercana—. No permitiré que se diga que te estás escondiendo de la sociedad y lamiendo tus heridas. El baile de los Rooney, la velada de los Gill. Debes estar en cada uno y monopolizar a las restantes joyas de la temporada para mantener a todos adivinando a quién elegirás como tu novia.

En realidad, Drew ya no tenía que hacer nada. Había elegido a su novia, aunque Northport aún no podía saberlo. Drew podría haber advertido a su padre sobre sus intenciones hacia Aurora Hillcrest. Sin embargo, dada la renuencia de ella a considerar siquiera la idea de buscar un partido para sí misma, decidió mantener su interés y persecución en silencio por ahora.

Estaba claro que él y Aurora podrían estar bien emparejados en pasión. Ella solo necesitaba tiempo para entender que su compromiso con ella era inquebrantable, incluso ahora. —Sí, mi búsqueda continúa —asintió.

—¿No estás en absoluto decepcionado por eso, verdad?

—No —negó con la cabeza—. Siempre he tenido a Lady Eloise en la más alta estima, por supuesto, pero ella nunca fue la dama que capturó mis afectos más profundos.

Northport hizo una mueca. —Ese es el problema de estar enamorado. Una vez que lo has experimentado, nada más te satisfará.

—Ni a ti, imagino —Drew respiró aliviado de que lo peor hubiera pasado y dirigió la conversación hacia el tema favorito del duque. Su amante de toda la vida—. ¿Cómo está Juliette estos días?

Northport exhaló un profundo suspiro. —Mi amante se ha dedicado a coleccionar curiosidades. Pequeñas figurillas de animales. Están por todas partes en la casa de la ciudad, y que Dios me ampare si accidentalmente derribo una. Actúa como si estuvieran vivas y llora de manera lastimosa, retrasando mi partida al menos una hora, a veces más.

Juliette había sido la amante de Northport casi desde que la madre de Drew se convirtiera en duquesa. Juliette vivía aquí en la ciudad durante la temporada, y cuando el duque se retiraba a su residencia de campo, ella lo acompañaba gustosamente, alojándose en una pequeña cabaña en los límites de la propiedad para que el duque pudiera visitarla a diario.

Al principio, por supuesto, había causado un escándalo, pero la mujer hacía feliz a su padre, así que, ¿qué más se podía decir? Drew ya conocía bastante bien a Juliette. Era una persona cálida y alegre. Llorar era decididamente impropio de ella, por lo que él sabía. —Quizás se sienta sola. Podrías regalarle un cachorro. Algo pequeño que se contente con sentarse en su regazo cuando tú no estés con ella.

—No compartiré sus afectos con un chucho gruñón —juró Northport. Se frotó la mandíbula y frunció el ceño—. Pero tal vez *debería* hacer algo por Juliette. Es una buena mujer.

—La mejor —asintió con una leve sonrisa, observando cómo giraban los engranajes en la mente de su padre. Drew a menudo se preguntaba por qué su padre no se había casado con Juliette. No se estaba haciendo más joven, y Juliette tampoco. Podrían casarse ahora, vivir juntos como es debido, y probablemente a nadie le importaría a estas alturas—. Lo importante es que todavía te adora después de todos estos años.

Su padre gruñó. —Ojalá te apresuraras y te casaras.

Drew asintió y mantuvo a raya su sonrisa. La felicidad estaba de nuevo al alcance. Solo necesitaba otra oportunidad para defender su caso.

Drew estiró las piernas, considerando un futuro con Aurora como su esposa. Realmente no sabía por qué no la había considerado antes, pero era un tonto por no haber notado su atractivo. Era audaz e inteligente. Perspicaz, en realidad. Tenía un corazón bondadoso y había demostrado no ser demasiado tímida en las circunstancias adecuadas.

Eso marcaba toda la diferencia.

Sonrió. No, para nada recatada y formal, y eso le gustaba de ella, aunque ella se negara a más. Haría que cortejarla, y su noviazgo, fuera mucho más emocionante. Tal vez no tuviera que esperar hasta que se casaran para satisfacer cualquiera de sus impulsos mutuos que su cortejo pudiera despertar. De hecho, planeaba comenzar a seducirla esa misma tarde. Había despejado su agenda para el día y la noche que se avecinaban.

No podía esperar para verla de nuevo, aunque solo fuera para tener la oportunidad de besar su mejilla y tocar su mano.

Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea. Por fin el tiempo pasaba rápidamente. Se cambiaría en cuanto el duque se hubiera ido y no perdería más tiempo en ir a verla.

Tamborileó en el brazo de su sillón. La impaciencia por besar a una mujer que deseaba lo

había vuelto inusualmente inquieto. —¿Adónde te diriges ahora, Northport?

Padre arqueó una ceja. —¿Acaso tienes algún lugar mejor donde estar?

Drew sonrió. —Sí, lo tengo, y pronto. Y creo que si Juliette está llorando por figurillas rotas, será mejor que hagas algo amable por ella cuanto antes. ¿Quizás flores o joyas para empezar?

—Ya le he regalado suficientes flores como para plantar un jardín, y ni siquiera usa la mitad de las joyas que le he dado a lo largo de los años —se quejó el duque.

—Tal vez sea necesaria una salida sorpresa entonces. Un viaje al campo, o incluso unas vacaciones junto al mar. Recuerdo que ella mencionó cuánto disfrutó del último viaje que hicieron juntos.

Padre hizo una mueca. —Esa es una excelente idea si pudiera irme.

—¿Por qué no puedes?

—Bueno —comenzó Padre—. Le dije que no saldría de Londres hasta que tú te establecieras nuevamente en matrimonio.

Drew quiso gemir. Con razón Padre había estado asistiendo a los mismos eventos. Estaba tratando de estar presente en el momento en que Drew tomara su decisión. —¡No! —suspiró.

—Bueno, sé que no es fácil para ti hacer un segundo matrimonio. Esperaba escuchar una fecha de boda a estas alturas, pero aún nada. —El duque frunció el ceño oscuramente—. Estoy empezando a sospechar que tendré que hacer la elección por ti, y hacer la propuesta también.

Ni en sueños lo haría. —¿Por qué todo el mundo piensa que necesito su ayuda para hacer un matrimonio?

—Parece que no tienes idea de cómo hacerlo. —El duque se inclinó hacia adelante con entusiasmo—. Fuiste a esa Academia Hilltop, de todos los lugares. Todo el mundo sabe que esas mujeres nunca iban a ayudarte a encontrar una novia.

—Era la Academia Hillcrest —murmuró Drew, corrigiendo el error de su padre—. Y fueron de gran ayuda, de hecho.

Gracias a ellas, había encontrado a su novia. Aunque había tardado un poco en darse cuenta. Pasar tiempo con Aurora *había* sido uno de los puntos destacados de su estancia allí.

—Cualquier mujerzuela por ahí podría haber hecho el mismo trabajo que ellas —gruñó Northport—. Una vez que pasas la primera noche de cama, el camino es mucho más suave después de eso. ¿No estás de acuerdo?

Drew miró a su padre con el ceño fruncido por asumir que se había acostado con alguien desde Clare. No importaba cuántas veces Drew lo explicara, Padre creía que la Academia Hillcrest había sido un burdel disfrazado, sin importar lo que dijera en contra. Como evidencia de la supuesta maldad de las mujeres, insistía en que dos de las primas Hillcrest habían seducido a sus maridos para casarse por encima de su posición social. Así no era como se habían producido esos matrimonios. Las Hillcrest eran todas damas respetables.

—No necesitaba una prostituta. Necesitaba escuchar la opinión de una mujer. De alguien completamente ajeno a Clare y a nuestra familia.

—Y aun así sigues soltero —insistió Northport—. No te ayudaron más que a aligerar tu bolsillo, por lo que puedo ver. Eres demasiado exigente. Ese siempre ha sido tu problema. Simplemente elige a una de las mujeres que te he presentado y acaba con esto. Todo lo que necesitas es un heredero y un repuesto.

—Llevas quince años viudo, padre. No te veo haciendo un segundo matrimonio, ni siquiera haciendo una mujer honesta de la que te ama —espetó Drew.

El padre se puso de pie y lo señaló con un dedo.

—Ya tenía mis herederos cuando comprometí a Juliette como mi amante. Tú no tienes ese

lujo ni tiempo para titubear. Yo nunca necesito casarme de nuevo, pero tú ciertamente sí. Perdiste a tu heredero, así que ahora engendra otro mocoso con alguien, con quien sea, y pronto. Después del matrimonio, podrás disfrutar de un arreglo como el que tengo con Juliette.

Drew bajó la mirada a sus manos, luchando contra su temperamento. Su padre nunca dejaba de echar sal en la herida de su fracaso por asegurar que su hijo viviera.

El duque arrastró los pies.

—No quise decir eso de esa manera. Sé que...

—Sé lo que quieres, *Northport* —Drew se puso de pie lentamente y se enfrentó a su padre, el duque. Un hombre que probablemente nunca entendería a su hijo mayor, ni lo había intentado jamás—. Ya has dicho todo lo que tenías que decirme hoy.

—Vamos, hijo mío, no uses ese tono. Sé que perder al niño casi te destruyó —le aseguró Northport.

—Perder*los*, padre —Miró a su padre a los ojos—. Perdí todo mi mundo en un día. Algo que parece que no entiendes ni te importa —Su padre nunca había llorado abiertamente la muerte de la madre de Drew. Ya tenía puesta la mirada en la joven Juliette para entonces—. Perdóname si no te acompaño a la salida. Tengo una cita para ver una propiedad de inversión en breve y debo irme.

Drew se dirigió hacia la puerta.

—Sullivan —lo llamó Northport a sus espaldas—. ¡*Drew*! Vuelve aquí ahora mismo.

Drew no se detuvo. No esperaba que le recordaran su pérdida, justo hoy. Necesitaba tiempo a solas para deshacerse de su tristeza antes de reunirse con Aurora. No era justo para ella que su atención estuviera dividida en su nuevo comienzo.

Sin embargo, su padre no había terminado con él y lo siguió hasta su dormitorio.

—Jovencito, no hemos terminado. ¡Para nada hemos terminado, te digo!

Drew lo fulminó con la mirada.

—¿Acaso no puedo tener un momento de privacidad ni siquiera para cambiarme de ropa?

El padre cerró la puerta tras de sí. Se acercó a Drew lentamente, con los brazos extendidos. —Me disculpo si sientes que estoy siendo insensible de nuevo.

—Oh, lo estás siendo —espetó, comenzando a desvestirse aun con público. Se dirigió a su vestidor y seleccionó ropa fresca a pesar de la mirada fulminante de su padre. Extendió sobre la cama lo que vestiría para encontrarse con Aurora, y luego se apartó para decidir si todo parecía demasiado sencillo para lo que esperaba fuera una ocasión trascendental.

Su segundo encuentro con Aurora requería cierta ceremonia, después de todo. Iba a cortejarla, y le pediría matrimonio por segunda vez si el momento era adecuado. Se arrodillaría y diría las palabras que había estado practicando en su mente desde que comenzó su búsqueda.

Aurora merecía una propuesta hecha correctamente, y más tiempo para considerarla. El salón de Wharton no había sido el lugar. Se había apresurado a insistir en que tenía intenciones honorables después de su beso. Se había dejado llevar por la anticipación y no había considerado cómo podría parecerle a ella.

Pero hoy habría tiempo para hacer las cosas bien. Imaginaba, esperaba, que Aurora hubiera tenido suficiente tiempo para considerar las ventajas de un matrimonio con él. Ella lo conocía bien. Le había contado mucho a lo largo de su relación, y solo se había reservado revelar su naturaleza amorosa.

Deseos que ella le instaba a explorar con otras mujeres.

Nunca iba a hacer eso.

Pero ella lo conocía completamente. ¿Y qué podría ser mejor que casarse con una mujer que

lo conocía tan bien?

Northport se aclaró la garganta. —La decisión de cuándo casarte ha sido difícil para ti.

—Por supuesto que lo es.

—No pretendo apresurarte —se disculpó Northport.

—Oh, sí que lo haces —espetó Drew, cambiando de opinión sobre su abrigo marrón y buscando uno verde oscuro en su lugar.

—No me estoy haciendo más joven —se quejó Northport.

—Y yo tampoco. Lo sé, lo sé —respondió, desvistiéndose mientras se dirigía hacia la palangana.

El agua estaba helada, pero no tenía tiempo que perder esperando a que un sirviente la calentara. No podía llegar tarde hoy. Afortunadamente, ya se había afeitado esa mañana y todo lo que tenía que hacer era lavarse las manos. —Hemos tenido esta conversación una docena de veces, padre. Me casaré cuando y con quien me plazca.

El padre bloqueó su camino de regreso a su ropa fresca. —Quiero estar vivo para verlo. Para saber que te has casado con alguien que merece ser tu duquesa.

—Estoy seguro de que lo será —dijo, esquivando al hombre mayor para cambiarse los pantalones.

—No estoy seguro de que estaré aquí —admitió el duque—. Me preocupo por ti. Me preocupa que tardes tanto que quizás esté muerto cuando llegue ese día, al ritmo que vas.

Drew se giró y miró realmente el rostro de su padre. —Tienes la resistencia de un buey. Aún ruge como un león. Todavía no es tu hora, padre. Vivirás tanto como quieras, estoy seguro.

—Siempre has dicho eso —murmuró el padre con pesimismo—. Pero tengo cincuenta y siete años, ¿sabes?

—Eso no es tan viejo —prometió Drew—. ¿No vivió tu padre más de ochenta años?

—Sí, pero me parezco más a mi madre. Ella murió a mi edad. De repente. Un día estaba aquí y al siguiente se había ido. Igual que tu madre, y perdiste a Clare y a Pip de la misma manera. La muerte es inevitable. Así que me preocupa que no haya nadie para apoyarte cuando yo me haya ido.

Drew miró a su padre, sin palabras por un largo momento, y luego se apresuró a terminar de vestirse. Cuando estuvo decentemente cubierto, atrajo a su padre en un fuerte abrazo. —Soy tan fuerte como tú. Estaré bien, te lo prometo —rápidamente contuvo una lágrima.

El padre permaneció rígido hasta que Drew lo soltó. —Debo saber que la sucesión no está en duda —advirtió.

A Drew le importaba poco la sucesión. Sus pensamientos estaban en su propio futuro, y creía que podría ser feliz con Aurora.

CAPÍTULO 8

AURORA SE INCLINÓ hacia adelante en su carruaje alquilado, observando a lord Sullivan subir apresuradamente las escaleras de la entrada de la casa de la ciudad donde se suponía que debían haberse encontrado más temprano ese día. Ella había llegado puntual, antes que él, al parecer. Ya había llamado a la puerta sin obtener respuesta del interior.

Él no había mencionado que la casa en Conduit Street estuviera desocupada. Ella esperaba que al menos un sirviente abriera la puerta para dejarla entrar.

Decepcionada y ligeramente avergonzada, se había apresurado a buscar un nuevo carruaje, ya que imprudentemente había despedido al anterior. Se había metido dentro para ocultar su rostro encendido y se preguntaba qué hacer. Había supuesto que Sullivan le había dado la dirección equivocada. Pero justo cuando empezaba a pedirle al nuevo cochero que la llevara a casa, un reluciente carruaje negro había dejado a Sullivan frente a la casa de la ciudad.

Parecía tener mucha prisa por entrar.

Tragó saliva, sin saber si su apuro era una buena señal o no.

Podía admitirse a sí misma que no había pensado en otra cosa que en la boca de Sullivan sobre su piel desde su último encuentro hacía una semana. Verlo, incluso desde esta distancia, parecía afectarla profundamente.

—¿A dónde la llevo, señora? —preguntó el cochero por segunda vez mientras ella permanecía sentada, indecisa.

Tenía que ver a Sullivan de nuevo, aunque solo fuera para escuchar sobre su búsqueda de otras mujeres. Eso es lo que hacen las casamenteras.

Con ese pensamiento firmemente en mente, Aurora salió del carruaje, le entregó unas monedas al cochero por las molestias y se dirigió a la puerta principal de la casa.

La puerta se abrió antes de que pudiera siquiera llamar, y ella se deslizó dentro. Sullivan cerró la puerta apoyándose contra ella hasta que se cerró. —Temía que no vinieras —susurró.

Ella no mencionó que él había llegado tarde. —Cumplo mis promesas.

—Al igual que yo. Ven por aquí —dijo antes de dirigirse inmediatamente a la siguiente habitación.

Aurora lo siguió más lentamente, tomándose un momento para orientarse. Parecía estar en una modesta casa de la ciudad. Cuatro habitaciones cuadradas en la planta baja y una estrecha escalera que dividía la casa en dos. El piso de arriba parecía muy oscuro, a pesar de ser mediodía y de que el sol brillaba afuera. Pero las cortinas de la planta baja habían sido descorridas en cada habitación delantera, revelando que la casa estaba completamente amueblada. Muchas cosas

estaban cubiertas con telas antipolvo.

Siguió a Sullivan y lo encontró descubriendo un escritorio y unas sillas. —¿De quién es esta casa?

—De nadie aún. Está en venta, sin embargo. Es una oportunidad realmente excepcional. Tengo el permiso del propietario para inspeccionarla esta tarde y tomarme todo el tiempo que necesite. Si me gusta lo suficiente, podría comprarla.

—¿Una inversión?

—Tal vez. También podría ser mía. La casa de la ciudad en la que vivo actualmente es un arrendamiento de temporada, y mi casero espera más y más cada año.

—Ya veo —echó otro vistazo alrededor—. Al menos esta habitación parece muy cómoda.

—Eso mismo pensé yo también —dijo él mientras se sentaba en el escritorio como si planeara trabajar allí—. Me gusta mucho esta sala. ¿Qué opinas de ella como despacho?

—La luz es buena —se acercó a la ventana y miró hacia afuera—. Tiene vista al patio, pero no mucho más.

—Eso me parece bien. Me sentaría aquí a trabajar la mayoría de las mañanas y de todos modos no debería distraerme.

Ella asintió lentamente.

—¿Por qué querías reunirte conmigo aquí?

—Es más privado que cualquier otro lugar —murmuró Sullivan—. Lejos de miradas indiscretas y sirvientes, ya que aquí no hay ninguno.

—¿Ninguno en absoluto?

—Solo hay un viejo que duerme aquí cada noche para disuadir a los ladrones, según me han dicho —volvió a cubrir el escritorio—. ¿Te gustaría hablar mientras echamos un vistazo al resto del lugar juntos?

—¿No habías estado aquí antes?

—No hasta hoy —tomó su mano entre la suya, más grande, y la sacó de la habitación con una suave risa—. La mejor manera de decidir sobre cualquier propiedad, en mi opinión, es imaginar vivir en ella. ¿Puedes ayudarme a hacer eso? Apreciaría el punto de vista de una mujer.

—¿Por qué no? Pero hablaremos de tus avances de esta semana pasada.

Sullivan asintió mientras descubría todos los muebles de la sala de estar, y una vez que hubo sacudido el sofá varias veces y lo juzgó libre de polvo, se arrojó sobre él.

—Una buena longitud para mí. Todos los muebles serían míos, así que también es importante probarlos todos.

Aurora lo miró desde arriba, estirado allí como si ya fuera el dueño del lugar.

—Espero que tus pruebas no impidan el tiempo que tienes que dedicar a elegir una novia.

—No creo que lo hagan —se levantó de un salto e hizo un gesto para que ella lo reemplazara en el sofá. Cuando se sentó, él le cogió los pies por los tobillos y le colocó las piernas a lo largo de los pesados cojines de brocado—. Una buena longitud para una mujer también. Y si quisiera sentarme junto a mi esposa, ambos podríamos estar muy cómodos juntos.

Se dejó caer de nuevo, sentándose en el espacio restante junto a ella, y estiró las piernas a lo largo de las de ella.

—Esto es bastante acogedor, ¿no crees?

—En efecto —apartó sus pies de un golpe y se esforzó por sentarse correctamente de nuevo —. ¿Decías?

—Ah, sí. Me encontré con la señorita Firth en Hyde Park, hace cuatro y luego dos días, y tuve una agradable charla con ella cada vez. Mencioné haberte visto recientemente, por supuesto,

y ella te envió sus mejores deseos para tu salud y expresó su esperanza de verte pronto.

Aurora parpadeó.

—No imaginé que mencionarías a tu casamentera durante el cortejo.

—¿Por qué no? Eres una amiga que tenemos en común. Fue una excelente manera de iniciar una conversación, además. Tenía tantas cosas buenas que decir sobre ti, y estuve de acuerdo con todas ellas.

Aurora asintió con la cabeza.

—¿Cuándo la verás de nuevo?

—Lamentablemente, ayer partió de la ciudad con su familia para visitar a un pariente enfermo en el campo —dijo él, haciendo una mueca—. No tengo idea de cuándo podría regresar.

—Oh —dijo ella, decepcionada al escucharlo. Un pariente enfermo en el campo podría significar que la señorita Firth no regresaría en algún tiempo. Sin embargo, le sonrió a Sullivan —. ¿Algún otro acontecimiento?

—Me encontré con Lady Catherine Jagger cabalgando hacia Hyde Park al día siguiente de la última vez que hablé contigo. Estaba con un trío de otras mujeres, y no pude hacer más que levantar mi sombrero hacia ellas mientras pasaban galopando.

—¿No te uniste a ellas?

—No. Ya me iba, habiendo ejercitado a mi caballo lo suficiente por un día.

Ella suspiró.

—Qué mala suerte. Quizás la próxima vez puedas unirte a ellas.

—Sí —estuvo de acuerdo, antes de caminar hacia otra habitación—. Comedor, y creo que podría haber una sala para la señora de la casa —dijo, mirando alrededor con las manos en las caderas—. Aunque las cortinas son terribles. Habría que reemplazarlas.

Aurora se estremeció ante el color, un tono de naranja quemado que lastimaba los ojos al mirarlo.

—¿Tal vez algo en un verde suave?

—O azul —murmuró él, lanzándole una sonrisa pícara y mirándola de arriba abajo. El pelisse de Aurora era azul—. Pero, por supuesto, dejaría esa decisión a mi esposa, ya que sería su habitación... su casa para decorar a su gusto.

—Sí, en efecto —murmuró Aurora, y se alejó de él para volver a la sala principal y ocultar su molestia. No había elegido el pelisse azul porque él hubiera dicho que le quedaba bien. Hacía juego con este vestido amarillo en particular. Eran un conjunto—. ¿Eso es todo?

—Arriba a continuación —sugirió él antes de ponerla al día sobre los detalles de su semana de compromisos sociales. Tenía que darle crédito. No había eludido su necesidad de reunirse con otras damas.

Se dirigieron al piso superior, Aurora levantando sus faldas para evitar los escalones. Arriba había mucho más polvo que abajo. De nuevo, había cuatro habitaciones cuadradas amuebladas, todas accesibles desde un estrecho pasillo. Una habitación tenía un pequeño armario empotrado en un extremo.

—La habitación principal o de la señora, supongo —murmuró Sullivan antes de cruzar la casa y desaparecer dentro de una puerta lejana—. Hay otro aquí también.

—¿Otro qué? —gritó ella, apresurándose tras él cuando no pudo escuchar claramente su respuesta.

—Otro armario para ropa, pero de forma extraña. ¿Crees que sea lo suficientemente grande para una dama?

Aurora entró.

—Podría caber todo mi guardarropa, pero quizás no el de Sylvia.

—Ah, bueno. Tendré que considerar si el espacio podría ampliarse más adelante —dijo él—. Me gustaría que mi esposa tuviera el lujo de un extenso guardarropa también.

Aurora se volvió. Sullivan bloqueaba la entrada, con los brazos extendidos a cada lado del marco de la puerta mientras se inclinaba hacia adelante. Ofreció una sonrisa. —Me alegro de haberte invitado a acompañarme hoy aquí.

—Para hablar de tus cortejos.

Él se inclinó aún más hacia ella, con los ojos fijos en los suyos. —Sí, pero sabía que podía contar contigo para una opinión sincera también. Dime, ¿te gustaría vivir aquí?

—Esta casa no es para mí —dijo rápidamente, mientras su corazón empezaba a latir más deprisa ante la idea de que tal vez sí lo fuera.

—Pero imagina que lo fuera, entonces...

Aurora se agachó bajo su brazo y salió al espacio abierto de la alcoba. —No sabría decir, mi lord.

Se dirigió a las escaleras y bajó, dejándolo arriba para que inspeccionara los áticos solo si lo consideraba oportuno. Necesitaba un momento para recuperar el aliento. Estar a solas con Sullivan era demasiado agradable, especialmente cuando parecía valorar su opinión. Él se tomó su tiempo en el piso superior, bajando las escaleras mientras se ajustaba los puños. —El techo del ático parece sólido. No vi señales de goteras en las habitaciones más altas. ¿Inspeccionamos ahora juntos los aposentos de los sirvientes abajo?

Aurora consideró negarse. No estaba allí para juzgar una propiedad de inversión, sino para conseguir que él se casara con alguien que lo mereciera. —¿Fuiste a Bradshaw's desde la última vez que te vi?

—Sí —respondió mientras se alejaba. Sin embargo, comenzó a bajar los escalones hacia la oscuridad sin decir más.

—¿Y? ¿Tú...? —gritó ella, pero Sullivan había desaparecido.

Se oyó un fuerte golpe, pero no hubo explicación cuando ella pronunció su nombre. Preocupada, se apresuró a bajar.

Su pie tropezó en el penúltimo escalón y cayó hacia adelante... en sus brazos que la esperaban. —Te tengo —prometió él, sosteniéndola cerca contra su pecho.

Aurora consideró desmayarse mientras inhalaba su colonia y sentía el calor y la fuerza del cuerpo que la sostenía.

—Gracias —murmuró, y luego miró por encima de su hombro hacia los escalones.

Sullivan la puso suavemente de pie. —Eso debe arreglarse lo antes posible —anunció.

Inquieta por lo bien que se había sentido ser sostenida, ella encabezó el camino por el pasillo tenuemente iluminado, asomándose a cada habitación que encontraban. Estaba acostumbrada a las curiosidades de los aposentos de los sirvientes y los juzgó adecuados antes de que Sullivan pudiera preguntar. —La cocina necesitará una limpieza a fondo antes de usarse, pero eso es todo lo que habría que hacer.

Subió las escaleras, con Sullivan siguiéndola de cerca, pasando por encima del escalón tambaleante que fácilmente podría haberles roto el cuello a ambos. Ya en el pasillo, miró a Sullivan.

Él la estaba observando. La ponía nerviosa.

Bueno, hoy dos podían jugar a ese juego. —¿Tomaste una amante?

—No —respondió lentamente—. Encontré mi imaginación fija en cierta bonita casamentera.

Aurora negó con la cabeza. —Sullivan.

De repente, se encontró atrapada entre él y la pared más cercana. —¿Por qué no me aceptas?

Ella tenía la intención de empujarlo. En su lugar, acarició su pecho. —No puedo decírtelo.

Él la miró a los ojos. —¿Acaso no te besé con suficiente pasión la última vez?

—Con un exceso de ella —le aseguró.

Eso lo hizo sonreír. —Entonces, ¿por qué no me dejas amarte?

—¿Hacer el amor conmigo? Eso no fue lo que pediste, milord.

—Para mí son lo mismo.

—No, Sullivan. Definitivamente no son lo mismo, aunque ambas sean temporales.

Él frunció el ceño ante sus palabras. —El amor no es temporal.

—Siempre termina, y tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Se acercó más. —El amor nunca se va del todo.

—Para muchos sí —respondió ella, enfadándose por su terquedad. Después de una semana, debería haberse resignado a cortejar a otra dama. Se escabulló bajo su brazo de nuevo y puso distancia entre ellos—. No está en tu naturaleza desear algo temporal con una dama. Tu resistencia a tomar una amante es prueba suficiente de ello.

—Puede que no haya *amado* a una mujer desde que nos conocimos —preguntó—. Pero ya no soy el mismo hombre destrozado que apareció en tu biblioteca, ¿verdad?

—No —concedió ella—. Has avanzado mucho desde que nos conocimos, porque la mera idea del matrimonio te provocaba náuseas, dijiste —murmuró. Siempre había deseado que él pudiera ser un poco más libre con sus afectos. Que no se aferrara tanto al recuerdo de años atrás de su primer amor. Podría ser más feliz si pudiera dejar ir ese amor. La mejor manera de empezar, en su opinión, era relacionarse con otra dama y crear nuevos recuerdos.

Pero él no iba a hacer eso por sí mismo.

No a menos que ella le diera una buena razón para intentarlo.

Y la única forma de hacerlo, al parecer, era convertirse en su amante... y demostrarle que podía disfrutar de lo que compartían, aunque solo fuera por un corto tiempo.

Lo miró, dudando de la sabiduría de su decisión un poco más antes de decidir que valía la pena el riesgo.

Sostuvo su mirada, volviendo a él para acariciar audazmente su amplio pecho.

Sus ojos se abrieron un poco por la sorpresa. Y esta vez, cuando él se acercó, ella no trató de evadir lo inevitable. Lo besó primero, y luego lo dejó hacer lo que quisiera.

Mientras su lengua jugueteaba con el borde de sus labios, sus brazos se enroscaron por sí solos alrededor de su cuello para acercarlo más. Todos sus sentidos estaban alerta ante el calor del gran cuerpo de él presionado contra el suyo. Todo su cuerpo cobró vida de nuevo, vibrando con la necesidad de acercarse a este hombre mientras pudiera.

Sullivan parecía sentir lo mismo. La rodeó con sus largos brazos y, con un solo movimiento, la llevó sin esfuerzo hacia el rincón más apartado de la habitación. La pared empapelada estaba fría contra su espalda, pero le proporcionó estabilidad mientras el conde ponía su mundo del revés con sus besos hambrientos.

Sullivan no era un caballero tímido. Era un hombre con experiencia que sabía exactamente cómo prolongar su beso hasta los límites máximos del decoro y la resistencia. Pero el beso tenía que terminar eventualmente, y cuando lo hizo, se deslizó hacia un lado para rozar sus labios contra su garganta.

—Siempre deberías ser así conmigo. Libre.

Aurora luchó por recuperar el aliento y sus dispersos pensamientos. Estaba completamente deshecha, a pesar de que cada pensamiento en su mente se centraba en cómo terminar el

encuentro antes de que él pensara menos de ella. Pero aún no podía desenredar sus dedos de su cabello oscuro.

—No importa lo que pase entre nosotros, no me casaré contigo —susurró, luchando por mantener el control.

—Muy bien —aceptó él después de un largo momento de consideración—. Entonces, ¿me dejarás besarte pero no aceptarás casarte conmigo?

—Sí. —Deseaba a Sullivan. Su tacto, su beso, su lado salvaje previamente oculto, que fueran suyos para disfrutar por un breve momento. ¿Por qué negarse este pequeño placer solo para mantener las apariencias de decoro?

La mano de Sullivan se deslizó desde su hombro, bajando por su costado, hasta detenerse en su cadera. Su agarre era firme. Definitivamente posesivo. Aurora sintió un escalofrío al saber que había sido ella quien había sacado a la luz este lado de su naturaleza, aunque fuera incorrecto para una casamentera ser seducida por su cliente.

Pero qué glorioso era ser elegida como la primera mujer que deseaba desde el fallecimiento de su primera esposa.

Ante ese pensamiento, se tensó.

Ella era la segunda.

Drew pareció percibir su angustia y tomó su rostro entre sus manos, luego apoyó su mejilla contra la de ella para susurrar:

—No te alejes de mí ahora. No te arruinaré ni te dejaré encinta.

Aurora sabía que él nunca podría hacer eso, y no se molestó en discutir el punto cuando sus dedos se deslizaron alrededor de su cuerpo y se cerraron sobre su trasero. Él atrajo sus caderas hacia las suyas, tirando de ella con fuerza contra él. Ya estaba excitándose, obviamente. Presionó sus caderas contra las de ella, frotando su sexo con su dureza, y Aurora lo adoró.

Sullivan, sin embargo, comenzó a descender, besándola mientras lo hacía, deslizándose fuera de sus brazos, y ella se dio cuenta de que tenía la intención de arrodillarse.

Temiendo que estuviera a punto de escuchar una propuesta salir de sus labios, jadeó e intentó levantarlo.

Sullivan susurró «confía en mí», y se agachó aún más, agarrando el borde de su vestido y levantando el dobladillo de sus faldas hasta sus rodillas.

Le agarró el tobillo, besó su pantorrilla cubierta por la media, y luego su cabeza y hombros desaparecieron completamente bajo sus faldas.

Aurora gimió mientras él se movía bajo la muselina azul, besándola por todas partes donde parecía poder alcanzar. Cuando llegó a la parte superior de su muslo, Aurora tomó aire para calmarse y se preguntó si debería poner fin a esta locura. No podía creer que estuviera a punto de hacer lo que ella esperaba que hiciera.

No parecía realmente el tipo de hombre que lo haría.

Pero él le separó las piernas con manos impacientes, y al primer roce de su boca contra los rizos en el vértice de sus muslos, ella se puso de puntillas. Él la agarró por las caderas y la hizo bajar de nuevo, e intentó echarle una pierna sobre su hombro también. Sin embargo, el vestido que llevaba hoy hacía la tarea difícil a menos que ella lo ayudara.

Él gruñó con impaciencia contra sus rizos, y una oleada de deseo pulsó por todo su cuerpo. Quería volver a oírle hacer ese sonido. Sentir la vibración de su frustración e impaciencia contra su piel.

Aurora se levantó rápidamente las faldas y colocó su muslo desnudo sobre el hombro de él. Nada debería convencerlo más de su inadecuación para ser su esposa que este momento de

lujuria desenfrenada. Ella aceptaba sus defectos. Otros no lo harían. Se convertiría en su primera amante, y una vez que él hubiera tomado su placer con ella, lo dirigiría a buscar en otra parte la esposa apropiada que merecía.

Un gemido brotó de sus labios cuando la lengua de él recorrió toda la longitud de su sexo, y luego se introdujo entre sus labios inferiores. Duro y profundo. Justo como a ella le gustaba. Aurora se apoyó contra la pared para sostenerse y le sujetó la cabeza con una mano, manteniéndolo allí. Él lamía su sexo como un hombre hambriento por el sabor de una mujer.

Quizás lo estaba.

Aurora suspiró mientras la lengua de él la provocaba y comenzaba a acariciar repetidamente su clítoris. Sus rodillas temblaron a medida que su placer en el momento aumentaba, demasiado rápido para detenerlo. Ciertamente sabía lo que hacía y dónde dedicar su atención.

Aurora echó la cabeza hacia atrás contra la pared, jadeando, pero un pensamiento desagradable cruzó su mente. ¿Estaba fingiendo que le hacía el amor a su difunta esposa, o realmente estaba con *ella*?

No había forma de saberlo a menos que preguntara. Pero si lo hacía, él dejaría de hacer esa cosa exquisita que estaba haciendo. Ella no quería que se detuviera ahora, ni oír hablar de Clare hoy.

Aurora gimió cuando él succionó con más fuerza su clítoris. Iba a llegar al clímax pronto, probablemente gritaría de alivio. Ocasionalmente había soñado con un momento como este.

Miró hacia abajo y se encontró con Sullivan mirándola de vuelta, con un brillo en los ojos mientras su lengua acariciaba su clítoris unas cuantas veces más.

Su clímax la invadió, y se estremeció y se arqueó contra su rostro.

No gritó, pero solo por un hilo de control logró contener el sonido. Se aferró con fuerza a la cabeza de Sullivan mientras su mundo se volvía vertiginoso, y cuando finalmente terminó, estaba completamente agotada y débil.

Sullivan se levantó de inmediato para estrecharla contra su pecho, y Aurora se permitió el lujo de deleitarse en su abrazo por un breve momento.

Pero tenía que terminar.

Todo tenía un final cuando se trataba de Lord Sullivan.

Lentamente, a regañadientes, lo apartó, esperando que él estuviera impaciente por desabrocharse los pantalones y buscar su propia satisfacción en ella. Sullivan respiraba con dificultad, pero resultó que no tenía prisa por desvestirse, ni siquiera un poco. Simplemente le sonrió. Parecía estar decididamente complacido consigo mismo, además.

Desafortunadamente, Aurora no sentía lo mismo, y se enderezó separándose de la pared. Si él no estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de desvestirse, ella no iba a hacerlo por él.

Sullivan extendió la mano y acarició suavemente su mejilla antes de dar dos pasos atrás. —Espero que no me digas que no debería haber hecho eso.

—Iba a preguntarte si te sientes mejor —respondió ella, arqueando una ceja, como si tener a un hombre bajo sus faldas fuera algo cotidiano.

Él frunció el ceño. —No tengo ningún arrepentimiento. ¿Y tú?

—No —le aseguró, volviéndose hacia un espejo para comprobar que su cabello seguía pulcramente recogido alrededor de su cabeza. El arrepentimiento vendría más tarde, seguramente, y cuando lo hiciera, él sería el último en enterarse—. Me alegro de que ese momento entre nosotros haya terminado. Por fin has estado con otra mujer, así que puedes estar seguro de ti mismo con cualquier otra también.

En el reflejo, vio que Sullivan la había seguido hasta el espejo, frunciendo el ceño de nuevo.

—No necesito a nadie más. Cásate conmigo, señorita Hillcrest. Seguramente te he comprometido ahora.

Ella hizo una mueca. El hombre seguía confundiendo la lujuria con el amor. Aurora no. —No.

Él rozó sus labios de un lado a otro sobre su hombro mientras susurraba: —Tenía que preguntártelo. Como caballero y como tu amigo. Tenía que pedirte hoy que te convirtieras en mi esposa... pero sabía que sería demasiado pronto para que me dijeras que sí.

Al menos por fin estaba siendo sensato en algo. —No cambiaré de opinión más tarde, te lo aseguro.

—Ya veremos —murmuró, posando suavemente sus manos en las caderas de ella. Se demoraron allí, pesadas y cálidas—. Tengo una proposición para ti ahora —dijo—. Tienes todo el derecho a negarte, pero quiero que te quedes un rato conmigo. A solas, así.

Sus manos se deslizaron hacia adelante, posándose una sobre la otra encima de sus rizos, a través de sus faldas. Ella tragó saliva, sorprendida por la audacia del gesto. Había creído conocer el carácter de Sullivan. Estaba tan segura de que nunca actuaría de esta manera con ella. Pero claramente, poseía una abundancia de lujuria aún por satisfacer. —Lo consideraré.

Su agarre sobre ella se apretó hasta que un jadeo escapó de sus labios. —Podríamos continuar nuestra conversación arriba. En la cama, quizás. Me di cuenta de que hacía algo más de calor allí.

Aurora se sintió tentada a aceptar. Sopesó los riesgos cuidadosamente. Su prima Sylvia estaría fuera de la ciudad unos días más, y Eugenia estaba muy ocupada con los intereses de su marido. No tenían planes de verse ni hoy ni mañana.

Probablemente nadie notaría lo que hacía con sus días. Si algún sirviente preguntaba, tenía varias amistades que la cubrirían. Ya lo había hecho antes.

Otro encuentro podría, de una vez por todas, purgar de él el impulso de proponerle matrimonio. —No me casaré contigo, si piensas persuadirme con más pasión. O peor aún, usar lo de hoy para conseguir lo que crees que quieres contándole a alguien sobre nosotros.

—Jamás forzaría un matrimonio entre nosotros —prometió él, besando su mejilla, y luego dejó otro beso en su cuello. Besó su piel y la miró a los ojos en el espejo, observándola como un lobo que ve algo que planea devorar. Su sexo respondió con un estremecimiento de anticipación, y cuando la mano de él se elevó para cubrir su pecho, ella dejó escapar un suspiro—. Puede que no me quieras como marido hoy, pero deseas *esto* tanto como yo. Quédate o piénsalo y vuelve mañana para besarme de nuevo.

Sullivan le pellizcó el pezón para animarla a aceptar su invitación. Dada la mirada lujuriosa en sus ojos, probablemente alcanzaría el clímax de nuevo con facilidad. El primer pensamiento de Sullivan parecía inclinarse hacia colmarla de atenciones, en lugar de buscar su propio placer, y eso era una gran mejora comparado con otros hombres que Aurora había conocido. No tendría que preocuparse por quedar embarazada con él.

También estaba empezando a apreciar cada vez más su naturaleza impredecible. ¿Qué otros secretos se revelarían si pasaba unas horas con él?

Aurora creía en la igualdad, en la justicia y en devolver en la misma medida. En su mente, le debía a Sullivan al menos un orgasmo, pero nada más permanente que eso. Sin embargo, no podía quedarse hoy. No podía ceder tan fácilmente a sus propios impulsos lujuriosos. —Muy bien. Me reuniré contigo aquí mañana a la misma hora, y podrás contarme cómo fue el evento de esta noche.

—Gracias —dijo él, besando su mejilla de nuevo, y se alejó despreocupadamente para

terminar de cubrir los muebles antes de irse. Aurora se escabulló mientras él no miraba.

CAPÍTULO 9

AL DÍA SIGUIENTE, Aurora estaba de pie en una habitación del piso superior de Conduit Street, asombrada por los cambios que se habían realizado durante la noche. Las fundas que cubrían los muebles habían desaparecido, los suelos polvorientos también habían sido barridos y la cama parecía recién hecha. La luz entraba a raudales por las ventanas, proyectando una delicada calidez sobre ella.

Y sobre *él*.

Los dedos de sus pies se curvaron dentro de sus zapatillas mientras Sullivan le besaba el cuello. Su aliento era tan cálido sobre su piel que ya estaba excitada. Él había estado besándola desde que entró por la puerta de abajo, hace media hora, y parecía incapaz de detenerse.

—Has estado ocupado —susurró ella.

—Mi ayuda de cámara colaboró, aunque se quejó un poco por tener que mejorar una habitación en una casa que aún no me pertenece.

Sullivan estaba tan cálido contra ella que sintió el impulso de ronronear como un gato mientras frotaba su cuerpo cada vez más cerca del suyo. —¿Vas a comprar el lugar?

Las manos de Sullivan vagaron hasta su cintura, luego ascendieron más, hacia sus pechos, con la respiración agitada. Pero no los tocó, simplemente rozó con los pulgares cada vez más cerca. —¿Debería? Podríamos volver a encontrarnos aquí mañana.

Aurora rodeó su cintura con los brazos y luego los dejó resbalar un poco hacia su trasero. Mañana quedaba muy lejos. —No me corresponde a mí decirte que deberías. Pero...

—¿Pero?

—Como inversión, no está lejos de Bond Street, lo cual una mujer de la casa apreciaría. Pero está más lejos de Hyde Park, donde siempre cabalgas y donde la alta sociedad se reúne para lucirse durante la hora de moda. —Miró sus ojos, notando que el azul se había intensificado. La lujuria le hacía eso. —¿Importan lo suficiente esas cosas como para que sea una mala inversión?

Sus dedos se hundieron en su cabello, las horquillas cayendo al suelo a sus pies mientras se lo soltaba sin preguntar. —No realmente. Es difícil encontrar un lugar como este en venta sin que todo el mundo se entere. Todo lo demás está atado a arrendamientos de noventa y nueve años.

Aurora suspiró mientras él pasaba los dedos por su largo cabello, retorciéndolo detrás de su cabeza y dejándolo caer por su espalda. —Entonces creo que ya has tomado la decisión de comprarlo.

Él apoyó su frente contra la de ella. —Si pensaras que es una mala idea, te escucharía.

Hizo una mueca al ver que él seguía hablando como si su opinión realmente importara a

largo plazo. Ahora era su amante. Un arreglo temporal entre ellos, aunque él seguía intentando atarla a su vida. Aurora lo tendría ahora, disfrutaría de este inesperado romance y luego lo entregaría al placer de otra dama pronto. Pero no quería pensar en eso ahora. Solo quería disfrutar de estar con él. Ser su verdadero yo.

Aurora deslizó sus manos por su pecho, poniéndose de puntillas para reclamar sus labios. Se entregó a la pasión, permitiéndose este momento egoísta con el conde. Sabía que él quería más de ella, pero no podía darle el para siempre que deseaba.

Solo había este momento para compartir.

No había razón para ser tímida sobre por qué estaba allí. Él debía saber que su carácter no era tan impoluto como el de otras solteronas a estas alturas, especialmente después de lo de ayer. Ya no estaba allí para ayudarlo a encontrar pareja. Sus intenciones hacia él eran más carnales.

El conde parecía no necesitar nada más de ella en cuanto a palabras en ese momento, y la besó como si estuviera hambriento.

Aurora miró más allá de él hacia la pulcra habitación cuadrada que daba a Conduit Street. *Era* una habitación bonita. La cama estaba preparada, revelando sábanas blancas y crujientes, y parecía realmente cómoda para pasar la tarde. Ansiaba acostarse allí en la cama con el conde sobre ella, satisfaciendo sus necesidades más inmediatas.

Sullivan le besó la garganta antes de envolverla en sus brazos y levantarla del suelo.

—Quiero abrazarte un rato —susurró.

Sullivan era deliciosamente sólido a su alrededor, pero Aurora negó con la cabeza.

—No es para eso que vine, y lo sabes. Deja de intentar ser un caballero.

Conocía las señales de un hombre al borde del control. No había llegado al clímax con ella ayer, y hasta que lo hiciera, no podría contentarse con nada menos.

—De acuerdo. Si insistes. Te necesito en esa cama, y ahora —le dijo.

Aurora se estremeció de emoción ante su tono exigente.

Pero él la bajó al suelo y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Es natural sentir miedo —susurró.

Ella le devolvió la mirada con firmeza.

—¿Hay alguna razón para temerte?

—No —pareció quedarse sin palabras por un momento—. Te prometo que nunca tendrás una razón tampoco. Pero continuar y aumentar la intimidad conmigo podría ser desconcertante al principio.

Dios mío, él pensaba que todavía era inocente. Cerró los ojos, momentáneamente avergonzada de no serlo, por *él*. Pero fue un sentimiento pasajero. Había tenido años para aceptar que no era como las jóvenes apropiadas del *ton*. Las mujeres que él había considerado cortejar antes.

—No tengo miedo.

—Bien.

Jadeó cuando su vestido se aflojó alrededor de su cuerpo. Sullivan de alguna manera había logrado desabotonarla sin que ella sintiera nada. Le quitó el vestido y lo llevó cuidadosamente para acomodarlo sobre la única silla de la habitación. Ella agradeció su cuidado, pero se sentía incómoda siendo la única de pie en ropa interior.

Sullivan regresó rápidamente, quitándose el abrigo, y la atrajo contra él nuevamente. Sus manos recorrieron su cuerpo para capturar sus pechos. Aurora gimió por lo bien que se sentía. *Él* tocándola. Sin torpezas. Sin vacilaciones.

Sin amenazas.

Sullivan no era un novato en las artes carnales. Ella esperaba un gran placer de él después de la generosa intimidad de ayer.

Su ropa interior cayó pieza por pieza.

—Eres terriblemente eficiente en eso —murmuró con aprobación mientras él nuevamente acomodaba su ropa interior con cuidado, para que no estuviera más arrugada cuando se la volviera a poner—. Más rápido que cualquier doncella que haya conocido.

—Lo hago rápido porque te deseo desesperadamente —prometió—. Has sido todo en lo que he pensado desde ayer. El sabor de ti en mi lengua. Ven a la cama, Aurora.

Aurora se volvió hacia ella. Era una cama alta que requería que ella trepara. Lo hizo lentamente, y Sullivan gimió detrás de ella. Encantada por el sonido, meneó su trasero un poco más obviamente.

Sabía cómo provocar para acelerar las cosas.

Sullivan se presionó inmediatamente contra su trasero, como ella había esperado que hiciera. La evidencia de su excitación la pinchaba a través de sus pantalones. Sus dedos se aferraron con fuerza a sus caderas. —No deberías provocar así a un hombre a menos que estés preparada para las consecuencias.

Las consecuencias de Sullivan serían fáciles de soportar. Él era un caballero en todo momento. Respetuoso con ella. Pero lento para tomar lo que necesitaba sin aliento. Era el tipo de hombre que podría pedirle perdón si se acaloraba demasiado entre las sábanas. —¿Quién dice que no estoy esperando ansiosamente por ti, milord?

—Drew. Llámame por mi nombre cuando estemos juntos así. —Otro gemido, y la tela crujió mientras se desvestía detrás de ella. A juzgar por el sonido, estaba bastante apresurado—. Dios, espero que estés lista para lo que estamos a punto de hacer.

Aurora lo estaba. Pero no dejaría de usar su título en ningún lugar, ni siquiera en privado. No se sentía cómoda susurrando palabras cariñosas a los hombres, como algunas mujeres podrían hacer más fácilmente. Tenía que mantener cierta formalidad entre ellos, aunque fuera solo de su parte.

—¿Aurora? ¿Dónde estás? —Sus labios rozaron su espalda y luego su mano agarró su hombro, tratando de girarla para que lo mirara.

—Estoy aquí —prometió, resistiéndose a sus esfuerzos por ponerla boca arriba—. No me hagas esperar.

Aurora arqueó la espalda al sentir el primer roce del ardiente miembro de Sullivan entre sus piernas, y contuvo la respiración mientras él buscaba su entrada. No habría barrera que romper, ni razón para gritar de dolor. No fingiría ser inocente. Él podría tomarla como quisiera hoy, y ella lo disfrutaría.

Pero Sullivan procedió con el encuentro lentamente, y Aurora apenas podía contenerse de suplicarle que la penetrara.

Sullivan estaba casi completamente dentro de ella cuando alargó la mano y buscó acariciar su clítoris con dedos gentiles. Aurora jadeó en voz alta, incapaz de ocultar lo placentero que era su toque allí. Su atención a las necesidades de ella no era esperada, pero sí apreciada. Él trabajó su magia contra su clítoris. Acariciándola con paciencia y habilidad hasta que ella estaba jadeando y al borde del clímax.

Solo entonces se ocupó de sí mismo. Agarró las caderas de Aurora con sus manos y lentamente se introdujo en su cuerpo, tomándose su tiempo mientras le hacía el amor. Por mucho que Aurora intentara apresurarlo, él mantuvo su propio ritmo, aumentando su placer en el proceso.

Aurora cerró los ojos, su tensión aumentando a medida que las embestidas de Sullivan se volvían implacables. Se aferró a las sábanas, preparándose, y se dio cuenta de que llegaría al orgasmo antes que él debido al ritmo constante que había establecido.

Él la penetraba con una determinación de la que no podía quejarse. Si hubiera sido virgen, habría apreciado el control que ejercía sobre su lujuria, algo que otros hombres que había conocido no se habían molestado en hacer.

Aurora, sin embargo, no tenía control sobre su propia lujuria. Siempre estaba impaciente por alcanzar su clímax.

Llevó su mano entre sus piernas y jugueteó con su clítoris. Unas pocas caricias podrían ser todo lo necesario para llegar al orgasmo. Y luego todo terminaría cuando Sullivan liberara su semilla.

Él se hundió profundamente y luego se detuvo, manteniéndose quieto, jadeando contra la parte superior de su espalda. Pero el clímax de Aurora estaba justo ahí, a punto de estallar en cualquier momento. Se retorció y giró debajo de él, y él le permitió moverse a lo largo de su miembro, encontrando esos lugares en su interior que se sentían mejor y aumentaban su placer hasta que estaba gimiendo.

Llegó al orgasmo de manera demasiado ruidosa, pero rápidamente hundió su rostro en el colchón para amortiguar el sonido en caso de que a él no le gustara escuchar a una mujer perder el control.

Cuando todo terminó, Sullivan finalmente comenzó a moverse de nuevo. Aurora lo alentó sin vergüenza. A partir de entonces, la tomó con algo más de vigor, y Sullivan dejó escapar un gran rugido que incluía el nombre de ella mientras se retiraba para derramar su semilla en las sábanas debajo de ellos.

Él se desplomó sobre ella, inmovilizándola en una posición incómoda mientras jadeaba en busca de aire contra la nuca de Aurora.

Aurora soportó el peso extra hasta que se volvió demasiado pesado, y entonces se retorció para pedir silenciosamente su libertad.

—¿Te casarías conmigo?

Aurora parpadeó ante la pregunta no deseada. Había elegido permanecer libre de la carga de un marido hacía muchos años. No se dejaría dar por sentada, y ciertamente sus encuentros íntimos nunca le harían cambiar de opinión.

Se alejó de Sullivan y de la pregunta que no debería haberle vuelto a hacer. Se movió hasta el extremo de la cama, lejos de él, antes de mirar hacia atrás. —No. De nuevo, no. Si vas a pedirme matrimonio cada vez que intimemos, entonces debo irme y nunca volveré.

Él se rio y luego se apoyó sobre un brazo, mirándola. Permaneció en silencio durante un largo rato, estudiándola. —Así que me deseas. Me dejarás hacerte el amor, pero solo si nunca es para siempre.

Ella estudió al conde con exasperación. Era persistente, eso se lo reconocía.

Desafortunadamente, estaba simplemente demasiado delicioso así como para permanecer enojada con él por mucho tiempo. Despeinado, sudoroso y vulnerable. El torso desnudo y saciado le sentaba muy bien. No se parecía en nada al triste y torpe viudo que la había buscado a ella y a sus primas hace un año para solicitar su consejo sobre cómo hacer un segundo matrimonio. Parecía más feliz, lo que sin duda se debía a su clímax. Finalmente había estado con otra mujer, y ahora podría acostarse con alguien más también.

Con cautela, se movió hacia él en la cama, acostándose de lado mientras mantenía su mirada. —Sí, eso es todo lo que quiero.

Su sonrisa tardó en llegar. —A mí también me gusta esto. Pero hablo en serio. Quiero hacer de ti una mujer honesta al final.

Aurora salió de la cama inmediatamente, molesta por su terquedad.

Después de tantos rechazos, ya debería saberlo mejor. Le había pedido su mano, y cada vez que ella se negaba, claramente no podía creer que se le negara. ¿Acaso no podía comprender que al convertirse en suya para siempre, ella quedaría atrapada por reglas que nunca la protegerían?

El matrimonio le daría a él todo el control sobre su vida. Eso era lo último que ella le daría a alguien.

Miró la ropa descartada de él en el suelo y pasó por encima para comenzar a vestirse para marcharse.

Miró al conde discretamente, observándolo reclinado tan a gusto en la cama. Parecía no ver nada malo en lo que habían hecho, ni en estar acostado desnudo tampoco. Aurora había demostrado su inadecuación para ser la novia de nadie hoy. Él la había poseído a fondo. Había tomado su placer con ella. La falta de sangre en las sábanas, la falta de evidencia de la pérdida de su inocencia, debería hacerle reflexionar cuando se tomara un momento para considerar lo que eso significaba.

Le había demostrado sin lugar a dudas que no era una joven inocente destinada al matrimonio, y además, una casamentera bastante mediocre. Suspiró al pensar en esa oportunidad perdida de tenerlo como primer cliente. Ya no podía contar con él para impulsar el inicio de su negocio escribiendo una carta de referencia. Aurora tendría que buscar en otra parte una recomendación y devolverle el dinero que ya le había pagado.

Él palmeó el espacio a su lado. —Vuelve a la cama.

Aurora no se apresuró a obedecer su orden. Pero se volvió para mirarlo. —¿Tienes intención de contarle a alguien lo que hice contigo hoy?

—No. Por supuesto que no. —Sonrió—. Este será nuestro secreto, hasta que estés lista para que no lo sea.

—Debe permanecer en secreto para siempre, milord —le dijo secamente.

Su sonrisa se desvaneció. —No te gustó. Hacer el amor conmigo. Pensé...

—Claro que disfruté estar contigo. —Evidentemente tendría que explicarle el resto, y eso arruinaría todo lo que habían hecho juntos, o lo que *podrían* hacer—. Tengo algo que decir, y no te gustará lo que vas a oír —le advirtió.

Él saltó de la cama y la atrajo a sus brazos antes de que ella pudiera decir más. —Escucha. Podemos hablar de lo que te preocupa sobre mi propuesta en otro momento. Vuelve a la cama. Hay mucho más que podríamos compartir hoy, porque quién sabe qué nos traerá el mañana. No necesito saber tus razones para no aceptar un compromiso conmigo, pero sí quiero estar contigo ahora. De cualquier manera que pueda.

Ella escrutó su rostro, preguntándose si realmente lo decía en serio. Lo que habían compartido hasta ahora había sido mucho más placentero de lo que esperaba, pero no podía durar. Realmente debería irse.

Pero tampoco quería hacerlo. No tenía planes. Ya había pasado la hora de hacer visitas matutinas a sus amigas. No tenía a nadie esperándola en Wharton House, y probablemente cenaría sola en su habitación esta noche a menos que tuviera noticias de Eugenia antes, lo cual parecía poco probable. Si Sullivan dejara de proponerle matrimonio, ni siquiera habría pensado en irse todavía. Realmente no había necesidad de dejar de complacerse con él, aunque no podía imaginar que su intimidad pudiera mejorar.

Puso las manos sobre su pecho desnudo por primera vez. Era sólido, bien musculoso y el

calor de su piel alejó momentáneamente el frío de su alma. —Si me quedo, tendrías que prometerme que dejarás de pedirme que me case contigo.

—De acuerdo. Prometo que no te lo pediré de nuevo hoy. Pero debes saber que siempre estoy pensando en tu lugar en mi vida —prometió.

Aurora cerró los ojos. Dioses, qué terco era. Estaría contento de deshacerse de ella cuando supiera la verdad sobre su persona. Tenía en la punta de la lengua soltar su secreto aquí y ahora, a pesar de sus deseos... pero él la miraría con lástima o asco después de que terminara de contárselo. —Mi lugar está donde *yo* quiero que esté.

—En efecto —dijo él, sorprendiéndola con su fácil aceptación—. Pero haré todo lo posible para convencerte de que también sea conmigo, algún día —prometió, y luego la tomó de nuevo en sus brazos y la llevó a la cama—. Solo dame una oportunidad y el tiempo para demostrarte que no soy tan malo —murmuró, antes de acomodarla en la cama.

Él no era el problema. Cuando Aurora levantó la mirada para decírselo, el conde se cernía sobre ella con esa sonrisa pícara que solo recientemente había empezado a compartir con ella. Sus advertencias quedaron sin decir cuando él se inclinó para besarla de nuevo.

Era aún más deseable cuando estaba juguetón como ahora. Y por alguna razón, quería ser suyo.

Aurora se recostó lentamente en la cama, su pulso y anticipación creciendo mientras él se inclinaba sobre su estómago y comenzaba a trazar círculos alrededor de su ombligo con su talentosa lengua. Sería una tonta si terminara el romance antes de haber exprimido cada placer de sus encuentros secretos. Un amante como él podría no volver a cruzarse en su camino jamás.

CAPÍTULO 10



DREW CERRÓ LA puerta suavemente con el pie, con los brazos llenos de la sencilla comida que había comprado a un vendedor ambulante de pasteles con la esperanza de que satisficiera el apetito de su dama.

Su cuerpo vibraba de satisfacción después de una larga tarde de amor mutuo. Había sido otro día emocionante de encuentros secretos. Durante tres días seguidos, Aurora había acudido a él en esta casa de Conduit Street, y él se había deleitado haciéndole el amor.

Drew no tomaba a la ligera la participación de Aurora en este encuentro amoroso. Ella se mostraba asustadiza de una manera que no podía definir con exactitud. Aceptaba la intimidad, pero temía expresar cualquier tipo de compromiso emocional.

Dispuso la comida en una pequeña mesa junto al fuego y se acercó a ella. Había estado de pie junto a la ventana con las cortinas corridas cuando salió de la habitación y seguía allí ahora, desnuda y aparentemente ajena a su estado. No estaba desnuda para provocarle. Parecía no tener ningún pudor en absoluto.

Drew colocó las yemas de los dedos en la parte baja de su espalda y, con suave presión, la guio lejos de la ventana. El sol no se pondría hasta dentro de una hora, y aún había mucho que quería hacer con Aurora antes de que se fuera.

—Alimentarme no cambia nada tampoco —susurró ella—. No me casaré contigo solo porque no me dejes pasar hambre.

Qué extraño que sugiriera que ese era su motivo para ofrecer una cortesía común. Drew ciertamente no estaba tan engañado como para pensar que un pastel de manzana mejoraría su posición a los ojos de ella. Aún se resistía a estar con él abiertamente, pero aquí en la alcoba era tan generosa como podía esperar.

Sin embargo, esto, sus encuentros secretos, lo cambiaba todo en su mente. Su continuo romance cimentaba su decisión de que solo ella le serviría, pero guardaba esa opinión para sí mismo. Le había prometido a Aurora no hablar de matrimonio, y no se lo propondría solo para ser rechazado una vez más.

Cuando llegaron a las sillas bajas, él inclinó la cabeza para que sus labios rozaran la punta del hombro de ella y besó su piel. Estaba bastante enamorado de las curvas de su cuerpo. Le gustaría pasar años adorándolas. —Me encantaría verte bañarte —susurró.

Ella lo miró, aparentemente alarmada por esa sugerencia. —¿Por qué? ¿Huelo mal?

—Me encanta tu piel —le aseguró. Olía divinamente. Tan bien, tan suave, que no le gustaría nada más que pasar una eternidad en estrecha proximidad, tocándola. Sin embargo, no dijo eso

en voz alta. Expresar cualquier tipo de compromiso parecía ser otro tabú. Todo lo que había logrado era acordar que se encontraran un día a la vez—. Te miraría bañarte porque estarías desnuda y mojada. Mis dedos podrían deslizarse sobre tu piel, sumergirse entre tus piernas. Podría llevarte al clímax de esa manera.

La vio tragar saliva y luego jadear, excitada por sus planes para darle placer.

—No creo que el lavabo de allí sea lo suficientemente grande para que alguno de nosotros lo intente.

—Resulta que conozco uno en otro lugar donde podríamos caber los dos juntos —se rio suavemente y le mordisqueó la oreja—. Puede volverse un poco desordenado. Bañarse juntos. El jabón y el agua se meten por todas partes. Mis manos también. La diversión, por supuesto, está en la limpieza. Usaría mi lengua para lamer todas las gotas de agua de tu cuerpo. Aunque podría distraerme fácilmente con tus curvas. Me resultan muy atractivas.

Las pestañas de Aurora aletearon mientras se apoyaba en él. Su piel estaba fría contra su pecho desnudo. Drew la envolvió en sus brazos para calentarla, y ella suspiró, contenta, al parecer, de ser sostenida contra su cuerpo por un momento. Él bajó la mirada hacia su rostro, curioso por la criatura que anhelaba cada día más—. ¿Alguna vez has hecho el amor en el agua?

—No. No sé nadar.

—Debo recordar llevarte a las aguas termales tan pronto como lleguemos...

Se detuvo abruptamente. Estaba a punto de decir tan pronto como se casaran y regresaran a casa en Kent. Sin embargo, ahora no era el momento de discutir sus futuros arreglos de vivienda. El momento presente con ella era demasiado cautivador.

Drew había esperado encontrar una mujer de ideas afines en Londres, alguien con una mente abierta y naturaleza aventurera hacia la intimidad. Aurora parecía bastante inclinada naturalmente hacia las actividades placenteras, al menos, si no al estado matrimonial. No detectaba vacilación ni dudas en el dormitorio.

Eso era un cambio refrescante de su experiencia con su difunta esposa, especialmente en los últimos meses de su matrimonio. Clare se había vuelto irracionalmente pudorosa a medida que se acercaba el nacimiento de su hijo. Hacia el final, había recurrido a su mano para satisfacer sus propios deseos.

Alejó los malos recuerdos.

—Encontraremos el tiempo un día para hacerlo, estoy seguro —prometió.

No podía adelantarse demasiado al momento presente. Aurora aún se resistía a sus peticiones de siquiera pensar en casarse con él, pero no había negado su necesidad de pasión ni la suya propia. No renunciaría a eso por nada.

Acarició suavemente su cuerpo con la mano, deteniéndose justo encima del nido de rizos oscuros entre sus muslos.

Ella se retorció, rozando su entrepierna.

No fue un roce inocente.

Aurora conocía el deseo.

Lo había experimentado antes con otra persona.

Él tenía tantas preguntas sobre eso. Pero podían esperar hasta un momento menos delicado en su incipiente relación. Acarició con la punta de los dedos su abdomen en lentos movimientos, provocándola, animado por sus reacciones.

Aurora parecía una dama bastante contenta de ser adorada y recibir todo lo que él pudiera darle. Lentamente levantó los brazos para rodearle la cabeza.

—Realmente has estado viviendo una mentira, milord. No eres nada bueno. Creo que eres

positivamente perverso.

Él le besó el cabello.

—Solo estaba ocultando mi lado amoroso hasta encontrar a mi verdadera novia.

Maldijo en voz baja, esperando no haber estropeado el comienzo de otra sesión de amor con su desliz. Pero ¿cómo no pensar en su futuro con ella? No había tenido un día mejor en mucho tiempo.

—Sí. Las vírgenes a menudo se asustan por deseos que no comprenden.

Aurora no era virgen, y para él eso no era un punto en su contra.

—Y a veces las mujeres con experiencia también.

Le besó la frente y luego la levantó en sus brazos. Ya había pasado suficiente tiempo de pie junto a Aurora para toda una vida. Era hora de actuar, y quería que ambos estuvieran cómodos durante el resto del tiempo juntos. La dejó suavemente en un asiento y cuando la cubrió con una manta para darle calor, Aurora levantó las rodillas entre ellos.

La postura también sugería que necesitaba algo de separación de él. Podía darle eso. Se sentó a su lado, le guiñó un ojo y le pasó la primera empanada.

—Eres exquisita, ¿sabes? En cualquier entorno, pero especialmente en esta alcoba.

Una suave sonrisa elevó las comisuras de su boca, y sus pies bajaron al suelo mientras se enderezaba, ajustándose la manta alrededor de los pechos antes de tomar la empanada de su mano.

—Tienes un talento oculto para la adulación, milord. Nunca lo habría esperado de ti.

—Solo estoy diciendo la verdad —prometió, observándola mordisquear una abertura en la corteza y succionar el relleno de la empanada con delicada precisión.

Drew devoró una empanada, y cuando quedó claro que Aurora no tenía tanta hambre como él, tomó la tercera. Hacer el amor daba hambre a un hombre. Lo había olvidado en los años desde Clare. No contaba cuánto tiempo había pasado, pero se alegraba de saber que no había perdido su toque. A Aurora le había gustado tanto lo que le había hecho, que había alcanzado el clímax dos veces en poco tiempo ese día. El tercero había tardado mucho más en llegar, pero quizás fue el más gratificante, a juzgar por sus gritos desesperados.

—Gracias por el pastel. Lo necesitaba —susurró ella, lanzándole una mirada tímida bajo sus pestañas.

Después de todo lo que habían hecho hasta ahora en la cama, le asombraba cómo esa mirada aún lo endurecía. Parecía totalmente fuera de carácter para la mujer que había conocido durante tanto tiempo. Pero quizás ella nunca había intentado realmente coquetear con él antes.

—Ha sido un placer —prometió—. Solo desearía haber pensado en traer algo mejor para compartir. La próxima vez lo haré.

—Esto es suficiente —le aseguró ella—. No soy del tipo que espera cenar tan suntuosamente como otras mujeres podrían.

Otras mujeres. ¿Por qué Aurora siempre hablaba de sí misma como diferente a las demás? —Te mereces lo mejor, y lo tendrás... la próxima vez.

Su ceño se frunció. —¿La próxima vez?

—Sí, la próxima vez. ¿Mañana? —Le robó un beso, y luego otro, dejando que el instinto anulara la precaución de ir despacio con ella—. Estaré aquí, todos los días de esta semana, esperándote en esa cama de allí. Desnudo.

Aurora le lanzó una sonrisa pícara, claramente complacida por la imagen que había descrito.

Definitivamente había ventajas en la experiencia previa de Aurora con un amante. No era tímida, y él tampoco tenía que serlo. Y no quería hablar ahora y decir algo equivocado que

pudiera alejarla.

En su lugar, giró a Aurora de lado en el sofá, inhalando el irresistible aroma de su piel. Besando su cuerpo, y mordisqueando también, en ocasiones.

Ante sus juguetones mordiscos, Aurora gimió.

Y luego ella empezó a mordisquearlo a él, y él se rio. —Eso es lo que quiero —exclamó—. Todavía tienes hambre.

Los volteó para que Aurora quedara encima de él y apartó su largo cabello oscuro de su rostro. La presión de su sexo sobre su miembro era maravillosa después de tan larga abstinencia de placeres de alcoba. Drew casi había olvidado cuánto disfrutaba hacer el amor por la tarde hasta que Aurora se había convertido en su amante.

Puso su mano en la cadera de ella y apretó con fuerza, presionándola contra su erección, que nunca había disminuido completamente desde su primer beso del día.

—Hazme el amor —susurró.

Las cejas de ella se juntaron en confusión.

—Tómame en tus manos, mujer —sugirió juguetonamente, poniendo sus manos detrás de su cabeza—. Soy todo tuyo.

Hasta ahora, él había sido quien tomaba el control de sus actividades amorosas. El que determinaba cómo hacían el amor. Pero quería ver el rostro de Aurora sobre él, tomando su placer, usándolo mientras cabalgaba hacia su propia culminación sin pensar en la de él.

Pero ella no se movió. De hecho, se había quedado tan quieta que él pensó que podría haberla impactado con su petición.

¿Acaso Aurora nunca había estado encima de un hombre antes? No tenía que hacerlo a menos que quisiera, por supuesto. No había ninguna regla que dijera que debía.

Pero justo cuando estaba a punto de colocar a Aurora debajo de él, ella se retorció para sentarse sobre sus muslos. Sus delgados dedos cayeron sobre su piel y luego se envolvieron alrededor de la base de su miembro. Lo acarició, y sus caderas se arquearon involuntariamente desde el diván.

Su agarre era firme, sus caricias lentas al principio, pero aumentaron en velocidad cuanto más tiempo lo mantuvo bajo su poder. Ella también había hecho esto antes.

Inclinó la cabeza, su cabello suelto cayendo sobre su rostro. Miraba fijamente su miembro, jugando hábilmente con él, excluyendo todo lo demás, incluso a él mismo.

Drew quería ver su expresión y extendió la mano para apartar el cabello de su rostro. Aurora evadió su mano, y él vio determinación en su cara... y algo que también lo alarmó.

Disgusto.

Rápidamente apartó las manos de ella y se estiró para tomarla de la barbilla con sus dedos. Levantó su mirada hacia la suya de inmediato, y una expresión de pánico cruzó sus facciones.

—¿No te gustó? —preguntó ella rápidamente, y volvió a alcanzar su miembro.

—Claro que sí —Drew le agarró la muñeca para evitar que lo acariciara—. Pero no tienes que continuar si no te gusta hacerlo.

—Me gusta —susurró ella, pero Drew sabía reconocer una mentira cuando la escuchaba.

Se incorporó, pero la mantuvo sobre sus muslos. Ella ya no quería mirarlo a los ojos. Él se inclinó hacia ella.

—No estabas disfrutando hacer el amor conmigo. Así que paramos. Ahora.

Ella asintió rápidamente y exhaló un largo suspiro tembloroso.

—Lo estaba disfrutando.

¿Lo estaba? ¿Como en el pasado?

Él los giró para que sus pies quedaran planos en el suelo, y Aurora inmediatamente se acurrucó contra él, abrazándolo con fuerza, pero estaba seguro de que la sintió temblar. Permanecieron envueltos en un silencio incómodo durante un largo rato. Drew le dio un beso en la frente, preocupado por lo que acababa de suceder. Algo la había asustado.

—Cuando sugerí que me tomaras en tus manos, no lo decía literalmente. Quería decir que hicieras lo que quisieras conmigo. Que estuvieras arriba, en lugar de abajo, si eso te interesaba. Que determinaras cómo hacemos el amor el uno al otro.

—Oh. Pensé que esperabas que yo... que yo...

No continuó su comentario, y Drew se preguntó por qué se contuvo. Una mano en el miembro era una forma de llegar al clímax para un hombre. Pero, ¿acaso le repugnaba la idea de que él pudiera esperar más, como que ella también se lo metiera en la boca? Aunque a *él* le había gustado en el pasado, era consciente de que a algunas damas no les atraía en absoluto la idea, especialmente si otro hombre las había obligado a hacerlo antes. La idea de que ella hubiera estado en una situación así hizo que la estrechara con más fuerza contra sí.

Aurora no pareció importarle y se relajó lentamente contra él. Después de unos minutos, suspiró profundamente. Sus dedos bailaron suavemente sobre su bíceps. —Tienes más músculos de lo que imaginaba.

Él le acarició el pelo con la nariz y permitió que el tema cambiara. —¿Tú también me creías ocioso y débil?

—No. Por supuesto que no. He visto estatuas, claro, pero la realidad de tu cuerpo es muy diferente a lo que imaginaba.

—Soy más cálido, para empezar, y estoy hecho de carne y hueso —atrapó su mirada—. ¿Cuándo fue la primera vez que me imaginaste desnudo?

—Cuando nos conocimos —admitió tímidamente, bajando la cabeza de nuevo.

La abrazó con fuerza y le besó la frente. —Me siento halagado. Realmente debería haberte prestado más atención antes.

Ella miró hacia abajo, entre ellos, a su erección. Se había ablandado por completo ante su disgusto. —Nunca esperé que lo hicieras.

Él suspiró, pensando en el tiempo perdido en el que podría haber estado con esta mujer, conociéndola mejor. Cortejándola para que cayera en sus brazos y, más tarde, en su cama. —Deberías haberlo esperado. Dame un beso, preciosa. Ha pasado demasiado tiempo desde el último.

Aurora se inclinó hacia él, pero se detuvo a unos centímetros de reclamar sus labios, con sus expresivos ojos verdes fijos en los de él. Aún se reflejaba cautela en ellos, pero al fin posó sus labios sobre los suyos. Fue un beso vacilante, tan diferente a su pasión anterior que él se concentró más en mejorar el momento.

Pero estaba preocupado. El humor de Aurora podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos si no le gustaba lo que oía.

No, no era eso. Le había pedido que le hiciera algo sexual a *él*, y ella había reaccionado como si no le hubiera dado opción en el asunto.

Tendría que recordar no dar órdenes a Aurora en el dormitorio y elegir sus palabras con más cuidado. Algunas mujeres perdonaban cierta autoritarismo a los hombres en la cama, otras no. Claramente, Aurora era de las segundas.

Ella movió sus caderas un poco más cerca, provocando su miembro con el roce de sus rizos, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Con solo un toque de ella y ya estaba irremediablemente excitado. La miró a los ojos mientras rompía el beso. —¿Te complace saber que me estoy

poniendo duro por ti?

—Sí —dijo en un susurro—. Me gusta saberlo.

—Me puse duro en el momento en que apareciste en la puerta —confesó él—. Eres todo lo que deseo, y si no siempre lo expreso bien, te pido perdón. La lujuria me vuelve directo y quizás un poco mandón sobre lo que quiero.

—Los hombres son todos iguales, sean señores o pobres granjeros —dijo ella, apartando la cara de repente. Su respiración salió ruidosamente de sus pulmones mientras se elevaba contra él, y luego se acomodó con la clara intención de colocar la punta de su miembro en su entrada.

Pero Drew se quedó atascado en lo que ella acababa de decir. ¿Granjero? ¿Qué granjero? Cerró los ojos y se preguntó dónde habría conocido Aurora a alguien así, para saber cómo actuaban con las mujeres con las que hacían el amor.

Apartó sus preguntas y se concentró en la mujer dispuesta a hacer el amor con él de nuevo.

—Eso es. Úsame como quieras.

Sin esperar más discusión, se recostó, dejando que Aurora decidiera lo que sucedería a continuación entre ellos.

Aurora se elevó y se hundió con un suspiro.

Lo acomodó profundamente, y él se estremeció dentro de ella. La humedad rodeaba su miembro mientras ella se deslizaba y se retorcía lentamente contra él. Buscando su placer. Cazando ese escurridizo estremecimiento de satisfacción que solo un buen acto amoroso podía proporcionar.

Ella puso las manos de él sobre sus pechos, y él los acarició y luego los besó. Se excitó aún más al escuchar sus gemidos. La ayudó a llegar al clímax de esa manera, deleitándose con sus respuestas sin reservas. Su rostro jubiloso y libre de dudas al final.

Así era como esperaba hacerla sentir siempre. Sin vergüenza ni sentimiento de obligación de cumplir sus deseos. Quería que no fingiera nada con él.

Aurora volvió a la tierra lentamente, bajando la mirada hacia la de él.

—Oh —dijo rápidamente, tragando saliva—. Lo siento.

—Yo no. Se suponía que debías llegar al clímax, y no hice nada para impedirlo —dijo él, lanzando una sonrisa irónica hacia donde ella estaba acurrucada contra su miembro aún duro.

Esperaba que se quedara allí un rato más.

Él también quería llegar al clímax ahora.

Pero solo si ella se lo permitía.

Levantó la mano y le apartó el cabello de la cara húmeda, y luego la agarró por debajo de los brazos.

Se giró para acostarse de nuevo, acomodándola sobre él.

—Recupera el aliento aquí contra mí —sugirió, envolviéndola en sus brazos. Sujetándola firmemente contra su pecho.

Aurora era más complicada de lo que él esperaba, pero eso de ninguna manera disminuía su interés en casarse con ella eventualmente. Ella permitió su abrazo solo por unos minutos antes de empezar a retorcerse. La fricción contra su miembro, aún dentro de ella, le hizo gemir en voz alta.

Ella se levantó, mirándolo con el ceño fruncido.

Él embistió sus caderas contra ella, sonriendo con picardía. —¿Sabes lo que implica un revolcón a caballo?

Ella miró a su alrededor, estudiando su posición. —Algo como esto, supongo. Una mujer a horcajadas sobre un hombre.

—No exactamente. Es sexo así, pero montando a caballo de verdad.

Ella pareció sorprendida. —¿No es peligroso?

—Oh, sí.

—¿Lo has hecho?

—No. Pero estoy dispuesto a intentarlo al menos una vez contigo. Con cuidado, eso sí. Odiaría que cualquiera de nosotros se cayera y nos encontraran con el trasero expuesto a los elementos o a la vista de otros.

Esperaba que ella se riera de la imagen que había pintado de una caída embarazosa. Pero sus ojos se estrecharon. —No soy una gran jinete.

—No importa. —Estaría encantado de enseñarle algún día, después de que se casaran—. Hay tantas más posiciones para hacer el amor que apenas importa perder esa en particular.

Ella se retorció un poco más, deslizándose arriba y abajo de su longitud nuevamente. —¿Quieres...

—¿Quiero?

—¿Terminar?

—Sí, pero no hay prisa, ¿verdad? —No quería que se separaran, aunque eventualmente tendrían que hacerlo.

Pero más tarde. Drew colocó sus manos en las caderas de ella, estabilizando sus movimientos incluso mientras embestía bajo ella hasta que su boca formó una o de renovado placer. Drew podría dedicar muchas más horas a su mutua satisfacción si ella le concediera más tiempo hoy. Había mucho más en el placer que apresurarse por terminar primero.

Su frente se arrugó mientras se retorcía contra su miembro, tratando de llevarlo más profundo, más rápido, como siempre hacía. Drew la mantuvo a raya, y ella lo miró con ojos llenos de lujuria. La visión le quitó el aliento.

Ella jadeaba, moviéndose y retorciéndose. —Entonces, ¿no necesitas terminar ahora?

—Mi querida dama, nunca llevaré la cuenta cuando se trate de los placeres que compartimos. —Sonrió rápidamente—. Quiero que estés bien satisfecha antes de que nos separemos.

—Oh —susurró ella, con los ojos revoloteando cerrados—. Sí.

Él levantó la cabeza para susurrarle al oído: —Estar con una mujer que toma lo que quiere me excita más de lo que jamás sabrás.

Eso la hizo gemir. Se incorporó bruscamente, tomó la mano libre de él y la presionó entre ellos, justo contra su sexo. —No sé por qué es diferente contigo, pero parece que necesito llegar al clímax todo el tiempo —susurró, antes de dedicar toda su atención a buscar su próximo orgasmo.

Drew observó, alentó y tuvo el gran placer de ser muy bien utilizado por su insaciable amante.

CAPÍTULO 11



INVOLUCRARSE EN UN romance esta temporada no había sido el plan de Aurora, pero era más difícil olvidar la pasión de Sullivan cuando estaban separados de lo que jamás había imaginado que podría ser.

Habían sido casi dos semanas de encuentros secretos con Drew, de roces furtivos, besos robados y esas gloriosas tardes haciendo el amor como si fueran las únicas dos personas en el mundo. Ni en cien años Aurora habría imaginado que un arreglo tan perfecto podría ser suyo con un caballero del *ton*. Drew incluso había dejado de pedirle matrimonio. Eso hacía que su tiempo juntos fuera absolutamente perfecto en su opinión.

Cuando estaban a solas, Sullivan apenas se parecía al hombre que una vez pensó que era. Se había esfumado el lord propio y serio preocupado por mantener la apariencia de un hombre respetable de la sociedad. En privado era juguetón, cariñoso y generalmente estaba desnudo... o al menos medio vestido. Hacía que ella anhelara sus manos sobre su cuerpo cada momento de cada día que estaban juntos, por lo que era tan difícil decirle que no cada vez que le pedía verla de nuevo.

Pero solo planeaban hasta su próximo encuentro, el día siguiente, lo cual se ajustaba a su propósito. No podía darle más de un día a la vez.

Esponjó cuidadosamente las faldas de su nuevo vestido de seda azul cielo que había elegido especialmente para llevar a las diversiones de la noche. Estaba ansiosa por lucirlo ante Drew sin que nadie se diera cuenta de que lo llevaba porque a él le gustaba ese color en ella. Cada vez que vestía de azul, Drew se volvía particularmente amoroso. Quería ver si podía tentarlo a portarse mal, o al menos a pensar en hacerlo.

Aún no lo había visto, pero él había mencionado que asistiría al baile de Lady Rothwell esta noche. La asistencia de Aurora sería una sorpresa para él, habiendo sido una decisión de último momento de Eugenia el asistir y llevar a Aurora también. Si Aurora hubiera sabido que estaría aquí esta noche, habría arreglado una cita para encontrarse con Drew en algún lugar apartado y discreto. Ciertamente había suficientes rincones oscuros en la mal iluminada casa, a su parecer.

Aurora caminaba detrás del Duque y la Duquesa de Exeter, casi saltando sobre la punta de sus pies de emoción por ver el rostro de Drew de nuevo. Tuvo que reprimir un gemido cada vez que el duque o su esposa se detenían para hablar con alguien que conocían. La pareja era bastante alta y bloqueaba su vista hacia el fondo del salón de baile.

Miró de reojo a Eugenia mientras presentaban a su prima, y luego esperó impacientemente a que fuera su turno de conocer a otro pilar de la sociedad.

Al oír su nombre, ofreció su mejor sonrisa, pero esta vaciló cuando escuchó que el hombre era presentado como el Duque de Northport.

El padre de Drew.

Hizo una reverencia, con la mente en un torbellino. Este hombre había acosado a su hijo mayor para que se casara de nuevo antes de que estuviera realmente listo. Sabía mucho sobre él, y no mucho que considerara bueno. Si no fuera por la presión familiar, Drew podría haber sido mucho más feliz, y quizás nunca habría necesitado conocerla a ella y a sus primas tampoco.

El hombre mayor asintió. —Bueno, Exeter, veo que sigues atrayendo la belleza a pesar de tu reciente matrimonio con esta mujer excepcional —dijo Northport mientras señalaba a la duquesa —. Las jóvenes aún acuden en masa a tu lado.

—Difícilmente acudían en masa —respondió el duque con una risa desdeñosa—. Pero la joven dama no está aquí por mí, sino que es invitada de su prima, quien, si recuerdas, se casó con mi heredero el año pasado. La señorita Hillcrest posee una belleza que iguala a la de su prima mayor, la señora Berringer, y está dotada de un gran ingenio e inteligencia para acompañarla —murmuró el duque con un gesto cariñoso en su dirección.

Northport era más bajo que su hijo y bastante severo. Sin embargo, tenía las cejas más asombrosamente descontroladas. Dominaban su rostro y hacían que Aurora quisiera reír y bromear sobre ellas. Pero sabía por Drew que Northport no era el tipo de hombre que toleraría ningún tipo de juego.

Sus cejas se fruncieron mientras miraba su rostro sonriente. —¿Señorita Hillcrest, dijo?

—Sí, Excelencia —respondió ella, pero su piel comenzó a erizarse mientras él continuaba mirándola fijamente. Empezó a preocuparse de que él pudiera saber algo sobre ella, y temía que Drew la hubiera mencionado por su nombre como una posible novia. Pero levantó la barbilla, decidida a no revelar ninguna angustia por esa posibilidad—. Señorita Aurora Hillcrest.

Su mirada osciló entre ella y Eugenia y volvió a Aurora. Cuando miró a Aurora, ella vio total desaprobación. —¿Cómo está usted? —Pero lo dijo con desdén. Fríamente. Como si se hubiera topado con alguien desagradable que se veía obligado a reconocer de todos modos.

Ella mantuvo una sonrisa fija en su rostro. —Muy bien, gracias.

Northport se volvió inmediatamente hacia Exeter, y ambos acordaron hablar más tarde, aunque no dijo sobre qué. Luego, con una última mirada en su dirección, se alejó a grandes zancadas hacia el salón de baile.

Exeter lo miró alejarse. —Eso fue extraño.

—¿Cómo así, mi amor? —murmuró la duquesa, acariciando afectuosamente el brazo de su esposo, como solía hacer a menudo.

—No lo sé. Ciertamente algo le preocupa esta noche —dijo el duque en voz baja, y luego palmeó la mano de su esposa con una sonrisa—. Pero este no es ni el momento ni el lugar para preguntarle al respecto. Seguro que lo averiguaré más tarde, no temas, y entonces te lo contaré todo. Probablemente no sea nada de importancia.

—Sí, lo más probable es que no sea nada importante en absoluto —convino la duquesa.

Aurora tragó saliva de nuevo y rezó para que no se tratara de ella y Drew reuniéndose en secreto. Aún no le había contado nada a Eugenia, y Sylvia todavía estaba fuera de la ciudad, así que ella tampoco lo sabía. No había tenido la intención de mantener en secreto su romance con Drew, pero ¿cómo podía decir algo sin despertar sus esperanzas? Sus primas querían que se casara, y les agradaba mucho Drew, sabían muy bien que él estaba buscando esposa. Discutir con ellas sobre por qué rechazaba las repetidas propuestas de Drew era algo que le gustaría evitar.

Aurora intentó recuperar su entusiasmo por la velada, pero no lo logró rápidamente. Aunque

finalmente, pudo ver más allá de los Exeter hacia la multitud que se arremolinaba.

El baile ya había comenzado, las parejas más adentro giraban con elegancia, y Aurora aún esperaba unirse a ellos. Le debía un baile a Drew. No había olvidado su promesa de bailar con él en el próximo baile al que ambos asistieran. Esta debía ser *la* noche para ponerlo primero en su carnet de baile por una vez.

Pero con su padre aquí esta noche, y la forma en que la miraba, estaba ansiosa por revelar su interés en Drew ahora. Si bailaban juntos, ¿alguien notaría que quizás se miraban con *demasiado* interés?

Esta noche, su carnet de baile vacío le quemaba en la mano, y bajó la mirada para no animar a nadie a acercarse. Había supuesto ver a Drew primero y rápidamente, para que pudiera reclamar cualquier espacio en su carnet de baile para los siguientes sets. Desafortunadamente, habían llegado tan tarde, y el baile estaba bien avanzado.

Parecía tomar una eternidad llegar al perímetro del salón de baile al lento paso al que se movían los Exeter.

Eugenia la codeó con el codo.

—Creo que veo formarse un vínculo.

A Aurora no le importaban en absoluto otros romances y al principio no prestó atención a su prima. Estaba demasiado emocionada por su propio romance secreto. Una vez que Sullivan había renunciado a intentar hacerla su novia, ciertamente se habían llevado mejor.

Él era mucho más interesante de lo que ella le había dado crédito originalmente. Ahora hablaban de todo, incluyendo pedirle su opinión sobre planes de mejoras para su nueva propiedad de inversión donde se reunían. Ya no estaban sus conversaciones plagadas de menciones de su difunta esposa e hijo, o su búsqueda de una novia, pero hablaba libremente sobre el resto de su vida.

Había viajado, realizado un extenso gran tour en su juventud, y una tarde había traído un libro de mapas a su encuentro y le había mostrado todos los lugares a los que había ido. Desde entonces, ella había estado asombrada por su conocimiento del mundo.

Estiró el cuello buscándolo.

—Definitivamente campanas de boda —murmuró Eugenia—. ¿Qué piensas, Aurora? ¿Está nuestro cliente más problemático a punto de finalmente dejar el pasado atrás y anunciar que se casará pronto con una dama merecedora?

Finalmente dirigió su mirada hacia un rincón distante al que su prima señalaba y se quedó helada. Había encontrado a Drew. *Él* era el antiguo cliente del que su prima hablaba con tanta emoción apenas contenida.

Drew estaba no muy lejos con la hermosa señorita Lavinia Hayes colgada de su brazo, y de cada una de sus palabras, al parecer. La joven era cuñada del mejor amigo de Drew, Lord Wade. El vizconde y su esposa observaban con una sonrisa indulgente a su lado.

Eugenia agitó su abanico frente a su rostro mientras hablaba.

—Hacen una pareja hermosa, ¿no crees?

Aurora apretó los labios con fuerza. Lo hacían. Ya lo había pensado. Estaban riendo juntos, y la señorita Hayes curvó su delicado dedo y urgió a Drew a inclinarse para escuchar cualquier confidencia que quisiera compartir. Drew sonrió, claramente embelesado.

Esa sonrisa era la que ella había empezado a pensar que estaba reservada solo para ella. Usualmente, Drew tenía un rostro mucho más serio en los eventos de la alta sociedad.

El duque de Northport se unió a ellos y besó la mano extendida de la señorita Lavinia, mirándola con cariño. No de la manera en que lo había hecho con Aurora. Al duque le agradaba

la joven que le estaban presentando.

Aurora tragó saliva al llegar a una conclusión que le revolvió el estómago con nudos desagradables. Dada la evidente felicidad de todos los reunidos alrededor de la señorita Lavinia Hayes, podía imaginar que también parecían una pareja para muchos otros en la sala.

Las expectativas se habían elevado. Drew probablemente ya no necesitaba la ayuda de una casamentera, si es que alguna vez la había necesitado. Apartó la mirada de su rostro sonriente, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—¿Crees que la ha elegido? —preguntó.

Eugenia asintió.

—Los he visto juntos bastante últimamente —susurró Eugenia—. Ya sabes que Sullivan y Wade son cercanos. Han cenado juntos casi todas las semanas de esta temporada, según he oído.

Aurora miró a su prima, con el estómago aún más revuelto.

—¿Cómo sabes con quién cena lord Sullivan?

Eugenia sonrió.

—Todavía me interesan nuestros antiguos clientes. Sullivan, por supuesto, más que la mayoría.

Aurora no había oído nada sobre Drew pasando tanto tiempo con lord Wade, ni con la señorita Lavinia Hayes tampoco. En las semanas de su aventura, sentía que Drew debería haberle dicho algo sobre esa estrecha conexión. Especialmente si estaba considerando a otra dama. Una que tal vez dijera que sí a convertirse en su condesa y eventualmente en su duquesa.

Lavinia Hayes era popular y encantadora. A Aurora le caía bien y creía que sería una buena esposa para Drew. Claramente Northport aprobaba la posible unión, dadas sus continuas sonrisas hacia la joven. Hacia la *pareja*.

—Sospecho que es solo cuestión de tiempo antes de que se anuncie un compromiso —confió Eugenia—. Tiene la edad adecuada y posee una buena fortuna para aportar al matrimonio. Además, la conoce desde hace bastante tiempo. Creo que es una pareja hecha en el cielo.

Aurora levantó lentamente los ojos para mirar a Drew de nuevo, y a la señorita Hayes. La joven miraba al amante secreto de Aurora con un afecto descarado.

Eran buenos amigos.

Se tenían cariño.

¿Podrían ser algo más? ¿Estaba mirando a la mujer que le arrebataría a Drew?

Se estremeció ante los pensamientos posesivos que la llenaban de temor. Mientras Drew y la señorita Hayes volvían a reír juntos y se giraban al unísono para hablar con alguien más, esos pensamientos se convirtieron en un grito de desesperación. Él estaba pasando una noche maravillosa, y no era con *ella*. Aurora se encogió un poco por dentro.

Siempre era la última en saber cuándo ya no la necesitaban, pero este era el momento.

No debería haber venido esta noche para ver esto, pero lo había hecho. Y ahora Aurora haría lo correcto. Ahora podía hacer algo bueno por él otra vez.

Eugenia se alejó y, en lugar de unirse a ella, Aurora giró sobre sus talones y se dirigió directamente hacia la puerta principal.

No se quedaría. No lo necesitaba. Nunca había sido ella quien debía captar la atención de Drew, después de todo.

Huyó al exterior y le pidió a un lacayo que le llamara un coche de alquiler para llevarla a casa de inmediato. Desafortunadamente, el hombre fue demasiado lento para evitar que alguien la viera marcharse del baile sola. El carruaje de Scarsdale lo depositó justo a sus pies.

Su sonrisa era amplia cuando la vio. —¿Qué hace usted deambulando por aquí afuera,

señorita Hillcrest? La fiesta está adentro.

—Sí —dijo ella secamente, ansiosa por evitar cualquier conversación prolongada con él y buscando un carruaje que se acercara para llevarla lejos lo más rápido posible.

El lacayo regresó, disculpándose por la demora. Cuando un carruaje se detuvo frente a ella, Aurora se dio cuenta de que no llevaba dinero para pagar el viaje a casa. Hizo una mueca y se volvió hacia Scarsdale. —Necesito dinero.

Él inmediatamente metió la mano en su bolsillo y le ofreció un puñado descuidado de billetes, muy por encima de sus necesidades. Aurora tomó lo que necesitaba, prometió devolvérselo mañana y gritó las indicaciones mientras se zambullía dentro. Apenas notó el olor a cerveza rancia y ginebra barata que impregnaba el carruaje hasta que estuvieron bien en camino, y Scarsdale se quedó boquiabierto mirándola en la acera frente a la casa de los lores Rothwell.

Entonces se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose enferma del estómago.

Aurora estaba completamente perturbada por la idea de que pronto sería reemplazada en la vida de Sullivan, y preocupada por su propia reacción ante la noticia. Por supuesto, había anticipado ser reemplazada. Lo había planeado también. Pretendía que sucediera. Algún día próximo. Pero había estado tan absorta en la emoción de su aventura secreta que lo había olvidado por un corto tiempo. Obviamente, no podía seguir encontrándose con Sullivan para siempre y él también lo sabía.

Él quería el matrimonio, y debería tenerlo.

Pero con alguien más. Alguien que quisiera ser su esposa.

Esa no era Aurora.

El viaje pasó volando, y cuando la dejaron en Wharton House, estaba más o menos lista para enfrentar a los sirvientes.

A su llegada, Aurora siguió obedientemente al lacayo nocturno desde el carruaje hasta el interior sin su habitual charla sobre sus respectivas veladas. Se alegró cuando él se apartó de su lado, después de asegurarse de que no necesitaba nada. Estar en un lugar que era tanto su hogar como cualquier otro en el que hubiera vivido. Debería enviar un mensaje a sus primos en el baile del que acababa de escapar, explicando por qué se había ido de manera tan abrupta. Un terrible dolor de cabeza o un repentino malestar estomacal era una excusa útil para volver a casa temprano, y podría ser fácilmente creída por el duque y la duquesa. No tenía mucha fe en que Eugenia creyera ese cuento, pero al menos sabría adónde había ido y que estaba a salvo.

Mañana, Aurora tendría que dar algunas explicaciones.

Se dirigió a un escritorio donde encontraría papel para escribir en la biblioteca y garabateó una nota para su prima. Una vez que hubiera llamado a un sirviente para que la entregara, subiría a acostarse.

Sin embargo, no estaba nada cansada. Estaba demasiado enfadada consigo misma para imaginar que el sueño llegaría fácilmente esta noche.

Permaneció en la biblioteca, y Aurora incluso se sirvió un vaso de una de las botellas ocultas de Wharton en una estantería y se hundió en un cómodo sillón para reflexionar sobre su tonta reacción ante la noticia de que Drew se casaría.

Drew no le debía ninguna explicación. Ella siempre había sabido mejor lo que él necesitaba.

Y nunca fue ella en su vida.

Miró a su alrededor e hizo una mueca. Wharton House y quienes vivían allí tampoco la necesitaban. Incluso sin el señor y la señora de la casa, los sirvientes realizaban sus tareas con silenciosa precisión. Ninguno necesitaba que Aurora moviera un dedo para dirigirlos, razón por la cual había decidido que necesitaba una profesión que pudiera ocupar sus días, y sus noches

también.

Su aventura con Drew, aunque emocionante, la había distraído de su propósito: forjarse una carrera que diera mayor sentido a sus días. Pero esa distracción tenía que terminar esta noche. No podía ir a verlo mañana como habían acordado. Ni siquiera podía decirle por qué, lo que podría revelar cómo le había afectado la noticia de su próximo matrimonio.

Aurora lo pensó solo un momento y luego se sentó de nuevo en el escritorio. Sullivan realmente no necesitaba que ella le consiguiera una pareja, pero alguien más podría.

Aunque su estómago aún se revolvía con celos fuera de lugar, Aurora hizo planes para perseguir sus propios intereses, lo que significaría que estaría demasiado ocupada para verlo por un tiempo. No podía renunciar a su sueño de dirigir un negocio próspero y financieramente sólido y mantenerse por fin a sí misma.

Era hora de pensar en su futuro y en lo que más necesitaba de su vida. Para empezar, un nuevo primer cliente. Alguien que no le resultara ni un poco atractivo.

CAPÍTULO 12



DREW ESTABA MÁS que molesto cuando dejó su montura al cuidado de un pilluelo en Hyde Park. Estaba furioso, más de lo que había estado en mucho tiempo. Atravesó Hyde Park a zancadas, ansioso por llegar a la mujer que aparentemente había decidido rechazarlo la semana pasada sin ofrecer explicación alguna.

Aurora Hillcrest había desaparecido de la sociedad sin decirle que estaba ocupada en otros asuntos, y al hacerlo, efectivamente había puesto fin a su mutuamente satisfactoria aventura. Sin mostrar consideración alguna por sus sentimientos, lo había abandonado por completo.

No tenía idea de qué había causado su abrupta decisión, pero tenía la intención de averiguarlo. Hoy mismo. De no ser por sus frecuentemente declaradas intenciones de casarse con ella, y el tiempo que habían pasado a solas juntos, podría pensar que ella no se preocupaba en absoluto por él. Pero seguramente debía hacerlo.

Se habían vuelto tan cercanos en esos momentos robados de intimidad compartida. No creería que había hecho algo mal esta vez.

Verla ahora del brazo de algún hombre extraño, sonriéndole, lo hizo ver rojo.

La ira era una condición rara en él cuando se trataba de las damas que amaba. De hecho, solo había estado así de enojado una vez antes. Había estado furioso el día en que su esposa murió, llevándose a su hijo con ella. No es que hubiera sido decisión de Clare morir, por supuesto. Había maldecido al cielo, a cualquiera que hubiera intentado consolarlo. Había echado humo, impotente para cambiar el destino que lo había dejado solo y solitario sin su familia.

Hoy, al menos podía desahogar su ira con la persona responsable de causar su angustia en persona. Estaba casi al alcance de su brazo.

Tres zancadas.

Dos.

Una.

Extendió la mano y giró a Aurora para que lo enfrentara tomándola por el hombro, ignorando el chillido de alarma del ridículo joven caballero a su lado.

Aurora pareció tan genuinamente sorprendida de verlo alzándose sobre ella con rabia que él se esforzó por contener su temperamento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —logró decir ella antes de que él tirara el libro de reglas por la ventana y la besara profundamente, allí mismo en Hyde Park donde cualquiera podría verlos.

No se apresuró con el beso, liberando una semana y más de frustración acumulada por su partida no anunciada de su vida.

Como había sucedido en cada encuentro anterior, la respuesta de Aurora fue inmediata y tan apasionada como la suya. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y pareció ansiosa por trepar a sus brazos. Pero por mucho que él quisiera sostenerla, no podía, y la dejó ir.

Pero cuando se separaron, ambos estaban jadeando y temblando de lujuria el uno por el otro.

Ella lo empujó débilmente en el pecho, pero Drew se mantuvo firme.

—¿Qué demonios haces *tú* aquí?

—Disculpe —respondió ella con altivez, antes de volverse para sonreír con arrepentimiento a su otro pretendiente y disculparse—. Lamento que haya tenido que ver eso. Lord Sullivan es un viejo amigo, aunque equivocado en cuanto a lo que es apropiado. Alejémonos de él para que podamos continuar nuestra conversación.

—Ni lo sueñes —espetó él.

Él era su pretendiente, le gustara o no.

El otro caballero dio un paso atrás, mirándolo con alarma.

—No quiero problemas, milord.

—Entonces le sugiero encarecidamente que se marche —dijo con el tono más amenazante que pudo manejar—. La señorita Hillcrest y yo tenemos asuntos pendientes.

El hombre sabiamente huyó.

Drew hizo que Aurora se girara para enfrentarlo, fulminándola con la mirada.

—¿Cómo te atreves a interferir...?

—No puedes pensar en reemplazarme con ese... *muchacho* —se quejó, señalando con un gesto la figura que se alejaba. No pensaba apartarse de su lado de nuevo hasta que el asunto entre ellos se hubiera resuelto a su satisfacción.

—Por supuesto que tengo que reemplazarte —dijo ella con firmeza, poniendo las manos en sus caderas.

Caderas que habían sido suyas para sostener mientras hacían el amor.

—Seguramente no. Tú y yo...

Ella lo interrumpió, con una mirada enojada y desafiante.

—Ya no eres mi cliente, así que debo encontrar a alguien más.

—¿No? No seré reemplazado —dijo, y entonces sus palabras calaron lentamente—. ¿Cliente?

Ella arqueó una ceja, sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Ya no necesita mis servicios, ¿verdad, milord?

—Te necesito —insistió, bajando un poco la voz—. ¿Por qué no viniste a verme, o acordaste hacerlo otro día?

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—Tenía otros asuntos que atender. Y tú también. No se me necesitaba en Conduit Street.

Él se quedó boquiabierto. Estaba tratando de crear una vida para ellos. Preparar un hogar. No podía hacerlo sin que ella estuviera allí para dar su opinión.

—¿Por qué imaginarías eso? Te he estado esperando allí todos los días. Desnudo en la cama, ¡donde te dije que estaría!

Ella se sonrojó y comenzó a voltearse.

—Estoy segura de que te entretuviste ampliamente en mi ausencia.

Él la agarró del brazo y la mantuvo quieta.

—Escuché que te fuiste enferma del baile de los Rothwell. Te envié flores anónimamente al día siguiente, y me presenté en Wharton House unos días después, pero nunca estabas en casa para mí. No fue hasta ayer que me arriesgué y le pregunté a Eugenia por tu paradero. No me dijo

mucho, pero me enteré de que estabas bien aunque ocupada. Te he buscado por todas partes.

Ella hizo una mueca.

—No te hice ninguna promesa.

—Bueno, yo te las hice a ti —replicó él—. Teníamos un acuerdo. He estado cortejándote.

Ella frunció el ceño.

—Eso no es lo que has estado haciendo conmigo.

—¡He estado tratando de acercarme a ti de la única manera que me permites! —Levantó las manos—. Te deseo. Lo sabes. No voy a fingir indiferencia. Tú también me deseas, de la misma manera. Si hubiera empezado a cortejarte apropiadamente, todos habrían visto mi preferencia por ti tan claro como el día. Hermosa y contradictoria mujer. Tienes mi felicidad envuelta alrededor de tu dedo meñique. Hice una promesa de no comprometerte, y estoy tratando de honrarla y ser paciente. Pero tú no te molestaste en cumplir la tuya y encontrarte conmigo como acordamos.

Ella miró sus pies.

—Me sorprende que hayas encontrado el tiempo con tu otra mujer compitiendo por tu atención.

—¿Qué otra mujer?

Aurora levantó la cabeza pero miró hacia los céspedes perfectamente recortados y arrugó la nariz.

—Es bien sabido que estás cortejando a la señorita Lavinia Hayes, a punto de proponerle matrimonio.

Él se echó hacia atrás, atónito de que Aurora, entre todas las personas, creyera semejante tontería sobre él.

—Por Dios, no.

Ella lo miró.

—¿Por qué no casarte con ella? Sería perfecta para ti, y te agrada.

—¿Estás loca? No de esa manera. Es una niña comparada contigo. —La movió para que se parara frente a él, obligándola a ver su rostro—. ¿Entiendo claramente que un *rumor* de que voy a casarme con Lavinia Hayes ha causado esta brecha entre nosotros? ¿Estabas celosa?

Ella desvió la mirada, se encogió de hombros otra vez y no quiso encontrarse con sus ojos.

—¿Por qué estaría celosa?

—Esa es la pregunta que más necesita respuesta ahora mismo. ¿Por qué? No te casarás conmigo ni me dejas hablar de ello. —Pero su respiración se había acelerado y un revelador rubor había enrojecido sus mejillas ahora—. Tu beso me dice que nada ha cambiado entre nosotros en el tiempo que hemos estado separados, Aurora.

—Mis labios mintieron —susurró ella—. No te desean.

Oh sí, mentían ahora, y él no entendía por qué ella debería intentarlo.

—Podríamos besarnos de nuevo solo para que puedas probar que no sientes nada por mí de una vez por todas, pero me temo que podrían vernos.

—Eso no te detuvo la primera vez —se quejó ella.

—Estaba celoso de ese otro tipo, pero ahora que entiendo que no he sido reemplazado, me comportaré. —Sonrió lentamente—. A menos que prefieras que no me moleste.

Aurora posó brevemente sus dedos desnudos sobre sus labios. Un gesto seguramente destinado a protegerlos de que él la besara de nuevo.

—La discusión ha terminado. No deberías haber interrumpido mi reunión.

—Sí, tu reunión. —Miró en la dirección en que se había ido el joven y lo encontró merodeando cerca—. ¿Es ese un cliente potencial al que casi ahuyento?

—Quizás no habría sido tan tímido si tú no hubieras sido tan grosero —se quejó ella, y entonces también vio al muchacho—. Oh, vaya.

—Me disculparé en un momento. Pero primero déjame disipar una suposición errónea que pareces haber hecho sobre mí. No soy el tipo de hombre que tendría relaciones con dos mujeres a la vez. Si tuviera dudas, no sería íntimo contigo. Punto. Hacer el amor contigo es todo lo que quiero hacer. En todo el tiempo que he estado en Londres, ninguna mujer me ha excitado de la manera en que tú lo has hecho sin esfuerzo.

—Dejaste de pedirme que me casara contigo —susurró ella en voz baja.

—¡Sí! ¿Se había ofendido Aurora porque él había dejado de hacerlo? Drew quizás no la había considerado como una posible esposa desde el principio, y tal vez ella lo había rechazado por orgullo desde entonces. Ahora le resultaba evidente que ella se sentía atraída por él, tanto como él por ella. El deseo mutuo estaba en lo alto de su lista de requisitos para un segundo matrimonio. No se lo había dicho directamente al principio de su relación, juzgando el asunto demasiado personal para mencionárselo a una solterona.

Pero lo que le había convencido de que por fin estaba en el camino correcto era su propia reacción hacia ella. Drew podría haber seguido seduciéndola en secreto para siempre. Pero nunca se había sentido así por nadie que hubiera conocido en los últimos dos años. —Mi pregunta se estaba interponiendo en nuestra felicidad cuando estábamos juntos. Todavía quiero casarme contigo. Nada en absoluto ha hecho cambiar mi opinión. ¿Serás mi esposa, Aurora?

La miró fijamente y notó que se había mordido el labio inferior, preocupada quizás por su respuesta. Supo entonces que sería otro *no*.

Un movimiento repentino llamó su atención y giró la cabeza para encontrar que el joven había regresado. Parecía que iba a interrumpir, también. Drew levantó una mano. —Un momento más, señor. La dama tiene una respuesta que dar.

Drew apretó los dientes mientras el tipo retrocedía, pero se mantuvo lo suficientemente cerca como para escuchar.

Era demasiado tarde para ocultar que acababa de pedir a Aurora que se casara con él. El hombre estaba lo suficientemente cerca como para haber oído y visto todo su intercambio. Con suerte, no era del tipo que difunde calumnias sobre mujeres que están siendo ardientemente perseguidas para el matrimonio. También era demasiado tarde para fingir que él y Aurora eran algo menos que amantes.

—Necesitamos hablar de nosotros —insistió.

—¿Qué más hay que decir? —dijo Aurora en voz baja—. La atracción no cambia mi respuesta. Siempre será no. Si no puedes aceptarlo, entonces vete a casa, milord, y esta noche, decide sobre una novia más adecuada, una que esté ansiosa por ser tu señora en todos los sentidos de la palabra. La temporada está en pleno apogeo. Si no es la señorita Hayes, elige una novia de una de las grandes familias y olvídate de mí. No es demasiado tarde.

—Qué mal concepto tienes de mí para pensar que soy tan caprichoso. Hemos llegado demasiado lejos para que yo dé marcha atrás ahora —le advirtió.

Aurora levantó las manos en señal de exasperación.

—¡Maldita sea, Sullivan! Ya te di mi respuesta y no ha cambiado. ¿Qué más quieres de mí?

La verdad. La razón por la que seguía diciendo que no cuando podrían estar tan bien juntos.

—Una oportunidad.

No veía ningún problema en casarse con Aurora, salvo las dudas de ella misma. Una prima de Aurora se había casado con un hombre destinado a asumir el ducado de Exeter, la otra se había casado con el marqués de Wharton. Ambos eran matrimonios por amor y ampliamente

aceptados por la sociedad. El suyo no sería diferente. Dadas sus conexiones, su padre podría ser fácilmente persuadido para apoyar la unión por el bien de la armonía familiar. Northport creía en el amor como él. Había amado a su duquesa, la madre de Drew, y la amante que había tomado poco después de la muerte de su madre también era querida para su corazón.

Ni siquiera era necesario que Aurora aportara dinero al matrimonio. Todo lo que él quería era alguien con quien le gustara hablar y que excitara sus pasiones. Aurora hacía ambas cosas con facilidad.

Aurora negó con la cabeza.

—He dicho que *no* más de una vez, y lo diré de nuevo ahora. No me casaré contigo sin importar lo que digas a continuación.

Él puso las manos en sus caderas, exasperado.

—¿Por qué demonios no?

—¿Debo deletreártelo?

—¡Sí! —exclamó, frustrado más allá de las palabras—. Podríamos ser perfectamente felices juntos si tan solo nos dieras una oportunidad.

—Eres un tonto si crees que soy perfecta de alguna manera. Y un verdadero caballero no pediría una razón. Aceptaría mi rechazo y retiraría su pretensión por su propio bien. —Miró al hombre que podría convertirse en su cliente, cuadró los hombros y luego le hizo un gesto para que se acercara—. Ahora, señor Lambert. Ha oído cómo podría ser si su dama se opone violentamente al matrimonio —le dijo a su potencial cliente—. El truco está en saber cuándo ha llegado el momento de marcharse y hacer una salida elegante antes de que sea demasiado tarde para seguir siendo amigos.

Le lanzó una mirada de advertencia a Drew y él se mordió la lengua para no replicar que ellos eran mucho más que amigos.

El hombre asintió rápidamente.

—Sí, ahora lo veo, señorita Hillcrest. Gracias por explicarme lo terrible que puede ser escuchar un rechazo. Ella es popular entre todos los muchachos. Gracias a usted también, señor —le dijo el hombre a Drew.

Él se quedó boquiabierto mientras Aurora le pedía al hombre que le diera otro momento para hablar con su pretendiente *rechazado* antes de reanudar su discusión.

Aurora luego se volvió hacia Drew con una mirada de disculpa.

—Tuve que fingir que era un poco de teatro, para que no se sintiera mal por ti al ser rechazado.

—Apenas me importa mi decepción, pero sí me importas tú. —Drew se acercó a Aurora y susurró—: No estoy buscando la perfección absoluta, Aurora. Tú tampoco deberías hacerlo, ni tu cliente mentecato de allí.

—Por supuesto que lo eres —resopló ella sin elegancia y luego hizo una mueca—. Eres el caballero más correcto que he conocido jamás. El señor Lambert no podría haber tenido una lección más perfecta si hubieras sido otra persona.

—Entonces deberías aceptar tu destino y casarte conmigo. Te he comprometido. El joven probablemente lo escuchó todo. Soy tu destino.

—¿Acaso eres tonto? —siseó Aurora—. El señor Lambert no dirá nada sobre nuestro encuentro de hoy si quiere que interceda por él ante la mujer de la que está enamorado. Debo organizar una presentación lo antes posible para que puedan encontrarse discretamente lejos de sus otros pretendientes. Ahora, si me disculpas —dijo, antes de caminar hacia el joven para reanudar su conversación, dejando a Drew atrás.

Sin embargo, cuanto más se alejaba Aurora, más se hundía el corazón de Drew. La estaba perdiendo... y si no se había ganado su confianza hasta ahora, poco más podría hacer para conseguirla mañana.

Mientras ella hablaba con el joven, Drew esperó pacientemente. Escuchó parte de sus planes y recordó que Aurora le había dado algunos de los mismos consejos. Paciencia y la sugerencia de no parecer demasiado ansioso de golpe. ¿Sería él culpable de eso?

Probablemente Drew había sido demasiado ansioso en todos los aspectos cuando se trataba de Aurora. Pero maldita sea, por fin sabía lo que quería. No podía perder más tiempo o temía que pudiera perderla ante alguien más.

Se estrecharon las manos y el intercambio terminó. Drew salió a su encuentro.

—Permíteme acompañarte a tu carruaje.

Aurora lo miró lentamente, haciendo una mueca.

—Vine a pie.

Él miró alrededor, dándose cuenta tardíamente de que tampoco había una doncella o lacayo esperando para ir con ella.

—Entonces caminaré contigo —decidió, sin darle opción en el asunto.

Recuperó rápidamente su caballo y lo llevó al lado de ella. Aurora le lanzó una mirada recelosa al animal.

—¿Cómo se llama?

—Caballo —le dijo encogiéndose de hombros—. Poco imaginativo, lo sé.

—Le queda bien —le dijo ella con cara seria, pero luego una sonrisa jugó en sus labios—. También te queda bien a ti. Una noble y distinguida bestia y su apuesto jinete.

Su casi sonrisa lo iluminó por dentro. Sintió que volvía un pequeño rayo de esperanza. Ella había estado ocupada iniciando su negocio. Simplemente no había tenido tiempo para él. Aunque podría haberle escrito para explicárselo.

Quizás aún tendría una oportunidad con ella, y *había* sido útil para ella hoy. Pero necesitaba tiempo, paciencia y más privacidad para persuadirla de que no era tan fácil dejarlo de lado. Sin embargo, nunca había conocido a una criatura más exasperante en toda su vida que esta mujer. Se le había metido bajo la piel. Y estaba claro que ella lo apreciaba.

Partieron a un ritmo tranquilo, y Drew rápidamente ajustó su paso para igualarlo al de ella, poniéndose al día sobre los acontecimientos de sus vidas en los últimos días. Era reconfortante estar con ella de nuevo, pero discutir con Aurora antes ciertamente había acalorado todo su cuerpo. Aflojó un poco su corbatín mientras caminaban. —¿Dónde conociste al señor Lambert?

—En Bond Street —confesó ella, mirando de reojo su garganta y luego apartando tímidamente la mirada, con las mejillas tornándose rosadas en un atractivo rubor—. Estaba mirando con bastante melancolía a una dama a lo lejos, y entablé una conversación con él allí mismo.

—Eso fue muy valiente de tu parte, e inspirado también. Conocer a las personas en el momento adecuado será un gran desafío al principio —cuando la vio frotarse los brazos, la miró con preocupación—. ¿Tienes frío?

—No. Es solo que no me gusta discutir contigo... ni con nadie, en realidad. Lo siento si te preocupé. No quise... Solo pensé que sería más fácil si...

—Te fueras. Disculpa aceptada. No hablemos más del malentendido. Pero hagamos una regla aquí y ahora de nunca creer ningún rumor sobre el otro. De preguntarnos cualquier cosa, sin importar cuán atrevido o íntimo sea el tema. También estoy dispuesto a ayudarte con tu nuevo emprendimiento si puedo.

—Me gustaría eso, pero hay algunos asuntos de los que no hablaré contigo. Intentaré ser más comunicativa, sin embargo —susurró—. Y trataré de avisar cuando esté ocupada de nuevo.

—Eso es todo lo que pido —prometió él, guiándola a través de una calle y sorteando el tráfico con seguridad—. ¿Has encontrado otros clientes además del joven de antes?

—Solo uno hasta ahora —Aurora le relató los detalles de los planes que había hecho para lograr el emparejamiento, que no eran nada monumentales pero igualmente interesantes para él.

—Ciertamente, fue una casualidad afortunada conocer al señor Lambert de esa manera —elogió Drew. Ella estaba tan entusiasmada por empezar como cuando le había hablado por primera vez sobre el emprendimiento—. Sin embargo, espero que no lo instruyas de la misma manera íntima en que me has ayudado últimamente.

Ella inhaló profundamente y sus ojos se encontraron con los de él. Y allí estaba de nuevo.

Esa mirada.

Deseo, brillando en sus vibrantes ojos verdes.

Si estuvieran en cualquier otro lugar, quién sabe a dónde podría haberlos llevado esa mirada.

O quizás era útil estar al aire libre.

No podía distraerse de lo que había venido a hacer. Salieron de la zona alrededor de Hyde Park con él llevando su caballo, pero mantuvo la barbilla baja en un tardío intento de ocultar su identidad de los miembros de la *ton* que pudieran estar pasando. Era importante comportarse como un caballero de ahora en adelante en público, especialmente cerca de uno de sus clientes.

Aurora mantuvo su paso, pero se detuvo abruptamente cuando él habría girado hacia Wharton House.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

Él señaló hacia la plaza que se acercaban, que apenas se podía ver adelante.

—Te estaba llevando a casa.

—Pero tenía otro destino en mente para la tarde —protestó ella.

—¿Dónde?

Ella alzó la barbilla.

—¿Adivina?

Él suspiró y entonces se dio cuenta de que era una prueba.

—No estoy dispuesto a expresar ninguna suposición que pueda causar otra discusión entre nosotros hoy.

—Oh, podrías haber apostado por esta decisión mía y ganar fácilmente —dijo ella con una sonrisa tímida—. Ahora que mi entrevista con mi cliente ha terminado, tengo la libertad de pasar el resto del día haciendo lo que me plazca. Como dijiste, tenemos asuntos pendientes, milord. ¿Podrías llamar a un coche de alquiler? Es un largo camino hasta Conduit Street, y tu caballo no puede llevarnos a los dos juntos. Puedes montar, o atar tu caballo al carruaje y unirte a mí dentro si quieres. También tenía algunas ideas que compartir para mejorar la casa, si te gustaría escucharlas. A menos que tengas otro lugar donde estar esta tarde.

—No tengo otros planes —dijo Drew rápidamente antes de que ella cambiara de opinión, pero la estudió por un largo momento, completamente atónito de que Aurora volviera a él tan fácilmente. Honestamente había esperado que ella pusiera más oposición a verlo en privado de nuevo después de su semana de silencio.

Estaban lo suficientemente lejos de Hyde Park ahora para que pocos los reconocieran, así que llamó a un coche de alquiler y metió a Aurora en él antes de atar su montura en la parte trasera.

Se unió a Aurora dentro y tomó un lugar a su lado.

Ella le sonrió.

—Ahí está, es mejor así, ¿no?

—Sí. Bastante acogedor, de hecho —concordó él, alcanzando para tomar su mano, lo cual ella permitió.

Aurora miró por la ventana mientras viajaban juntos en silencio, y Drew la observó, tratando de descifrarla. Había conocido a pocas mujeres con un desagrado activo por el matrimonio. Pero casi todas las que *sí* conocía habían sufrido una indignidad en algún momento de su pasado. Un escándalo silenciado. Un amor perdido.

Aurora no había sido una inocente la primera vez que hicieron el amor. Él nunca lo había mencionado antes, y ella tampoco lo había explicado. ¿Se aferraba Aurora a algún recuerdo de un amor perdido, como él lo había hecho con su difunta esposa? ¿Era esa la razón por la que ella nunca quería casarse? Ciertamente explicaría mucho sobre su interés en ver a otras personas felizmente emparejadas.

Ella conocía todas sus dudas, todos sus remordimientos sobre la corta vida de su primera esposa. Quizás ella todavía sintiera lo mismo sobre una situación similar que hubiera vivido.

Sin importar lo que su pasado pudiera haber implicado, no dejaría que ella lo alejara. Se quedaría hasta que ella se explicara, e incluso si *no* le contara nada de su pasado. Podría ser tan paciente con ella como ella lo había sido con él al principio de su relación, y demostraría que su constancia nunca debería ser cuestionada... y quizás entonces ella podría arriesgarse a amar de nuevo, como él ya lo había hecho.

CAPÍTULO 13



DREW CONTINUÓ SOSTENIENDO la mano de Aurora mientras avanzaban, sentados uno al lado del otro en el estrecho espacio del carruaje.

Aurora permanecía en silencio, pero de vez en cuando lo miraba con una suave sonrisa en los labios. Él aún no podía comprender que ella tuviera tan poca fe en la palabra de un hombre. No buscaría a otra mujer para casarse, ni tampoco una amante. Ya no.

Pero Aurora debía tener una buena razón para no poner su futuro y felicidad en sus manos.

No creía que fuera por algo que él hubiera hecho o dejado de hacer para generarle esas dudas.

En su nueva casa, Aurora le permitió ayudarla a bajar. Aún no conocía a ninguno de los vecinos, lo cual era afortunado. No reconocerían a Aurora ni sabrían que no debería estar allí con él sin una carabina o la protección de una doncella.

Aurora se quitó el sombrero y dejó su bolso en una mesa del pasillo, mirando a su alrededor.

La casa seguía tan silenciosa como la primera vez que había venido aquí con ella. Aún no había contratado sirvientes para el lugar, ya que apenas ayer había cerrado la compra. Pero todas las fundas para el polvo estaban dobladas y guardadas, y las chimeneas estaban listas para ser encendidas.

Aurora asintió, mirando alrededor una vez más. —¿Ya has encontrado un inquilino?

—Tengo a alguien en mente —él mismo. Había decidido mudarse aquí, con o sin esposa. Haría más fácil encontrarse con Aurora en secreto, ya que ninguno de sus amigos sabría de su cambio de dirección por un tiempo.

—Esas son buenas noticias. ¿Cuándo estará ocupada?

—Oh, cualquier día de estos, supongo —prometió. Sus sirvientes estaban empacando sus baúles en ese mismo momento.

—Tendremos que encontrar otro lugar para encontrarnos entonces, supongo —comentó ella, pasando sus dedos por los paneles de madera como si adorara el lugar.

—No tan pronto como todo eso —prometió rápidamente, para evitar que ella lo rechazara de nuevo. Se quitó el sombrero y los guantes y los dejó junto al sombrero de ella en la mesa del pasillo. Se mudaría y la sorprendería con su nueva dirección la próxima vez que se encontraran aquí. Hoy era para volver a tenerla en sus brazos. Voluntariamente. Esperaba que ella pudiera quedarse un poco más de lo que se había quedado la última vez que estuvieron juntos. Habían pasado días desde que estuvieron a solas—. ¿Han vuelto ya los Wharton?

—No. Pero los espero el viernes —aseguró Aurora—. Recibí una larga carta de Sylvia explicando que todos habían decidido quedarse en Bath un poco más de lo planeado

originalmente.

—Bien —el regreso de Wharton, y particularmente el de Sylvia, complicaría las cosas y haría más difícil verse—. ¿Te apetece una bebida o un refrigerio ligero?

—¿Tienes comida aquí ahora? Pensé que habías dicho que esto era una inversión.

—Oh, no te equivocas. Pero he pasado tanto tiempo aquí la última semana, esperándote, que traje algunas cosas en caso de que me perdiera al vendedor de pasteles que pasa por aquí. ¿Tienes hambre?

—Solo tengo hambre de ti.

—Eso es exactamente lo que un hombre espera oír —caminó hacia ella, tomó su rostro entre sus manos y la besó suavemente. Había estado demasiado enojado con ella antes como para haber disfrutado su primer beso del día. Verla con un joven lo había puesto insanamente celoso. Hasta que se dio cuenta de que el hombre era un cliente potencial, se había sentido amenazado. Debería disculparse ahora y aclarar el malentendido—. Debo disculparme por mi comportamiento anterior. No tengo excusa.

—Te hice enojar. La gente dice y hace muchas cosas en esa condición —respondió ella de manera despreocupada que nuevamente lo hizo dudar.

—Ese no es el comportamiento de un caballero —admitió, avergonzado aún por la forma en que se había comportado.

—Ese es el comportamiento de todos los hombres que he conocido —le informó con un encogimiento de hombros—. Todos sois criaturas mandonas. Queréis lo que queréis. Cuando lo queréis, y que el cielo ayude a quien se interponga en vuestro camino.

—Intentaré no ser tan malo en el futuro —prometió, pero Aurora solo le dio una palmadita en el pecho y caminó alrededor de él hacia la escalera.

Se detuvo, extendió la mano hacia atrás y agitó los dedos en su dirección, invitándolo a subir con ella los peldaños. Drew no dudó en seguirla.

Las alcobas también estaban listas para ser ocupadas, y ella lo condujo a la habitación que habían utilizado la última vez.

Miró la gran cama, en la que habían yacido juntos, y le lanzó una sonrisa pícara.

—¿Has vuelto a hacer la cama?

—Es una de mis habilidades recién adquiridas —respondió—. Deberías verme cortar leña.

—Debe ser ahí donde adquiriste todos esos músculos que tanto admiro —sugirió, volviéndose con una sonrisa arqueada.

—¿Los músculos que tanto te sorprendieron que tuviera?

—Esos mismos —se posó en el borde de la cama, jugueteando con el dobladillo de su vestido por encima de sus tobillos.

Drew observaba, disfrutando de su coqueteo.

—Tuve algo de tiempo libre antes de que comenzara la temporada. ¿Podríamos hablar primero antes de que pase algo más entre nosotros?

Ella dejó caer su vestido y su sonrisa se desvaneció mientras Drew se sentaba a su lado en la cama.

Aurora le debía algún tipo de explicación apropiada por intentar terminar su aventura. Abandonarlo suponiendo que estaba a punto de casarse no había producido el resultado que ella esperaba. Él deseaba continuar su aventura, aunque ella no quisiera casarse con él. Si hoy le proponía matrimonio por segunda vez, podía esperar que ella lo rechazara de nuevo. Discutirían, y darían vueltas y más vueltas para siempre. Drew estaba preparado para el rechazo, pero lo último, las discusiones sobre su falta de razón, probablemente no le agradarían.

—Ojalá pudieras contentarte con los placeres y olvidar este tonto deseo de casarte conmigo —comenzó ella—. Yo sería una pésima esposa, en verdad. De hecho, sería una mala esposa para cualquiera. Todo lo que esperaba entre nosotros era un poco de afecto, la satisfacción de la lujuria y la esperanza de que pudiéramos seguir siendo amigos una vez que la aventura hubiera llegado a su fin.

Aurora siempre hablaba de finales, lo cual era lo más alejado de su mente.

Hoy, como cualquier otro día, estaba viviendo una vida con ella. Había pasado una hora o más desde su encuentro en el parque y cada momento que habían pasado juntos desde entonces se sentía correcto y bueno. ¿Cómo podía ella no querer más de eso?

Ella había esperado que él ignorara su ausencia y volviera a su búsqueda de una novia adecuada. Pero no había hecho lo que ella suponía. Él nunca parecía hacer lo que ella esperaba. Desde su perspectiva, ella era exactamente igual.

Mordisqueó un mechón de su cabello, observando su respuesta.

—Temía que nunca volvieras a mí —susurró él.

—Supe que no podría mantenerme alejada en el momento en que te vi en el parque hoy —respondió ella suavemente.

Él extendió la mano y Aurora inmediatamente puso la suya en la de él. Le apretó los dedos y la atrajo hacia sí, Aurora incorporándose a medida que se acercaba. Con un tirón más, ella estaba de pie entre sus muslos.

Él se dejó caer hacia atrás, arrastrándola a la cama con él.

—Prométeme que nunca volverás a hacer eso. Me sentí como un tonto, andando de puntillas alrededor de tu prima preguntando por tu paradero.

—Lo siento. Pensé...

—Pensaste que ya estaría ocupado acostándome con otras mujeres —besó sus dedos—. No hay necesidad de sentir celos de la señorita Hayes, ni de ninguna otra mujer con la que hable. No puedo cenar con Wade sin que su cuñada probablemente esté allí. Me agrada mi amigo y quiero pasar tiempo con él. Cuando me casé, apenas nos veíamos.

Ella encontró su mirada.

—¿Porque te mudaste a Kent con tu esposa?

Su mano se deslizó por su costado y se detuvo en su cadera.

—Sí... y con la incómoda realización de que él también podría haber estado enamorado de ella. Sin embargo, gané su favor con su ayuda.

—Oh —dijo ella, haciendo una mueca—. Eso debe haber sido incómodo.

—Lo fue. Cuando volví a Londres, no estaba seguro de si aún podríamos ser amigos. Él no sabía sobre el fallecimiento de Clare, y se molestó comprensiblemente cuando se lo conté. Pero a medida que pasó el tiempo, volvimos a tener una relación familiar. Ahora es feliz, así que todas las irritaciones entre nosotros han desaparecido. Soy muy consciente de lo que todos sospechan que sucederá entre Lavinia Hayes y yo. Incluso su propia familia piensa que le propondré matrimonio. Pero te lo he pedido a *ti*, y estoy comprometido contigo. Nada ha cambiado eso. Ni siquiera tus dudas sobre el matrimonio me alejarán.

—No cambiaré de opinión —le susurró—. Tendrás que casarte con alguien más eventualmente para tener tu heredero.

Drew la hizo girar sobre su espalda.

Buscó su boca, y su beso fue suave y tierno. Aurora apretó los dedos en su cabello, decidida a hacer estallar su pasión una vez más. Pero Drew no cooperaría. Había muchas cosas aún por decir.

Aurora rompió el beso y lo miró fijamente.

—Te deseo.

—Me tienes —prometió él, apartando el cabello de su rostro.

—No, no es así —dijo ella, aflojando su agarre—. Tus pensamientos están en otra parte. Te he desagradado.

—No. No realmente. No me has dicho nada que no hayas dicho siempre. Pero ahora estoy pensando en un futuro que nunca imaginé para mí, ni para ti —dijo lentamente—. Ha estado en mi mente por un tiempo.

Ella se alejó de él retorciéndose.

—¿Cuál es ese pensamiento?

—Algo desagradable —se sentía tan triste. Podrían haber vivido una vida muy diferente juntos. Una vida vivida abiertamente, amándose el uno al otro, y sin razón para ocultar su apego —. Antes de mencionarlo, te pido que te cases conmigo de nuevo... y por última vez, te ruego que finalmente digas que sí.

Aurora se quedó inmóvil.

—No —susurró.

Se pasó una mano por el pelo. —¿Al menos me dirás lo que tu razón *no* es?

Ella frunció el ceño. —No entiendo.

—¿Eres una ladrona, una asesina?

—No.

—¿Te casaste de joven, como Eugenia, y tienes un marido supuestamente muerto que podría aparecer de repente un día?

Aurora alzó la barbilla. —Nunca he estado casada.

—¿Estás enamorada?

—No. Nunca.

—Muy bien entonces —dijo, y luego miró un cajón cercano. Suspiró, pensando en su único contenido—. ¿Es esa tu decisión final? ¿No te casarás conmigo?

Un destello de desafío brilló en sus ojos. —No soy adecuada para una posición tan elevada.

Él frunció el ceño ante su mención de no ser adecuada. ¿No había aludido a eso antes también? —Dime por qué, por favor.

—No puedo.

Él escrutó su rostro. Pero ella se había cerrado de nuevo, y él no creía que alguna vez le daría una respuesta satisfactoria a menos que ella *quisiera* que él lo supiera. Le había dado todas las oportunidades. No habría matrimonio entre ellos. Ni votos pronunciados, ni desayuno de boda con familia y amigos. Ni hijos legítimos que pudieran heredar su título. —No me dejas otra opción.

Captó un destello de varias emociones cruzando sus facciones.

Tristeza. Arrepentimiento. Aceptación.

—Eso debería haber sido obvio desde el inicio de nuestro romance —susurró.

Él sonrió con ironía y miró al techo por un momento.

Aurora probablemente pensaba que había ganado. Que lo había convencido. Que por fin lo había alejado.

Cuán equivocada estaba. Solo había profundizado su compromiso con ella de una manera que ella obviamente nunca había imaginado.

Sacó una pequeña caja pesada de un cajón. Se sentó en el borde de la cama junto a ella, sopesando la sabiduría de semejante regalo mientras lo sostenía. Lo giraba una y otra vez en sus

manos. No era un regalo que pudiera dar a cualquiera. Era un regalo para una amante querida, o una esposa. Una vez que la vieran usándolo, la gente sabría que había algo entre ellos.

Aurora tardó en despertar su curiosidad. Como un animal asustado temeroso de confiar en que será bien tratado, ella extendió la mano para calmar su inquietud. Sus dedos se sentían fríos, y él los llevó a sus labios y besó cada uno. Sostuvo sus dedos contra su mejilla y captó su mirada. —No me dejas otra opción que extenderte una oferta para que te conviertas en mi amante.

Sus ojos se abrieron de sorpresa y se quedó boquiabierta durante un largo rato.

Ahora tenía su atención. Pretendía mantenerla para siempre. —Aurora Hillcrest, mi querida dama, te ofrezco esta casa de la ciudad para vivir, una generosa asignación, tantos sirvientes como necesites para cumplir tus deseos y más. Un carruaje de la ciudad y la ropa más fina que el dinero pueda comprar.

—¡Drew!

—Y yo, por supuesto. —Consideró su uso de su nombre de pila como una gran mejora en su intimidad—. Si no quieres ser mi esposa, no tengo otra opción que sugerir la única alternativa que me queda. No voy a renunciar a ti. No importa cuántas veces huyas de nosotros. Lo que hemos comenzado está lejos de terminar.

Sus ojos estaban enormes y su pálida mano revoloteaba sobre su garganta. Aunque un rubor iluminaba sus mejillas, por fin estaba completamente involucrada con sus intenciones de tener una conversación seria sobre el futuro de su relación.

A Aurora no se la podía apresurar, y él había terminado de luchar contra lo inevitable. La respetabilidad era opcional. Si la única manera de que Aurora fuera suya era fuera del matrimonio, con gusto crearía un escándalo para estar con ella. Los días que pasaron separados habían sido sin rumbo, esperando el momento en que volvieran a estar juntos. La necesitaba.

Ella permaneció en silencio, mirándolo como si nunca hubiera visto a un hombre tan desesperadamente esperanzado por amor. Él iría voluntariamente a donde ella lo guiara. Vivir una vida escandalosa juntos era mucho mejor que una vacía en soledad.

—No puedes decirme que de repente te opones a mi compañía y adoración. Te conozco bien, y tú me conoces a mí. Si el matrimonio nos es negado, reclamaré lo que quede de tu vida. Te quiero a ti y a nadie más.

Ella lo miró fijamente, con asombro en sus ojos.

—Nunca diría que no te quiero. Simplemente nunca imaginé que estarías satisfecho con algo menos que una novia. Todas las veces que hablaste del futuro era sobre encontrar una esposa, de la familia adecuada, con las conexiones correctas, y parecía que eso era todo lo que aceptarías. Pensé que eras demasiado apropiado para tener una amante.

Él se encogió de hombros.

—Nunca lo quise antes. Haré lo que sea necesario para estar contigo, Aurora —prometió, besando sus dedos—. Eres mi sueño hecho realidad.

Preferiría casarse con ella, por supuesto, comprarle a su mujer ropa bonita y joyas. Pero si una conexión menor era todo lo que podía esperar, lo tomaría y estaría agradecido por ese pequeño compromiso. Aún podría mimarla. Cuidarla. Protegerla.

Y como tenía la intención de vivir con su amante, hablar con ella a cualquier hora del día o de la noche, había alegría infinita por delante para ambos.

Aurora tendría su atención y completa fidelidad, aunque aún no se diera cuenta.

Las necesidades de la sucesión familiar estaban en completa oposición con su deseo de felicidad con Aurora Hillcrest. Nunca se casaría. Nunca tendría un heredero legítimo para heredar su título o el de su padre, el Duque de Northport. Pero era un conde poseedor de una

fortuna y dos hermanos menores que ya tenían hijos pequeños saludables. Cualquiera de los hermanos podría manejarlo tan bien como Drew podría haberlo hecho, o sus hijos lo harían.

Rozó sus dedos contra su mandíbula.

—¿Qué respuesta me darás ahora, eh? ¿Por fin escucharé un sí de tu parte?

—¿Para convertirme solo en tu amante?

—Sí. Nunca te pediré más que eso otra vez.

Sus cejas se juntaron en un ceño fruncido mientras estudiaba su rostro. Fuera lo que fuera que vio en su expresión pareció tranquilizarla porque se desplomó.

—Bien.

—Bueno, dilo. Necesito escuchar las palabras.

—Sí, mi señor. Me sentiría honrada de convertirme en tu amante.

La abrazó y la meció en sus brazos, aliviado y emocionado. Esto era lo que quería. Saber que Aurora era suya. Que ella aceptaría su amor y entendía que su compromiso perduraría cualquier cosa.

Su aliento contra su oreja era cálido y reconfortante.

La soltó lentamente y presionó sus labios contra su mejilla. Abrió la caja y le presentó una pesada pulsera de diamantes engarzada en oro amarillo. No era un simple regalo simbólico. Era para la mujer que amaba. Representaba una inversión sustancial en la felicidad y el futuro de Aurora. Habría más gemas más adelante, cuando conociera su preferencia por las piedras. Pero por ahora, esto era lo más cercano que podía llegar a darle un anillo de compromiso.

—Prepararé los acuerdos y te los enviaré en una semana. Comenzaremos cuando estés lista para dejar Wharton House. Tómate todo el tiempo que necesites. Esperaré —prometió.

—No te haré esperar mucho.

No albergaba grandes esperanzas de que alguna vez cambiara de opinión y deseara el matrimonio en su lugar, pero estaba satisfecho con el trato que habían hecho. Por el tiempo que ella lo quisiera, él sería su devoto pretendiente. ¿Acaso su padre no había amado a su amante durante más de una década y permanecido perfectamente feliz con su arreglo?

Drew no podía hacer nada mejor, y esto era todo lo que Aurora le permitiría de todos modos.

La besó, tratando de no pensar en lo que diría su familia sobre su acuerdo. Sus primos podrían tener *mucho* que decir sobre su oferta, y reprenderlo, también, por arruinar la reputación de Aurora. Sin embargo, si conocían algo sobre Aurora, esperaba que pudieran encontrar una manera de entender por qué su romance había dado este giro drástico. Muchos en la sociedad los condenarían, seguramente, por vivir juntos en pecado.

Volvió a colocar a Aurora debajo de él. Sus dedos estaban apretados en sus brazos y luego los suyos se alzaron para rodearle el cuello. La pulsera estaba fría donde rozaba la parte posterior de su cuello y se estremeció, esperando que no fuera un presagio de ningún mal por venir.

Sin embargo, Aurora lo abrazó con fuerza y susurró:

—Te doy permiso para usar mi nombre de pila ahora, Drew.

Él se rió suavemente ante eso, porque siempre lo había hecho.

—Aurora, mi querida. Gracias. Gracias por confiarme tu pasión y felicidad. Prometo ser el mejor protector que puedas desear.

—Ya lo eres —prometió ella. Aurora lo besó, provocó con su lengua en su boca nuevamente, y esta vez Drew no templó sus reacciones. Se entregó completamente hasta el amanecer.

CAPÍTULO 14



EL CAMBIO SIEMPRE ERA DIFÍCIL. Aurora lo sabía mejor que la mayoría. Levantó la mirada y se estremeció cuando su prima entró apresuradamente en la habitación.

—Tu mensaje decía que había una emergencia —dijo Eugenia mientras arrojaba su chal descuidadamente y se apresuraba a llegar hasta Aurora.

Abrazó a su prima y rezó para que las noticias que estaba a punto de comunicarle no la hicieran desmayarse. —Gracias por venir tan rápido.

—Me alegro de saber que estás bien —dijo Eugenia, acomodándose en una silla—. He estado tan preocupada. Tu mensaje no explicaba mucho, y has estado tan callada últimamente. Mucho más de lo habitual.

—Me disculpo por eso —murmuró Aurora. Había empezado tres cartas en la última semana, explicando su decisión de convertirse en la amante de Drew y marcharse hoy, pero finalmente había pensado que era mejor no poner algo tan personal en una carta que cualquiera pudiera leer después.

—¿Qué sucede?

—Si pudieras esperar hasta que Sylvia se una a nosotras, os lo explicaré todo entonces —prometió Aurora—. Pero tiene que ver con lo que hemos estado hablando de vez en cuando desde que nos conocimos y vinimos a Londres.

Eugenia arqueó las cejas. —¿Has reconsiderado finalmente tu aversión al matrimonio?

—No —dijo rápidamente, para evitar que iniciaran otro largo debate sobre el valor de buscar un marido—. No se trata en absoluto de contraer matrimonio.

Eugenia le tomó las manos. —No entiendo por qué no quieres que alguien te adore y valore la maravilla que eres.

Aurora ya tenía eso con Drew, sin un anillo en su dedo.

Había recibido tres cartas de Drew en la última semana. La primera era un documento legal, estableciendo los términos de su acuerdo con él. Lo había firmado y devuelto, y seguía asombrada por sus generosas condiciones. Sería bastante rica cuando su aventura hubiera terminado.

La segunda carta le proporcionaba detalles de las mejoras que había hecho en su nuevo hogar, junto con varios bocetos de las habitaciones, dibujados por él, con preguntas sobre algunos otros cambios que ella había sugerido la última vez que habían estado juntos en Conduit Street.

Su tercera misiva había traído una llave para la puerta principal de Conduit Street, y contenía

una carta de tan cálido afecto y anhelo por verla que había dormido con ella bajo la almohada cada noche desde que la recibió. Drew escribió que la extrañaba, y ella tenía que admitir que también estaba impaciente por verlo. Sin embargo, había dudado en dejar Wharton House antes del regreso de Sylvia hoy. Les debía una explicación a sus primas, y esto le daría la oportunidad de despedirse de todas ellas.

No esperaba una cálida recepción de sus noticias. No cuando estaba a punto de convertirse en la escandalosa amante de un conde.

Finalmente, Sylvia se deslizó en la habitación, susurrando disculpas por su tardanza. —El ama de llaves tenía un problema que discutir. No deberíamos ser interrumpidas por un buen rato.

Aurora asintió. —Probablemente sea lo mejor. Lo que tengo que decirles es un asunto delicado.

Sylvia se hundió en una silla frente a ella, con expresión grave. —¿Qué ha sucedido?

—Sé que ambas tenían las mejores intenciones cuando sugirieron que todas viniéramos a Londres. Querían que todas tuviéramos lo mejor en la vida, y ambas han tenido éxito mucho más allá de sus sueños. No podría estar más feliz por las dos de que hayan encontrado el amor con hombres que se adaptan a su naturaleza. Ambas estaban destinadas a casarse.

—Tú también —prometieron al unísono.

Aurora negó con la cabeza, apretando sus frías manos en su regazo. —Estoy tan orgullosa de todo lo que han logrado en tan poco tiempo. Y sé que me dirán que debería tener una vida muy parecida a la suya. Pero conocen mi pasado. Nunca esperé tener un marido. Nunca lo tendré.

—¿Qué hay de tus pretendientes? —preguntó Eugenia—. Ha habido un gran interés en ti esta temporada y la anterior. Estoy segura de que descubrirás que eres muy solicitada, ahora que Sylvia ha vuelto para acompañarte por la ciudad.

—De hecho, más de un caballero nos buscó para tener una palabra en privado sobre el tamaño de tu dote antes de que nos fuéramos —prometió Sylvia—. Wharton está comprometido a verte felizmente emparejada también. Ha preguntado más de una vez por quién tienes preferencia. Nunca le di un nombre. Prometí no interferir. Pero juro que hay una mirada en tus ojos de vez en cuando. Una mirada nostálgica de anhelo alrededor de los recién casados. No entiendo por qué no puedes admitir que quieres más que un pequeño coqueteo.

—Me gustan los hombres. Pero no estoy dispuesta a mantener a uno entretenido por mucho tiempo. —Sonrió suavemente, recordando su tiempo con el conde con cariño y exasperación consigo misma. Si hubiera sabido que era tan malvado de corazón, podría haberlo animado antes —. No estoy destinada a ser esposa, pero puedo tener lo que quiero ahora sin ataduras.

Eugenia se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos. —¿Qué quieres decir con *sin ataduras*?

—Tuve un pretendiente y, por fin, ha aceptado que no me casaré con él.

Los ojos de Eugenia se iluminaron de emoción.

—¿Alguien te propuso matrimonio? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En varios lugares y ocasiones —Aurora no especificaría el número—. Pero no pude alentarlo.

Sylvia suspiró.

—Por favor, dime que no insinuaste nada sobre lo que te sucedió.

—No. Aunque es posible que él hubiera deseado que fuera más comunicativa cuando lo rechacé. No ha indagado demasiado en mi pasado ni en el linaje familiar, y por eso estoy agradecida —Se humedeció los labios—. Sin embargo, como soy inflexible en que no me casaré con él, me ha ofrecido un arreglo más conveniente. Conveniente para mí, pero quizás no para la

sociedad en general... ni para vosotras dos tampoco, sospecho.

Eugenia tomó la mano de Sylvia.

—Cuéntanos.

—Me ha ofrecido carta blanca, y he aceptado. Seré la amante de Lord Sullivan.

—¡¿Sullivan?! —Las primas de Aurora se quedaron boquiabiertas al unísono, y luego Sylvia apartó la mirada.

—¡No debería haber hecho eso! —gruñó Eugenia—. Debería avergonzarse después de todo el cuidado, la atención y la preocupación que hemos sentido por su situación. ¡Qué descaro el de ese hombre al ofrecerle a una dama menos de lo que merece! Lo he juzgado muy mal.

Aurora hizo una mueca.

—Él no tiene la culpa. La culpa es mía. Podría pedirme matrimonio una docena de veces, y yo seguiría diciéndole que no todos y cada uno de los días. Hace mucho tiempo que decidí no casarme. No le di otra opción.

Aurora dirigió su mirada a Sylvia, que aún no había dicho nada. Seguía con la cara vuelta. ¿Estaba ofendida con ella por haber aceptado? ¿Avergonzada de que estuvieran emparentadas por sangre? ¿Asqueada?

Eugenia le dio un codazo a Sylvia en el muslo cuando notó que su prima seguía en silencio.

—Vamos, di algo. ¡Detenla!

Por fin, Sylvia volvió a mirar, y su expresión era sombría.

—Siempre temí que algún día llegara a esto. Que aceptaras un estatus inferior al que mereces por lo que te pasó cuando eras más joven.

—Es lo que esperaba, Sylvia. Todo lo que quiero y necesito —Aurora levantó las manos para señalar las riquezas que la rodeaban. El palacio en el que vivía actualmente a menudo se sentía como una prisión. Una jaula dorada donde nunca se atrevía a dar un paso en falso por temor a desagradar al marqués y, en particular, a la marquesa viuda—. Nunca estuve destinada a esta vida.

—Nosotras tampoco. Pero si te casaras con Sullivan, te acostumbrarías como lo hemos hecho nosotras —susurró Eugenia—. Sullivan está destinado a heredar Northport, después de todo.

—Y lo hará. Y también se casará eventualmente. Una vez que supere su obsesión conmigo, podrá seguir adelante con otra persona —les prometió, aunque en secreto se preguntaba si podría hacerlo. Él era tan terco. Era igual que ella en ese aspecto.

Eugenia y Sylvia intercambiaron una larga mirada y luego se volvieron hacia ella, cada una con una ceja levantada.

—¿Obsesión? —preguntó Eugenia.

Aurora se encogió de hombros.

—¿Qué más podría ser? Se niega a apartarse y realmente no me conoce. Solo ustedes dos conocen mis días más oscuros y no me juzgan.

—No es como si hubieras tenido mucha opción en el asunto —susurró Sylvia.

—Ninguna de nosotras te ha culpado nunca.

—*Yo* sí. Es justo que vuelva a mi nivel. Elijo ser amante y estoy contenta con eso. Sullivan me ha proporcionado una casa en la ciudad, una generosa asignación, joyas, sirvientes, todo lo que quiero. Todas las riquezas habituales que una cortesana podría esperar de su protector serán mías.

Sylvia se deslizó sobre sus rodillas y gateó por la habitación para arrodillarse a los pies de Aurora. No la tocó, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No hagas esto. No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Está hecho. Di mi palabra —susurró Aurora—. Es lo único que tengo de valor.

—Estoy segura de que si te ha propuesto matrimonio una docena de veces, todavía espera que cambies de opinión —sugirió Eugenia, uniéndose a Sylvia para arrodillarse ante ella.

Ella negó con la cabeza.

—Prometió no volver a pedírmelo nunca más. Dio su palabra, y lo conocen casi tan bien como yo. No rompería una promesa hecha a una dama.

Eugenia se puso de pie.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? Serás excluida, se hablará de ti de manera horrible.

—Lamento si lo que escuchen en el futuro las molestará. Pero estarán diciendo la verdad. Fui una puta una vez, y sigo siéndolo.

Sylvia frunció el ceño.

—¡No vuelvas a llamarte así nunca más!

—Es la verdad. —Aurora sonrió tristemente—. Cambié mi virtud por mi supervivencia cuando era joven, y esta vez no tengo dudas. Me voy esta noche. Sullivan ya me ha enviado la llave de mi nuevo hogar. Espera que esté allí esta tarde para recibirlo.

—No puedes irte —dijo Sylvia, agarrando su brazo con fuerza.

Pero Aurora negó con la cabeza y retiró suavemente los dedos de su prima de su brazo.

—Lo siento, pero aquí es donde nos separamos. He amado vivir con ustedes dos. Nunca me he preocupado por ninguna mujer más que por ustedes dos. Son las hermanas mayores que siempre deseé cuando mi ánimo estaba bajo. No puedo permitirles que me visiten en mi nueva residencia. No sería apropiado para ninguna de las dos. Deben pensar en sus reputaciones.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Eugenia—. Eres familia.

—Sí, de sangre hasta el fin de los tiempos —Aurora se puso de pie. El nudo en su garganta se hacía cada vez más difícil de tragar y su visión se nubló con lágrimas contenidas—. Os quiero mucho a las dos —logró decir en un susurro.

Ambas la abrazaron, suplicándole que se quedara, algo a lo que, por supuesto, no podía acceder. Después de un rato, Aurora no estaba segura de que fueran a soltarla jamás, tan fuerte era su agarre. Pero tenía que apartarse, liberarse de ellas. Las despedidas eran dolorosas, pero al menos había tenido la oportunidad de decir un adiós apropiado, a diferencia de todos los demás a quienes Aurora había amado alguna vez.

Miró los rostros de sus primas y notó que ambas se estaban secando los ojos.

—Por favor, alegraos por mí.

Eugenia chasqueó la lengua.

—¿Cómo podríamos? Eras tú a quien más deseábamos ver casada, porque te lo merecías después de todo el dolor.

Sylvia la cogió del brazo de nuevo.

—Llevarás a un lacayo contigo. Si no nos permites visitarte, podemos confiar en que el señor Bloom lleve mensajes entre nosotras. Me sentiría mejor sabiendo que alguien de confianza está contigo. Puede protegerte también, si es necesario, o ir a buscarnos para que lo hagamos nosotras.

Aurora negó con la cabeza. Bloom era su lacayo favorito en Wharton House, pero sabía que tenía ambiciones.

—No podría llevarme a Bloom. Pertenece a esta gran casa, donde puede cuidar de vosotras. Estoy segura de que Sullivan ya ha dispuesto todo el personal doméstico que pudiera necesitar.

—No. Bloom te está dedicado y estoy segura de que preferirá ir —Sylvia salió corriendo de la habitación, llamando al mayordomo para que buscara al señor Bloom de inmediato, antes de

que Aurora pudiera detenerla.

Al quedarse a solas con su prima mayor en el salón de Wharton House, el silencio era casi ensordecedor. Aurora levantó la vista lentamente hacia su prima, sin saber qué decir. No estaba segura de qué quedaba por decir, y era demasiado difícil sonreír en ese momento.

Eugenia también guardó silencio durante varios minutos.

—No nos convertiremos en extrañas. Lo prohíbo terminantemente.

Aurora se rio suavemente de su tono.

—¿Cuándo han logrado tus amenazas hacerme cambiar de opinión?

—Aún se puede tener esperanza —Eugenia tomó las manos de Aurora—. Prométeme que escribirás y nos mantendrás informadas de cómo te va. No me preocupa que Sullivan te trate mal, pero has elegido una vida muy diferente a la que planeamos juntas. Si necesitas algo, lo que sea, siempre puedes contar con que ambas acudiremos a tu lado para apoyarte de cualquier manera que podamos.

Aurora se sintió aliviada al escuchar que su prima aún le deseaba lo mejor. Habría odiado perder esta preciosa conexión con la única familia que le quedaba. Habían pasado por tanto juntas este último año. Se alegraba de saber que esto no era realmente el final.

El señor Bloom llegó, con los ojos muy abiertos y jadeando, como si hubiera venido corriendo.

—Tendré un carruaje afuera en un momento, señorita Hillcrest.

Ella se volvió hacia él.

—No, mi buen señor. No puedo pedirle que me siga adonde voy esta noche —le dijo, llena de pesar—. Tiene un buen puesto aquí y es seguro que ascenderá.

Pero él negó con la cabeza obstinadamente.

—La seguiría hasta el fin del mundo, señorita Hillcrest.

Los ojos de Aurora se llenaron de lágrimas de nuevo. El lacayo era propenso a la exageración, pero había sido ferozmente leal a ella y a sus primas. Había dependido de él más que de cualquier otro sirviente que viviera en Wharton House. Podía ser discreto.

—Está bien, pero si cambias de opinión, estoy segura de que mi prima te reincorporará a su casa en tu puesto actual.

—No cambiaré de opinión —insistió—. ¿Tiene mucho equipaje para llevar?

—Sí, está todo empacado, arriba en mi alcoba.

Bloom desapareció inmediatamente.

En realidad, Aurora no se llevaba mucho consigo. Algunos vestidos y baratijas, regalos de sus primas, desde que habían empezado a tener algo de dinero para gastar. No había conservado nada en absoluto de su infancia. Nada que le recordara a sus padres. Eso también era lo mejor.

Sullivan le había prometido un nuevo guardarropa, y tendría un montón de vestidos acordes a su nuevo estatus en poco tiempo, cuando encontrara una nueva modista a la que patrocinar. Alguien que no difundiera chismes a los cotillas de la sociedad. Quería separarse de las vidas respetables de sus primas tanto como fuera posible para evitarles cualquier incomodidad.

Recuperó su ridículo de donde lo había escondido bajo un cojín con volantes antes, antes de que sus primas llegaran.

Sylvia estaba negando con la cabeza cuando Aurora la miró. Sus ojos estaban tristes cuando dijo:

—No importa lo que dijéramos para intentar evitar que te fueras, siempre ibas a huir hoy.

—Pensé que era mejor estar preparada antes de que demasiados conocieran mi decisión.

—Wharton no aceptará esto.

Ella lo sabía. El marqués estaría furioso, sin duda.

—Os dejaré que expliquéis que fue mi elección, si busca culpar a Lord Sullivan —Jugueteó con su ridículo, demorándose un momento más, y oyó que se acercaban pasos de hombre. Esperaba que fuera el señor Bloom con su baúl para poder irse—. Bueno, entonces...

—No te vayas —pidió Eugenia una última vez—. Quédate y hablemos más sobre esto.

—Mi decisión está tomada —susurró Aurora. Hizo una profunda reverencia a sus primas y finalmente se dio la vuelta—. Adiós.

Con la barbilla en alto, se dirigió hacia la puerta principal y no escuchó respuesta de ninguna de sus primas.

No la llamaron para que volviera, pero al cerrar la puerta oyó el inconfundible sonido de Eugenia, la más reservada de las dos, que empezaba a sollozar. El sonido le desgarró el corazón.

Se obligó a seguir adelante, pasando junto al Sr. Bloom y saliendo por la puerta principal de Wharton House, hacia el carruaje que la esperaba.

Bajó las cortinas del carruaje en cuanto estuvo dentro, y se estremeció mientras el Sr. Bloom se encargaba de que cargaran sus baúles y luego se unía a ella en el interior.

Sus ojos volvieron a escocerle cuando el carruaje se puso en marcha, alejándola de su familia.

Las lágrimas brotaron cuando dejó atrás la plaza.

Bloom cambió de asiento para sentarse a su lado.

—Si me permite ser tan atrevido, señorita Hillcrest —dijo, tomando su mano y apretándola con fuerza.

Aurora no tenía idea de lo que él pensaba de ella, pero Bloom le resultaba familiar, y cuando un sollozo escapó de su garganta, hundió el rostro en su hombro huesudo y lloró como cuando era una niña pequeña, tropezando tras su viejo vecino en la oscuridad, todo porque le había prometido acogerla.

Pero protegerla había sido lo último que tenía en mente.

CAPÍTULO 15



—Creo que eso es todo —dijo Drew mientras añadía un par de guantes a su maleta más pequeña y echaba un vistazo a su dormitorio en la casa que había alquilado en Upper Brook Street durante dos temporadas, para asegurarse de que no había olvidado nada importante.

—Sí, mi lord —respondió Potts, su ayuda de cámara desde hacía diez años, mientras también hacía un recuento de las posesiones que quedaban. El hombre recogió un cepillo de plata y un espejo de mano de mujer del tocador—. ¿Qué hacemos con estos?

Habían sido el juego de cepillo y espejo de Clare. Drew los había conservado consigo desde que ella murió. Los recuerdos de su tiempo juntos siempre habían llenado su habitación. Pero tenían que irse, junto con cualquier otra cosa de aquel breve período de su vida en el que estuvo casado—. Guárdalos en las cajas destinadas al ático de Kent.

—Por supuesto, mi lord —respondió Potts, añadiendo los objetos a la creciente pila extendida sobre su cama. Los recuerdos de su matrimonio habían sido un consuelo en su momento. Pero al mudarse para vivir con Aurora, Drew había decidido empezar de cero. No llevaría nada de Clare consigo. Tampoco recordatorios de Pip, aunque de estos había muy pocos. Solo quedaba la manta en la que había estado envuelto durante tan breve tiempo mientras Drew lo sostenía.

Ese recuerdo también tenía que ser empaquetado como todo lo demás, pero su hijo nunca sería olvidado.

Era hora de seguir adelante con su vida.

Había reunido suficiente ropa para esta noche y para los primeros días de vida en su nueva propiedad con Aurora como su amante. El resto de su ropa y pertenencias serían enviadas pasado mañana. Quería asegurarse de que Aurora realmente viniera a él antes de hacer saber que él también se mudaba allí. Aún existía una pequeña posibilidad de que ella cambiara de opinión y continuara viviendo con sus primas, donde su reputación permanecería intacta. Todavía lo esperaba, pero esa esperanza era bastante pequeña a estas alturas. Ella apenas había dudado en aceptar su escandalosa proposición.

Así que, suponiendo que ella realmente echaría su reputación por la borda para disfrutar de una aventura íntima y prolongada con él, él la estaba encontrando a mitad de camino y mudándose lejos del corazón de Mayfair. No había sido su primera opción tener una amante, pero Aurora era la única dama por la que lo haría. Estaba ansioso por verla de nuevo. Parecía una eternidad desde que le había pedido que fuera suya.

Drew había pasado los días que estuvieron separados concluyendo algunos asuntos urgentes.

También había visitado a amigos por última vez sin advertirles de lo que estaba a punto de hacer. Tanto él como Aurora estaban a punto de escandalizar a la sociedad, y probablemente ofender a muchas personas en sus vidas.

Echó un vistazo alrededor y decidió que no había olvidado nada sin lo que no pudiera vivir, y dejó escapar un suspiro profundo. La gran mayoría de los muebles pertenecían al dueño del local alquilado que había estado ocupando de todos modos. En realidad, había muy pocos muebles de su gusto. Las habitaciones eran demasiado oscuras y los muebles demasiado pesados. Eso no le había molestado cuando llegó por primera vez, ya que su ánimo estaba muy bajo. Ahora, sin embargo, anhelaba un entorno luminoso y alegre, lleno de risas. Ni siquiera regresaría una última vez para barrer el local antes de devolver la llave al casero.

Había terminado de ser un viudo en duelo.

Drew había enviado sus disculpas a Lord Wade y su familia por la cena habitual de la semana siguiente, excusándose por no estar disponible nuevamente sin explicar qué lo mantendría alejado otra noche más. Wade aún no sabía nada de su interés por Aurora, y Drew no estaba seguro de cómo explicarlo de una manera que su viejo amigo pudiera entender.

El vizconde era un poco crítico con los caballeros que mantenían prolongados romances fuera del matrimonio, y últimamente se había vuelto meticuloso con las normas sociales. Probablemente por su joven e impresionable cuñada. Lord Wade ciertamente desaprobaría que Drew tomara una amante en lugar de la esposa que había venido a buscar a Londres.

Drew se preguntaba si alguna vez podría volver a sentarse a cenar con Lord Wade y su familia. Echaría de menos su compañía y deseaba que algún día pudieran conocer a Aurora. Desafortunadamente, nunca podría invitarlos a Conduit Street para que vieran su nuevo hogar, o a ella. Se negarían a cenar con una amante y entendía por qué lo harían.

Sin embargo, Drew no podía vivir sin Aurora en su vida. Una vida respetable, una esposa y la necesidad de un heredero palidecían en comparación con el feroz anhelo que sentía por ella. Y no era solo la pasión lo que le hacía sentir que también necesitaba protegerla.

Ella le ocultaba algo. Ahora estaba seguro de ello, dada su rápida aceptación de su oferta de convertirse en su amante. ¿Por qué una dama sensata se comprometería a una escandalosa relación en lugar de un matrimonio respetable como el que disfrutaban sus primas?

Se había estado haciendo esa pregunta toda la semana.

Aurora estaba tan decidida contra el matrimonio. Tanto con él como con cualquier otro. Si pudiera descubrir por qué, y qué la había hecho sentirse inadecuada para el matrimonio, dormiría mejor por las noches. Aurora le había prometido que nunca había estado enamorada, casada o cometido un delito grave. Se había reído de la idea, pero aún no le había dado otra opción que tuviera más sentido. Pero saber incluso eso no le daba realmente ningún consuelo. Si fuera posible, aún esperaba superar todas sus objeciones con el tiempo.

Sin importar lo que sucediera después de hoy, él aún esperaba que se casaran.

Pero *había* prometido no volver a proponerle matrimonio, y mantendría su palabra hasta que ella estuviera lista para discutir el asunto honesta y abiertamente.

—¿Hay algo más que necesite que haga, mi lord? —preguntó Potts.

—No, gracias. —Sonrió al hombre del que más dependía para que su vida transcurriera sin problemas—. Creo que ya está todo empacado. Confío en que instalará a los nuevos sirvientes en la casa a tiempo.

—Sí, mi lord. El personal esencial —mayordomo, cocinero, ama de llaves, lacayo y doncella — ya está cumpliendo con sus deberes en la casa. Llegaré mañana a más tardar a las dos menos cuarto con el resto, después de enviar sus pertenencias al campo, y estaré listo para afeitarlo tan

pronto como llegue.

—Gracias.

Potts inclinó la cabeza y desapareció en la habitación contigua para continuar empacando la ropa de Drew en sus baúles.

Drew metió en el bolsillo de su abrigo otro regalo que había comprado ayer para Aurora, cogió un baúl de viaje por un asa y salió, finalmente listo para cerrar la puerta de su dormitorio y de su pasado.

Era hora de empezar de nuevo.

No podía esperar para ver a Aurora en la casa que había comprado para ellos. No era una vivienda excesivamente grande, pero pensó que sería perfecta para una pareja que rara vez recibiría invitados en un futuro próximo. Se imaginaba su nombre, y el de ella también, siendo tachados de varias listas de invitados una vez que se difundiera la noticia de su acuerdo. Drew ya había enviado sus disculpas por cada invitación que había recibido desde que Aurora decidió ser suya.

Mezclarse ya no era en absoluto importante para él, especialmente cuando ya no tenía ningún propósito en mostrarse en público. Durante estas dos últimas temporadas, lo habían invitado con la única intención de conocer a hijas solteras en busca de un buen partido. Lamentaba mucho que Aurora tuviera que sufrir el rechazo de la sociedad. A ella le gustaba la gente y las fiestas mucho más que a él.

Le gustaba bailar con hombres apuestos.

Se dirigió hacia las escaleras, pero se detuvo en el descansillo, sorprendido al ver a su padre, una vez más de pie en su casa, mirándolo con evidente enfado.

—¿Dónde has estado?

—Padre —dijo, dejando su baúl justo fuera de la vista antes de terminar de bajar al vestíbulo de entrada—. Qué placer verte de nuevo.

Su padre aún lo miraba con dureza.

—Esperaba verte en la cena de los Sorenson anoche.

Drew negó con la cabeza.

—Desafortunadamente, envié mis disculpas la semana pasada.

—Y volviste a fallar en informarme —espetó su padre—. He quedado como un tonto por última vez, muchacho, persiguiéndote por toda la ciudad. Esperaba verte en la pista de baile con una bella dama del brazo. ¿Qué crees que estás haciendo, evitando la sociedad sin motivo alguno?

—He estado ocupado.

—Demasiado ocupado para cumplir con tu deber hacia tu propio padre durante semanas también. Muchacho, ¡no puedes ganar si no te unes a la cacería! Bien, exijo una explicación, Sullivan. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Drew apretó los dientes y señaló hacia la habitación contigua. —¿Brandy?

—No. —Pero el duque entró de todos modos en la habitación y se detuvo solo cuando llegó a la chimenea. Northport se giró y separó los pies frente a la única fuente de calor que quedaba en la casa, fulminándolo con la mirada e hinchando el pecho—. Estoy esperando.

Drew suspiró y cerró las puertas de la habitación. —No es nada complicado.

—Yo seré el juez de eso.

Drew pensó que era demasiado pronto para compartirlo, pero Northport no se marcharía hasta que Drew diera cuenta de sus actividades de las últimas semanas. Al menos algunas de ellas. —Sabes que he estado deseando invertir en una propiedad en Londres desde hace algún

tiempo.

—Sí, recuerdo que dijiste algo al respecto el año pasado. Confío en que ya te hayas decidido por un lugar. Hay escasez de inversiones adecuadas en Mayfair. Deberías esperar pagar un precio elevado por algo que valga tu tiempo y distinción.

—Eso es cierto. —Se acomodó en el brazo de una silla robusta, relajándose con la esperanza de que su padre hiciera lo mismo—. He buscado por todos lados y he tenido que concluir que esta parte de Mayfair es demasiado cara para mi bolsillo.

—Te habría sido más útil pasar tu tiempo en los salones de las damas. Elegir una novia es donde deberías haber centrado tu atención, hijo mío —aconsejó su padre—. Ya tienes una casa aquí y una próspera finca en Kent.

—Ambas pertenecen a otra persona —dijo en voz baja. Kent era la finca secundaria de su padre en el campo y parte del mayorazgo del ducado. Drew nunca podría comprársela. Dada su distancia de la residencia principal, su padre se la había prestado a Drew para que hiciera algo más con ella. Le había ido bien, había aprendido todo lo que pudo sobre tierras y ganado. Había llevado a Clare allí después de su matrimonio y había tenido el control del lugar durante años. Pero nunca había tenido la última palabra en nada, realmente. Siempre había tenido que rendir cuentas de cada centavo que gastaba—. Quiero algo que me pertenezca a mí.

—¿Acaso no te he dado carta blanca en Kent? Las ganancias que obtuviste allí fueron excepcionales en los últimos años, aunque nunca fuiste de los que se jactan, ¿verdad? —Padre miró a su alrededor y torció el gesto—. ¿Has hablado con el arrendatario sobre quedarte con este lugar permanentemente?

—No. No me conviene —murmuró Drew.

Los ojos de su padre se clavaron en él. —Eres demasiado exigente, pero eso es lo que te distingue de otros jóvenes. Serás un excelente duque algún día, y cuando heredes después de mí, tendrás más dinero del que puedas gastar. Estoy seguro de que el patrimonio de los Northport estará en buenas manos contigo. Sueles ser sensato y frugal hasta el extremo.

—¿Suelo?

—En otros asuntos, discrepamos. Creo que es una verdadera insensatez guardarte para un segundo matrimonio como si fueras una virgencita remilgada. Sal ahí y exige la mejor novia. La castidad no le sienta bien a un hombre de mi linaje.

Drew casi se rio de aquella sugerencia. El linaje tenía poco que ver con actuar según los deseos. Ya no se estaba guardando para el matrimonio, si es que alguna vez lo había hecho. Pero por fin había encontrado a la mujer adecuada para él. Era la forma en que Aurora lo hacía sentir. Cómodo en su propia piel una vez más. —No fue una abstinencia intencionada. Simplemente nunca encontré a alguien que me gustara lo suficiente —prometió.

Northport inhaló profundamente y luego exhaló lentamente, aparentemente pensando en lo que podría decir. Drew esperaba que no le preguntara a qué evento de la alta sociedad asistiría próximamente. No estaría contento con la respuesta, cuando sería ninguno.

—Bueno, me alegra encontrarte de mejor humor que la temporada pasada. Siempre esperé que eventualmente entrarías en razón y te lanzarías de nuevo a la vorágine de la vida —dijo su padre, asintiendo—. Un caballero siempre requiere compañía femenina sin importar su edad.

Drew inclinó la cabeza. —En efecto, así es.

Padre entrecerró los ojos mirando a Drew, examinándolo de arriba abajo. Drew casi se retorció bajo tan minuciosa inspección. —Vaya, vaya, vaya. ¿Es una inversión o una mujer lo que te ha desviado de la sociedad? Te perdonaré cualquier ausencia de los salones de baile si ese es el caso y la causa de tu tranquilidad hoy. —Señaló el bolsillo superior del abrigo de Drew—.

¿Es eso un regalo para ella? Veámoslo entonces.

Drew miró hacia abajo y vio que la caja de joyas sobresalía de su abrigo. A regañadientes, rebuscó en su bolsillo el regalo y le mostró las gemas a su padre.

Northport asintió con aprobación. —Ni demasiado tacaño, ni demasiado ostentoso. Una excelente elección para una primera amante.

—Primera y única —dijo Drew entre dientes, pero su padre lo escuchó de todos modos.

Northport negó con la cabeza.

—Nunca digas nunca, muchacho. Hay muchas mujeres ahí fuera para que disfrutes.

Drew guardó apresuradamente las gemas y sacó un tema que siempre mejoraba el humor del duque.

—¿Cómo está Juliette?

Desafortunadamente, el duque frunció el ceño al oír su nombre.

—¿Cómo diablos voy a saberlo o a importarme?

Drew se quedó boquiabierto.

—¿No la viste esta mañana?

—No —padre hizo un gesto de desprecio con la mano—. Estaba llorando la última vez que hablamos, y no me he molestado con ella desde entonces.

—Lamento oír eso —murmuró Drew, pero cerró los ojos, horrorizado por la insensibilidad con la que el duque ignoraba la angustia emocional de su amante de largo tiempo.

Si Northport pensaba que Juliette habría dejado de llorar porque él la estaba evitando, se llevaría una desagradable sorpresa. Probablemente la mujer se habría metido en la cama en un estado aún peor. Drew podría visitarla en unos días y ver si había algo que pudiera hacer para arreglar la ruptura. Algo debía estar detrás de sus lágrimas. Juliette había renunciado a una vida respetable y a la oportunidad de casarse para ser la amante de un duque. Probablemente siempre había esperado más del padre de Drew. Como una propuesta de matrimonio, e incluso hijos también. Ninguna de las dos cosas había sucedido que Drew supiera.

Drew nunca trataría a Aurora de esa manera. Estaba orgulloso de no estar hecho a imagen y semejanza de su padre. Se casaría con Aurora cuando ella juzgara que era el momento adecuado.

—Te acompañaré a la salida, padre.

—Sí, sí. Voy a White's ahora, y luego a ese lugar escandaloso, el de la señora Bradshaw, esta noche. He oído que está de moda entre los más jóvenes. Las damas, según dicen, son simplemente escandalosas.

Drew había sido miembro de Bradshaw's desde la temporada pasada, y hasta ahora. Nunca le habían interesado mucho los lugares de mala reputación, no es que alguna vez hubiera disfrutado allí, pero sus amigos iban con frecuencia. No se había sentido ni un poco tentado las pocas veces que había ido este año a hacer algo más que cenar. Oír que su padre engañaba a Juliette con prostitutas no le agradaba en absoluto.

—Que disfrutes tu velada.

—Esa es mi intención. Te deseo lo mismo —dijo el duque con un resorte en su paso mientras se colocaba el sombrero en un ángulo desenfadado y bajaba las escaleras hacia su reluciente carruaje negro que esperaba frente a la casa.

Drew se quedó observando hasta que Northport se alejó antes de pedirle al mayordomo que trajera su carruaje mientras él iba a buscar su pequeño baúl del rellano. Agradeció al mayordomo y le deseó lo mejor para el futuro mientras subía a bordo. Con alegría dio las indicaciones hacia su nueva morada, e imaginó a la mujer que amaba, esperando su llegada.

CAPÍTULO 16



AURORA OYÓ QUE se abría la puerta principal y el rumor de voces masculinas flotaba escaleras arriba mientras el mayordomo hablaba con alguien. Se puso de pie de un salto, esperando que Drew hubiera venido por fin a verla. Lo había estado esperando en cada momento desde que llegó a Conduit Street.

Su estómago revoloteaba de emoción. Hacía tiempo que no lo tenía al alcance. Y cuando por fin lo alcanzara, había un sinfín de cosas que quería hacer con él, empezando, por supuesto, con besos. Iba a disfrutar cada momento que tuviera con su apuesto lord.

Se levantó, se recompuso y se dirigió a la puerta de su tocador luciendo su vestido azul más bonito y una sonrisa solo para él. Ahora era una amante y tenía responsabilidades únicas, pocas de ellas apropiadas. Echó un vistazo por la escalera y vio que Drew aún estaba en el vestíbulo, entregando su sombrero y guantes a Jenson, su nuevo mayordomo, con un pequeño baúl a sus pies.

Drew levantó la mirada de repente y sonrió al verla observándolo.

—Vaya, eso sí que es un regalo para la vista. Buenas tardes, querida.

Aurora bajó corriendo el resto de las escaleras hacia él, alzando el rostro para recibir un beso a pesar de que el sirviente aún estaba cerca, y se lanzó a sus brazos abiertos. El sirviente se alejó lentamente de ellos y desapareció, llevándose el baúl de Drew.

Sullivan la besó intensamente y luego suspiró mientras apoyaba su frente contra la de ella.

—No estaba seguro de que estarías aquí.

—Tenemos un acuerdo. Soy tuya hasta el amanecer —respondió ella con orgullo y emoción en el corazón. Durante el día, cuando él estuviera ausente, tenía la intención de desarrollar su idea de una carrera como casamentera lejos de la sociedad en la que se movía Drew. Ya no necesitaba dinero, pero un pasatiempo la ayudaría a pasar el tiempo hasta que él regresara. Y cuando él hiciera un matrimonio apropiado, ella perseguiría la empresa con más vigor.

Pero su matrimonio ya no era asunto suyo. Realmente esperaba que nunca más lo discutieran. Quería ser feliz, no discutir con él constantemente.

Lo abrazó con fuerza y luego lo soltó. Estar con él así era todo lo que necesitaba. Era un hombre que cumplía su palabra. Todas las comodidades de un hogar eran ahora suyas, tal como él había prometido.

Sullivan enganchó el brazo de ella con el suyo y la mantuvo a su lado por un momento mientras le sonreía.

—¿Ya has comido?

Ella negó con la cabeza.

—No, te estaba esperando. ¿Te gustaría acompañarme a cenar esta noche?

—Por supuesto que sí, pero más tarde. —El brazo de Sullivan se deslizó alrededor de su cintura tan pronto como el sirviente se fue—. ¿Qué te parece la casa ahora? ¿Es lo suficientemente cómoda? ¿Se ha hecho todo a tu satisfacción?

Se giró entre sus brazos e inhaló su aroma familiar mientras lo miraba. Quizás nunca se cansaría de él, ni de su olor. —Me encanta. Perfectamente decorado a mi gusto. No puedo agradecerte lo suficiente.

Su sonrisa era todo lo que ella había esperado. Él había movido montañas en los días que estuvieron separados solo para complacerla. Todo lo que ella había sugerido cuando estuvo aquí la última vez se había llevado a cabo. Muebles movidos; cortinas reemplazadas en ciertas habitaciones. Estaba impresionada y muy agradecida. Había dudado que pudiera hacerlo todo en una semana y se había equivocado por completo. Pero no pudo haber sido fácil reorganizar toda la casa en tan pocos días.

—¿Puedo tentarte con una bebida, mi lord? —preguntó ella.

—Debería haber jerez en la biblioteca también —sonrió él—. Recuerdo que lo preferías.

Ella lo miró boquiabierta, sorprendida de que hubiera notado su preferencia cuando se suponía que observaba a otras damas, y luego una sonrisa creció en su rostro. Drew la sorprendía a cada momento. Era tan considerado. —Creo que tomaré una copa pequeña.

Él la condujo a la biblioteca, una pequeña habitación sin libros aún, pero con muchas estanterías vacías. Tendría que hacer algo al respecto pronto. No es que fuera una gran lectora, pero el conde esperaría que tuviera una cantidad de coleccionadores de polvo por ahí para que él los examinara cuando estuviera aquí. —Yo serviré —ofreció él.

—No, no. Es mi responsabilidad atenderte mientras estés aquí, mi lord.

Él frunció el ceño. —Puedes hacer lo que quieras por mí, pero no espero que me atiendas como lo haría un sirviente.

—Será un placer mimarte de cualquier manera que pueda —le aseguró, sonriendo por su renuencia a hacer cualquier demanda—. ¿Qué te sirvo, mi lord?

—Debería haber brandy por aquí.

—Lo sé. Lo encontré antes. Vine aquí poco después de llegar y probé todas las botellas para saber cuál era cuál —Aurora fue directamente al aparador, y él la siguió, observándola servir para ambos—. ¿Desde cuándo lo sabes? Sobre mi gusto por el jerez, quiero decir.

Él pareció pensativo por un momento. —En realidad, pensé que preferías el té hasta una noche tarde en la casa de Wharton. La mezcla especial que todas bebían ciertamente despertó mi curiosidad, ya que nunca fue compartida. Imagina mi sorpresa cuando me serví una taza de té frío antes de que los sirvientes pudieran llevárselo todo una noche cuando ustedes habían terminado y se habían ido a la cama.

Ella hizo una mueca. —Mis primas y yo disfrutamos la novedad y el bonito diseño del juego de té.

Él arqueó una ceja. —Y engañar a todos los demás también, me imagino.

Ella levantó una ceja altiva en respuesta. —A ti no, aparentemente. Wharton no sabe ni la mitad de lo que hacíamos bajo su techo —suspiró—. Extrañaré a mis primas.

Él se enderezó. —¿Te han repudiado por mi culpa?

—No. Saben que mi decisión está tomada y no puede cambiarse, aunque lo intentaron con todas sus fuerzas. Solo quería decir que ya no los veré casi todos los días como me había acostumbrado. Extrañaré poder entrar a su habitación cuando no pueda dormir solo para charlar

con ellos hasta altas horas de la noche.

—Ahora tendrás que despertarme a *mí* para hacer eso. No importa la hora.

—No siempre estarás aquí —dijo ella con una risa, asaltada por una sensación de aguda soledad al pensar en estar sola aquí cuando él volviera a su casa en Upper Brook Street—. Supongo que me acostumbraré a estar sola pronto.

—No te librarás de mí tan fácilmente. Estaré aquí más a menudo de lo que imaginas —prometió Drew con una sonrisa relajada—. Pensé en quedarme la semana.

—No me molesta en absoluto —le aseguró ella.

Pero él tenía una casa en la ciudad a kilómetros de distancia y responsabilidades con su título y su familia a las que eventualmente volvería. Dividiría su tiempo entre todos ellos, y era muy probable que ella fuera quien menos lo viera. Lo entendía. Lo aceptaba. Cualquier momento que pudiera dedicarle sería suficiente.

Y aún tenía que pasar parte de sus días cortejando a una dama apropiada.

Le entregó su bebida y lo guió para que se sentara en un sofá de brocado borgoña lo suficientemente grande para dos junto a la chimenea.

—¿Quieres contarme sobre tu día, o debería desnudarte donde estás sentado y devorarte antes de que sirvan la cena?

Él se rio y rápidamente dejó su bebida a un lado antes de dar una palmadita en su regazo.

—Creo que aún no estoy de humor para juegos de alcoba. Prefiero hablar contigo. Ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos.

—Es cierto. —Se deslizó sobre sus rodillas con recato. Sin embargo, Drew no lo permitiría; la atrajo hacia sus brazos y suspiró. Ella levantó la mirada hacia su rostro. Ya tenía los ojos cerrados y parecía cansado—. ¿Vas a cenar con Lord Wade y su familia el próximo jueves?

Él abrió los ojos lentamente.

—¿Cómo sabes sobre eso?

—Una amante se entera de cosas.

—¿Más chismes? —Resopló—. Le envié mis disculpas a Wade nuevamente. No puedo cenar con él mientras su familia piense que hay posibilidad de un compromiso entre Lavinia y yo. —Hurgó en su bolsillo—. Iba a hacer esto más tarde, pero quizás te gustaría usar estos para nuestra primera cena formal aquí juntos. —Sacó una cajita cuadrada de terciopelo de su bolsillo del abrigo y la colocó en sus manos—. Si no te gustan, encontraré algo más de tu agrado.

Aurora dejó escapar un pequeño chillido y se apresuró a ver su segundo regalo de Sullivan.

Dentro de la caja, sobre terciopelo rojo, había un par de elegantes pendientes de diamantes. No demasiado grandes, pero obviamente a la par del brazalete que ya le había regalado en cuanto a calidad se refiere. Ambos regalos debían haberle costado una fortuna, y ella los adoró a primera vista.

Drew la ayudó a enhebrar los alambres a través de sus orejas perforadas. Cuando terminó, golpeó suavemente una gema con la punta del dedo y luego se reclinó, sonriendo. Que Sullivan la vistiera con diamantes le cortó la respiración. Él le había prometido joyas, pero ella realmente no había creído que vería tantas, tan pronto. Se levantó de un salto y fue al espejo más cercano para admirar su brillo. —Son preciosos. Gracias.

Pero era una lástima que no tuviera ningún baile al que asistir para lucirlos.

Los ojos de Drew brillaban y destellaban de placer cuando ella regresó para sentarse en su regazo nuevamente. Y entonces sus labios estaban en su cuello, su aliento un cálido soplo contra su garganta. Sus dedos de los pies se curvaron en sus zapatillas y su sexo se tensó en anticipación. Había sido una semana de fantasías insatisfechas sobre él, sobre ellos juntos arriba,

haciendo el amor. Hoy llevaría sus diamantes a la cama con él. —¿Drew?

—¿Hmm?

Ella caminó con sus dedos por su pecho, deteniéndose en el nudo de su corbata. Tiró de ella un poco, esperando aflojarla mucho más de lo que parecía capaz de hacer con una sola mano. —¿Estás seguro de que no tienes hambre?

Él se rio y se reclinó. —Solo estoy practicando para cuando vayamos a la cama más tarde esta noche —prometió—. ¿Qué más hiciste durante el día?

Drew la acomodó contra su pecho, ignorando su puchero de decepción por ser negada lo que su cuerpo anhelaba: más de él. —Después de hablar con mis dos primas, vine aquí. Pasé las horas explorando mi nuevo hogar, por supuesto. El ama de llaves y la cocinera son experimentadas y amables. No estaba segura de poder esperar una bienvenida tan cálida como la que he encontrado hasta ahora. Ahora soy escandalosa, ¿sabes?

Escandalosa. Caída. Impura. Esos eran algunos de los nombres con los que la sociedad pronto la llamaría.

—Los sirvientes más les vale ser discretos si desean conservar los extravagantes salarios que les estoy pagando. No toleraré ninguna falta de respeto hacia ti de nadie.

Ella jugueteó con su corbata de nuevo. —Habrá algunos que hablarán mal de mí y de nuestro arreglo. Lo sé.

—Sí. Haré lo mejor que pueda para protegerte de lo peor. Si tienes algún problema con alguien, asegúrate de hacérmelo saber —exigió.

—Lo haré —le dijo, pero en secreto planeaba librar sus propias batallas. O ignoraría cualquier falta de respeto. Dependería de quién estuviera siendo grosero con ella, o con Drew. Él podría querer protegerla, pero ella dudaba que pudiera hacerlo de todo y de todos. Con el tiempo, la notoriedad de su arreglo disminuiría.

Cuando Jenson apareció para interrumpirlos, anunció que se había tomado la libertad de organizar que la cena se sirviera temprano. Se levantaron juntos para ir al comedor de inmediato.

Drew puso su brazo alrededor de su espalda en el camino, y ella brevemente se acurrucó en su calidez. Estaba feliz, más de lo que había estado en mucho tiempo.

Él le apartó la silla y la sentó personalmente, haciendo un gesto a Mr. Bloom, quien había estado esperando para hacerlo. Drew miró fijamente al sirviente que ella había traído consigo de Wharton House, claramente tratando de ubicar dónde lo había visto antes. Pero finalmente se encogió de hombros e ignoró la presencia de Mr. Bloom.

Aurora echó un vistazo a la mesa y sonrió ante la variedad ofrecida.

—Espero que todo sea de su agrado, milord.

—Tú lo eres, así que estoy seguro de que todo lo demás también lo será —Drew despidió a todos los sirvientes con un movimiento de su mano, les pidió que cerraran la puerta y dijo que le gustaría servirla él mismo—. No sé tú, pero siempre he odiado que me observen mientras como.

—Yo también —susurró ella en caso de que los sirvientes estuvieran escuchando en la puerta.

Él se inclinó cerca mientras añadía jamón a su plato.

—Es mejor así. Solo nosotros dos —dijo, ofreciéndole darle de comer un bocado de su propio tenedor.

Aurora tomó un delicado mordisco, observándolo sonreírle.

Luego ella cargó su propio tenedor y se lo ofreció.

—Lo que es bueno para uno...

—Es un placer para ambos —coincidió Drew, arrebatando el bocado de su tenedor de un solo

mordisco.

Ella lo observó masticar, y luego él tragó y se lamió los labios. Aurora sintió ese lametón como si hubiera sido colocado entre sus piernas en su lugar. Tragó saliva al ver cuán fácilmente su amante podía excitarla, y de tantas maneras.

—¿Más?

—Definitivamente más —Él movió su silla más cerca, justo al lado de la de ella, y se dieron de comer mutuamente cada bocado hasta que ella no pudo comer más.

Drew aún no estaba satisfecho y continuó comiendo, limpiando cada plato de servir extendido frente a él.

Ella le guiñó un ojo.

—Realmente tenías hambre.

Él sonrió lentamente.

—Sí, y aún tengo, también, por ti —De repente, Drew la sacó de su silla y la sentó en su regazo—. Donde tú estés, es donde quiero estar.

—¡Oh, Drew!

Él encontró su mirada lentamente.

—Debes saber que cuando estoy contigo, siento que estoy en casa —susurró, acunando su cráneo tiernamente y acercando su rostro al suyo—. No hay ningún otro lugar donde quiera estar sino aquí. Déjame mostrarte cuán bien encajamos juntos.

Aurora asintió, imaginando una larga noche de amor por delante. Esperaba que cuando fuera su momento de irse, él no volviera a proponerle matrimonio. Ella solo diría que no, y él se iría con una despedida amarga.

Ella agarró sus manos.

—Sí, vamos arriba.

—Eso no es lo que quise decir.

—Pero hemos estado separados por días y días.

Él arqueó una ceja.

—¿Me extrañaste?

—Extrañé muchas cosas de ti, pero esta es una ocasión especial. Mi primer día aquí como tu amante debería ser un evento memorable. Quiero complacerte.

Le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. —Ya está hecho, querida.

—No, me refiero a la otra forma.

—¿Y cuál sería esa? —preguntó y luego se rio para sí mismo—. Creo que ahora es seguro apostar por tu probable respuesta.

—Estoy segura de que podrías tener razón. —Se puso de pie y le cogió la mano. Tiró de él —. Ya no te haré perseguirme más.

—Pero podría disfrutarlo —respondió él, poniéndose de pie. Se irguió sobre ella por un momento y luego sonrió—. Corre.

Le tomó un momento darse cuenta de que hablaba en serio. Pretendía perseguirla por la casa hasta su cama. Dio unos pasos hacia atrás y él avanzó, un paso aparentemente amenazante tras otro. Aurora se detuvo cuando tuvo la puerta a su espalda. Tanteó el picaporte y lo abrió con cuidado. Él le guiñó un ojo, y Aurora recogió sus faldas, las levantó por encima de los tobillos y salió corriendo por la puerta. Se abalanzó hacia la escalera, riendo porque no había corrido a ninguna parte desde que vino a vivir con sus primas.

Había dejado de hacer muchas cosas que la habían hecho feliz durante mucho tiempo. Todo excepto Drew. Él era su única verdadera indulgencia.

Drew tenía las piernas más largas que las de ella, y había llegado abajo antes de que ella estuviera a mitad de la escalera. Esperó un momento y luego las subió de dos en dos, saltando tras ella a grandes zancadas y riendo mientras avanzaba.

El corazón de Aurora dio un pequeño vuelco de alegría. Le encantaba cuando él estaba juguetón. Dejó que la alcanzara en la puerta de su nueva alcoba, y casi se desmayó en sus brazos. Lo besó, entrelazando sus brazos alrededor de su cuello y abrazándolo con fuerza. Drew la levantó del suelo, de modo que solo lo tenía a él para anclarse, y profundizó el beso.

Aurora era vagamente consciente de que alguien manipulaba el pomo de la puerta detrás de ella antes de que estuvieran en sus aposentos, con su espalda presionada contra el otro lado de la puerta un momento después. Drew comenzó a subirle las faldas, mientras Aurora atacaba su corbatín y los botones de su camisa. Las grandes manos de él se asentaron en sus nalgas desnudas, sus caderas se acuñaron contra las de ella y sus rodillas se separaron ampliamente para permitirle estar entre sus piernas.

La presión y el empuje de su excitación contra su sexo eran exquisitos y muy distractores.

—Aurora, tengo algo que preguntarte —susurró.

—Ahora no —se quejó ella.

—No puede esperar —susurró él—. Mi pregunta es... ¿puedo tomarte aquí y ahora?

Ella lo miró sorprendida. Esa no era la pregunta que esperaba de él en absoluto. Pero era una a la que quería decir que sí con muchas ganas. Asintió rápidamente. Ya estaba lo suficientemente excitada para un revolcón apropiadamente largo. —Donde sea. Cuando sea.

Sus manos estaban entonces entre ellos, desabotonando sus pantalones. Se los bajó bruscamente y luego estaba allí, hundiéndose en ella con una lentitud agonizante. Aurora se sacudió sobre él, buscando la fricción que anhelaba de su miembro.

Le agarró ambas manos y las levantó por encima de su cabeza, sujetándolas contra la dura puerta en la que ella se apoyaba. Cuando comenzó a moverse dentro de ella, lo hizo de manera inesperadamente frenética desde el principio. La besó y la tomó con tal urgencia obsesiva que Aurora pronto se dejó llevar por su lujuria, gimiendo con cada embestida.

Su beso terminó y Drew ajustó su agarre, dejando que las manos de ella cayeran sobre sus hombros mientras él volvía a sujetar su trasero. Lo apretó y amasó, jadeando con fuerza contra su oído.

Aurora se envolvió un poco más fuerte alrededor del conde mientras él enterraba su rostro en la curva de su cuello. El cambio de ángulo había aumentado tanto su propia pasión que gimió.

—Sí, sí —susurró él—. Más fuerte. Déjate llevar.

Aurora deslizó su mano entre ellos. Había poco espacio, pero logró acariciar su clítoris. El vaivén no lo hacía fácil, y Drew no se detuvo ni siquiera se retiró mucho.

De repente, él rugió al alcanzar el clímax. Aurora sintió la cálida inundación de semilla y el aumento de la lubricación entre sus piernas. Atrapó un poco en la punta de sus dedos y usó la lubricación para provocar su propio clímax sobre él. Se estremeció y sollozó mientras el placer la recorría en oleadas interminables, sus brazos y piernas aún aferrados al perverso conde.

Él la sostuvo con fuerza y luego comenzó a moverse, dando pequeños pasos porque sus pantalones estaban ahora en algún lugar alrededor de sus tobillos.

Desafortunadamente, tropezó y cayeron. Aurora gritó alarmada y el conde maldijo. Él aterrizó encima de ella, ambos parcialmente sobre el colchón de la cama.

—Eso no debía pasar —se quejó mientras se quitaba los zapatos y los pantalones de una patada—. ¿Te hice daño?

—No, mi señor. Sobreviví a un revolcón frenético contigo —prometió ella, mirando su rostro

sonrojado. Le apartó un mechón de pelo de la frente. Estaba diabólicamente guapo cuando era verdaderamente perverso. Esperaba que pudiera ser así todo el tiempo cuando estuviera aquí con ella.

—Agárrate a mí otra vez —susurró, y cuando los brazos de ella estuvieron seguros alrededor de su cuello y sus piernas firmemente enroscadas alrededor de sus caderas, la levantó y la colocó adecuadamente en la cama.

Aurora suspiró y lo soltó, acomodándose en la cama e intentando estirar sus faldas para que no estuvieran tan retorcidas. Sonrió, feliz y satisfecha por el momento, y luego miró a Drew.

Él estaba ahora a su lado, con los ojos cerrados, un brazo sobre su cabeza y sin pantalones. Dejó que su mirada vagara por su cuerpo medio vestido, disfrutando de lo que veía. Este hombre era todo suyo. El hombre alto que había querido escalar desde el momento en que se conocieron. No es que él hubiera bajado la guardia lo suficiente entonces como para saber que podía ser lo que ella esperaba. Pero ahora lo era, y ella se alegraba de ser quien sacara a relucir su lado salvaje.

En realidad, él era todo lo que ella deseaba en un hombre: desinteresado, generoso, y aun cuando estaba en un frenesí de lujuria, era sorprendentemente dulce y considerado. Aurora se giró de lado y subió las rodillas para apoyarlas contra la cadera de él.

Drew abrió un ojo para mirarla y luego bajó los brazos para atraerla contra su costado. —¿Así está mejor, mi amor?

¿Mi amor?

Aurora dejó escapar un suspiro tembloroso al escuchar esas palabras. No podía ser posible que él pensara que la amaba. Pero no quería discutir con él y cerró los ojos para evitar la inevitable conversación sobre sentimientos que le habían resultado aborrecibles durante tanto tiempo. Nadie la había amado realmente tal como era. Siempre habían querido que fuera alguien más.

CAPÍTULO 17

AUNQUE EL MATRIMONIO pudo haber sido el objetivo original de Drew en algún momento, tener a Aurora como amante le bastaba. Tenía todo lo que necesitaba justo aquí en esta acogedora casa en Conduit Street. Había vivido durante una semana en un hogar cálido y confortable, y no deseaba nada más para su vida.

Una especie de dicha conyugal se había apoderado de él desde que se levantó aquella primera mañana de la cama de Aurora y bajó a comenzar su día. Ya no sentía una necesidad imperiosa de ser otra cosa que él mismo. Estaba contento de una manera que no había experimentado en años.

Cuando se levantaba particularmente temprano, ejercitaba a Caballo en el parque y, después de ausentarse unas horas para darle a Aurora tiempo a solas, regresaba a la más amable y acogedora dama que en silencio llamaba suya.

Durante las tardes, leía en la biblioteca y, lo más importante de todo, besaba a Aurora cada vez que se acercaba.

Casi no le importaba que Aurora nunca fuera a ser su esposa legalmente. Ya lo era para él en todos los demás aspectos que importaban. Tenían mucho en común y reían juntos a menudo. Ella lo hacía sentir bien, y él esperaba haber hecho lo mismo por ella.

En ese momento, Aurora había salido a ver a su última cliente, la señorita Mosby, llevando consigo a la sirvienta que había traído a la casa como escolta. Drew se había ofrecido a acompañarla, pero ella no había querido retrasarlo de sus citas.

No tuvo el valor de decirle que no tenía citas ese día, ni obligaciones que cumplir en la próxima semana o dos. Ella no se daba cuenta de que él había renunciado a la casa en Upper Brook Street, pero tendría que decírselo pronto. Hasta ahora, había puesto excusas para nunca irse y ella las creía todas fácilmente. Pero estaba un poco distraída, absorta en su nueva empresa. Se había involucrado profundamente en su nuevo proyecto y pasaba gran parte del día fuera conociendo gente nueva con la esperanza de hacer una pareja para ellos.

Tenía una lista creciente de clientes, algunos de los cuales Drew había conocido o solo visto de lejos. Él se mantenía distante de las mujeres en particular, prefiriendo que no descubrieran que aún no era un esposo.

Pero ahora era dueño de sí mismo y le importaban poco las opiniones de los demás en la sociedad. O más bien, solo le importaba tener la buena opinión de Aurora. Él era su caballero para que lo mandara cuando ella quisiera. Crearían una buena vida juntos, aunque fuera una vida más tranquila de lo que él había imaginado que compartirían al principio.

Hoy era otro nuevo y fresco comienzo. Una pizarra limpia. Una vida ahora en progreso

nuevamente.

Antes de que Aurora pusiera su vida patas arriba, Drew había empezado a sentir que simplemente iba por los movimientos de vivir. Pero uno de sus descubrimientos favoritos era que le gustaba no saber qué pasaría de un día para otro. Aurora era un poco impredecible.

Drew colocó el último de sus nuevos libros en los estantes de la biblioteca y se giró al escuchar fuertes pasos acercándose. Se quedó asombrado al ver a un compañero lord caminando por su casa de la ciudad sin anunciarse.

—Scarsdale, qué inesperado...

Drew se agachó en el último segundo para evitar un golpe salvaje dirigido a su cabeza. Retrocedió rápidamente, alejándose del hombre.

—¡Scarsdale!

—¿Cómo pudiste? —gritó Scarsdale, aparentemente enfurecido, y lo siguió para dar un segundo golpe a la cabeza de Drew. Scarsdale volvió a fallar—. ¿Cómo pudiste avergonzarla así?

Drew suspiró. Esta era la primera conversación que había tenido sobre hacer de Aurora su amante. A Scarsdale le había gustado ella, y era demasiado esperar que no se enfrentara a un antiguo pretendiente enojado. Pero no había esperado violencia, mucho menos de Scarsdale. El hombre parecía tratar a todas las mujeres como mercancías intercambiables.

Drew mantuvo una distancia entre ellos, pero estaba claro que el estallido inicial de ira había sido tanto una sorpresa para Scarsdale como para Drew. —Eres el menos indicado para hablar. Sé que el año pasado buscaste tener una aventura con ella, y te rechazó.

—Y acepté su decisión. Cometí un error. Y me he enmendado desde entonces —señaló el pecho de Drew—. Claramente no eres un caballero en absoluto. No te importa lo que ella quiere.

—Ella aceptó esto —dijo Drew en voz baja—. Nunca se ofendió. Ni por un momento ha expresado una duda.

Scarsdale sacudió la cabeza violentamente. —¿Pero cómo pudiste? ¿No entiendes lo que has hecho?

Drew había perdido el sueño por su decisión, tanto antes como después de haber hecho su oferta. —Entiendo perfectamente el sacrificio que ella ha hecho por mí. Le di mucha consideración al asunto.

También había perdido mucho sueño por la resistencia de Aurora al matrimonio. Pero ella no era resistente a sus avances. Los había alentado. Los deseaba. Ella quería esta vida con él. Incluso si iba a ser una vida escandalosa.

Scarsdale apretó la mandíbula y respiró hondo. Drew se preparó para más violencia. Sin embargo, Scarsdale se desplomó en su lugar, toda la lucha drenándose de él. Se pasó una mano por el pelo. —¿Qué le pasará a ella cuando te cases, eh? ¿Será dejada de lado u ocultada mientras vives una vida apropiada con tu esposa? Puede que yo no le haya pedido matrimonio, pero al menos no estaba buscando una novia al mismo tiempo.

Drew había decidido el rumbo de su vida cuando conoció a Aurora por primera vez. Una esposa, una familia de nuevo. Un hijo que heredara su título si tuviera suerte. Pero ahora había cambiado de opinión sobre todo eso. La felicidad era más importante para él que cualquier otra cosa. Con Aurora, ya sea que ella cambiara de opinión sobre el matrimonio o no, la tendría.

Preferiría que su decisión no fuera ampliamente comentada todavía, pero tendría que tranquilizar a Scarsdale para que entendiera. —No me casaré.

No a menos que Aurora le pidiera que se lo pidiera. Lo haría en un instante. Estar con ella, simplemente poder tomarle la mano, había sido el momento más satisfactorio de su vida desde

que llegó a Londres. Habían hablado mucho a lo largo de los años, y ahora siempre podrían hacerlo. Aurora le convenía, y por ninguna razón en particular que pudiera señalar.

Simplemente sabía que ella era la indicada.

Scarsdale lo miró con furia. —Todo el mundo sabe que estás en busca de una novia esta temporada. Y también lo estuviste la temporada pasada. Ella también lo sabe.

—Ya no estoy en esa búsqueda —dijo Drew mientras se arriesgaba a acercarse a su amigo. ¿O era ahora un ex amigo?—. Te cedo el campo, el mercado matrimonial y todas las damas, Scarsdale. Buena suerte.

—De poco me sirve que te retires —se quejó y luego le señaló con el dedo—. Pero sé que *tú*, como todos los demás, cederás y esperarás una esposa con una buena dote y un heredero varón saludable.

Drew se encogió de hombros. —Lo único que siempre quise fue tener una familia de nuevo. Una mujer a la que volver a casa, compañía y niños algún día. Niño o niña. No importaba cuál.

—Cualquier hijo que ella te dé será un bastardo.

—Lo sé —Era algo que esperaba lamentar algún día. Cualquier hijo que tuvieran no sería parte de la *alta sociedad*. Su propia familia también podría rechazarlos. Sin embargo, eso no era algo que pudiera controlar—. Lo que suceda entre la señorita Hillcrest y yo ahora no es asunto de nadie. Puedo prometerte que la trataré bien y le seré fiel para siempre.

—Entonces, ¿por qué le haces esto? Espera... —Scarsdale agitó las manos y luego lo miró directamente. Sus ojos se agrandaron—. ¿Le *pediste* matrimonio?

Drew asintió.

—¿¡Te rechazó!?

Asintió nuevamente, y Scarsdale se dejó caer en una silla, habiendo perdido toda su combatividad y bravuconería ante la admisión de Drew.

—Compartirá tu cama, vivirá contigo en la vergüenza, pero no se casará contigo. ¿Qué le pasa?

—Nada —espetó Drew, molesto de que alguien pensara así. Aurora era complicada.

Scarsdale entrecerró los ojos.

—Parece que no puede soportar la idea de casarse contigo ni con nadie. Sé de tres hombres que creyeron estar enamorados de ella, solo para ser rechazados.

Drew suspiró y se dirigió al aparador para servirle una copa a Scarsdale, esperando que eso ayudara al hombre a aceptar la situación. Le pasó el vaso y él lo tomó sin dar las gracias ni levantar la mirada. Scarsdale parecía tener dificultades para aceptar que su escándalo era enteramente obra de Aurora. A Drew le había llevado tiempo aceptar que ella veía la intimidad y el matrimonio como dos situaciones separadas. Una era deseable, la otra totalmente repulsiva. Aún no sabía por qué ella pensaba así.

Drew tomó asiento y esperó a que Scarsdale reflexionara sobre las cosas a su propio ritmo.

Finalmente, Scarsdale se pasó una mano por el pelo y levantó la mirada.

—¿Por qué te rechazaría? Probablemente eres el mejor de nosotros. Un conde, rico, sin vicios obviamente ofensivos.

—Vaya, gracias —dijo secamente, aceptando el cumplido por lo que era—. Ella tiene sus razones.

Scarsdale se inclinó hacia adelante.

—Me gustaría escucharlas.

A mí primero, pensó Drew. Se puso de pie, notando que Scarsdale había ignorado su copa de licor. Si no iba a beber con él, prefería que se fuera antes de que Aurora regresara a casa.

—¿Eso es todo lo que querías decir hoy?

—Sí. No. —Scarsdale se recostó desordenadamente en su silla—. ¿Sabes lo que ya están diciendo sobre ella? ¿Sobre ustedes dos juntos? Solo ha pasado una semana y ya están afilando los cuchillos.

Hizo una mueca.

—Sí, era inevitable. La sociedad desaprueba tales relaciones. Estoy seguro de que he disgustado a muchos.

—Sus primas no reciben a nadie que las visite. La marquesa viuda se ha metido en cama otra vez. Wharton ha dicho lo suficiente como para hacerme desear no haber ido allí esta mañana.

Drew se alisó el chaleco, haciendo una mueca.

—No he visto a Lord Wharton en semanas.

—Yo no lo dejaría entrar aquí, si fuera tú. Cuando me enteré, supe que tenía que venir a hablar contigo. Hacerte entrar en razón. —Scarsdale hizo una mueca—. Debes dejarla, por el bien de *ella*.

Drew suspiró. No había nada que pudiera hacer sobre la caída en desgracia de Aurora, o la suya propia. Estaba hecho. Estaban juntos en esto hasta el final.

Oyó un ruido, quizás cascos de caballo, y corrió hacia la ventana delantera. Aurora había regresado de su reunión con su nuevo cliente.

Se volvió hacia Scarsdale. —Quiero tu palabra de que no mencionarás ningún chisme a la señorita Hillcrest cuando entre. Si no puedes darme esa garantía, saldrás inmediatamente por la entrada de servicio. Di una sola palabra fuera de lugar, y no te daré un puñetazo sino que te estrangularé donde estás.

—Por supuesto que no diré nada. Es mi amiga —insistió Scarsdale—. Pero seguramente debe saber lo que se está diciendo sobre todo esto.

—No tengo idea de lo que haya escuchado decir a otros. No hemos perdido el tiempo con chismes. Si a ella no le importa, a mí tampoco, pero cualquier cosa que digas podría hacerla infeliz. Si no puedes mantener la boca cerrada, espera aquí o vete.

—No diré nada. Lo prometo.

—Bien. —Drew se dirigió al pasillo. Abrió la puerta para Aurora, adelantándose al mayordomo por un pelo. Ella se rio al verlo esperándola y lo besó sonoramente—. No me digas que me extrañaste otra vez. Le darás a Jensen la idea de que vas a reemplazarlo como mi mayordomo.

—Sé que eso no pasará, señora —murmuró el mayordomo con una sonrisa afectuosa hacia Aurora, haciéndose a un lado para permitir que el señor Bloom entrara a la casa. Aurora había encantado fácilmente a los sirvientes y los había envuelto alrededor de su dedo meñique con su amabilidad—. Compré algo para nosotros mientras estaba fuera —murmuró, hurgando en su bolso.

Sacó un paquete envuelto en tela y descubrió tres tartas. —De manzana para nuestra cena.

—Gracias, querida. —Le besó la mejilla y dejó caer el paquete en las manos extendidas del mayordomo—. Para más tarde, Jensen. Me las comería ahora, Aurora, pero tenemos una visita. Scarsdale está aquí.

—Oh —dijo ella, mirando más allá de él con una expresión preocupada.

—No tienes que hablar con él si no quieres —le prometió en voz baja.

Pero ella sonrió y asintió. —Por supuesto que debo hacerlo.

Caminaron juntos de vuelta a la biblioteca, del brazo.

Scarsdale estaba esperando, con una brillante sonrisa en su rostro. Se adelantó

inmediatamente e hizo una reverencia. —Mi querida señorita Hillcrest, ha pasado mucho tiempo.

Aurora hizo una reverencia. —Milord, es un honor tenerlo de visita en mi hogar.

—El honor es mío —le aseguró Scarsdale—. Me alegra verla tan bien.

El agarre de Aurora se apretó momentáneamente en el brazo de Drew mientras levantaba la mirada hacia sus ojos. —Soy muy feliz, en efecto.

Un mundo de afecto se dirigió hacia él en esa sonrisa, y él se bañó en la calidez de la aprobación de Aurora. —Ambos lo somos.

Scarsdale se aclaró la garganta repetidamente, reclamando su atención.

—Sí, bueno —murmuró Aurora—. Estoy segura de que ustedes caballeros tienen mucho que decirse. Si no les importa, tengo algunos asuntos que atender.

—Por supuesto —murmuró Drew, lamentando que se fuera tan pronto, pero quizás era lo mejor. Ella tenía responsabilidades como la señora de la casa y probablemente algunas cartas que escribir en nombre de sus clientes. Él sabía que era mejor no interferir en ese asunto hasta que ella pidiera su participación.

—Hasta la próxima, señorita Hillcrest —llamó Scarsdale mientras ella se deslizaba fuera de la habitación y se dirigía hacia el estudio.

Drew se volvió para enfrentar a Scarsdale, sin saber qué esperar de él ahora.

El hombre estaba luchando contra una sonrisa. —Eso es algo que nunca esperé ver.

—¿Qué es eso?

Su sonrisa se ensanchó. —Vaya, creo que la señorita Hillcrest está enamorada.

Drew se quedó boquiabierto. —¿Enamorada?

—Oh, absolutamente. La conozco desde hace tanto tiempo como tú. La he observado alrededor de otros hombres. He conocido a los tipos que ella consideraba apuestos, los que le atraían. A los que no daban la talla, los ignoraba. Ese sería *yo*, por cierto. No importaba cuánto lo intentara, nunca pude captar su atención de la manera en que tú lo has hecho. Pero nunca en todo el tiempo que la conozco la he visto enamorada de nadie. —Scarsdale le dio una palmada en el pecho a Drew—. Felicidades. Eres un bastardo con suerte.

Drew arrastró los pies y miró hacia el estudio, donde Aurora había desaparecido hace un momento. Ella nunca había dicho una palabra sobre amarlo. Se preocupaba, lo deseaba, pero esa emoción más profunda nunca había sido mencionada entre ellos. ¿Podría ser cierto? Que Scarsdale, que no era la carta más aguda de la baraja, viera su afecto iba mucho más allá de lo que él había sospechado, dándole una profunda satisfacción. Lo que tenían juntos era bueno. Pero estar enamorados era ciertamente mejor. —¿Tú crees?

—Oh, sí. Definitivamente enamorada. Aprendí temprano a evitar ese tipo de mujeres. Demasiados problemas. Nunca traicionarán a sus maridos por un rápido revolcón contra la pared conmigo, o si lo hicieran, habría llantos sobre su traición durante meses después. —Scarsdale asintió—. Sigue haciendo lo que estás haciendo, y estoy seguro de que un día me sentaré en tu desayuno de bodas.

—Eso es mucho esperar en este momento.

—Y aun así lo esperas, o ¿por qué otro motivo te someterías a un escándalo? Podrías haberte marchado —dijo Scarsdale, extendiendo los brazos—. Además, la esperanza nunca es una pérdida de tiempo. Pero es tu vida y yo no estoy en tu posición. Deberías decirle que tú también estás enamorado de ella. No tiene la más mínima idea de lo comprometido que estás.

Scarsdale salió abruptamente de la habitación, dejando a Drew solo con sus pensamientos. Se hundió en una silla, preocupado por una omisión que nunca había pretendido hacer. *No* le había dicho a Aurora que se había enamorado de ella... porque pensaba que era obvio. No habría

llegado tan lejos si no la tuviera en la más alta estima.

Amor, absolutamente. Había perdido su corazón por segunda vez y no tenía arrepentimientos.

Pero tampoco tenía idea de cómo sacar a colación el tema de estar enamorados el uno del otro, o incluso si necesitaba hacerlo. Algunas cosas simplemente suceden naturalmente.

—¿Estás tan más allá de los límites que has perdido la capacidad de mantener a un empleado para que atienda la puerta —ladró Northport en voz alta detrás de él—, o incluso escribir una carta informándome de tu cambio de dirección?

Drew levantó la mirada y luego se puso de pie de un salto. —¡Padre!

El duque le arrojó tres sobres. —Asistirás a estos eventos esta semana.

Drew solo logró atrapar dos, pero una mirada a los sellos en el reverso de cada uno hizo que su corazón se hundiera. Eran de familias importantes. También tenían hijas para casar esta temporada.

Drew se agachó para recoger la tercera carta que no había logrado atrapar y negó con la cabeza al ver el sello de otra gran familia a la que ya había enviado sus disculpas por su baile. Solo podía haber sido invitado de nuevo con un propósito. Para hacer un matrimonio. —Tengo planes.

—Planes para no ser visto. Planes que incluyen abandonar Mayfair y la búsqueda de una esposa. ¿Para qué? ¿Para crear un escándalo viviendo con una amante que no puede darte un heredero legítimo? Créeme, las amantes son para el placer a corto plazo y nada más.

Miró a su padre con los ojos entrecerrados, asombrado por ese comentario. —¿Es por eso que sigues con Juliette? Quince años amándola no han sido en vano.

Padre hizo una pausa por un momento. —No me dejaré distraer por chácharas de sentimientos fuera de lugar. Tienes una responsabilidad con la familia y conmigo. Te casarás de nuevo, y espero que llegue un heredero en los primeros años de tu unión. Elige a tu nueva dama de una de esas invitaciones, cortéjala y despósala antes de que termine la semana, y tendrás mi bendición para el enlace.

Drew miró al duque conmocionado por su exigencia, pero rápidamente vio que había más que iba a decir. Tomó un respiro para calmarse y esperó.

Cuando el silencio se prolongó, Drew dio un paso adelante. —¿O qué?

El duque se dio la vuelta, merodeando por la habitación con las manos a la espalda. Drew lo había visto hacer esto antes cuando era niño, justo antes de anunciar algún castigo por una fechoría o por falta de atención a sus estudios. En aquel entonces, el desagrado de su padre lo aterrorizaba. Pero ahora... ¿qué podría hacerle su padre, realmente?

—No me da ningún placer decir esto —comenzó el duque—. Me culpo completamente. Siempre has sido propenso a los devaneos. Nunca debí quitarte el ojo de encima una vez que enviudaste. Pensé que seguirías adelante con tu tarea, cumplirías tu deber con la familia sin mi intervención. Sin embargo, está claro que lograr que hagas lo correcto requerirá un incentivo.

Drew se apoyó contra una mesa y se cruzó de brazos. —Desde el momento en que Clare y Pip murieron, tú y todos los demás esperaban que me volviera a casar. Casi de inmediato. La tierra ni siquiera se había asentado sobre sus tumbas cuando tuvimos nuestra primera pequeña charla sobre mi *deber* con la familia. ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de mi felicidad?

—No tenemos voz en cómo vivimos nuestras vidas —insistió el duque, golpeando su puño contra su palma para enfatizar—. Los hombres de nuestra familia cumplen con su deber. Yo le propuse matrimonio a tu madre el día después de conocerla.

—Tú la amabas.

—Ese no era un requisito de la unión al principio.

—Bueno, yo amaba profundamente a Clare antes de casarme con ella —advirtió Drew.

—Clare era diferente, especial. Todos entendieron que no tenías más remedio que proponerle matrimonio al final —dijo el duque—. Pero nuestras altas expectativas para ti continúan, y te has permitido distraerte de tu propósito por una astuta mujerzuela ansiosa por vaciar tu bolsillo comprándole una casa y joyas caras.

Drew se levantó lentamente, luchando por mantener la calma. ¿Cómo se había enterado su padre de sus asuntos tan rápidamente? —No estoy distraído. Aurora Hillcrest es la mujer que amo.

—¿Amor? —El duque hizo un gesto despectivo a su alrededor—. Esto no es amor. La vergüenza que traes a la familia es más que embarazosa. ¡No lo permitiré!

—Este es mi hogar —anunció él.

—Tenías un hogar apropiado en Upper Brooke Street —exclamó.

—Un alquiler. Nunca tuve la intención de vivir allí para siempre.

—Tenías la opción de otra casa en Mayfair que se te mostró recientemente, y por supuesto tu apartamento en Northport House aún te espera a ti y a tu futura esposa.

—Te dije que prefiero estar por mi cuenta —le recordó Drew a su padre. Vivir con la familia, imponerlos a una nueva esposa, era lo último que había pensado hacer.

—Pero no estás por tu cuenta. ¡Estás viviendo en concubinato con una descarada ansiosa!

Eso fue suficiente. Drew no toleraría el mal humor de su padre ni un momento más. Aurora podría oírlo desde la otra habitación. —No vuelvas a llamarla así *jamás*. No te lo perdonaré una segunda vez.

—¿Perdonarme? ¿*Perdonarme*? ¿Te estás escuchando? ¡Es peor de lo que temía! Veo que ella te tiene bien agarrado entre sus garras. —El duque plantó los pies y se enfrentó a Drew—. Si no te comprometes a cumplir con tu deber, no me dejarás otra opción que obligarte. Haz una propuesta a una de esas jóvenes en el plazo de una semana y heredarás todo.

—¿Y si no lo hago?

—Te desheredaré con gusto. Te cortaré completamente de la fortuna familiar. El precio de la desobediencia será, sin duda, muy alto.

Drew se quedó boquiabierto. Había considerado muchas reacciones de su padre sobre vivir con su amante, pero no esta. Hace unos años, Drew podría haberse intimidado ante tal amenaza, pero ya no necesitaba el dinero de su padre. Era rico por derecho propio. Un hecho que su padre parecía haber olvidado hoy. El título de duque pasaría a Drew cuando su padre falleciera, le gustara o no a Northport. Lo único que el duque podía hacer era arruinar el patrimonio, vaciarlo de todos los fondos o dejar propiedades personales no vinculadas a otro hijo. Drew no podía imaginar que eso sucediera. —Ya veo —dijo lentamente.

—Ahora entiendes el grado de mi descontento —dijo el duque en voz baja—. Cásate pronto y puede que nunca más volvamos a hablar de este desafortunado asunto. Hablaremos de nuevo cuando se haga público el anuncio de tu elección.

El duque se marchó, sus palabras resonando en la cabeza de Drew.

Ser amenazado con la desheredación no cambiaba realmente las cosas, pero era una decepción que su padre recurriera al chantaje. Un futuro de deber y honor siempre esperaría a Drew. La vida para la que había sido criado y educado era tanto parte de él como la necesidad de amor en su vida.

Se había estado preparando para asumir la carga de grandes responsabilidades desde que era un niño. Incluso si Northport pudiera cumplir su amenaza, Drew nunca elegiría un título por

encima de seguir su corazón. Northport no le dejaba otra opción que sacarlo completamente de su vida también.

Drew barajó las cartas en sus manos y luego abrió cada una.

CAPÍTULO 18



AURORA CERRÓ LA puerta de su estudio lo más rápido que pudo antes de que el Duque de Northport la viera al salir furioso. Se apoyó en ella buscando soporte, conmocionada por lo que acababa de escuchar que el duque le exigía a su hijo.

Que Drew hubiera sido amenazado con ser desheredado por haber tomado una amante en lugar de una esposa la perturbaba enormemente.

—No, no, no, no, no —susurró para sí misma. No esperaba que Drew pudiera haber disgustado tanto a su padre con su acuerdo, no cuando el duque mismo había mantenido una amante durante años y años.

Ella *había* notado que Drew siempre estaba aquí, más a menudo de lo que esperaba. Había creído que eventualmente volvería a Upper Brook Street y a la sociedad, y la vería con menos frecuencia. Pero había disfrutado tenerlo cerca tan a menudo. Sin embargo, debería haberle dado un empujón, un codazo, para que pensara adecuadamente en su futuro con alguien más. Pero había estado demasiado absorta en estar con él como para ver que ella era la peor influencia que él había tenido jamás.

Había un costo para cualquier felicidad, y él estaba pagando un alto precio cuando debería haber sido su cuenta por saldar. Y era demasiado alto para que ella lo soportara. Su acuerdo amenazaba el futuro de Drew, su derecho a un título y riquezas que merecía.

Por supuesto, la vida de Drew aún no estaba completamente arruinada. No como la de ella. Todavía tenía una semana para elegir una novia.

Hizo una mueca. Había tenido dos temporadas y ya había elegido a la mujer equivocada una vez. Pero, ¿podría ella ayudar a arreglar las cosas para asegurarse de que nunca fuera desheredado?

Aurora se había negado a casarse con él por una buena razón. No era una novia adecuada para ningún hombre, y ciertamente no la elección del duque, dada la forma en que acababa de describirla. Pero Drew se había negado a rendirse, continuando pidiéndole su mano mucho después de que debería haber sabido alejarse. Y había elegido esta vida de vergüenza, solo para estar con ella.

Estaba claro que no tenía buen juicio en lo que a ella respectaba.

Ni siquiera podía verlo.

Pero *ella* ciertamente lo veía ahora. Tenía que ayudarlo a mantener su herencia, sin importar lo que le costara personalmente.

Dependería de Aurora poner fin a su aventura para que él no tuviera más opción que volver a

la sociedad en busca de compañía.

Miró alrededor de su hogar. No, era *su* hogar, según Northport. Drew había renunciado a su residencia en Upper Brook Street y se había mudado aquí sin decirlo nunca en voz alta. Seguramente ella habría recordado esa conversación si alguna vez la hubieran tenido.

Aurora caminó lentamente hacia el escritorio del estudio. Al sentarse, extendió sus manos sobre el escritorio que apenas había empezado a considerar como suyo. Podía vivir en cualquier lugar y ser feliz, ¿no es así?

Por mucho que le gustara quedarse, no podía hacerlo si Drew estaba aquí. Se mudaría hoy mismo y él podría quedarse sin ella.

La idea de irse le dolía en el corazón. Dejarlo no sería fácil ni sencillo. No podía volver ni con Sylvia en Wharton House ni con Eugenia en la residencia del Duque de Exeter. No esperaba ser recibida con los brazos abiertos por sus esposos. Sabía que habría consecuencias.

Pero no para él.

No así.

No la desheredación y el distanciamiento de familia y amigos, y todo por algo que ella le había empujado a hacer al negarse a convertirse en su esposa.

Su mano revoloteó hasta su garganta cuando unos pasos pesados anunciaron la llegada de Drew por el pasillo. No estaba preparada, pero ofreció una sonrisa cuando la puerta se abrió.

—¿Estás ocupada? —preguntó él, entrando en la habitación—. Quería preguntar cómo te fue con tu nueva clienta, la señorita Mosby.

—Muy bien, de hecho —le dijo, sintiéndose enferma del estómago. ¿Cómo podía Drew preocuparse por su negocio de casamentera cuando su futuro estaba amenazado? Tragó saliva y continuó, observando su reacción a cada palabra que pronunciaba—. Nos reuniremos de nuevo en unos días para trabajar en sus habilidades de conversación.

—¿Un poco demasiado directa?

—No, balbucea un poco cada vez que ve al hombre que admira.

—Necesita controlar su respiración, como me enseñaste a hacer el año pasado —reflexionó Drew, sentándose frente al escritorio y cruzando los tobillos. No parecía en absoluto afectado por la visita de su padre.

Pero ella sí lo estaba, casi demasiado para pensar con claridad. Aurora se levantó y rodeó el escritorio para estar más cerca de Drew mientras pudiera.

—Sí, se lo sugerí.

Se acomodó en la silla cerca de él, preguntándose por qué se había mudado aquí y no se había molestado en decírselo.

—Scarsdale ya se ha ido —dijo Drew—. Espero que no te haya sobresaltado verlo aquí en la casa.

—No, en absoluto —prometió, forzando una sonrisa en su rostro. Si Scarsdale no hubiera venido, tal vez nunca se habría retirado a esta habitación y escuchado la llegada del duque. No había necesitado espiar para oír las exigencias de Northport. Había sido ruidoso y directo, y le había abierto los ojos a lo que realmente estaba sucediendo.

Pobre Drew. Nunca debería haber sido puesto en esta posición.

Se sentó incómoda por un momento, sin saber cómo iniciar la conversación que sabía que debían tener ahora. Había disfrutado... no, *amado* ser de Drew durante el tiempo que habían estado juntos. Él se había convertido en su única preocupación, sin que ella se diera cuenta de que lo había permitido. Nunca debería haber comenzado este romance y proyectado su sombra sobre la vida de un buen hombre. No con alguien por quien realmente se había preocupado.

Alguien que había significado más para ella día a día. Alguien a quien ella...

Cerró los ojos lentamente, pero su corazón latía con fuerza detrás de sus costillas. Drew era alguien a quien había dejado acercarse demasiado a su corazón, y tenía que renunciar a él. Como todos los demás, debía desaparecer de su vida. Pero esta vez sería su decisión, por dolorosa que fuera.

—Te amo —susurró Drew, mientras tomaba su mano y la llevaba a sus labios para besarla. Se aclaró la garganta cuando ella permaneció en silencio—. ¿Me has oído, Aurora? Te amo.

Escucharlo decir las palabras que estaban en su corazón solo le causó dolor. Porque nunca podría decírselas a él. Si lo hacía, él nunca la dejaría ir.

Se obligó a encogerse de hombros, como si lo que él dijera fuera insignificante. El amor era solo una palabra. Una palabra *mala*. Una emoción en la que nunca había confiado.

—Te he oído.

Él suspiró.

—No pareces sorprendida. Siempre supuse que debías saber que habías robado mi corazón sin que tuviera que decirlo en voz alta.

Deseaba que no lo hubiera dicho ahora. Hoy. Él no podía amarla, ciertamente no de la manera en que había amado a su difunta esposa. La mujer perfectamente irremplazable de la que el Duque de Northport había aprobado.

Aurora se puso de pie y recogió su cuaderno. Tenía que dejarlo. Hoy. Pero no podía mirarlo a los ojos.

—No estoy ni complacida ni descontenta.

—No es algo que diga a menudo —dijo él, recostándose en su silla—. Solo lo he dicho una vez antes. Pero estoy enamorado.

Su sonrisa se sintió forzada, dolorosa.

—Sí, lo sé. A Clare.

—Te amo de la misma manera —prometió, levantándose y posándose casualmente en el borde del escritorio más cerca de ella.

Aurora miró hacia el techo, luchando contra el impulso de caer en sus brazos una última vez, decirle que sentía lo mismo y quedarse. Pero él no podía amarla de la misma manera que había amado a su Clare. Él no languidecería cuando Aurora desapareciera de su vida. No de la manera en que lo había hecho por su condesa. Había consultado a extraños, por el amor de Dios, buscando la absolución de su culpa por la mujer que había perdido y debía reemplazar.

Aurora nunca quería que él la amara de esa manera, y por su bien, tenían que separarse antes de que él se confundiera más profundamente sobre lo que significaban el uno para el otro. Aurora no era el amor eterno que él estaba buscando.

—Eso no es posible —miró hacia la puerta—. Deberías subir y prepararte para la cena de los Thompson esta noche.

—Envié mis disculpas la semana pasada.

—¿Lo hiciste? Creí haber escuchado en algún lado que irías —murmuró ella, alejándose para mirar por la ventana. Él estaba tratando de ocultarle secretos. Mantenerla en la oscuridad, pero era demasiado tarde. Ella sabía que el riesgo que corría era algo que no podía evitar. Tenía que volver a la sociedad. Tenía que mantener su derecho a la fortuna de Northport casándose lo suficientemente bien como para complacer a su padre, por mucho que le irritara. Tragó saliva, disgustada por la sensación de desesperación que crecía en la boca de su estómago.

Drew debería haber mencionado ya que Northport había pasado por allí.

—Ahora que lo he dicho, debo decirlo de nuevo. Te amo —repitió él, uniéndose a ella en la

ventana, frotando sus brazos—. Amo a Aurora Hillcrest. Mi dama, mi amante.

Ella agarró la tela de su vestido en la cintura y luego se volvió para mirarlo de nuevo.

—No podrías amarme.

—Lo hago —prometió él, pareciendo tímido por un momento—. Desde el primer día de nuestro romance, supe que eras la indicada.

Ella frunció el ceño.

—Creo recordar que dijiste eso mismo sobre tu primera esposa, en nuestra primera entrevista, nada menos. ¿Recuerdas cómo te quedabas mirando al vacío, pensando en ella en lugar de hablar con nosotros? Tuvimos que recordarte varias veces que estábamos esperando tus siguientes palabras.

Él hizo una mueca.

—Ella estaba mucho en mi mente entonces. En ese momento, no podía concebir cómo mi vida podría ser buena sin ella.

Ella se tensó un poco mientras crecía en su interior un sentimiento de envidia y amargura.

—Sí, lo dijiste muchas veces a lo largo de nuestro conocimiento.

—Por eso estoy feliz de haber sido probado equivocado, y por ti nada menos —prometió él —. Has cambiado mi vida.

Para peor. No es que él lo admitiera. Pero seguramente Drew debía saber que nunca podría tener lo que más deseaba con ella. Ni matrimonio. Ni heredero. Y habría interminables problemas con su familia si ella se quedaba con él.

—¿La he mejorado?

—Sin duda alguna. Soy un hombre más feliz por amarte.

No, él no podía verlo, o admitir que estaba equivocado sobre el lugar de ella en su vida. Se alejó de él, frotándose la piel de gallina de los brazos.

—Te has visto envuelto en un escándalo por mi culpa. Un desarrollo que no me trae ninguna alegría en absoluto.

Él se rio.

—¿Qué te hace pensar que me importa lo que otros piensen de mí?

—Antes te importaba —Ella negó con la cabeza—. Incluso ahora, finges que todo es como era. Que nada ha cambiado.

—¿Antes de qué?

—Antes de mí —Apretó los puños a los costados—. ¿Vas a asistir a la cena esta noche?

Él frunció el ceño.

—No. Te lo dije, envié mis disculpas.

—Pero te han vuelto a invitar ahora, ¿verdad? —Apretó las manos con fuerza—. Sé que tu padre estuvo aquí, Drew. Sé que discutieron y no has dicho nada en absoluto sobre su visita.

—Lo que dijo no era importante.

Ella lo miró fijamente, entristecida de que mintiera en un intento de proteger sus sentimientos. Ella era la única culpable de las amenazas de hoy. —¿Es esa la verdad? No te molestes en responderme con más mentiras. Hoy escuché con mucha claridad todo lo que no querías que supiera. Sabes lo que tienes que hacer, aunque no te guste.

Drew extendió sus manos hacia Aurora, pero ella no quiso tomarlas.

Él dejó caer las manos. —Está bien. Está bien. No todo está bien con mi padre. Solo quería protegerte de lo desagradable de su visita. La presión familiar para que me vuelva a casar continúa.

—Debes ser visto cortejando a una de las elegidas de Northport para mantenerlo contento —

dijo Aurora con tristeza—. Y casarte rápidamente con ella para conservar tu herencia, también.

CAPÍTULO 19



—No lo haré —prometió Drew, pero tragó saliva. No era una decisión que hubiera tomado a la ligera, pero era la correcta para él. Miró a Aurora a los ojos y se dio cuenta de que había escuchado todo lo que su padre le había dicho—. No cederé al chantaje y ya he escrito cartas a las anfitrionas, enviando mis disculpas de nuevo. Padre se calmará pronto por haberme olvidado de informarle sobre mi traslado desde Mayfair, y por tener una amante ahora también. Él mismo ha tenido una amante durante años. Nadie lo piensa dos veces ahora. La familia quiere que me case y que haya un heredero en camino, y eso es todo lo que les ha importado *siempre*. No entienden que lo que *yo* quiero es estar con la mujer que amo.

Aurora hizo una mueca de dolor.

—Sigues diciendo que me amas y, sin embargo, no puedes hablar en serio.

—Te amo más que a nadie en el mundo —prometió Drew, molesto porque Northport hubiera venido ahora y perturbado a Aurora—. Me saldré con la mía. Te amo más que el título y la fortuna que me han estado poniendo delante toda mi vida. Mi familia puede irse al infierno por lo que a mí respecta.

—Cualquiera que esté vivo —murmuró ella, mirándolo fijamente.

—¿Qué?

Aurora cerró los ojos brevemente, y cuando los abrió, estaban sombríos al mirarlo.

—Ella siempre será tu primer amor. Tu primera elección. La que sueñas por las noches. La que no puedes dejar ir. Si estuviera viva, nunca me querrías. Soy simplemente un reemplazo temporal hasta que te cases de nuevo.

Él se quedó boquiabierto.

—¡Eso no es cierto!

—Por supuesto que es cierto. Me has dicho muchas veces lo vacía que se había vuelto tu vida sin ella. Estabas solo, y yo sabía desde el principio que tu corazón ya estaba ocupado.

—Aurora, no.

—Has hablado tanto de Clare y de la maravillosa vida que compartieron juntos que yo también puedo verla. Era la vida para la que naciste. No esto. No conmigo, aquí de todos los lugares. Perteneces a tu familia y a ser un líder en la sociedad. Hablaste tanto sobre lo que perdiste cuando Clare murió que llegué a compadecerme de cualquiera que pudiera haberse casado contigo antes de que superaras su pérdida. No es posible competir con un fantasma.

Drew se apresuró a tomar sus manos.

—Lo que tenemos es diferente.

—Es solo un poco de pasión, para que puedas olvidarla por un corto tiempo. Yo también estaba sola. Pero estoy segura de que no pasa un día sin que sigas lamentando su pérdida.

—No puedo negar que no desearía que Clare aún viviera —susurró él—. Sería un bastardo insensible si lo hiciera.

—Y tú eres cualquier cosa menos eso —prometió ella, y luego su sonrisa desapareció y se estremeció—. Pero sé lo fácil que es que la mente de los hombres se desvíe hacia el interés lujurioso con una mujer que encuentran atractiva. Vi tu deseo por mí y, en lugar de apartarme de él, permití que tu seducción tuviera éxito. Pensé que ser tu amante te ayudaría a olvidar a Clare para que pudieras casarte. Pero no pienses que ahora puedes poseerme también, o controlarme.

—Nunca buscaría controlarte —protestó él—. ¿Por qué siquiera lo sugieres?

—Eso es lo que todos los hombres terminan haciendo a las mujeres.

—Yo no —prometió él—. Queremos las mismas cosas.

—Sí, así era. Una vez.

Él apretó su agarre en las manos de ella.

—No hay razón para que nada cambie entre nosotros por las amenazas de mi padre.

—Hay todas las razones —aseguró ella—. Nunca imaginé esto. Vivir juntos. El duque dijo que te mudaste de Upper Brook Street, ¡y nunca me lo dijiste! Pensé que vendrías y te irías.

—Pero es nuestra casa —argumentó él, molestándose porque ella renunciara a ellos tan fácilmente. La calma en su voz también lo inquietaba. Ella siempre había sido mucho más apasionada cuando discutían sobre su aventura.

—Me ofreciste una casa para vivir.

—¡Y a mí!

—Pero nunca lo dijiste así al principio. Simplemente asumiste que no tendría objeción en llevar la casa para ti además de dormir en tu cama.

—Este es nuestro hogar. Aquí es donde nos amamos —protestó él—. No más encuentros secretos. No más esconder nuestro amor. Era lo que querías.

Ella levantó la mirada hacia él lentamente.

—¿Cuándo dije alguna vez que te amaba?

Su pregunta lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Lo haces.

Ella frunció los labios por un momento, y luego su expresión se endureció con determinación.

—Nunca lo dije, y no lo diré.

Él no podía creerlo. Incluso Scarsdale lo veía claro como el día. Se inclinó cerca de ella, mirando profundamente en sus ojos.

—¿Estás tratando de sugerir que fingías disfrutar estar conmigo?

—No —Una breve sonrisa incómoda revoloteó en sus labios—. Has sido una excelente compañía, milord. Un buen amigo. He disfrutado el tiempo que hemos pasado juntos.

Él se apartó de ella. Con cada palabra que salía de su boca, sentía como si le hubiera dado más golpes en el estómago que lo dejaban sin aliento. ¿Amigo? ¡Amigo! Sus instintos le decían que ella no podía pensar tan poco de él.

—Me estás mintiendo, y a ti misma también, si crees que la amistad es todo lo que tenemos. El amor no es algo que puedas dejar de lado tan fácilmente. Sé que te importo —le dijo.

—No estoy dejando nada de lado, mi lord. Me importas, pero también estoy siendo práctica. Ahora es el momento de proteger tu vida antes de que se produzca algún daño duradero. Deja que Northport reclame la superioridad moral por última vez, pero tú sabes la verdad: que no tiene

ninguna. Persigue una de sus opciones y cásate con ella, pero no permitas que vuelva a amenazar tu herencia jamás.

Se miraron fijamente durante un minuto, sus palabras penetrando en su cerebro. ¿Cómo podía decirle algo así? Él lo renunciaría todo por ella. Para amarla. —Northport no puede desheredarme.

—Lo sé, pero puede arruinar la propiedad antes de que la heredes por despecho —susurró ella—. Podrías necesitar su fortuna algún día.

—Nunca arruinaría la propiedad.

—¿Pero chantajear a su hijo te parece un comportamiento perfectamente normal? —dijo ella —. Piensa en lo peor que podría hacer. Demasiadas personas dependerán de ti para mejorar sus vidas cuando él ya no esté. Debes renunciar a mí y casarte con alguien buena.

Él la miró fijamente, notando la expresión terca de su rostro, y se desplomó. Había tomado su decisión... pero ella aún no era suya. —Todo este tiempo, pensé que estábamos construyendo una vida juntos. Un futuro que tú deseabas tanto como yo.

Ella jugueteó con los diamantes en su muñeca. El primer regalo que le había hecho brillaba con la luz de la tarde, burlándose de él. Había imaginado que sería el primero de muchos presentes que podría otorgarle, incluyendo eventualmente verla usar los rubíes de la familia el día de su boda, en un futuro lejano y difuso. Un futuro que ella afirmaba no querer, incluso ahora.

Bajó el rostro y tragó saliva. Ella lo amaba. Lo sabía, lo sentía, cada vez que estaba en sus brazos. Cada vez que le sonreía, su esperanza había crecido poco a poco, pensando que podría tenerlo todo. —Esto es amor.

—Estoy segura de que te lo parece ahora mismo, pero eso era solo el deseo llevándote por mal camino —prometió Aurora con un suspiro. Acarició la pulsera en su muñeca y desabrochó el cierre—. Debería devolverte esto.

—Quédatela. No la quiero sin ti.

Ella cubrió las gemas con su mano. —Entonces no queda nada más que decir, mi lord, y no veo que pueda salir nada bueno de prolongar la inevitable separación. Debo irme, y tú deberías volver a vivir en Upper Brook Street, donde perteneces.

Él extendió la mano hacia ella, sorprendido de que sugiriera abandonar todo lo que amaba de su vida. —No. Aún no puedes irte.

Ella miró su mano extendida con el ceño fruncido.

Él retiró la mano con dificultad. —Necesitamos hablar de esto, Aurora. Espera un momento —suplicó, sin querer rendirse todavía—. Estoy seguro de que podemos resolverlo.

—No queda nada más que decidir excepto tu elección de novia.

Ella negó con la cabeza.

—Mi respuesta siempre será la misma. No pertenezco a tu lado. Nunca lo hice. Lamento si te he hecho creer que alguna vez podría.

—Y yo también lo lamento, porque ahora no pertenezco a ningún otro lugar —dijo él, elevando la voz en las últimas palabras.

Ella se estremeció ante la ira en su voz, y Drew se esforzó por controlar su temperamento. No podía creer que sus promesas no significaran nada. Estaban enamorados. Él probaría su devoción. Solo necesitaba más tiempo para hacerle ver que las amenazas de Northport no eran nada de qué preocuparse. Ella tenía que cambiar de opinión y quedarse.

Levantó la mirada justo cuando Aurora dio un paso atrás alejándose de él.

—Adiós, Drew.

Ella se giró para coger su retículo del escritorio y lo apretó contra su pecho por un largo momento mientras se miraban fijamente.

Cuando ella se dio la vuelta, Drew la llamó antes de que pudiera salir de la habitación.

—¿Adónde vas?

Ella se detuvo en la puerta.

Drew miró fijamente su espalda erguida, la tensión en sus hombros, y la esperanza floreció en su interior.

—No lo sabes, ¿verdad? Esta es una decisión del momento.

Ella negó con la cabeza.

—Voy a donde pertenezco. No me sigas. No quiero volver a verte.

—Maldita sea, Aurora. ¡Pertenecemos el uno al otro!

Ella no dijo nada a eso y salió apresuradamente de la habitación, llamando al señor Bloom, su fiel sirviente. Drew la siguió hasta el umbral del estudio, observando cómo se apresuraba a salir de su vida sin mirar atrás.

Pero él se quedó tambaleándose por el impacto, con los pies pegados al suelo bajo él y su corazón hecho pedazos una vez más.

La puerta principal se cerró ruidosamente tras el señor Bloom mientras salía apresuradamente, siguiendo a Aurora hacia la calle.

Drew esperó un momento, luego fue al pasillo, con la esperanza de que ella cambiara de opinión en cualquier momento y volviera a él. Pero ella no regresó después de diez minutos de estar allí esperando, y no tuvo más remedio que salir a mirar la calle que pasaba frente a la casa.

La mujer que amaba y adoraba, la dama por la que estaba renunciando a una gran fortuna, lo había abandonado.

Cerró los ojos brevemente. Devastado por haber perdido todo lo importante para él en un solo día. Drew nunca había podido cambiar la mente obstinada de Aurora en todo el tiempo que se conocían. Nunca la había tenido realmente... y ahora no quedaba nada que pudiera hacer. Ella se había llevado su felicidad.

CAPÍTULO 20



EL HOTEL DONDE se alojaba Aurora era un lugar bullicioso que atendía más a la nobleza rural que a los miembros de la alta sociedad. Afortunadamente, hasta ahora no había visto a nadie conocido.

Aurora se levantó de su tocador y se acercó a la ventana. Abajo, la calle estaba concurrida, con nuevos huéspedes que iban y venían a pesar del mal tiempo, dirigiéndose al interior hacia las zonas reservadas para los clientes antes de ser conducidos a sus habitaciones.

No había esperado quedarse más de unos pocos días, pero Aurora aún permanecía allí, dos semanas después de dejar a Drew. Nunca antes se había alojado en un hotel y le costaba mucho dormir por las noches en aquella cama extraña.

Sin embargo, durante el día había mucho que ver, y siempre había alguien entrando y saliendo a todas horas. Los sirvientes parecían no dormir mucho.

Al principio, Aurora había planeado ser como los demás huéspedes. Fingir que estaba tomando unas breves vacaciones en la gran ciudad antes de regresar al campo, más pobre que antes. Al dejar a Sullivan, había utilizado sus propios ahorros para asegurarse el alojamiento, afirmando que sus pertenencias llegarían unos días más tarde.

Al principio, había sido demasiado cobarde para pedirle al señor Bloom que volviera a Conduit Street a buscar sus pertenencias. Sin embargo, Bloom debió de haber tomado cartas en el asunto. Sus pertenencias simplemente aparecieron en su habitación alquilada una mañana, sin discusión alguna sobre cómo habían llegado allí. No se atrevió a preguntar si alguien había intentado detenerlo, y Bloom nunca mencionó que alguien lo hubiera hecho. Se alegraba del silencio sobre el asunto de su partida de Conduit Street. No quería saber si Drew ya no estaba allí.

Ya era bastante difícil vivir con el conocimiento de que él volvería a la vida y la familia para las que siempre había estado destinado. De vuelta a su búsqueda de una novia adecuada. Ella había hecho todo lo posible para asegurarse de que no fuera desheredado. El resto, encontrar pareja, dependía de él.

Quería desearle suerte, pero su corazón aún no era capaz de hacerlo. La primera semana había transcurrido en soledad por él, y luego otra, sin que leyera un anuncio de su compromiso en ninguno de los periódicos que escudriñaba a diario. Pero ahora estaba lejos del corazón del *ton*. Aparte de algunas notas de ida y vuelta con sus primas, no había oído chismes sobre nadie que conociera personalmente. Nunca hablaban de Drew porque ella se lo había pedido.

En cuanto a ella, estaba indecisa y preocupada por no saber qué hacer a continuación. Antes

de juntarse con Drew, Aurora había planeado convertirse en casamentera para mantenerse. No tenía ni idea de lo difícil que le resultaría pensar en aumentar la felicidad de los demás después de dejarlo.

Sobre todo, además, cuando su corazón se retorcía dolorosamente en su pecho cada vez que recordaba cómo Drew repetía que la amaba la última vez que hablaron.

Le creía. Había querido decirle que ella también lo amaba.

Pero el amor nunca le había hecho ningún bien antes, y ahora solo lo estaba perjudicando a él.

Con el tiempo, seguramente se olvidaría de ella. Le reconfortaba saber que él no lamentaría su pérdida como lo había hecho con su difunta esposa. Y cuando estuviera casado y asentado de nuevo en Kent, simplemente estaría demasiado ocupado para recordar que se había dejado desviar por una mujer tan imperfecta, que no se atrevía a decirle por qué lo era.

Miró por la ventana de nuevo, llena de decepción por la vista monótona. Estaba lloviendo y parecía decidido a continuar así todo el día.

Pero hoy, al menos, Sylvia vendría a reunirse con ella alrededor del mediodía, así que era una distracción bienvenida y algo que esperar con ansias. Tenía que estar lista. Ponerse su mejor vestido, su cara feliz, para convencer a su prima de que no le afectaba el escándalo que había creado, ni su decisión de ponerle fin tan abruptamente.

Sylvia la había acribillado a preguntas cuando descubrió que Aurora había dejado a Drew. Pero al final, solo había insistido en una respuesta: ¿sabía lo que estaba haciendo?

Aurora había asegurado a su prima mayor que tenía un plan para su vida.

En realidad, no tenía ni idea de qué hacer consigo misma de un día para otro. Las oportunidades para hacer de casamentera eran escasas, y cuando vivías en un hotel, sin una dirección fija, carecías de un aura de respetabilidad. Era difícil convencer a alguien de que confiara en que podía ayudarlos. Durante los días, rondaba los espacios públicos del hotel, aburrida, o volvía a su habitación y dormía intranquila.

Pero las noches eran las más duras y solitarias, pensando en todos los bailes y diversiones a los que ya no podía asistir con sus primas. Pensando en Drew encantando a alguna joven perfecta entre sus brazos allí.

Se abrazó rápidamente. No tenía motivos para tener arrepentimientos o dudas sobre su decisión. Le quedaban fondos, un costoso brazalete de diamantes y unos pendientes, pero ninguna ocupación que le diera un propósito. Justo como antes.

Se apartó de la vista y recogió su sombrero y su bolso de la estrecha cama, y luego tiró de su vestido. Llevaba la misma ropa que siempre había usado, pero ya nunca parecía sentirse cómoda. Incluso su brazalete de diamantes pesaba mucho en su brazo. Siempre lo llevaba asegurado alrededor de su muñeca, pero lo mantenía oculto bajo su guante, donde nadie podía ver su valor y pensar en quitarle el regalo de Drew. Los pendientes no podía usarlos en público, sin embargo, porque eran demasiado valiosos y fáciles de ver. Los había cosido en el corsé que llevaba para mantenerlos seguros y cerca de su piel.

Tenía que recordar que ya no estaba entre la seguridad de la familia o la alta sociedad. Ahora tenía que vivir como lo había hecho de joven: manteniendo las pocas cosas que apreciaba bien escondidas, pero asumiendo que perdería todo lo de valor en un abrir y cerrar de ojos. Era la única forma que conocía de protegerse de la decepción. Un día, probablemente tendría que vender las joyas que Drew le había dado, rápidamente, si no encontraba una manera de mantenerse antes de llegar a estar tan desesperada.

Pero tenía pocas habilidades que alguien quisiera... además de tenerla de espaldas, bajo un

extraño.

Se estremeció, decidida a no caer tan bajo, y mantuvo la barbilla en alto.

Bajó al comedor privado reservado para los huéspedes y echó un vistazo a la sala, buscando a alguien que pudiera querer hablar con ella hoy mientras esperaba la llegada de su prima.

Había una pareja de casados junto a la ventana delantera, mirando hacia afuera, y una mujer mayor en una chaise longue, sola junto al fuego. Aurora había visto antes a esta matrona solitaria, pero aún no habían hablado. La mujer vestía tan bien como cualquier marquesa de Mayfair, con joyas en los dedos y plumas en el cabello. Nunca sonreía y tenía una mirada perdida en sus ojos, como si estuviera en el lugar equivocado y no supiera cómo había llegado allí.

Había una silla vacía frente a ella, y Aurora decidió valientemente sentarse allí.

—Disculpe que la interrumpa, pero ¿puedo acompañarla?

—Por supuesto —la mujer levantó la mirada, observándola—. ¿Sabes que eres la primera persona que me habla, aparte de los sirvientes y el gerente del hotel, en dos semanas enteras?

—Lo siento. Si prefiere estar sola...

—No, es un placer hablar con alguien por fin. He estado un poco perdida aquí, para ser honesta.

Aurora conocía bien ese sentimiento y se inclinó un poco más para extender su mano.

—Soy Aurora.

—Juliette —dijo, apretando los dedos de Aurora—. Un nombre encantador, ¿no crees?

—Sí, ciertamente —asintió Aurora.

La mujer suspiró profundamente.

—Cuando era más joven, me dijeron que era el nombre de una mujer destinada a hacer que los hombres cayeran a sus pies.

Aurora rio suavemente.

—¿Y lo hicieron?

—Uno lo hizo, pensé... pero me equivoqué —la mujer hizo una mueca—. Me atreví a pedir demasiado, y él salió corriendo en la dirección opuesta.

Aurora no necesitaba más detalles para saber que estaba frente a una mujer con el corazón roto. Los hombres podían ser tan crueles.

Hizo una mueca. Las mujeres también podían serlo... pero en su caso había sido por una causa verdaderamente buena.

Vio al señor Bloom en la puerta, buscando interrumpir. Sylvia debía haber llegado por fin en su carruaje.

—Me temo que debo dejarla, pero tal vez podríamos hablar otro día si sigue aquí como yo.

—Me gustaría eso. No tengo ningún otro lugar adonde ir —murmuró Juliette, mirando sus dedos—. Podría haber sido tan diferente si él no me hubiera dejado amarlo.

—¿Quién?

—No importa —dijo Juliette con un sollozo—. De repente decidió que yo no era lo suficientemente buena para un hombre de su posición. Dijo que había dado un mal ejemplo a su familia y que yo tenía que irme. Después de todos los años que le dediqué, todavía no entiendo por qué esperó hasta ahora, cuando soy vieja y nadie más me querría. Le di mis mejores años.

Aurora se acomodó de nuevo en su asiento.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Hace dos semanas, debe ser. Un martes por la tarde. Un día hermoso y soleado. Llegó a casa de muy mal humor, quejándose de su hijo.

—¿Vivían juntos?

—No, era un pequeño lugar que compró para mí donde podíamos encontrarnos. Lo llamaba nuestro nido de amor... y así fue durante muchos años. Pero de repente el amor no significó nada para él. No estaba preparada para el final. Esa es la razón por la que me encuentro aquí, sin saber adónde ir después.

La mujer metió la mano en su bolso y se secó los ojos con un delicado pañuelo de encaje.

Su dolor era comprensible. Había pensado que lo tenía todo, hasta que se quedó sin nada.

Aurora sintió una punzada de culpa. Drew había sentido lo mismo por Clare. Tanto Drew como Juliette habían visto sus vidas trastornadas por el destino.

Se levantó y se sentó junto a la mujer que lloraba en lugar de irse a encontrarse con su prima. Sylvia entendería la necesidad del retraso. Aurora tomó la mano de la mujer mayor y le apretó los dedos.

—Vas a estar bien. Lo sé.

En todo caso, Aurora podría apelar a sus primas para ayudar a la mujer a decidir adónde ir. Sylvia seguramente la ayudaría, y tenía fondos ilimitados a su disposición.

Se animó ligeramente al darse cuenta. Todavía había personas que podrían necesitar la ayuda de Aurora.

Miró alrededor y vio a Sylvia en la puerta, con una expresión de evidente impaciencia. Hizo un gesto a la marquesa para que se acercara y la presentó a Juliette, sin revelar el título de Sylvia.

A su prima no pareció importarle hacer una nueva amistad y pasó por alto la omisión de su título con solo una ligera mirada interrogante hacia Aurora. Incluso preguntó si Aurora quería quedarse a tomar el té, en lugar de irse inmediatamente en su carruaje.

Juliette parecía encantada de tener más compañía, después de haber pasado tanto tiempo sentada sola en este hotel. Pero se disculpó por un momento, dejándolas esperando junto al fuego durante unos minutos.

Sylvia la miró de reojo.

—¿Qué haces con la amante de Northport?

—¿De Northport?

—Oh, ¿no lo sabías? Mamá me la señaló al comienzo de la temporada como la única amante que le caía bien. ¿Cuándo la conociste?

—Nos conocimos aquí, justo ahora —pero entonces hizo una mueca, recordando lo que Juliette había dicho—. Dijo que Northport terminó su arreglo y debe haber sido el mismo día que amenazó a Drew con desheredarlo. ¡Es *mi* culpa que ella esté sola ahora! Oh, ¡tengo que ayudarla!

Sylvia le apretó la mano.

—Siempre intentas asumir la culpa de todo el mal que sucede a tu alrededor. Pero lo que hace Northport no es tu culpa. Los hombres pueden ser crueles y mostrar una vena egoísta de una milla de ancho.

—No podría estar más de acuerdo sobre el egoísmo de Northport. Ella lo amaba.

—Mucho como Sullivan te ama a ti —dijo Sylvia rápidamente, antes de que Juliette regresara, con una sonrisa. Se sentaron a tomar el té y encontraron muchos temas en común.

Sin embargo, la culpa creció dentro de Aurora hasta que supo que algo tenía que hacerse con respecto al duque. No podía seguir tratando tan mal a su hijo y a su amante. Cuando pensó en todo lo que había hecho para mantener a Drew en posesión de su brillante futuro, y por un hombre tan frío como el duque, su sangre hervía.

Drew sería un maravilloso duque algún día, sin importar con quién se casara, o incluso si no

lo hacía. Siempre sería amable y justo con todos los que dependieran de él para mejorar sus vidas. Y merecía ser amado, por alguien que lo hiciera feliz.

Aurora permaneció en silencio la mayor parte del tiempo, pero escuchó atentamente cada palabra que la ex amante pronunciaba sobre su situación. Eso podría haberle pasado a ella en unos años. Si se hubiera quedado más tiempo, quizás estaría igual de desconsolada cuando Drew finalmente se casara con la novia de sociedad que siempre le había estado destinada.

Además, nunca se habrían conocido de no ser por el acoso de Northport a su hijo.

Sylvia afirmaba que no tenía la culpa, pero era imposible no ver cómo sus decisiones y las del duque habían causado estragos en las vidas de otros, y ella tenía que hacer algo al respecto.

Era hora de dejar de sentir tanta lástima por sí misma, sentada allí sin hacer nada con sus días. No podía quedarse encerrada en un hotel para siempre, esperando oír que Drew había elegido por fin una novia antes de seguir adelante con su vida.

Sylvia ya le había pedido que volviera a Wharton House. La primera semana, se lo había pedido todos los días. Decía que la duquesa viuda la quería allí. En ese momento, Aurora se había negado, creyendo que la oferta no era lo mejor para nadie. Pero echaba de menos a su familia y no podía vivir separada de ellos para siempre. Había necesitado tiempo para orientarse antes de poder ayudar a los demás también.

Aún quería más de su vida, más que simplemente regresar a Wharton House y sentarse en los salones, esperando que llegara el próximo momento de emoción.

Había sido parte de un escándalo, aunque brevemente. No quería más de eso en su vida. Pero aún no estaba segura de que Wharton House fuera el mejor lugar para ella. Tampoco lo era Grafton House con Eugenia.

Respiró hondo. ¿Qué hacer? Todavía quería ayudar a la gente. Miró a su prima y a Juliette, que hablaban con tanta animación, y se aclaró la garganta. Ambas la miraron inmediatamente.

Se aclaró la garganta de nuevo y se dirigió primero a Juliette. —Dime, ¿qué es lo que más deseas en el mundo en este preciso momento?

La mujer se sonrojó. —Mi vida de vuelta.

Aurora podía entender eso, pero seguramente no sería suficiente ahora. —¿Tu vida, o una mejor?

—La misma, pero mejor —confesó Juliette titubeante—. Quiero que él se dé cuenta de su error y me quiera de vuelta.

Aurora asintió. —¿Lo aceptarías de vuelta?

—Sí —susurró Juliette—. En un abrir y cerrar de ojos lo haría.

Sylvia le guiñó un ojo a Aurora. —Probablemente debería sufrir primero, antes de ser tan ricamente recompensado.

Puede que a la mujer mayor nunca se le hubiera ocurrido esa idea antes de que Sylvia la mencionara, pero una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Juliette mientras la idea se afianzaba. —¿Cómo?

Sylvia le dio unas palmaditas en la mano. —Quizás podamos ayudarte con eso. Lo primero, sin embargo, es que deberíamos presentarnos adecuadamente. Soy la marquesa de Wharton, y esta es mi prima, la señorita Aurora Hillcrest.

—¿Wharton? —La mujer mayor parpadeó rápidamente mirando a Sylvia y luego giró para mirar fijamente a Aurora—. Aurora Hillcrest. ¿*La* Aurora Hillcrest? ¿La que...?

—Sí, esa misma —admitió Aurora, negándose a sentirse culpable por haber sido la amante de Drew durante un tiempo.

La otra mujer se emocionó mucho.

—¡Tenía tantas ganas de conocer a la mujer que finalmente capturó el corazón de Sullivan! Su padre estaba furioso por ti. Dijo que la única forma de separarlos era amenazar a Drew con quitarle su herencia, para que tú buscaras otro protector adinerado y lo dejaras en paz. Entonces Sullivan no tendría más remedio que casarse con alguien que *él* eligiera.

Aurora se quedó boquiabierta.

—¿Hizo todo eso solo para deshacerse de mí?

—En efecto, lo hizo. No hay nada que no intente para controlar a su hijo. Drew lo desafió antes al casarse con Clare sin su bendición. No iba a arriesgarse a que volviera a ocurrir.

Aurora se inclinó hacia adelante.

—Creía que a Northport le caía bien Clare. Drew me dijo que su padre lloró sobre su tumba.

—Lágrimas de alegría, seguramente. Clare fue una espina en su costado desde el primer día. Hubo algún escándalo sobre ella, que se silenció después de que el matrimonio se llevara a cabo con cierta prisa.

Aurora rio incrédula, atónita por la noticia.

—Todo este tiempo pensé que Clare era la mujer perfecta.

—Pero *era* perfecta. Perfecta para Sullivan mientras duró el matrimonio, al menos. Una vez que se fue, toda la alegría de Drew murió con ella. Hacía mucho tiempo que no lo veía feliz.

Pero Aurora sí lo había visto. Había sido feliz con *ella*.

Y luego ella lo había echado todo a perder al dejarlo, cediendo también al chantaje de su padre.

Intercambió una larga mirada con su prima, quien la observaba con una sonrisa irónica. Sylvia asintió lentamente.

Sí, aún podía ayudar a la gente a ser feliz de nuevo. Ayudaría a Juliette a hacer que Northport viera el error de sus actos si pudiera... y luego comenzaría a sanar otros corazones rotos uno a la vez, incluido el suyo propio.

CAPÍTULO 21



DREW SE DESPERTÓ sobresaltado cuando alguien llamó su nombre, y luego otra vez.

—¿Aurora?

Un hombre respondió que no, y Drew se desplomó de nuevo.

Por supuesto, no podía ser Aurora.

Ella se había ido hace semanas.

—Es hora de que te recompongas, amigo mío —dijo alguien en voz muy alta.

Drew parpadeó rápidamente, preguntándose brevemente qué había sido del sol, antes de incorporarse y mirar alrededor de la habitación en la que estaba sentado. Las ventanas estaban oscuras ahora. La noche debía haber caído afuera, pero los sirvientes no habían encendido ninguna vela. Drew no quería la luz, así que les había dicho que no lo hicieran. Se alegró de haber dormido un rato, pero solo era para enfrentar otra noche sin Aurora en su vida, o en sus brazos.

Drew miró hacia abajo y alcanzó la botella de ginebra encajada entre sus muslos, llevándola a sus labios. Había comenzado con brandy, pasado por todo el whisky. Todavía quedaba el jerez de Aurora para cuando se acabara la ginebra. Estaba dejando lo mejor para el final.

Drew vació la botella, tragándola de un golpe. De todos modos, no había nada para lo que necesitara estar despierto. Los licores no le harían olvidar que Aurora lo había dejado, pero era algo que hacer mientras esperaba que el dolor disminuyera.

Aún podía oír sus últimas palabras resonando en sus oídos.

No me sigas.

Así que no lo había hecho.

La había dejado ir, sabiendo que cualquier persecución adicional era inútil. Ella no podía amarlo. Esperaba que él siguiera adelante, que se casara con alguna mujer supuestamente perfecta que su padre había elegido en lugar de ella. ¿Acaso no lo conocía en absoluto? Él estaba comprometido con ella. Con *ellos*.

Pero habían pasado semanas sin ella, y había perdido toda esperanza.

Se frotó los ojos cuando una figura alta se cernió sobre él en la oscura biblioteca, y luego la luz brilló. Entrecerró los ojos al reconocer a Scarsdale, vestido de etiqueta oscura, mientras encendía un par de velas en la repisa de la chimenea y las acercaba al rostro de Drew. Drew levantó las manos entre ellos para proteger sus ojos del resplandor no deseado.

—Debo decir que no me sorprende del todo verte así —dijo Scarsdale, dejándose caer en una silla frente a él sin siquiera pedir permiso—. Tu padre también parece un poco desmejorado. Han

pasado semanas desde el desencuentro.

—¿Desencuentro? Creo que te refieres a intento de chantaje —Drew frunció el ceño y miró más allá de Scarsdale buscando a un sirviente, pero no vio a ninguno merodeando en las sombras a quien pudiera ordenar que echara a Scarsdale de su casa—. No estoy de humor para que tú, de entre todas las personas, me des una lección sobre mis fracasos. Vete —exigió Drew antes de desplomarse de nuevo en su silla.

Recordando la botella vacía de ginebra en su regazo, la arrojó descuidadamente por encima de su hombro y escuchó cómo se rompía sobre las otras que había desechado en la fría chimenea horas atrás. Luego buscó una nueva escondida bajo él en el suelo, aunque con cierta dificultad.

Una vez recuperada, quitó el corcho con los dientes, pero miró fijamente a su invitado no deseado por un momento antes de probarla. Probablemente tendría que ofrecerle un vaso al hombre. Se *había* molestado en venir a verlo, después de todo.

Agitó la botella abierta hacia el hombre más joven.

—¿Quieres un poco?

—No bebo —confesó Scarsdale, cruzando las piernas.

—Lo harás —prometió Drew—. Si piensas quedarte, beberás una copa conmigo. O puedes largarte a cualquier diversión para la que estés vestido. Una cena, quizás.

—En realidad, volvía de una. Son las cuatro de la mañana, Sullivan.

Drew parpadeó sorprendido al escuchar la hora. El reloj de la repisa había enmudecido hacía semanas, pero él no permitía que nadie le diera cuerda. El paso de las horas era solo otro recordatorio indeseado de que volvía a estar solo.

La bebida de Drew había aumentado constantemente cuanto más tiempo pasaba solo. Sabía que debería parar pronto, pero ¿para qué molestarse? La partida de Aurora de su vida era definitiva. Se había llevado todo lo que le pertenecía de la casa. Todo había desaparecido para la segunda noche. Esperaba que Sylvia y Eugenia la hubieran recibido de vuelta con los brazos abiertos. Esperaba que hubieran sido amables con ella y lo culparan a él por todo lo que había salido mal.

Si la habían acogido de nuevo en el seno familiar, esperaba no volver a verla jamás. Ni siquiera lo intentaría.

Ella tampoco querría verlo, de todos modos.

Bebió otro trago directamente de la botella, deseando que el dolor alrededor de su corazón disminuyera. Una vez pensó que perder a alguien que amabas por la muerte era lo peor. Saber que nunca podrías estar con la persona que amabas, o ser amado por ella a cambio, era infinitamente más difícil de soportar. Pero no había nada más que pudiera hacer. Aurora no lo había amado ni siquiera un poco.

De repente, la mano de Scarsdale estaba frente a él, alcanzando la botella. Drew la apretó contra su pecho, pero Scarsdale demostró ser un bastardo persistente y logró quitársela de los dedos. Se la quitó, la tapó y la dejó en una mesa lateral al otro lado de la habitación.

—¿Has estado bebiendo todos los días desde que ella se fue?

Drew se encogió de hombros y puso las manos bajo él, con la intención de levantarse e ir a buscarla de vuelta, y también agarrar la licorera de jerez.

—No la primera semana. Después de eso, pareció una forma apropiada de pasar el tiempo.

—Oh, no lo harás —dijo Scarsdale mientras empujaba a Drew de vuelta a su silla, y luego se sentó frente a él una vez más, mirándolo fijamente—. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy en casa —prometió, mirando alrededor del lugar. Se quedaba aquí porque el aroma del perfume de Aurora persistía en el aire de sus aposentos. También tenía buenos recuerdos con

ella aquí, y su padre ya no lo acosaba constantemente. Aunque, en cualquier momento, esperaba que apareciera uno de los subordinados de Northport para confirmar su desheredación.

—No me refiero a *aquí* aquí —aclaró Scarsdale—. Me refiero a que has dejado de salir por completo.

—¿Qué bien haría salir?

Drew ni siquiera se había molestado en reunirse con ninguna de las elecciones de Northport. Le había dado la espalda a la sociedad y había optado por permanecer fiel a Aurora y a sí mismo. Aceptaba su desheredación como el precio de desear una segunda oportunidad en el amor.

—Todos estamos preocupados por ti, ¿sabes? —murmuró Scarsdale.

—¿Todos? Estoy seguro de que eso es una exageración —masculló. Nadie más que Scarsdale se había molestado en llamar para ver cómo estaba. Para consolarlo. Para burlarse de que no pudo retener a su amante—. No hay razón para preocuparse.

—Esperaba verte en el baile de los Jamison anoche.

—¿Por qué? Ya no hay nada para mí en la sociedad. Nada que quiera o necesite en un baile. —Pero la hija soltera de Jamison habría asistido a ese evento, sin duda. Otra de las elecciones de su padre. Pero no de Drew.

Nunca de Drew.

—Vi a la señorita Hillcrest allí, luciendo impresionantemente hermosa, como siempre —le dijo Scarsdale, recostándose con una sonrisa de suficiencia que hizo que el corazón de Drew saltara de ansiedad.

Drew negó con la cabeza, luchando contra la oleada de envidia. Parecía que la admiración de Scarsdale por Aurora continuaba, a pesar del escándalo. Probablemente también había bailado con él. A menudo lo hacía—. ¿Aceptada de nuevo sin reparos? Bien. Eso esperaba.

—No del todo. Hay algunos que la miraron sin ningún placer en sus miradas. Pero ¿qué podían decir cuando la marquesa viuda de Wharton claramente la había perdonado y estuvo pegada a su lado toda la noche? Pero *hubo* una dama cuyo comportamiento me decepcionó al armar una especie de escena. La cuñada de tu amigo, la señorita Lavinia Hayes, en particular, fulminó con la mirada a la señorita Hillcrest durante media noche, hasta que Lady Wade se llevó a su hermana a casa.

—Qué tontería. Hablaré con Lavinia —prometió—. Haré que lo entienda.

—¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Dentro de tres semanas? ¿Cuándo vas a poner un pie fuera de esta casa?

Drew inhaló profundamente—. No lo entiendes.

—Oh, te entiendo perfectamente —aseguró Scarsdale—. Crees que no puedes vivir sin amor, así que ni siquiera lo intentas.

Drew no lo negó.

—Aplaudo tu compromiso con el amor y con ella. Realmente estaban hechos el uno para el otro. Igual de tercos, igual de necios —observó Scarsdale—. Empeñados en castigarse a sí mismos. Ella no estaba sola anoche.

Drew cerró los ojos para ocultar el dolor que atravesaba su alma al escuchar esa noticia. Había temido este momento. Que una vez que Aurora volviera a la sociedad, la perdería ante algún otro pretendiente. Esperaba que Aurora pudiera ser feliz. Esperaba que su próximo amante fuera amable y el tipo de hombre que la tratara bien.

—De hecho, la vi en compañía de la antigua amante de Northport, y parecía estar pasándolo de maravilla.

Drew levantó la mirada bruscamente. —¿Con Juliette?

—En efecto. No tengo idea de cuándo y cómo se conocieron, pero anoche parecían inseparables —aseguró Scarsdale—. Estuvieron juntas toda la velada y se marcharon juntas también. La pareja estuvo rodeada casi toda la noche por todos los caballeros habidos y por haber. Jóvenes o viejos, no parecía importar. Ambas coqueteaban con todos y cada uno, y luego regresaron a ese pequeño hotel al que se han refugiado, dejando a muchos hombres decepcionados. *Sabes* que Northport despidió a su amante, ¿verdad?

Drew parpadeó rápidamente, esperando haber escuchado mal. Pero Scarsdale asentía enfáticamente. —No lo había oído. No he hablado con él en semanas.

—Por lo que tengo entendido, Northport terminó su arreglo el mismo día que Aurora te dejó —dijo.

—El día que amenazó con desheredarme. Supongo que también sabes sobre eso, ¿no? —Drew hizo una mueca cuando Scarsdale asintió—. Utilizó su fortuna como medio para hacerme volver al redil, para que me casara con alguien de su elección. Fracasó en eso, así que supongo que ya no soy su hijo.

Scarsdale frunció los labios por un momento. —Por lo que he oído, no ha hecho ningún progreso en ese frente.

Drew se encogió de hombros, sin importarle ya demasiado. Fue la gota que colmó el vaso en su relación como padre e hijo. —Pero mi padre ya debe haber contado a todos sus intenciones a estas alturas.

—Fue solo Aurora quien compartió esa noticia conmigo.

Asintió y apartó la mirada, desconcertado por las acciones —e inacción— de su padre. —Pobre Juliette —murmuró Drew, frotándose la cara en un esfuerzo por serenarse—. Ella adoraba al viejo. No puedo creer que pudiera ser tan cruel con ella.

—Según cuenta Juliette, él decidió que ya era hora de dar un buen ejemplo a su hijo.

—Difícilmente —se burló Drew—. Siempre esperé que se casara con ella. Le hacía tanto bien. Tendré que averiguar dónde se está quedando. Asegurarme de que esté bien. Ofrecerle cualquier ayuda que necesite.

Scarsdale sonrió. —Eso es lo que esperábamos que dijeras.

—¿Esperábamos?

—La señorita Hillcrest y yo pensamos lo mismo. La querida Juliette no puede decidir qué hacer con su vida, ahora que ya no es la amante de un hombre rico, y necesita algo de orientación de alguien en quien pueda confiar también con su dinero. Aurora se preguntaba si podrías tener alguna sugerencia para su futuro, o al menos ofrecerle un lugar donde vivir por un tiempo.

—Por supuesto que puede contar conmigo —prometió Drew, poniéndose de pie, aunque no con mucha firmeza. Se agarró del respaldo de su silla para sostenerse hasta recuperar el equilibrio—. Me importa Juliette.

—Necesitarás tener la cabeza más despejada antes de verla a ella o a cualquiera —sugirió Scarsdale.

—Justamente iba de camino a sumergir mi cabeza en una palangana de agua helada —prometió Drew, tambaleándose hacia la puerta con paso vacilante. Juliette era una buena mujer. Podría haberla enviado a Kent como su invitada por el resto de su vida, si no estuviera a punto de ser desheredado. Ella siempre había disfrutado del campo. Quizás un tiempo lejos de Londres era justo lo que necesitaba para superar el abandono del duque.

No podía entender a Northport, renunciando a una situación que lo hacía tan innegablemente feliz. ¿En qué estaba pensando, saboteando su vida solo para supuestamente mejorar la de Drew?

En eso, Northport y Aurora eran tal para cual.

Drew subió las escaleras, llamó a su ayuda de cámara para que lo ayudara a cambiarse y afeitarse, y luego, vestido con ropa fresca, se lanzó sobre el enorme desayuno temprano que el cocinero había enviado, y se sintió mejor desde el primer bocado.

Scarsdale entró sigilosamente en la habitación y se acercó a la mesa, sirviéndose de la comida de Drew y bebiendo su café, una vez que se le trajo un servicio extra.

Drew miró al tipo que probablemente esperaba seducir a Aurora ahora, e hizo una mueca. —Gracias por venir a contarme sobre Juliette.

—Ha sido un placer. Odio ver a mis amigos más cercanos sufriendo.

—Al menos uno de nosotros lo está —murmuró Drew.

Scarsdale se limpió los labios con una servilleta. —¿Es eso lo que realmente piensas? ¿Que fue fácil para ella dejarte?

—Es lo que sé. No le importa un comino.

—Bueno, lo que *yo sé* es que la señorita Hillcrest se escondió en un hotel durante semanas y se negó a ver a nadie. *Sé* que anoche tenía una mirada de decepción en sus ojos mientras recorría el salón de baile y no te veía entre los invitados. Y *sé* que cuando cree que nadie la está mirando, acaricia un brazalete de diamantes que esconde bajo su guante. Te echa de menos, y es demasiado terca para decir algo para arreglar las cosas.

—Ella no me ama. Te equivocaste en eso —le aseguró al hombre más joven, sacudiendo la cabeza—. Fue muy enfática al respecto, créeme.

—Dime, ¿cuál es su color favorito?

—No tengo ni idea. Nunca lo dijo.

—Muy bien, entonces, ¿de qué color crees que es el vestido que usa más a menudo últimamente? Te daré una pista. No es verde, rojo, marrón o limón. Siempre es del mismo color.

Su corazón maltrecho latió un poco más rápido al escuchar eso, pero no se atrevió a preguntar cuál era el color. Solo se haría ilusiones innecesariamente por un rumor.

Scarsdale sonrió suavemente. —Deberías mantenerte en orden de ahora en adelante. Las damas Hillcrest no ven con buenos ojos a un caballero desaliñado.

—Difícilmente soy eso —le aseguró Drew.

—¿No? Entonces, ¿quién fue el que dejó babas en tu solapa anoche? —se burló Scarsdale—. ¿Y por qué hay al menos tres botellas vacías destrozadas en tu chimenea de abajo? ¿No se les debería permitir a los criados limpiar el desastre?

—¡Ella me rompió el corazón! —protestó Drew, pasándose una mano por el pelo recién peinado—. Quizás me dejé llevar un poco sintiendo lástima de mí mismo. Tú harías lo mismo si alguna vez hubieras amado a alguien tan profundamente.

Scarsdale sonrió.

—Qué afortunado soy, entonces, de nunca haber amado y perdido. Pero realmente no creo que la hayas perdido aún.

—La he perdido.

—¿Qué harías si ella viniera a verte?

—No lo haría. No ahora —aseguró, y luego miró a Scarsdale, incapaz de no preguntar—. ¿De qué color es el vestido que lleva?

Scarsdale se rio y se puso de pie.

—Te daré una oportunidad para adivinar. Hace juego con tus ojos.

Los ojos de Drew eran azules, y le había dicho a Aurora que le gustaba cómo se veía con ese color.

Quizás Aurora *sí* lo amaba un poco después de todo... pero si era así, ¿por qué demonios no

había vuelto a él?

CAPÍTULO 22



AURORA ABRAZÓ FUERTEMENTE a Juliette fuera del hotel. —Escríbeme cuando llegues sana y salva.

—Lo haré. ¿Seguirás aquí entonces, querida?

Aurora miró a su alrededor, haciendo una mueca cuando un par de caballeros pasaron arrogantemente junto a ellas sin la cortesía de pedir permiso. Era hora de seguir adelante. —Quizás no.

Juliette la soltó, con una amplia sonrisa. El optimismo de la mujer mayor había regresado casi de inmediato cuando tramaron su plan para hacer que el duque se arrepintiera de haber dejado a su amante. Anoche, y durante la última semana, con la ayuda de varios caballeros amistosos que participaban en el plan, el duque había llegado a creer que Juliette era más popular que nunca.

Y realmente lo era.

Juliette había recibido docenas de flores cada mañana después de un baile o cena a la que habían asistido, todas con notas expresando la esperanza de verla pronto de nuevo. Pero después de haber tenido su semana de triunfo, ahora se dirigía al campo, según lo acordado por Drew. —¿Adónde debo enviar la carta, entonces?

¿Adónde, en efecto? Aurora había permanecido en el hotel durante cinco semanas, pero ahora estaba tan insegura de su lugar en el mundo como siempre lo había estado. Había visitado Wharton House muchas veces, y había sido perdonada como si su aventura con Drew nunca hubiera ocurrido. Pero *ella* lo recordaba.

Aurora no había visto a Drew desde el día en que se despidió de él, y nadie más lo había visto tampoco. Él había dado la espalda completamente a la sociedad y, según todos los informes, también a su padre y a su familia.

Pero no había sido desheredado. El duque no había cumplido su amenaza, como Juliette le había asegurado a Aurora que no lo haría.

Sin embargo, Drew estaba completamente solo. Eso la molestaba más de lo que había imaginado posible.

Sonrió rápidamente. —Si no estoy aquí, le dejaré mi dirección al gerente del hotel y haré que me reenvíe cualquier correo —prometió.

—Esa es una buena idea. Quién sabe cuánto tiempo podría tardar una carta en llegar desde mí hasta Londres.

—Es cierto. —Juliette se quedaría en la finca de los Wharton hasta que estuviera segura de

su situación. Wharton había sido convencido para ayudar a la ex amante de Northport casi de inmediato por Sylvia, y también por su propia madre. Juntas, habían elaborado una lista que ofrecía a Juliette varias opciones de alojamiento. Dejar Londres y al duque atrás sería el primer paso hacia abrazar su independencia, y estaría protegida. Tenía dinero, una fortuna en joyas, pero había dependido tanto del duque que carecía de habilidades financieras y confiaba demasiado fácilmente. Drew le había ofrecido su consejo, y la había dejado tomar sus propias decisiones, sin embargo.

Era un buen hombre por ayudar a Juliette de la manera en que lo estaba haciendo, y ella se lo habría dicho si alguna vez lo hubiera visto.

Pero no lo había hecho. Ni una sola vez.

Él no había asistido a ninguna de las cenas habituales en casa de Lord Wade, ni a las veladas en casa de Exeter, ni siquiera había ido a Bradshaw's con sus amigos.

Aurora misma parecía estar invitada a todas partes. Durante unas semanas, había sido objeto de numerosos rumores y especulaciones. A quién elegiría como su próximo protector parecía ser un tema que fascinaba a la sociedad, y aparentemente se hacían apuestas sobre cuánto durarían esas relaciones también.

Juliette subió al carruaje de viaje —el carruaje de Sullivan— y Aurora la despidió con la mano desde el hotel. Echaría de menos a la mujer, y esperó en la acera hasta que el carruaje desapareció de la vista.

Se dio la vuelta y encontró a Scarsdale de pie a unos metros de distancia, con una sonrisa de suficiencia en el rostro. Ahora estaba constantemente cerca. Desde su primera cena en Wharton House, cuando lo habían sentado a su lado para la comida.

Ella le lanzó una mirada de desaprobación. —¿Cuánto tiempo llevas ahí parado, observándome?

—No mucho. Debo decir que siempre te ves hermosa de azul —respondió él, sonriendo demasiado para su comodidad—. ¿*Todavía* estás aquí?

—¿Dónde más estaría?

—¿Dónde más, en efecto? —preguntó Scarsdale. Parecía encontrar muy divertido que ella siguiera viviendo en el hotel.

Aurora volvió al interior y entró en el salón de invitados. La habitación estaba vacía hoy, y ella tomó su lugar habitual junto al fuego. Pero sin Juliette sentada con ella ahora, su entorno parecía bastante aburrido. Ciertamente no era acogedor.

Scarsdale miró alrededor y se acomodó en el asiento opuesto. —Quería hablar contigo antes de irme.

—¿Irte?

—Sí, ya debería haber vuelto a casa. Tengo algunos asuntos que atender en el campo que desafortunadamente no pueden esperar.

Scarsdale siempre dejaba las cosas para el último minuto. —Deberías atenderlos, entonces. Tu familia estará feliz de verte de nuevo, estoy segura.

—Todo lo que harán es quejarse de que aún no estoy casado —refunfuñó.

—Oh, pobre hombre —dijo ella con una risa despiadada ante su queja. Su actitud había cambiado ligeramente en las últimas semanas. Al menos estaba dispuesto a hablar seriamente sobre el tipo de mujer que podría convenirle y qué más necesitaba en un matrimonio—. Al menos puedes decirles que sí buscaste.

—Sí, busqué, y continuaré mi búsqueda de una novia adecuada más adelante en el año con tu ayuda. Debo decir que me siento esperanzado de que tal vez *haya* alguien a quien pueda amar.

Aurora se inclinó hacia adelante. —¿Por qué dices eso ahora, cuando has descartado la idea del amor tantas veces?

Él también se inclinó hacia adelante. —Una palabra. Sullivan.

Aurora se reclinó al escuchar la mención de su amante. —¿Por qué?

—Nunca ha habido un hombre más desconsolado, y sin embargo, sigue tan optimista de que volverás con él.

—Estoy segura de que apenas...

Sus palabras se apagaron cuando Scarsdale se reclinó con una expresión divertida en el rostro. —Te espera. Sí, en efecto lo hace. Con gran fidelidad. No ha salido de casa en más de un mes.

—Seguramente...

—Lo dejó todo por ti. Sin arrepentimientos. Todavía es posible que Northport lo desherede. Y aun así, en lugar de ceder a la presión, se queda en casa, esperando que te des cuenta de tu error.

Aurora se removió inquieta, jugueteó con los pliegues de su vestido y luego aferró el brazalete de diamantes oculto bajo su guante. —¿Qué error sería ese?

—Que pensaste que podrías vivir sin amor para siempre. Te alejaste del único hombre que quería tomarse el tiempo para entenderte, que acepta que nunca le dirás por qué no te casarás. En cuanto a él, Sullivan jamás se casará con alguna criatura *perfecta* mítica aprobada por su familia. Está completamente comprometido contigo. Te ama.

—Le dije que no lo amaba —susurró ella.

—En el fondo, él sabía que era una mentira —le dijo Scarsdale—. No es demasiado tarde, ¿sabes? Puedes volver con él. Sé que no eres feliz.

—Estoy segura de que no me abriría la puerta después de lo que le dije —se preocupó, esforzándose por pensar en razones por las que no quería hacer lo que Scarsdale sugería. Alejarse de Drew fue lo más difícil que había hecho jamás. Volver y ser rechazada sería peor.

—Tienes una llave, y yo tengo un carruaje que puede llevarte de vuelta con él ahora mismo —ofreció Scarsdale, mirándola con esperanza—. No puedo soportar ver dos corazones que una vez estuvieron tan en sintonía permanecer rotos sin intentar unirlos de nuevo. Quiero decir, ¿a quién tendrías en su lugar? ¿A mí? ¿A Brandestock? ¿O a algún desconocido que podría tener un temperamento peligroso y lastimarte? Eras feliz con él. Lo vi. Lo *sentiste*. Ustedes pertenecen el uno al otro, y tontamente sacrificaste la felicidad por una vida vacía solo para salvar una fortuna que él no desea ni la mitad de lo que te desea a ti.

Ella se sonrojó. Escuchar a Scarsdale ofrecerle consejos sobre su vida romántica le parecía extraño a sus oídos, sin embargo... no se equivocaba. Ella aún estaba en el lugar equivocado. Con las personas equivocadas. El único lugar donde alguna vez se había sentido verdaderamente ella misma, y había creído que podría tener la oportunidad de pertenecer, era con Drew.

Él seguía allí.

En el hogar que había comprado para ellos.

¿Podría realmente estar esperando su regreso, como Scarsdale afirmaba?

Tragó saliva, imaginándolo esperándola todo este tiempo.

Negó con la cabeza. No era merecedora de su paciencia y devoción. Aurora le había arrebatado su amor, y se sentía avergonzada y humillada por la persistente esperanza de su amante. No lo había esperado. Pero él aún no conocía sus secretos más oscuros y profundos. ¿Podría seguir amándola una vez que compartiera su historia con él?

Sin embargo, era el único hombre al que quería contárselo. La única persona de quien

esperaba comprensión. Él debía escuchar de sus propios labios las razones por las que no se casaba con él, y solo entonces podría decidir si ella valía todos los problemas y sacrificios que seguía haciendo.

Miró rápidamente a Scarsdale.

—Ah, veo que por fin estás de acuerdo conmigo —Scarsdale juntó las manos—. Excelente. Llamaré a mi carruaje y haré que espere fuera durante media hora. Confío en que será tiempo suficiente para que recojas lo esencial y podamos partir.

—No he dicho que esté de acuerdo contigo —le advirtió.

—No hacía falta. El miedo es la razón por la que sigues viviendo aquí. Y quizás también la culpa. Le debes una explicación. Has estado intentando decidir cómo disculparte con él todas estas semanas, y preguntándote si alguna vez lo aceptaría. Lo hará.

Negó con la cabeza y se cubrió los ojos con la mano.

—Me equivoqué al dejarlo de la manera en que lo hice.

—No, te equivocaste al *dejarlo*. Punto. Pero por suerte para ti, estoy aquí para señalar tus errores y enviarte de vuelta en la dirección correcta.

Miró a Scarsdale entornando los ojos a través de sus dedos.

—Pensé que te alegrarías de que lo hubiera dejado y que esperabas seducirme en su lugar.

—¿De dónde sacaste esa idea? —Pareció sorprendido, teatralmente por un momento, y luego se rio—. He estado rondándote para proteger los intereses de mi amigo, e incluso he mantenido alejados a algunos sinvergüenzas sin escrúpulos. Sé que es mejor no interferir en el amor joven.

Su corazón se aceleró. Amor... Una palabra que la había aterrorizado desde que era niña.

—Vamos —la instó Scarsdale—. No pienses. Ve. Busca una maleta o algo bonito para ponerte esta noche en la cama y date prisa en volver. De verdad que hoy me voy de la ciudad.

Aurora ya estaba de pie y corriendo hacia su habitación alquilada antes de darse cuenta de que lo único que ocupaba su mente era volver a ver a Drew.

Una vez en su habitación, miró a su alrededor, cogió algunas cosas de las que no podía prescindir y decidió que si Drew no la perdonaba, siempre podría volver.

Ese pensamiento era aún más aterrador que perder su buena opinión.

Ya abajo de nuevo, la metieron apresuradamente en el carruaje de viaje de Scarsdale sin decir una palabra más. Él le dio al cochero las indicaciones que la llevarían a casa.

Se mordió el labio mientras viajaban en silencio, decidida a ver a Drew y terriblemente nerviosa. Estaba feliz de volver a casa, pero aterrorizada por la recepción que tendría.

Sus manos temblaban cuando Scarsdale la dejó frente a la casa y se despidió con un gesto, abandonándola allí. Subió las escaleras lentamente e introdujo la llave en la cerradura de la puerta principal con manos temblorosas. Se abrió fácilmente con un giro, y cruzó el umbral.

Respiró profundamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Hogar. Este era el lugar donde su corazón anhelaba quedarse.

Pero, ¿era bienvenida aquí?

Solo Drew podría responder eso después de que ella le contara todo.

El mayordomo, alertado por el sonido de la puerta, apareció de repente en el pasillo frente a ella. Su sonrisa de bienvenida la animó. Tomó su sombrero, señaló rápidamente hacia la biblioteca y luego retrocedió, desapareciendo por la puerta de servicio, silencioso como siempre.

Tomó una respiración profunda y se dirigió a la biblioteca, con las rodillas casi cediendo con cada paso hacia él.

Un alegre fuego ardía en la chimenea, como la última noche que había estado sentada en esta habitación, escuchando a Drew hablar sobre el trabajo que quería realizar en su finca de Kent.

Habían estado sentados cómodamente juntos, Aurora envuelta en sus brazos. Fue la última vez que se había sentido segura de sí misma.

Dio varios pasos en la habitación y miró alrededor. Drew no se veía por ninguna parte. ¿Se habría ido para evitarla?

El sonido de la puerta cerrándose detrás de ella hizo que Aurora girara.

Era Drew quien había cerrado la puerta de la biblioteca. Estaba apoyado en ella. Estaba casi exactamente como lo había dejado. Llevaba una chaqueta de un verde apagado, pantalones color ante y botas negras en los pies.

Pero parecía haber envejecido. Había más líneas en su rostro de las que debería tener. Más líneas alrededor de sus ojos que no eran de risa. Le recordaba a cuando se habían conocido. Había llegado a la academia, un hombre apenas entero. Demasiado serio para ser saludable.

Se miraron fijamente.

—Aurora.

—Drew.

Él se enderezó al escuchar su nombre de pila salir de sus labios. Dio un paso adelante.

—¿Qué haces aquí?

Ella se estremeció. Así que no la estaba esperando. Sacudió la decepción y sonrió lo mejor que pudo.

—Quería decirte que Juliette está de camino al campo.

—Es bueno saberlo —respondió él, su voz carente de cualquier alegría por la noticia.

—Fuiste muy amable al ayudar a la amante de tu padre —susurró ella, sabiendo que nunca debería haber venido. Una nota habría sido suficiente para decírselo.

—Juliette ha sido casi una madre para mí en los últimos años. Me tomó de la mano muchas veces después de la muerte de Clare. Le debía mucho y la amaba por su compasión ilimitada —susurró, dando un paso más en su dirección—. Me alegro de que la hayas conocido y quisieras ayudarla también. No me había enterado de las acciones del duque hasta que Scarsdale me informó de lo que había hecho.

—Scarsdale se ha vuelto una criatura entrometida y mandona últimamente —murmuró ella, dando un paso hacia él.

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Drew.

—¿Entonces estás con él ahora?

Aurora frunció el ceño.

—No. ¿Por qué dirías algo así?

—Te vi llegar en su carruaje —Drew se echó hacia atrás—. Siempre ha estado interesado en ti. Lo entiendo.

—Scarsdale me trajo en su carruaje solo para que pudiera verte.

Él frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Por Juliette, por supuesto.

Retrocedió otro paso.

—Bueno... me alegro mucho de verte por cualquier motivo. Gracias por venir.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se apartó del camino de la puerta, dándole la oportunidad de irse si así lo deseaba. Aurora movió los pies nerviosamente, sabiendo que aún no podía marcharse.

—¿Cómo has estado?

—Estoy como me ves —dijo él—. Esencialmente igual que el día en que te rendiste con

nosotros.

Ella se mordió el labio.

—Hay algo que deberías saber. Juliette me contó que tu padre nunca tuvo la intención de desheredarte. Todo lo que quería era que yo creyera que no podías permitirte mantener a una amante. Pensaba que yo era tan codiciosa y ambiciosa que me ataría a algún otro protector adinerado.

—Bueno, consiguió lo que quería. Me dejaste.

Ella tragó saliva.

—Me arrepiento... —susurró.

Los ojos de Drew se clavaron en ella, y sus brazos se desplegaron a los lados.

A Aurora le tomó un solo instante decidir lo que eso podría significar.

Corrió hacia Drew, saltó y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Lo siento tanto!

Él soltó una maldición y rápidamente la envolvió en sus brazos, sosteniéndola con fuerza contra sí.

—Sé que no puedes amarme, pero yo aún te amo. Muchísimo.

—Oh, Drew. ¡Mentí! —exclamó ella, y hundió el rostro en su hombro, abrazándolo tan fuerte como pudo—. Sí te amo. Siempre lo he hecho. Desde el momento en que nos besamos, supe que eras peligroso para mi corazón. Que podría desearte demasiado.

Él maldijo de nuevo y presionó su cabeza contra la de ella.

—Entonces vuelve conmigo, Aurora, mi amor, mi corazón. Podemos hacer que esto funcione, ¿verdad? Ya no tiene que ser una batalla entre nosotros si podemos ser honestos sobre lo que sentimos el uno por el otro.

Era tan sincero, pero no conocía la clase de mujer que ella realmente era bajo sus finas ropas, su frágil armadura.

Tomó su rostro entre sus manos, miró en sus ojos buscando el amor que él profesaba sentir por ella. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero ella no había roto su corazón por completo. Él podría ser suyo de nuevo... pero solo si ella era lo suficientemente valiente para confiar en él y decirle la verdad. —Te quiero. Nos quiero a *nosotros* —susurró.

Lo atrajo hacia sí para besarlo, sabiendo exactamente a dónde los llevaría si lo permitía. A su cama. A sus manos sobre su cuerpo, empujando sus peores recuerdos y miedos a los rincones más oscuros de su mente. Solo en sus brazos se había atrevido a imaginar que podría ser amada, a pesar de su pasado. Pero cuando llegara el amanecer, su secreto seguiría entre ellos, tiñendo todo lo que compartían.

Tenía que contarle tantas cosas que probablemente lo horrorizarían, explicarle por qué había perdido la fe en el amor hacía tanto tiempo. No podía ocultarle su vergüenza ni un momento más. Él tenía que entenderlo todo y entonces ella vería si su amor seguiría siendo suyo para atesorar por siempre.

CAPÍTULO 23



DREW ESTABA FELIZ OTRA VEZ. Aurora había vuelto a él, aunque con un poco de ayuda de un amigo en común.

Su paciencia *había* dado frutos. Tenía una segunda oportunidad de estar con ella. De amarla, ahora que finalmente ella había admitido que lo amaba también.

Drew deslizó sus manos lentamente por la espalda de Aurora. Pero pronto se dio cuenta de que había cierta rigidez en la forma en que ella se mantenía contra él.

La preocupación lo invadió y lentamente la soltó, tratando de ver su rostro. Aurora rápidamente dio un paso atrás y se alejó caminando hacia la chimenea. Se sentó en el borde del sofá, pero se abrazó a sí misma como si estuviera helada. Parecía tan pequeña y frágil sentada allí sola, cuando antes su presencia siempre había sido más grande que la vida misma.

Él se acercó rápidamente a ella.

—¿Qué pasa, amor mío? ¿Te sientes mal?

—No.

A pesar de su negativa, él le puso una mano en la frente para comprobar si tenía fiebre. La encontró agradablemente cálida pero sin signos de enfermedad. Sus manos, cuando las tomó, estaban heladas.

—Déjame traerte una manta para que entres en calor.

—No estoy enferma. Pero tengo algo difícil que decir.

Drew se hundió en el espacio a su lado, su corazón hundiéndose con la certeza de que algo seguía terriblemente mal.

—¿Vas a dejarme otra vez?

—No —suspiró ella—. Pero quizás tú quieras que me vaya.

—Nunca desearía eso. Estas últimas semanas han sido miserables para mí, y sospecho que para ti también. Te extrañé muchísimo —prometió, sonriendo a pesar de las lágrimas de ella mientras besaba su frente. Su regreso había sido muy emotivo para él. Había experimentado una alegría tan profunda al ver a Aurora una vez más de pie en su hogar. Su regreso le había dado una esperanza renovada de que cualquier duda que ella tuviera sobre él podría resolverse a su satisfacción con el tiempo.

Nunca presionaría por un matrimonio. No a menos que ella también lo quisiera. No le importaba a quién ofendieran si nunca se casaban. Su padre también podía irse al infierno por hacer demandas que la habían convencido de dejarlo. Nunca permitiría que eso volviera a suceder.

—¿Qué te parece si nos quedamos aquí todo el día y toda la noche y vemos juntos el amanecer sobre la ciudad mañana desde las ventanas del ático?

—El amanecer está muy lejos —susurró ella.

—Supongo que debe estarlo, ¿no? —Drew revisó su reloj de bolsillo para ver la hora—. Es un cuarto para la una —le dijo, volviéndose hacia ella.

—He estado pensando —susurró ella.

Él se acomodó de nuevo a su lado.

—¿Sobre mí y nuestro futuro juntos? —murmuró, ofreciendo una sonrisa que no sentía del todo.

—Sí, sobre ti, y sobre muchas otras cosas en las que no me gusta pensar.

—¿Como cuáles? —preguntó él suavemente.

No quería entrometerse ni asustarla, y hasta ahora había sido reacio a hacer demasiadas preguntas. Ella guardaba muchas cosas para sí misma. Especialmente sobre su vida antes de venir a Londres con sus primas. Ese período de su pasado seguía siendo un completo misterio para él. Quería saber qué había causado su repentina tristeza hoy, y si podía ayudarla a superar lo que fuera que la hubiera provocado.

Ella miró sus dedos durante mucho tiempo, y él negó con la cabeza. Solo le diría lo que necesitaba saber, cuando quisiera que lo supiera, y tendría que aceptarlo si quería estar con ella.

Estaba a punto de levantarse para dejarla con sus pensamientos privados, cuando ella susurró:

—Mi padre desapareció de mi vida cuando era muy pequeña.

Drew se quedó muy quieto. Aurora nunca había mencionado nada sobre su padre. Él había asumido que no tenía padres vivos, dado lo cercana que era a sus primas mayores.

—Éramos pobres, y él nos dejaba atrás cuando viajaba para buscar trabajo. Estábamos sin él la mayor parte del tiempo. Su trabajo involucraba establos y caballos, pero también trucos con monedas y apuestas por dinero en lugares de mala muerte, creo. Mi madre venía de una familia adinerada, sin embargo. Mejor que la de él, ahora lo sé. Pero no recuerdo haber conocido a nadie de su familia. Sylvia dice que nos conocimos una vez, pero no lo recuerdo. Vivíamos una vida tranquila en un pequeño pueblo. Un día, mi padre me besó para despedirse como siempre hacía antes de irse, y nunca volvió.

Drew exhaló el aliento que había contenido mientras ella hablaba.

—¿Murió?

—No lo sé, pero mi madre deseaba que así fuera.

Drew hizo una mueca.

—¿Tus padres no eran felices juntos?

—Solían pelear. Terribles discusiones que me hacían esconderme detrás de las puertas, debajo de mi catre, para no ver sus caras enojadas. Una vez, mi madre le arrojó un plato por la espalda, y cuando cayó se hizo añicos en el suelo en tantos pedazos que no se pudo salvar. Son las peores peleas las que más recuerdo. Sobre dinero. Nunca había suficiente para complacer a mi madre.

—El dinero tiende a hacer que incluso las mejores familias peleen si escasea. Incluso más cuando hay un exceso, también —extendió la mano para tomar la de ella y encontró sus dedos aún más fríos ahora, y húmedos—. Eso debe haber sido terrible para un niño ver. Aterrador.

—Sí. Mi madre decía que había sacrificado todo, su familia y un mejor matrimonio, para estar con él.

—Debe haberlo amado al principio, entonces —sugirió. Un matrimonio de estatus desigual a menudo estaba plagado de conflictos.

Aurora se abrazó a sí misma otra vez.

—Esperé junto a la puerta todas las noches durante meses el regreso de mi padre, pero se hizo evidente que nunca volvería. Mi madre era una mujer hermosa, siempre elogiada. Empezó a salir sin mí mucho antes de que yo dejara de esperar que mi padre regresara, haciendo visitas y escribiendo cartas con una fiebre de emoción que nunca explicaba. Siempre le decía a los demás que mi padre estaba viajando por trabajo, no que nos había dejado para que nos las arregláramos solas.

—Puedo entender por qué ella haría eso. Decir que tu padre se había ido sería admitir que ambas estaban vulnerables y sin protección.

—No funcionó —Aurora sorbió por la nariz—. Una noche, escuché la voz de un hombre en nuestra casa y me imaginé que mi padre finalmente había regresado. Corrí desde mi habitación para encontrar a un vecino entrando en la alcoba de mi madre, quitándose el abrigo y la corbata. Mi madre asentía a algo que él le decía antes de que se besaran.

Así que su madre había tomado un amante a espaldas de su marido. Pero la niña que Aurora había sido nunca debería haber sabido sobre ese tipo de cosas. —¿Qué hiciste?

—Nada. Volví a la cama, y cuando le pregunté a mi madre sobre el visitante a la mañana siguiente, me abofeteó y me dijo que debería estar agradecida por los sacrificios que ella hacía para mantener un techo sobre mi inmerecida cabeza.

Drew retrocedió, conmocionado al escuchar que una madre le hablara así a su hija. No era culpa de Aurora que su padre se hubiera ido.

—No entendí hasta mucho después lo que quería decir con eso... pero lo aprendí de la manera difícil. Yo era una niña bonita, una «floración temprana», como algunos lo llaman. Ese hombre era nuestro vecino y arrendador, un viudo con un hijo adulto. El vecino iba y venía a su antojo de nuestra cabaña a menudo. Siempre de noche. Otros también venían, creo, y yo me quedaba en mi habitación, tapándome los oídos para bloquear los sonidos. A veces mi madre lloraba por la noche, pero durante el día seguía como si nada hubiera cambiado, y comencé a olvidar cómo deberían ser las cosas.

»Cuando tenía trece años, mi madre desapareció. Se había vuelto inquieta y crítica con todo lo que la rodeaba, especialmente conmigo, en las semanas antes de que la encontrara desaparecida. Salí y la busqué por todas partes, pero pronto me di cuenta de que sus mejores vestidos se habían ido con ella. El vecino viudo vino unas noches después, esperando compartir la cama de mi madre otra vez, y me encontró sola.

Aurora inhaló, conteniendo las lágrimas. —Maldijo cuando se dio cuenta de que mi madre me había abandonado. Ella le debía dinero, dijo. Mi madre le debía a mucha gente. No había pagado ninguna factura en algún tiempo. Yo era joven y no tenía nada de qué vivir ni nadie que me cuidara. No sabía qué hacer con las deudas. El vecino me dijo que viviría con él. Yo tenía tanta hambre que estaba agradecida de ir con él.

—Fue bueno de su parte acogerte.

Ella inhaló bruscamente. —Compartí su cama desde la primera noche, tomando el lugar de mi madre. Saldando una deuda que nunca se especificó en términos de valor.

Todo el aire escapó de los pulmones de Drew. No pudo evitar retroceder de ella en su conmoción.

—Nunca me forzó —Aurora hizo una mueca—. El viudo fue gentil conmigo, en realidad. Pero dejó claro que tenía que ganarme el sustento, para mantener un techo sobre mi cabeza y mantener alejados a los acreedores de mi madre. Era tan joven que durante mucho tiempo no entendí que lo que hacía con el granjero era vergonzoso. Tienes que entender, no tenía nada ni a

nadie más a quien acudir. Sin dinero, sin educación. Hice lo que él quería, cada vez que me lo pedía. Pero no tenía voz ni voto en nada relacionado con mi vida. Cuidaba su casa, administraba a los pocos sirvientes externos que empleaba, dormía en su cama y soportaba mis deberes nocturnos sin quejarme. Nunca tuve amigos. Nunca salí de la granja. Dependía completamente de mi vecino y vivía con miedo de decepcionarlo.

Drew estaba asqueado, pero no por ella. Volvió a tomar las frías manos de Aurora, envolviéndolas con su calidez, tratando de infundirle algo de su amor y apoyo a través de sus palmas unidas. —No puedo imaginar cómo debió ser eso. Debiste haber estado siempre aterrorizada.

Ella asintió. —Pero estaba abrigada y alimentada. Él me protegía de los demás.

La náusea subió por la garganta de Drew al ver cómo ella había aceptado todo lo que había sucedido en su joven vida. —Se aprovechó y te robó la inocencia antes de que siquiera conocieras su valor.

—Ahora sé que debió haberme dejado en paz... Pero en ese entonces no tenía conocimiento. No me trataban peor que a cualquier sirvienta, pero nunca me pagaron por mi trabajo dentro o fuera de la cama. Vivir allí no era del todo malo. Tenía animales de granja que cuidar: gallinas, patos y gansos que hacían que cada día valiera la pena levantarse. Ellos eran mi mundo. Mi responsabilidad. —Se lamió los labios, tragó saliva y mantuvo la mirada baja—. Estuve con él durante casi seis años antes de que una carta de Sylvia llegara a mis manos. Una carta que llegó años tarde para salvarme de la vergüenza de ser la puta de un granjero.

—Tú no eres...

—Soy una puta incluso ahora, aunque no quieras admitirlo. Pero estar contigo siempre fue *mi* elección —susurró Aurora.

Drew tragó saliva. Si hubiera conocido el pasado de Aurora, nunca le habría hecho su escandalosa oferta. Habría esperado eternamente por un matrimonio, sin importar cuánto tiempo tomara.

Ella se encogió de hombros nuevamente, enderezándose. —No tienes idea de lo que se siente saber que no habías sido completamente olvidada por tu familia, incluso por aquellos que no recuerdas haber conocido. Mi madre ya había muerto para entonces. El señor Hillcrest, su padre, la había ayudado a anular su primer matrimonio, el matrimonio en el que yo había nacido. Ella se había vuelto a casar rápidamente después de eso, y sus años lejos de la familia fueron silenciados.

—No se me mencionó durante un largo intervalo. No fue hasta que se leyó el testamento de una tía solterona y mi nombre se reveló como beneficiaria. Sylvia recordaba haberme conocido y se propuso encontrarme. Me dijo que tenía algo de dinero para heredar, si tan solo respondía a su carta y probaba mi existencia. Era una pequeña cantidad, pero pensé que podría entregarla como dote a un marido. Incluso pensé tontamente que el granjero podría casarse conmigo.

—Pero no lo hizo, y en su lugar viniste a Londres.

Ella se estremeció. —No de inmediato. Ya tenía un hogar y un hombre al que me había encariñado, a mi manera. Era todo lo que había conocido durante tanto tiempo. Escondí la carta y seguí como si nunca hubiera llegado. Esperando el momento adecuado para hablar con él sobre mi futuro y el dinero. Me quedé con él otros seis meses, y no dijo nada sobre el futuro.

—Tenía diecinueve años cuando comenzó a dejar la granja. Había otra cerca que le había llamado la atención. Dijo que estaba negociando para comprar el lugar, pero que al principio no querían vender a un precio razonable.

—Una mañana, mientras se levantaba de la cama y se vestía, vi arañazos en su espalda.

Marcas que no había visto la noche anterior cuando me hizo el amor. Cuando le pregunté sobre ellas, simplemente se encogió de hombros y se dio la vuelta. Pero antes de que pudiera salir de la habitación, encontré el valor para preguntarle si se casaría conmigo... y comenzó a reírse. Estaba a punto de contarle sobre mi herencia, pero entonces me llamó ramera y me dijo que cambiara las sábanas de la cama y me mudara a los cuartos de los sirvientes. Luego me informó que se casaba ese mismo día. Tendría la propiedad que quería, al alto precio de poner un anillo en el dedo de la viuda que la poseía. Las amonestaciones ya se habían leído, pero nunca lo supe porque estaba tan aislada del mundo.

—Así que me encontré en los cuartos de los sirvientes en poco tiempo, viendo a la cocinera esclavizarse sobre el banquete de bodas. Descartada. Nadie pensó que era importante suavizar el golpe cuando todos mis animales fueron sacrificados para el evento. No merecían tal destino.

Drew cerró los ojos, completamente conmocionado por un pasado que nunca imaginó que ella hubiera sufrido, y que su mayor tristeza estuviera reservada para los animales de la granja que había amado.

No había mayor traición que tu familia, o aquellos que creías que eran una aproximación de una, te trataran con total crueldad. No había nada que pudiera hacer con respecto a su familia: su madre estaba muerta, y quizás su padre también. Todos excepto Sylvia y Eugenia la habían tratado de manera deplorable.

No pudo evitar notar que Aurora no había mencionado un solo nombre para identificar al granjero, o dónde había vivido con él. Estaba furioso por eso. Ella debería estar enojada también; en cambio, estaba protegiendo al demonio que había tomado su inocencia tan joven.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué dices que lo sientes? Tú no hiciste nada malo —susurró ella—. Mi madre no me quería ni me amaba lo suficiente porque me hizo bastarda cuando anuló su primer matrimonio. Con la viuda casada, no tenía nada por lo que quedarme. Le robé dinero y me fui con solo la ropa que llevaba puesta mientras la pareja casada estaba celebrando. Dudo que alguien me echara de menos hasta bien entrado el día siguiente. Llegué a la puerta de Sylvia sin previo aviso, desaliñada y tan asustada de que viera mi ruina en mis ojos.

Él se acercó un poco más. —¿Ella lo sabe?

—Sí. Le conté todo a Sylvia, pero solo después de tener mi herencia en mis manos. Por si acaso me echaba. Recuerdo haberme sorprendido por lo mucho que lloró cuando le conté mi historia. Lo que me pasó después de que mi madre me abandonara... me cambió. Nunca he podido creer que alguien pudiera amarme, especialmente los hombres.

—Sylvia exigió el derecho de cuidarme. De vivir con ella y con Eugenia cuando se mudaron a Londres. No soy realmente una Hillcrest, ¿sabes? No soy realmente nadie. A veces es como si le hubiera pasado a otra persona, pero en otros momentos, no puedo escapar de la vergüenza y los recuerdos de lo que hice voluntariamente con él.

—No es *tu* vergüenza la que debes cargar, y no estás sola. Nunca lo estarás, si de mí depende —prometió Drew, deslizándose la distancia restante hasta que se tocaron de la cadera al hombro —. Estoy aquí.

Quería estrecharla entre sus brazos, pero no se atrevió a intentarlo todavía. Sabía que era mejor no forzar su afecto sobre Aurora ahora. Ella acudiría a él cuando lo necesitara, cuando no pudiera negar que existía.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

Ella negó con la cabeza.

—No lo diré. Duele demasiado. He perdido a todos y todo lo que he amado. Juré que nunca

dejaría que nadie se acercara a mí de nuevo. Sylvia y Eugenia lograron colarse en mi corazón. Pero nunca han entendido cuánto me he sentido siempre como una impostora aquí, pretendiendo ser una dama cuando no lo soy en absoluto.

Suspiró.

—Así que, ahora ves por qué nunca podría aceptar ser tu esposa. Fui arruinada hace mucho tiempo, y ni siquiera soy el producto de un matrimonio real. Un conde con un futuro tan grandioso como el tuyo no puede casarse con la hija bastarda de un don nadie.

Drew se estremeció ante la desolación de su declaración. Ella había sufrido pérdida tras pérdida, pero lo peor fue el abandono. Debió haber esperado siempre que él se disgustara con su pasado. Pero no era así. Estaba orgulloso de ella por sacar lo mejor de su vida. Por dejar al granjero y atreverse a imaginar un futuro mejor.

Era dolorosamente consciente de que sus próximas palabras eran las más importantes de toda su relación. Él había creído que los Hillcrest habían sido una familia respetable del campo, de la cual todos los miembros mayores estaban muertos. No había oído ni una palabra sobre la anulación del matrimonio de la madre de Aurora. Pero estaba seguro de que se había mantenido en secreto, incluso por las propias primas de Aurora, y por una buena razón. Aurora habría sido menospreciada por la sociedad y sería rechazada si esto alguna vez saliera a la luz.

Trabajó con gran dificultad para enfriar su ira hacia las personas que habían usado y descartado a Aurora como si fuera tierra bajo sus pies. Todos en quienes Aurora había confiado la habían abandonado. Olvidaron que su deber era protegerla y amarla.

Drew no lo haría.

Él giró la cabeza y la miró a los ojos. —Si hubiera sabido todo lo que te pasó, habría entendido mejor por qué rechazabas mis propuestas. No confías en que la gente se quede. No esperas nada para no decepcionarte. Comprendo por qué no podías creer en mi amor después de todo lo que has sufrido. Pero si no hubiera dado mi palabra de no hacerlo, me arrodillaría ahora mismo para pedirte matrimonio otra vez.

—Te amo, exactamente como eres esta noche, Aurora. Me siento honrado de que hayas compartido conmigo algo tan personal y doloroso. Todo lo que quiero es ser tu amigo, tu compañero y tu amante. Alguien en quien espero que algún día sientas que puedes confiar para construir un futuro más brillante. Eres tan fuerte, y me asombra tu valentía frente a un trato tan terrible. Por favor, no dejes que las decepciones de tu pasado den forma a tu futuro, mi amor. Confía en que siempre estaré aquí para ti porque quiero estarlo. Después de lo que me has contado, no te amo menos... te amo más que nunca.

Un suspiro entrecortado escapó de sus labios, y de repente se acurrucó de lado, entre sus brazos. Lloró con grandes sollozos de dolor y angustia que le desgarraron el corazón.

Drew la abrazó con fuerza y lloró junto a ella. Era imposible no lamentar la infancia feliz que debería haber tenido. Por el dolor que había estado ocultándole por miedo a que la rechazara.

Nada de lo que le había sucedido cambiaba ni una maldita cosa. Aurora era una buena persona a pesar de todo. Lo había rechazado para protegerlo del escándalo que su pasado podría haber causado. Quería nutrir su tierno corazón hasta que olvidara temer lo que había sucedido antes de que se conocieran. Juró aferrarse a ella, tranquilizarla, cada vez que sus dudas nublaran su visión de felicidad.

La abrazó con fuerza y la dejó llorar hasta que sus emociones se calmaron, luego Drew la levantó, la llevó a la habitación que compartían y se metió en la cama con ella, botas y todo. La sostuvo en sus brazos hasta que finalmente se quedó dormida e incluso más allá de ese momento hasta que salió el sol.

CAPÍTULO 24

A LAS ONCE de la mañana, Aurora descendió lentamente las escaleras de la casa demasiado silenciosa. Se sentía vulnerable, insegura de sí misma. Aterrada de haber revelado demasiado ayer. Mucho más de lo que jamás había pretendido.

Se había despertado sola en la cama, y su primer pensamiento fue que la habían abandonado. Se frotó los brazos con vigor, tratando de acallar sus temores. Drew le había hecho tantas promesas anoche. Promesas en las que desesperadamente quería creer. Pero nadie cumplía nunca sus promesas. Al menos, no con ella.

El lado de la cama de Drew estaba frío, y no había dejado ninguna de sus ropas en el suelo, como solía hacer. ¿Se habría ido, desapareciendo sin dejar rastro como lo había hecho su madre? Si él hubiera reconsiderado su acuerdo, ella no sabía cómo seguiría adelante, pero estaba segura de que dolería. Dolería como nada más lo había hecho en su vida.

Levantó la barbilla, decidida a enfrentar lo que viniera con la misma dignidad que había intentado mantener desde que llegó a Londres, y puso un pie delante del otro.

Drew no estaba en la sala de estar. Tampoco en la biblioteca ni en el estudio contiguo.

De hecho, parecía que no había sirvientes merodeando por ningún lugar de la casa.

Perturbada por el silencio, Aurora caminó temblorosa hacia la parte trasera de la casa y se dirigió a los establos. Si Drew se había ido a montar, se habría llevado a Caballo con él.

Había una serie de pasillos y escaleras que atravesar antes de llegar al patio exterior. Mucho antes de alcanzar los cerrojos de la puerta trasera, escuchó voces y risas inesperadas.

Aurora abrió rápidamente las puertas... y encontró a todos y cada uno de los sirvientes que poseían ocupados en el patio que antes estaba vacío.

Un cordero balaba. Un gallo cantaba, media docena de gansos graznaban ruidosamente y se escabullían entre las piernas de los sirvientes masculinos mientras buscaban la libertad.

Ahora había macetas con flores en las esquinas, donde antes solo había adoquines fríos y estériles. La paja que alguna vez pudo haber estado apilada en un montón ordenado estaba esparcida en todas direcciones. La escena le recordó el hogar de su infancia, antes de que todo lo malo sucediera en su vida.

Apretó las manos con fuerza, tan asombrada de que el único momento feliz de su historia se recreara repentinamente al día siguiente aquí en Londres.

—¿Qué está pasando?

De en medio del caos, Drew se levantó. Su rostro estaba rojo y húmedo de sudor, y sonreía. Le faltaba la chaqueta y tenía las mangas arremangadas hasta los codos. También llevaba una

gallina adulta bajo el brazo.

Sollozó en voz alta, aliviada de verlo. Dios mío, le encantaba cuando él estaba así. Sonriente y feliz, con el dolor por su primera esposa como un recuerdo lejano.

Él le hizo señas con urgencia para que se acercara.

—Por fin. ¿Dónde has estado, mujer?

Ella se apresuró a su lado y susurró:

—Es tu culpa. Siempre me dejas dormir demasiado.

—Pensé que te vendría bien descansar después de nuestra conversación de ayer —hizo un gesto a su alrededor, sonriendo ampliamente—. ¿Qué te parecen tus nuevas responsabilidades?

Ella se llevó las manos a la boca, conteniendo las lágrimas.

—¿Me has comprado animales de granja?

—Pronto te compraré una granja también —se inclinó para besarle la mejilla—. Esta variopinta colección es lo mejor que pude conseguir con tan poco tiempo. Es un comienzo.

Ella miró a su alrededor y rápidamente fue a hacer amistad con los animales, con las manos temblorosas por la felicidad que la embargaba con cada caricia. No había estado cerca de animales desde que se mudó a Londres. Drew era tan bueno con ella. La había escuchado atentamente, compartido su dolor... y le había comprado el regalo más perfecto de todos.

Aurora nunca había conocido un animal con el que no quisiera hacer amistad. Siempre eran más amables que las personas.

Todos excepto Drew y sus primos.

Dejó que cada animal olfateara su mano, que aprendiera el sonido de su voz para que llegaran a confiar en ella. Los sirvientes se alejaron, dejándolos solos en la plaza empedrada en cuestión de minutos. Miró a su alrededor e hizo una mueca.

—No estoy segura de que este espacio sea lo suficientemente grande para todo lo que has comprado.

—Empezaré a hacer averiguaciones para encontrar un lugar cercano donde mantenerlos hasta que encontremos un sitio que nos guste —prometió—. Norte, sur, este, oeste. ¿En qué dirección iremos?

Drew había vivido en una finca en Kent, al sureste de Londres, durante los breves años de su matrimonio. Pero ella sospechaba que podría ser reacio a volver debido a su desacuerdo con su padre por no haberse casado con la elección del duque. La finca de Kent era un lugar que ella nunca había querido visitar antes, pero ahora había oído tanto sobre él que Aurora anhelaba al menos echarle un vistazo. La finca de campo de Drew sonaba exactamente como el lugar donde siempre había querido pasar sus días. Tranquilo. Nadie que se quejara si había barro en el dobladillo de su vestido o si su cabello se había soltado de las horquillas, o si se demoraba afuera por la noche esperando vislumbrar su tocaya en los cielos sobre ellos. Lo había hecho tantas veces con su padre.

Frunció el ceño y alejó el recuerdo no deseado. Tenía que dejar ir sus decepciones. Su pasado ya no tenía cabida en su vida.

Como amante de Drew, probablemente nunca podría visitar su antigua casa. Ciertamente no si Drew fuera desheredado. Aún existía esa posibilidad si no se casaba. Estaría separado para siempre de su vida y su familia. Eso no era justo para él. Se humedeció los labios, insegura de qué hacer para cambiar eso, o si debería intentar ayudar a sanar la brecha entre padre e hijo. Northport quería que Drew se casara con una de sus elecciones.

—Has tenido una mañana ocupada —dijo ella, evasiva.

—Tuve mucho tiempo para pensar anoche mientras te abrazaba —acarició su mejilla—. No

necesitamos hablar del pasado de nuevo si no quieres, pero si alguna vez *quieres* hacerlo, te escucharé. Estoy aquí... y aquí me quedaré para siempre.

—Gracias —ella creía que lo decía en serio—. Eres muy bueno conmigo.

—Y tú conmigo. Ah, y Bloom debería regresar pronto con tus pertenencias del hotel donde te hospedabas.

—No tenías que molestarte —le dijo—. Yo habría vuelto y...

Él puso suavemente su dedo índice sobre sus labios.

—Siempre será un placer cuidar de ti, Aurora —le dio un beso fuerte y luego se fue a perseguir a un conejo que se dirigía hacia un hueco bajo la puerta.

Ella se rio cuando lo vio capturarlo y meterlo en una jaula con otros. Lo observó mientras organizaba y revisaba que los animales tuvieran comida y agua, con el corazón conmovido por su dulzura hacia todas las criaturas, incluida la propia Aurora.

De repente, comprendió que Drew realmente había dicho en serio todo lo que le había dicho.

Este era solo el comienzo de su vida juntos, y pronto le compraría una granja porque pensaba que ella la necesitaba. Le había prometido cuidar de ella, que era suyo, ¿y no había demostrado su compromiso a cada paso? Había dado la espalda a cualquiera que no aprobara su relación. Eso debió haber sido difícil, especialmente cuando Northport tenía tanto poder.

Nunca había conocido a *nadie* tan comprometido con ella como Drew demostraba estar. La hacía sentir avergonzada de no haber hecho el mismo compromiso con él.

Él había querido la eternidad con ella.

Un matrimonio, compañía y una familia.

Una vida plena, llena de amor y ternura.

Todo lo que ella había creído que podía ser arrebatado con demasiada facilidad si se atrevía a esperar esas mismas cosas. Pero ya no quedaba nada en su pasado que pudiera alejarlo. Le había contado lo peor, y él seguía siendo suyo.

Ella quería ser suya de la misma manera.

—¿Aurora? —llamó Drew.

Ella le lanzó una sonrisa, tomando de repente una decisión que nunca imaginó querer tomar. Realmente amaba a Drew. Ahora solo quería estar en sus brazos. Para siempre.

Podrían estar juntos, pero solo en matrimonio tendría él lo que realmente merecía. Ser respetado de nuevo, admirado. Convertirse en duque algún día.

Seguramente, ¿ella podría soportar convertirse en duquesa algún día también? Pero solo por él. Nunca había querido casarse por un título, pero podría desposar al hombre.

Desafortunadamente, Drew había prometido nunca volver a pedirle matrimonio.

Se estremeció internamente. Eso significaba que tendría que hacer ella misma la propuesta si alguna vez esperaba que su deseo para la vida de él se hiciera realidad. Tendría que pedirle que le pidiera de alguna manera. Había estado tan en contra del matrimonio durante tanto tiempo, creyendo que no era digna de su amor debido a su pasado. Pero había que hacer algo para restaurar el lugar de Drew en la sociedad. Nunca había esperado que le ocurriera algún daño debido a su falta de fe en el amor.

Aurora se apresuró a ayudar a Drew a meter el pollo en una jaula, y cuando estuvo asegurado a satisfacción de Drew y él se apartó, ella enganchó su brazo en el suyo inmediatamente. No estaba muy segura de cómo empezar esta conversación, pero tenía que confiar en que encontraría las palabras adecuadas para que él entendiera que había tenido un cambio completo de opinión sobre el amor.

—Me gustaría viajar antes de que decidamos dónde establecernos. ¿Qué te parece ir primero

al norte?

—Siempre querría tu opinión sobre cualquier propiedad que considerara comprar para nosotros. Será tu hogar. Pero es una buena idea ir al norte cuando se acercan los meses más cálidos del verano. ¿Dónde te gustaría visitar primero?

—Está justo pasando la frontera escocesa, creo.

Él asintió.

—¿Podrías ser más específica? Hay mucha tierra de cultivo al norte de nosotros.

—Empecemos por Gretna Green.

Drew se tensó a su lado.

—Eso es un pueblo. ¿Por qué iríamos allí primero?

Ella tragó saliva.

—Estoy bastante fascinada por cómo se llevan a cabo los matrimonios sobre el yunque.

—Eso es inesperado —murmuró él antes de girar para mirarla de frente.

Ella pudo ver la perplejidad en sus ojos, y la esperanza que no podía reprimir del todo. Aurora no estaba acostumbrada a sentirse nerviosa a su alrededor, y rápidamente se deslizó entre sus brazos y lo abrazó con fuerza mientras hablaba.

—¿Sería tan terrible? Sé que mencionaste St. George's con toda tu familia y amigos presentes. Pero siempre he esperado que el techo se derrumbe sobre mí si alguna vez piso terreno sagrado, y a tu padre no le caigo bien.

—Te protegería de él. Estaré a tu lado todo el tiempo —prometió Drew mientras sus brazos se apretaban poco a poco a su alrededor, sujetándola firmemente contra él—. El matrimonio es para siempre, ¿sabes?

—Así somos tú y yo —prometió ella, sonriéndole. Frotó sus palmas sobre el pecho de él posesivamente, con los dedos extendidos mientras lo acariciaba—. Esto es para siempre. *Nosotros*. —Se apartó un poco más para mirar su querido rostro y dijo las palabras que la habían aterrorizado durante tanto tiempo. Palabras que le había negado tantas veces antes—. Sería un honor ser tu esposa, mi lord.

El grito de alegría de Drew hizo que una sonrisa se dibujara inmediatamente en sus labios, pero un chillido escapó de su garganta al momento siguiente cuando él la lanzó al aire sin previo aviso y la sostuvo en alto sobre él. Pero ella sabía que él nunca la dejaría caer.

Cuando la bajó, la hizo girar una y otra vez en el patio, riendo y aferrándose a ella. Su rostro estaba envuelto en sonrisas tan amplias que pensó que podría llorar de nuevo. Pero esta vez sería de alegría, porque estaban enamorados.

Lo abrazó fuertemente, segura de que por fin había encontrado a un hombre en quien podía confiar para que guardara su corazón. Sabía que sus promesas no serían rotas. Él nunca le quitaría su amor.

Drew necesitaba un matrimonio para estar completamente satisfecho. No había mayor regalo que ella pudiera darle que entregar su corazón y su alma a su amor sin límites.

EPÍLOGO



DECÍAN QUE EL matrimonio cambiaba a las personas.

Drew no estaba seguro de si eso era cierto en el caso de Aurora y él.

Bueno, sí, habían cambiado, se habían suavizado juntos, se habían comprometido con objetivos comunes... pero eso había ocurrido mucho antes de que el matrimonio se produjera en su caso.

Siempre habían sido una buena pareja como amantes, y ahora, tres meses después, seguían siendo prácticamente los mismos. Buscando cualquier excusa para quedarse en la cama. Él era feliz, y estaba seguro de que Aurora también lo era.

Una vez que se había decidido, se había comprometido a una vida con él. A pesar de la carga de convertirse en condesa, también se había esforzado por asegurarse de que su negocio de casamentera prosperara. Con su bendición, y ocasional participación también.

Le decía que la amaba todos los días, la besaba al despedirse cuando salía, y siempre regresaba a la hora prometida, o enviaba una nota para explicar cualquier retraso, para disipar cualquier temor persistente que ella pudiera albergar sobre la posibilidad de abandono.

Aurora tenía buenas razones para no confiar en que la felicidad estuviera destinada a ser suya, después de todo. Él también había experimentado ese miedo, habiendo perdido inesperadamente a su primera esposa e hijo. Así que hacía todo lo posible por olvidar aquellos días más oscuros e intentaba ayudarla a hacer lo mismo.

El amor y la confianza de Aurora habían hecho posible su felicidad.

Eso no quería decir que estuviera felizmente casado todo el tiempo. Oh, no, había descubierto que tenían algunas opiniones opuestas, especialmente en los métodos que utilizaban para tratar los asuntos familiares.

Hoy era un ejemplo de ello.

—¿Has venido por fin a desheredarme? —preguntó Drew mientras miraba fijamente a su progenitor. Northport se había presentado sin invitación, pero claramente buscando pelea a juzgar por sus ceños fruncidos.

Los labios del duque se fruncieron por un momento. —¿Dónde está esa mujer con la que se rumorea que te has casado?

—Nunca está lejos —prometió, esperando que Aurora se mantuviera realmente alejada para evitar encontrarse con su padre, ya que parecía estar de mal humor. Northport aún no lo había desheredado. Que hubiera venido ahora a quejarse de ser el último en enterarse de su matrimonio le divertía enormemente.

El ceño del duque se oscureció al mirar por encima del hombro de Drew.

Drew se giró para ver a su esposa entrar en la habitación. Vestida de azul y sonriendo, y se le cortó la respiración.

—Querido, deberías haberme dicho que teníamos un invitado —murmuró Aurora.

Ella entrelazó su brazo con el de él y lo miró con una expresión tan embelesada que Drew empezó a sentir que se sonrojaba.

—Padre, confío en que recuerda a mi esposa, Aurora.

—Sí —dijo el padre lentamente—. Nos hemos conocido.

El rostro de Aurora cambió mientras se giraba bruscamente para enfrentar al duque.

—El salón. Ahora. Ella lo está esperando, pero no crea que lo perdonará tan fácilmente como usted espera.

—¿Cómo se atreve? —balbuceó el duque, obviamente sorprendido tanto por el cambio abrupto en el comportamiento de la esposa de Drew como por sus palabras, al igual que él. Pocas mujeres se atrevían a decirle a Northport qué hacer. Clare lo había hecho y parecía que Aurora también lo haría.

—Oh, me atrevo, su excelencia —le advirtió ella—. Ahora conozco su carácter. Y ella también.

Era Juliette. La amante despreciada de su padre. Juliette estaba viviendo con ellos ahora como invitada desde poco después de su matrimonio y regreso de Escocia. Él había traído a la mujer de vuelta a Londres porque aún no habían encontrado un lugar donde quisieran establecerse.

La llegada de Juliette había sido una reunión emocionalmente conmovedora, especialmente cuando los vio tan felices juntos por fin.

Aurora ahora miraba fijamente al padre de Drew mientras él permanecía en silencio, observándolos a ambos con sospecha. Drew ocultó una sonrisa, orgulloso de ella. Era formidable cuando quería que las cosas se hicieran a su manera. Sería más que suficiente para enfrentar a su padre y sus intentos de manipulación en los años venideros.

—Vaya inmediatamente, si cree que hay alguna posibilidad de que ella lo acepte de vuelta después de que le rompió el corazón —luego dijo suavemente—. Créame, sé exactamente cómo se siente en este momento. No debería demorarse. Puede que nunca vuelva a tener esta oportunidad.

Para sorpresa de Drew, su padre giró sobre sus talones y salió de la habitación sin decir una palabra.

Aurora sacudió la cabeza y murmuró:

—Ya era hora de que entrara en razón.

Drew estaba sorprendido.

—Pensé que había venido por nosotros. ¿Cómo sabías que estaba buscando a Juliette en su lugar?

—Tengo mis métodos.

Él se cruzó de brazos.

—Cuéntame.

—Emparejar personas es cuestión de instinto —dijo ella encogiéndose de hombros y poniéndose de puntillas para besarle la mejilla—. Northport rompió con Juliette más o menos cuando te amenazó con desheredarte, diciéndole a ella que estaba dando un mal ejemplo. Luego tú te casaste conmigo, y pensé que si sentía algo de amor en su corazón por esa mujer, necesitaría alguna excusa para buscarla de nuevo. Así que, después de recordarle a principios de la

temporada lo maravillosa que era ella, codiciada por otros hombres también, le pedí a Scarsdale que hiciera algún comentario casual frente a él sobre que ella estaba de vuelta en Londres, aquí con nosotros, para ver cómo reaccionaría. Quizás aún la amaba. Pero no esperaba que viniera hasta esta noche o mañana, como muy pronto.

Drew se rio suavemente y rodeó con el brazo a su ingeniosa esposa.

—Si logras que esto funcione, me sorprenderías.

—Ahora depende de Juliette —respondió ella con un suspiro—. Necesita ponerlo en su lugar y asegurarse de que él sepa lo afortunado que es solo por respirar el mismo aire que ella de nuevo.

Él se acercó a la puerta para escuchar, pero luego se volvió para ver a su esposa deslizándose hacia su estudio. Ahora tenía interminables reuniones con nuevas y viejas amigas, que acudían a ella constantemente en busca de consejo sobre sus esperanzas de conseguir un matrimonio.

Después del escándalo, después de que se difundiera la noticia de su matrimonio precipitado, se habían visto inundados por los buenos deseos de sus amigos. Aurora aceptaba las felicitaciones de todos por su valor nominal. Incluso las personas que antes se habían ofendido les deseaban lo mejor. A Aurora le gustaba creer que veían cuánto se amaban.

Drew estaba seguro de que se acercaban solo para echar un vistazo más de cerca a su matrimonio.

Pero su matrimonio había borrado la mancha en la reputación de Aurora, y eso era lo que él más había deseado. Ella volvía a ser popular, y eso le complacía enormemente.

En cuanto a él, se mantenía a propósito en un círculo más reducido que antes. La mayoría de las veces se encontraba en compañía de los amigos y familiares de Aurora. Berringer, Wharton, Scarsdale y, por supuesto, Wade.

Muchos en su círculo más cercano conocían alguna versión de la verdad sobre su lento camino hacia el altar. Drew, sin embargo, mantenía los detalles específicos firmemente guardados. El doloroso pasado de Aurora, la causa de su escandaloso arreglo, nunca sería una historia que él contara.

Recogió el correo del día de la mesa del vestíbulo y hojeó los sobres. Todos eran para su esposa.

Drew suspiró y se dirigió a la puerta de su esposa. Llamó, y ella casi saltó de su silla. Su agenda cayó al suelo.

Drew se apresuró a recogerla por ella.

—No pretendía asustarte —se ganó una sonrisa por su disculpa y ofreció una propia—. ¿Te estoy molestando?

—Siempre, pero no me molesta en lo más mínimo —ella tomó aire—. Me temo que tenemos mucho que discutir, mi lord, y antes de que llegue mi próxima cita es tan buen momento como cualquier otro.

Él arqueó una ceja.

—¿Cuánto nos costará esta vez?

Ella frunció los labios y dejó a un lado su libro de citas.

—Oh, supongo que al final serán muchos miles de libras.

Drew gimió y se dejó caer en la silla frente al escritorio.

—Aurora, a veces eres positivamente vaga, pero ¿para quién es realmente? ¿Un amigo o amiga necesitado?

—No puedo decírtelo.

Él arqueó una ceja ante su reluctancia a confesar los detalles.

—Probablemente no diré que no, pero insisto absolutamente en saber a dónde va nuestro dinero.

Ella hizo una mueca.

—Debería poder decírtelo en... oh, ¿seis o siete meses?

Él frunció el ceño.

—Eso es demasiado tiempo para esperar.

Ella rodeó el escritorio, hundiéndose en una silla a su lado. Batió las pestañas hacia él.

—Quizás hasta siete u ocho meses. Depende. El momento de la llegada está completamente fuera de mis manos.

Él gimió.

Su esposa a veces era demasiado descuidada con su generosidad. Al principio de su matrimonio, ella había expresado el deseo de patrocinar a jóvenes damas que habían caído en desgracia, y en ese sentido, él había estado totalmente a favor de ayudar a las mujeres a hacer un buen matrimonio.

Entendía de dónde venía la profunda necesidad de Aurora de ayudar a los demás, y había prometido prestar ayuda de cualquier manera que pudiera. Ese lugar oscuro, los dolorosos recuerdos dentro de Aurora, aún moldeaban muchas de sus elecciones y opiniones sobre las posibilidades de felicidad para los demás. Quería demostrarse a sí misma y a estos extraños que, incluso si estaban dañados y desconfiados, aún merecían una buena vida y un amor como el que el suyo se había convertido.

Se inclinó para besar su mejilla, resignándose al gasto inevitable.

—¿De dónde vienen? ¿Necesito hacer algún arreglo?

—Oh, no muy lejos —murmuró ella, mirando sus manos en su regazo mientras su sonrisa se ensanchaba.

—Está bien. Me rindo. Veo que estás decidida a ponerme a prueba de nuevo hoy —se quejó —. No tengo ninguna objeción. Puedes tener todo el dinero que necesites.

—Te estoy *tomando el pelo*, Drew, no poniéndote a prueba esta vez. Sé que estás aquí para mí de maneras en que nadie más se ha molestado en estar. Y también te estoy diciendo la verdad. No sé cuándo ni cuánto costará, ni siquiera cómo nacerá nuestro hijo.

Él parpadeó y luego jadeó sorprendido.

—¿Estás esperando un bebé?

Ella asintió. —No lo hice sola.

Él sonrió, pero la impresión de la noticia lo había pillado desprevenido para un anuncio tan trascendental. —¿Estás segura?

Ella movió la mano. —Bastante segura. Mis pechos se han vuelto sensibles y mi cintura ha aumentado una pulgada.

Él hizo una mueca. —¿Quizás solo has ganado peso?

Ella le lanzó una larga mirada. —He vomitado esta mañana.

—¿Podría haber algo malo en lo que te sirvieron?

—¿Antes de que hubiera probado un solo bocado? ¿Antes de que la bandeja llegara siquiera a mis aposentos? Y no es la primera vez. No creo que me lo esté imaginando —dijo ella arqueando una ceja—. Estoy embarazada.

Él se frotó la boca con la mano, tratando de no gritar de alegría.

—No tengas miedo —le suplicó ella, malinterpretando su gesto—. Sé lo mucho que desearías que Pip hubiera vivido.

—No pudo ser —murmuró él, conmovido por la preocupación de ella hacia él. Pip no había

sobrevivido a su nacimiento, al igual que su madre. Le había contado a Aurora lo mucho que eso le había dolido.

Había esperado con ilusión ser padre, pero su sueño de tener una familia se había esfumado en una noche. Dudaba que alguna vez pudiera recuperarse, dudaba que pudiera volver a amar. Y entonces conoció a Aurora y se enamoró de ella. Se consideraba muy afortunado de que ella también lo amara. No le gustaba pensar en cómo habría sido su vida sin ella.

Miró a Aurora ahora, y el miedo por su bienestar atravesó todo su ser. ¿Y si la perdía a ella también en el parto?

Aurora cubrió su boca con sus manos antes de que él pudiera expresar sus dudas en voz alta. —Sé lo que estás pensando. No me voy a ir a ninguna parte, y nuestro hijo vivirá. Estás atrapado conmigo, con nosotros, por siempre y para siempre, mi querido esposo.

Él se obligó a dejar el miedo a un lado por ahora y las manos de ella descendieron lentamente de su rostro. Pero siempre se preocuparía. En privado, sin embargo, cuando Aurora no pudiera leer su mente con solo una mirada. —Estoy tan feliz de tenerte en mi vida y tan contento con tu noticia.

—Siento lo mismo. —Ella besó su mejilla y se puso de pie, colocando las manos en sus caderas—. Ahora tengo mucho que hacer si quiero estar lista.

—¿Lista para qué?

—Bueno, obviamente el Duque de Northport se unirá a nosotros esta noche. Quiero que todo esté perfecto para cuando nos sentemos juntos en nuestra primera cena familiar.

Llamó a un sirviente y emitió una serie de órdenes para Cook y para la velada que se avecinaba. Drew le cogió la mano cuando el sirviente se marchó para cumplir sus deseos. —¿Cómo sabes que Juliette lo perdonará?

—Ya lo ha hecho, pero aún no podemos dejar que él lo sepa. Ella sigue tan enamorada como tú lo estabas de mí.

—Nadie podría estar tan embobado —bromeó él.

—Deberían estarlo. —Aurora se puso de pie y lo levantó. Deslizó sus manos por el pecho de él—. Quieres estar en mejores términos con el cabeza de tu familia, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —prometió él.

—Bien, entonces, te dejaré que anuncies mi estado después de la cena, y nuestro deseo mutuo de que se casen antes de que nazca él o ella. Quiero que acudas a él y a Juliette en busca de apoyo durante mi embarazo cuando empieces a entrar en pánico.

Él bajó la cabeza para apoyarla contra la de ella. —Supongo que ya le has dado algunas vueltas a esto.

—Es mi culpa que se produjera el distanciamiento entre vosotros en primer lugar. Es esencial que hagáis las paces mucho antes de que llegue nuestro hijo. Lo echas de menos y a mí no me gustan las discusiones.

Drew envolvió a Aurora entre sus brazos. —A veces lo he echado de menos. Es imposible, pero...

—Es tu familia. —Ella se acurrucó contra él—. Y tú eres la mía. Quiero que todo vaya lo más suave posible para el nacimiento de nuestro hijo, y eso incluye hacer que se case con Juliette. Necesito saber que las cosas van bien en la familia, para que no te preocupes enfermizamente.

Drew deslizó lentamente la mano entre ellos y extendió con cuidado los dedos sobre el vientre de ella. No había indicios de que un niño se moviera bajo sus dedos, aunque Aurora afirmaba que las señales estaban ahí. —¿Cuándo dijiste que sería la cena?

—Oh, a la hora habitual, supongo. ¿Por qué?

—Solo era una idea. ¿Cuándo llegará tu próximo cliente?

—A las cuatro. Les daremos a tu padre y a Juliette algo de tiempo para que arreglen las cosas antes de decirle que debe irse, para que yo pueda usar el salón para la práctica de baile. Él puede volver, resplandeciente, para proponer matrimonio, y mañana puede hacer los arreglos para casarse con ella mediante una licencia especial a finales de semana.

—Piensas en todo —prometió Drew antes de levantar a Aurora en sus brazos y llevarla hacia la base de la escalera—. Quiero ver tu vientre desnudo.

—De alguna manera esperaba que lo quisieras, así que ya había planeado darte una hora para celebrarlo conmigo. Pero no más que eso. Soy una casamentera muy ocupada, ¿sabes? —dijo Aurora, y se rio mientras él subía apresuradamente las escaleras. Se acurrucó en sus brazos hasta que llegaron a la puerta de su dormitorio.

Ella se retorció y él la dejó sobre sus pies. Aurora le sonrió, con los ojos brillando de picardía mientras aflojaba su vestido y se lo quitaba allí mismo en el pasillo. —Como siempre, soy tuya para que me ames, esposo.

Ella retrocedió hacia la habitación y Drew la siguió, luchando por liberarse de su ropa. Una vez desnudo, la atrapó de nuevo y la apretó contra su piel. —Tú también eres mía para siempre, Aurora, y nunca olvides que pienso quedarme contigo.

Ella le ofreció una sonrisa descarada. —Siempre y para siempre.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

